

REALISMO



FANTASICO

Pierre Carnac

LA HISTORIA EMPIEZA EN BIMINI



La Historia, ¿empezó en Bimini? Es posible.
Mas, por lo menos, una cosa es cierta:
no se inició en Sumer

Pierre Carnac

**LA HISTORIA
EMPIEZA EN
BIMINI**

La Atlántida de Cristóbal Colón



PLAZA & JANES S.A.
EDITORES

Título original:
L'HISTOIRE COMMENCE A BIMINI

Traducción de
JUAN ROMERO

Portada de
DOMINGO ALVAREZ

Primera edición: Diciembre, 1977

© Editions Robert Laffont, S. A., 1973
© 1975, PLAZA & JANES, S. A., Editores
Virgen de Guadalupe, 21-33
Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Printed in Spain — Impreso en España
ISBN: 84-01-47055-2 — Depósito Legal: B. 45.793 - 1977

GRAFICAS GUADA, S. A. — Virgen de Guadalupe, 33
Esplugas de Llobregat (Barcelona)

*En homenaje a las dos Elenas, mi madre
y mi hija, a las que nunca habré querido
demasiado.*

PRÓLOGO

El espíritu sueña espontáneamente de una manera unitaria. Sueña con ser el triunfante artesano de esta unidad doquiera encuentra las variedades de la existencia, las aparentes discordancias de las cosas y, finalmente, toda la gama de los conflictos humanos. La Ciencia ha nacido del ardor intelectual de este sueño.

R. P. DOMINIQUE DUBARLE,
Science et synthèse

Este libro se apoya en una hipótesis que nos sugirió el descubrimiento de estructuras sumergidas, de carácter verosímilmente artificial, cerca de la isla de Bimini, en las Bahamas. A partir de esto, propone una explicación. Para conseguirlo pone en juego coincidencias, establece lazos entre hechos aparentemente independientes entre sí y se nutre de todas las interpretaciones y de todas las hipótesis que puedan reforzar la suya. Sin embargo, ha de quedar bien entendido que sólo pretendemos alcanzar una verdad parcial, relativa, como ocurre a menudo con toda verdad histórica. Porque, a fin de cuentas, este libro se propone ser sólo un momento de esa interrogación sobre los primeros movimientos de la Humanidad. Consideraríamos que hemos alcanzado ampliamente nuestro objetivo si la obra, a su vez, pudiera ser objeto de análisis serios e incitar a proseguir la investigación en ese sentido que es propiamente el suyo.

EL FIN DE UN MITO

En ese espejo que es la Historia, vemos más allá del estrecho presente y discernimos la medida de las cosas. Sin ella perdemos el hábito de nuestro espíritu. Si nos velamos nuestra historia, nos sorprenderá sin que nos demos cuenta...

KARL JASPERS, *Iniciación al método filosófico*

Desde siempre, el hombre se ha inclinado hacia su propio pasado con el mismo ardor con el que la vidente trata de leer el porvenir en su bola de cristal. Antes de ser una ciencia, la Historia fue tradición durante largo tiempo, y aún hoy, las nueve décimas partes de esta Historia permanecen íntegramente en el dominio del mito, lo cual explica que la Ciencia se haya interesado sólo por ese período respecto al cual poseemos «documentos válidos». Así, conocemos sólo con verdadera exactitud 100.000 años de historia de las técnicas, 50.000 años de historia del Arte y apenas 6.000 años de historia política. Por otra parte, cada disciplina forma la cerrada parcela de algunos especialistas, que ni tienen tiempo ni sienten verdaderos deseos de interesarse por materias afines a sus conocimientos.

Antes de convertirse en una ciencia susceptible de síntesis, la Historia quedó marcada, en primer lugar, por el sello del racionalismo más restrictivo, sobre cuya ara fueron sacrificadas la mitología y todo el conjunto de las tradiciones y de las leyendas. En tal estado de cosas, se descartaba en seguida toda aquella fuente que no se pudiese comprobar de una manera inmediata. Al mismo tiempo, se elevó a la categoría de dogmas cierto número de apriorismos o, por lo

menos, de conclusiones apresuradas o atrevidas. Entre estos dogmas, uno de los más duraderos y perniciosos fue, sin duda, el resumido en la famosa fórmula *Ex Oriente Lux*, y que se concreta en la afirmación según la cual la Historia empezaría en Sumer, lo cual equivale a decir que toda la civilización constituye el producto único y exclusivo del Oriente Medio. En este mismo orden de ideas tenemos los excesos cometidos por la teoría del Creciente Fértil, en nombre de la cual se prohibió rigurosamente todo cuanto pudiera inscribirse de matute contra estas construcciones teóricas.

Sin embargo, ahí tenemos los hechos, que se acumulan y son elocuentes. En efecto, se ha registrado el descubrimiento de escrituras presumerias, como las de Tartaria, en Rumania; las de Karanovo, en Bulgaria, o la «civilización urbana» de Lepenski-vir, en Yugoslavia, de más de 7.000 años de antigüedad. Entre estos descubrimientos se inscribe hoy el de Bimini, que no es el menos asombroso, como atestiguan suficientemente las controversias que provoca.

Por nuestra parte, tras haber estudiado, durante largos años, el problema de los contactos entre los Mundos Viejo y Nuevo antes de Colón, publicado el resultado de nuestros trabajos en un libro aparecido en Bucarest¹ y procedido a intercambios de ideas con numerosos especialistas, hemos llegado a formular una hipótesis, según la cual, el descubrimiento de Bimini —si se confirma que se trata claramente de una construcción artificial— es de tal naturaleza como para refutar, de una vez para siempre, lo que llamaremos, en pocas palabras, «el mito de Sumer». Hoy sabemos que la Historia no se inició, en modo alguno, en Sumer. ¿Acaso vio la luz del día en Bimini? Éste es el interrogante que planteamos.

1. *Spre America inainte de Columb (Hacia la América precotombina)*, Ediciones Científicas Bucarest, 1966.

LA HISTORIA, ¿EMPIEZA EN BIMINI?

...Nassau (Bahamas). — U. P. En las proximidades de la isla de Bimini se han identificado recientemente unas extrañas estructuras arqueológicas. Según las primeras informaciones recibidas, se trataría de una gigantesca muralla sumergida, cuyos constructores y edad no han podido indicar aún los especialistas consultados. Prosiguen las investigaciones submarinas.

Tomado de la Prensa, primavera de 1970.

Numerosos ancianos de raza india hablaban de la muy poderosa isla de Bimini, habitada por diversos pueblos, y de las grandes virtudes de su fuente, cuya agua tenía el poder de convertir a los ancianos en adolescentes.

JUAN DE CASTELLANOS,
Elegía de varones ilustres de Indias

AL PRINCIPIO ERA LA FUENTE DE LA JUVENTUD...

Bimini es una pequeña isla del archipiélago de las Bahamas, situada a unos ciento cincuenta kilómetros frente a las costas de Florida. Un detalle de importancia es que se trata de la isla de este archipiélago más cerca del continente americano.

Descubierta, en 1512, por Ponce de León —presunto lugarteniente de Colón—, en el curso de uno de los viajes de este último, le valió el título de «Administrador colonial de Bimini y de la Florida». La importancia del título —en cuya orden son enumerados los dos territorios—, así como el calificativo de *prepotente* dado a la isla por su primer poeta, Castellanos, permiten medir la fama que tuvo desde su primera hora de existencia oficial.

Acreditados autores, como los ingleses E. Washburn-Hopkins, E. B. Taylor, Gould o el francés Eugène Beauvais, han emprendido profundos estudios sobre la leyenda de la fuente referida por Castellanos. El interés que suscita se debe, sobre todo, a que situó en América, o en la proximidad inmediata de sus costas, uno de los principales puntos del mito antiguo y medieval.

En efecto, la tradición de la Fuente de la Juventud, en su más pura forma de «fuente de vida», era conocida en toda la Europa de la Edad Media. Desde hace largo tiempo, los especialistas están contestes en subrayar su origen semítico. Debía de tratarse de un agua de inmortalidad, la cual sólo podía brotar de una fuente situada en el paraíso o de un río que lo atravesara.

Fuente de la Juventud; Jungbrunnen entre los germanos; el *agua eterna* que revivificaba a los héroes de los antiguos cuentos eslavos orientales; el *agua vitae* clásica de los latinos¹; el *apavie* (agua viviente y vivificante) de las narraciones y leyendas rumanas... esta agua encuentra su verdadera fuente en las tradiciones de los pueblos semitas de la alta Antigüedad.

La tradición extendióse luego hacia el Este, en dirección al Irán y la India, a través de Mesopotamia, así como hacia las tierras pobladas por los antepasados de las futuras tribus de la Arabia Pétreá, que la han ligado al Islam. Más tarde, en el primer milenio del cristianismo, los nestorianos la introdujeron en China, desde la cual alcanzó Indochina, Indonesia y Malasia.

Por otra parte, las invasiones y migraciones, hacia el Oeste, de los antiguos pueblos de la cuenca oriental del Mediterráneo, la llevaron a Italia, el Atlas magrebí, a las costas ibéricas y, franqueando las columnas de Hércules, hasta las Islas Británicas, Irlanda y Escandinavia.

Subrayemos, finalmente, que el mito indio se conjuga con el simbolismo egeo de las primeras Edades, para hacer brotar una o más fuentes milagrosas en el paraíso terrenal de la Edad de Oro, tal como lo describe Hesíodo², época en la que el hombre, inmortal, no estaba sometido aún a la enfermedad y al dolor.

La presencia en Oriente y el origen aparentemente asiático de este mito de la Fuente de la Juventud son demostrables con tanta facilidad, que no resulta ex-

1. En el lenguaje corriente, el término agua de vida designa hoy una bebida alcohólica, por lo general fuerte, que sigue siendo para algunos un licor... paradisíaco.

2. Hesíodo, *Los trabajos y los días*, 113.

traño ver desembarcar a los españoles en Bimini, bajo el pabellón de Ponce de León, para descubrir allí una fuente cuya tradición local existía ya. Desde entonces, el hombre se ha esforzado por buscar la clave de este doble misterio.

Examinemos, en primer lugar, lo concerniente a la expedición española. Juan Ponce de León, futuro explorador del mar Caribe y del litoral norteamericano, escritura con el reino de España dos contratos de *descubrimiento*. El primer contrato se firmó en Burgos el 23 de febrero de 1512, y el segundo, el 26 de setiembre del mismo año en Valladolid. Y aunque en ninguno de los dos contratos se aluda a una posible Fuente de Juventud, los historiadores se hallan hoy convencidos de que Bimini era, sin duda, uno de los propósitos secretos de la operación.

Un historiador de la época, Hernando de Escalante Fontaneda —que, a consecuencia de un naufragio, permaneció siete años prisionero de los indígenas de Florida (1551-1568)—, relata algo verdaderamente asombroso a primera vista. En 1574 escribe que «Juan Ponce de León fue a buscar *el río Jordán* a la Florida, creyendo a los Indios de Cuba y a otros de Santo Domingo, o por tener que entender, o por valer más y acabar de morir, ques lo más cierto, sino *para tornarse mozo*, lavándose en tal río, que es lo que hace al caso, que todo eso eran devociones de los Indios de Cuba, y de toda aquella comarca, que por cumplir su ley, decían que el río Jordán estaba en la Florida...»¹

Por otra parte, se ha de añadir que Ponce de León llegó a tierra firme desanimado por los meses de infructuosa navegación en busca no del *río*, que constituía casi un sucedáneo, sino, en realidad, de la *fuenta*, tal como nos lo cuenta, con gran lujo de detalles, otro cronista de la conquista, Francisco López de Gomara. Según este último, Ponce «armó dos caravelas i fue a buscar la isla Boyuca, donde decían los Indios estar la fuente que tornaba moços a los viejos. Anduvo perdido i hambriento durante seis meses por entre muchas islas sin hallar rastro de tal fuente. Entró en Bimini y descubrió la Florida, en Pascua Florida del año de doce, y por eso le puso aquel nombre».²

1. Hernando de Escalante Fontaneda en *Colección de documentos inéditos... relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las antiguas posesiones españolas... sacados de los Archivos del Reino, y muy especialmente del de Indias, por Don Luis Torres de Mendoza...*, tomo V, pág. 537, Madrid, Frías y Compañía, 1866. (Conservado en el Archivo General de Indias, Sevilla.)

2. F. López de Gomara: *Historia de las Indias*. Recopilación de A. González Barcia, *Historiadores primitivos*, tomo II, Madrid, 1729, pág. 35. (Conservado en el Archivo General de Indias, Sevilla.)

De esta forma, las cosas resultarían simples: los españoles buscaban el emplazamiento de la fabulosa fuente remitiéndose a los rumores que corrían entre los indígenas, los cuales también la habían buscado, a su vez... con los mismos resultados. Ya en el mismo siglo de la conquista española, los franceses —cartesianos por encima de todas las cosas— ridiculizaron estos resultados, en un cuarteto que se hizo famoso:

*Grand dommage es que ceci soit sornettes,
Filles connais que ni sont plus jeunettes
A qui cette eau de jouvence viendrait en tout repos
Bien à propos!*¹

Y que, libremente, podríamos traducir así:

*¡Lástima es en verdad que sean bromitas
y que las damas ya no jovencitas,
no puedan detener la senectud
con esas aguas de la juventud!*

Un análisis serio permite afirmar, sin riesgo de error, que, al buscar estas islas, Ponce de León obedecía una inspiración europea, y, por otra parte, que la «información» de los indígenas de Cuba, de las Antillas o de la costa de Honduras, sobre la fuente y el río, era también de origen *precolombino y no americano*.

El navegante consideraba, indudablemente, que la inspiración europea procedía de Colón o había llegado a través del mismo. Parecía un conjunto de tradiciones y de datos históricos, pero también figuraban en ella ciertos detalles geográficos precisos, entre ellos, el hecho de que se trataba de aguas poco profundas, muy claras, así como de tierras más o menos sumergidas. Como prueba de ello tenemos el relato que hace Antonio de Herrera de la navegación de Ponce:

*El primer
nombre que tuvo
la punta de la
Florida*

Ni se pudo saber en el principio el nombre que tenía la Florida, al parecer de los descubridores porque viendo que aquella punta de tierra salía tanto, la tenían por isla, y los Indios como en Tierra firme decían el nombre de cada provincia, y los Castellanos pensaban que los engañaban, pero al cabo de sus importunaciones dijeron los In-

1. Citado por La Bruyère: *Les Caractères*, XIV.

dios que se llamaba *Cautió*, nombre que los indios *Lucayos* pusieron a aquella tierra porque la gente de ella trae sus partes secretas cubiertas con hojas de palma, tejidas a manera de pleytas. *A veinticinco de Julio salieron de las isletas EN DEMANDA DE BIMINÍ, navegando por entre islas que parecían anegadas, y estando parados, no sabiendo por dónde pasar con los navíos, ENVIÓ JUAN PONCE LA BARCA A RECONOCER UNA ISLA QUE TENÍA POR ANEGADA, y halló ser la de Bahama.*¹

En cuanto a la tradición local, es triple. En primer lugar, una leyenda, extendida entre los indígenas de Haití y de Cuba, referíase a una fuente milagrosa, situada en la isla de Bimini. Otra tradición afirma la existencia, en tierra firme —y, por tanto, en Florida—, de un río cuyas aguas rejuvenecían: el... *Jordán*, designado con este nombre *antes* de la llegada de los españoles. Finalmente, hay varias oscuras leyendas, todas las cuales afirman la presencia, en una isla, de un lugar milagroso, lleno de maravillosas aves y de fuentes mágicas: un auténtico paraíso terrenal.

Antes de hacernos más preguntas sobre el origen de estos tres aspectos de la tradición, conviene decir que su causa primera es, indiscutiblemente, la existencia, en el lugar, de las aguas termales de Warm Mineral Springs, en Florida,² y la de fuentes de agua dulce que solían brotar en la propia Bimini.³ Aparentemente, esto habría de bastar para reducir lo maravilloso a lo natural. Pero examinemos antes los aspectos particulares de estas tradiciones:

Como ya hemos visto, Ponce de León se esfuerza en llegar a Bimini y su *Jordán* antes de que sean descubiertos por algún otro. Fontaneda, Gomara y los otros cronistas se hallan contestes sobre este punto. Pero la Fuente de la Juventud, el río de las aguas re-

1. Antonio de Herrera: *Historia general de los viajes y hechos de los castellanos en las Islas y Tierras Firmes de las Indias Occidentales*. Edición de la Real Academia de la Historia. Tomo III. Angel de Altolaguirre y Duvalé. Década primera. Madrid, 1934. (Conservado en el Archivo General de Indias, Sevilla.)

2. En el Sarasota County.

3. En razón de la proximidad del mar, el nivel del agua dulce de estas fuentes seguía el de las mareas. Se trataba, en realidad, de un fenómeno insólito.

juvenecedoras y el paraíso terrenal, que se confunden aquí, constituyen, en realidad, etapas distintas en un conjunto de tradiciones forjadas en diferentes épocas, como consecuencia de las relaciones geohistóricas *directas* entre los mundos Antiguo y Nuevo. Sin duda alguna, la primera de estas tradiciones que se extendió fue la del paraíso terrenal.

...Y LUEGO FUE EL JORDAN

Los irlandeses, que habían abordado el continente americano mucho antes que los vikingos y habían fundado su *Ireland et Mika* —la Gran Irlanda de allende el Océano—, fueron los primeros en extender allí el cristianismo. Y como quiera que bautizaban a los indígenas en los ríos, les dieron a éstos el nombre de *Jordán*, destinado a conmemorar la tradición bíblica.

Además, y a las primeras de cambio, huyendo de los vikingos y hostigados continuamente por ellos, los irlandeses se dirigieron hacia el Noroeste. De esta forma llegaron a las islas Orcadas. Los vikingos los persiguieron y los hicieron pasar a las islas Shetland, que hubieron de abandonar igualmente para refugiarse en la isla de Ou, en la cual se detecta su presencia, con toda certeza, hacia el 725. En el 795 desembarcaron en Islandia.¹

Estos irlandeses eran monjes pertenecientes a la secta cristiana de los ceilé dé, que habían ejercido una gran influencia en Irlanda mucho antes de la evangelización oficial del país por san Patricio. Sacerdotes seculares que vivían en comunidades, los ceilé dé, solteros y practicantes de la penitencia, tenían, sobre la virtud y la moral, ideas que, extrañamente, encontramos también en la filosofía moral inculcada a los toltecas de Tollán (México) por su famoso rey-sacerdote Quetzalcóatl. Algunos especialistas ven incluso en la persona histórica de éste a un antiguo monje irlandés que había llegado allí.

La doctrina de los ceilé dé contenía numerosos elementos paganos de raigambre céltica, que obligaron a su condenación por el Papado. Los misioneros católicos preconizaron su aniquilamiento en toda Irlanda, por lo cual, para escapar a las persecuciones, los monjes embarcaron en busca de horizontes que los

1. Orjan Olsen: *La conquête de la terre*, París, Payot, 1933, págs. 244-245.

esperaban acogedores (las tierras insulares del Norte y del Noroeste).

Ahora bien, el abad Adamnan, superior del monasterio irlandés de San Jonás entre el 679 y el 704, nos dice que un tal Cormac (521-597) había hecho ya el viaje entre Irlanda e Islandia *más de tres veces*. En sus descripciones del mar del Norte, el monje irlandés Dicuil explica que religiosos irlandeses habían estado más de seis meses en la «gran tierra de Thule», en el lejano Norte. Los vikingos llegaron a ella en el 874. Tras un vano intento de resistencia, los monjes huyeron hacia el Oeste y llegaron a Groenlandia. Ciento ocho años más tarde, los seguirían los drakkars noruegos.

Puestos de nuevo en fuga por los vikingos, los irlandeses navegaron a lo largo de la vecina costa, antes de dirigirse hacia el Sudoeste, dejándose llevar por las corrientes costeras. El *Libellus Islandorum*, escrito por Ari *el Sabio* (1067-1148), nos dice: «Los fundadores de los establecimientos normandos en Groenlandia (o sea, Erik *el Rojo* y los suyos) han encontrado en el país habitaciones humanas, tanto hacia el Este como hacia el Oeste; utensilios de piedra rotos y restos de embarcaciones, lo cual demuestra que había vivido allí algún pueblo...» Como quiera que los esquimales no habían llegado aún al sur de Groenlandia por aquella época, y la presencia de los utensilios y de las casas en ruinas no concuerda con las costumbres ni con el nivel de vida de los esquimales, no cabe la menor duda de que se trata de los irlandeses.

Tras haber seguido la costa de Terranova, los irlandeses se establecieron en lo que hoy es Nueva Inglaterra, donde fundaron la colonia de Gran Irlanda, cuyo emplazamiento exacto no han logrado aún encontrar los historiadores ni los geógrafos. Seguidamente penetraron mucho más adentro, hacia el Sur.

Entre las huellas seguras de su paso figuran, especialmente, las grutas de North Salem (New Hampshire), cuyos subterráneos tienen un plano análogo al de las primeras instalaciones religiosas de la Edad Media.¹ También se han encontrado huellas de establecimientos irlandeses en la proximidad de las localidades de Kingston y Raymond, en New Hampshire, cerca del río Támesis, así como en Lowell, Watterford, Leominster, Harward, North Andover, Worcester, Hopkinton, Upton, Millis, Medway, Mendon, Hopedale, Webster, Martha's Vineyard, etc. Cerca de South

1. Véase William D. Goodwin: *The Ruins of Great Ireland in New England*, Meador, Boston, 1940, y Hugh Hencken: «The Irish Monastery at North Salem, New Hampshire, Nueva Inglaterra», en *Quarterly*, vol. XII, núm. 3, setiembre de 1939.

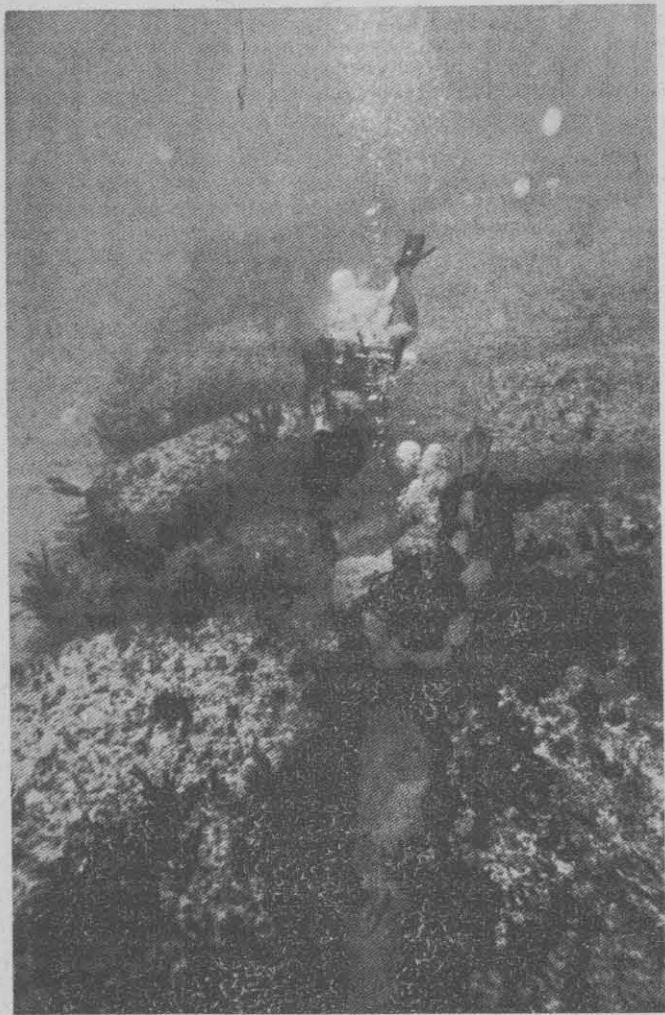
Windham (Maine) se han descubierto escaleras sin principio ni fin, cortadas en las rocas. Estos vestigios los han atribuido a irlandeses la mayoría de los especialistas, lo mismo que los de South Berwick (Maine), West Shawsheen (Massachusetts) y Woodstock (Connecticut). También se ha encontrado en Upton una construcción típica en panal de abejas, con atrio de losas en la entrada, que recuerda en muchos aspectos a Irlanda.

En 1960, las aguas del océano, levantadas por el huracán Donna, empujaron hasta una playa de Nueva Jersey los restos de una embarcación, muy antigua, de madera. Los métodos radiactivos de fechado han calculado la edad de esta nave —de tipo irlandés arcaico— en un millar de años. Tal vez perteneció a los monjes irlandeses de la región de North Salem. Cuando, tras el huracán, Albert y Salvatore Marasinti, de Marascuan (Nueva Jersey), izaron el barco hasta la costa, los especialistas que acudieron comprobaron que presentaba indicios de cobre en los tabloneros de cubierta, de veinte centímetros de espesor. La capa de cobre, constituida por finas láminas aplicadas por medio de clavos, servía de protección contra los parásitos marinos. Por lo menos en teoría, la embarcación podía resistir perfectamente la navegación por mar.

Sin embargo, cuando se trata de determinar el emplazamiento de Gran Irlanda en el mapa de América, confrontando los vestigios de las tradiciones irlandesas y americanas precolombinas, los especialistas dudan aún entre los territorios de las Carolinas y de Georgia y el de la Florida actual. El geógrafo americano J. Johnston informó, en 1819, acerca de una leyenda, que había recogido entre los indígenas de Florida y de Carolina del Sur. Los indígenas afirmaban —hacia mediados del siglo XVIII— que, desde varios siglos antes, sus tierras habían sido habitadas por blancos que empleaban armas y utensilios de hierro.

Sea como fuere, la explicación irlandesa del personaje histórico, que se hallaría en el origen de la Leyenda de Quetzalcóatl, parece verificarse en los hechos. La tradición y las fuentes autenticadas de la historia de los toltecas afirman que la «Estrella de la Mañana», llamada también «Serpiente Emplumada», fue su jefe, sin duda alguna, en el siglo X. Era un hombre de piel clara, formalmente descrito como *blanco y barbudo*. Reinó en Tula entre el 967 y el 987, aunque también encontramos las fechas de 997-999 y 1010.

Llegados del Este, el «dios» desembarcó en compañía de sus *nonoalcas*, hombres «sordos y mudos»,



*Una de las primeras exploraciones del muro de Bimini.
(Foto Rebikoff.)*

pues no entendían el lenguaje de los indígenas.¹ «Organizó» a los toltecas y les impuso sus propias ideas religiosas, las cuales comportaban numerosas tradiciones de carácter netamente cristiano, que se incorporaron desde entonces a las tradiciones amerindias. Abandonando Tula, el dios encarnado emprendió la conquista del Imperio maya y se estableció en Chichén-Itzá, que, de esta forma, recibió una fuerte impronta tolteca. Los mayas, a su vez, lo divinizaron con el nombre de Kukulkán.² Tras veinte años de pacífico reinado, los hombres «blancos y barbudos» de Chichén-Itzá partieron de nuevo. Las tradiciones amerindias lo hacen viajar entonces, a través del istmo de Darién-Panamá, hasta las costas de Perú...

La mayor parte de las fuentes indica que el «jefedios» había predicado la existencia de un dios *único* y *universal*, formado, en realidad, por una trinidad. Quetzalcóatl había también en un lugar de goces en el que los justos son recompensados después de su muerte —un paraíso celestial— y de un sitio de expiación transitoria, un purgatorio presentado a la manera católica, que, sobre este punto, no difería del de los ceilé dé.

Los sacerdotes de Quetzalcóatl enseñaban, además, que el hombre había decaído como consecuencia del pecado de una mujer-serpiente. Quetzalcóatl recomendaba la piedad y las ofrendas gratuitas. Sostenía incluso —cosa extraña para un tolteca— que se puede pecar ya con la simple intención. De esta manera, para el hombre-dios de Tula, mirar a una mujer con insistencia era ya fornicar con ella, lo cual constituye una idea típicamente católica entre los siglos VI y XI.

La *paz* y el *amor al prójimo* formaban también parte de las enseñanzas de Kukulkán, quien predicaba asimismo un misterio religioso muy afín al de la Encarnación en el Nuevo Testamento y practicaba la comunión —destinada a reconciliar al hombre con Dios— con ayuda de trozos de pan bendito. Entre las restantes tradiciones legadas por Quetzalcóatl fi-

1. R. H. Barlow: «The extent of the Empire of Culhua Mexico», en *Ibero American Series*, núm. 28, Berkeley, University of California Press, 19.

2. Se ha sostenido que Kukulkán significaba, entre los mayas, *la serpiente que nada*, variante del nombre clásico de *serpiente de la mañana*. Sin embargo, Hans Leip (*Le Roman du Gulf Stream*, París, Plon, 1956) se pregunta si la expresión «serpiente que nada» habrá dado origen al nombre del dios, o si se trataría más bien de una voz extranjera traducida de forma que se pudiera adaptar a su sinónimo clásico de «Estrella de la Mañana». Y ello porque *Kukulul Kaned* significaba, en irlandés, «el que es rechazado de las órdenes» (*to kan*, rechazar, y *kukulul*, sombrero de monje). *Ahora bien, todos los ceilé dé eran kukulus kaned* o, abreviado, *kukulkaned*. De aquí *kukulkan* = *ex monje irlandés*.

gura la del Diluvio en su variante de tipo cristiano, en el que figuraba un Noé local llamado Cox-Cox. En fin, se hallan presentes por doquier las ideas de la resurrección y de la virgen-madre.

Pero lo más significativo, incluso más que la utilización de la cruz como objeto de culto —llamada aquí «árbol de vida» y en la cual murió un hombre «más adorable que el Sol»—, es el hecho de que Quetzalcóatl instituyera, primero en Tula y luego en Chichén-Itzá, la ceremonia del *bautismo*. Y esto puede inducir a engaño respecto al bautismo cristiano. El oficiante termina la ceremonia con estas palabras: «Recibe esta agua bendita, ya que sobre la tierra en la que nazcas y te desarrolles, te ofrecerá los principios necesarios de vida. Recibe, pues, esta agua.» Y, mientras pronuncia estas palabras, el sacerdote rocía con agua bendita la cabeza del niño. Lo mismo podríamos decir de las ceremonias colectivas, durante las cuales los bautizados se metían en una pequeña corriente de agua.

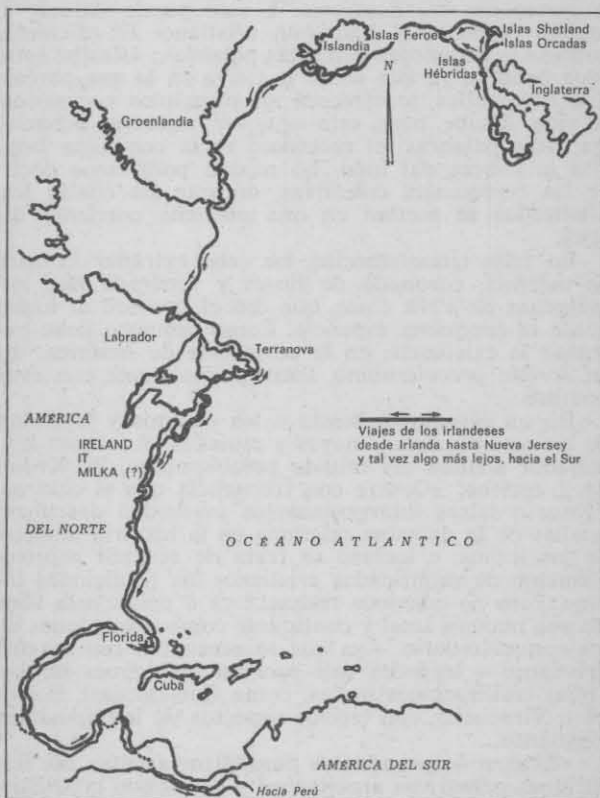
En tales circunstancias, no debe extrañar la cruz de mármol, coronada de flores y venerada por los indígenas de *Vera Cruz*, que dio el nombre al lugar desde la conquista española. Como tampoco debe extrañar la existencia, en la costa este de América, de un *Jordán precolombino*, llamado realmente con este nombre.

En un estudio dedicado a los cuentos y leyendas de los aztecas, incas, mayas y muiskas, el famoso historiador alemán del mundo precolombino, W. Krikeberg, escribe: «Ocurre con frecuencia que el celo religioso o falsas interpretaciones pretenden descubrir huellas de la doctrina cristiana en la historia antigua de los indios, e incluso se trata de revestir arbitrariamente de significados cristianos las tradiciones indias. Pero no conviene rechazar ya *a priori* esta idea de una manera total y considerar como invenciones de los conquistadores —ya que se presentan con atavíos cristianos— leyendas que asocian los héroes de las viejas civilizaciones indias, como Quetzalcóatl, Bochica o Viracocha, con ciertos aspectos de los apóstoles cristianos...

»Existen sorprendentes paralelismos entre las tradiciones primitivas americanas y el antiguo cristianismo, que corresponden, en gran medida, a las coincidencias que existen en otros terrenos entre las civilizaciones de los Mundos Antiguo y Nuevo y que tal vez expliquen algún día futuras investigaciones.»

Tenemos, por tanto, que los indios buscaron en Florida unas islas en las cuales se hallarían el agua de la inmortalidad y el río sagrado. De la misma manera, Ponce de León y sus compañeros, decepciona-

dos al no haber encontrado la fuente, siguieron buscando el Jordán... Sin embargo, su error se explica si se piensa que el manantial —o la fuente— se confundía con el río. Y la confusión es causa de que las dos leyendas posean un fondo común: la una tiene por objeto la regeneración del cuerpo (la fuente); la otra, la regeneración del alma (bautismo en las aguas del río).



Si la creencia en la renovación corporal era ya conocida por la alta Antigüedad babilónica, egipcia y griega, la tradición cristiana del agua que purifica sólo fue un complemento de aquélla, que contribuyó a forjar la tradición común. Se emparenta a la vez con la leyenda de los *frutos de oro* y los *plátanos del*

Leteo, que se encontrarían en la fabulosa Merópida transatlántica de los fenicios, y la de las *manzanas del jardín de las Hespérides*, así como con las leyendas celtoirlandesas de las llanuras de las delicias, el *Mag Mell* de los antiguos celtas.

Los especialistas en Historia precolombina y en Etnografía moderna aún discuten numerosas tradiciones imbricadas en las leyendas indígenas, todas las cuales sitúan la fuente milagrosa en la isla de Bimini. Por otra parte, sigue en pie el hecho de que la *Fuente de la Juventud* constituye el punto de partida de una investigación que tiene todas las probabilidades de colocarla un día en el origen de lo que llamamos habitualmente *la Historia*.

CÁBALA, COLÓN Y BIMINI

Colombo dio los nombres que designan las citadas islas y litorales, para que fuesen conocidos por estos nombres...

BAJÁ PIRI-REIS, 1513

¿QUIÉN DIO SU NOMBRE A LAS BAHAMAS?

En el curso de sus cuatro viajes, Colón daba a menudo nombres a los lugares que descubría. Éste es el motivo de que numerosos autores consideren que fue él quien dio el nombre a las Bahamas, las cuales se llamarían, al principio, *Lucayas*, de acuerdo con su nombre indígena. Ello es, sin duda, cierto para la isla de Guanahaní, rebautizada posteriormente con el nombre de San Salvador; pero no sería admisible para Bimini, a la que ni siquiera se acercaría al Almirante.

El primer mapa con la representación de las Bahamas, aunque de forma muy vaga, fue levantado por Juan de la Cosa. Figuran en él, al norte de Cuba y de Haití, algunas tierras que llevan los nombres que les asignara Colón.¹ Se trata de las islas de Habacoa (Abaco), Yumey (Exuma), Guanahaní (San Salvador), Mananá (Rum-kay), Samaná (Long Island), Someto (Crooked Island) y Yucayo (Caicos). Pero no hay ni la menor huella de Bimini. Por el contrario, se encuentran islas «bautizadas» por Colón y que jamás fueron abordadas por él mismo. El mapa añadido en 1511 (y, en consecuencia, antes del descubrimiento de Bimini por Ponce de León) a la obra de Pedro Mártir de Anglería, *De Orbe Novo*, no da nombres particu-

1. Estos nombres eran, generalmente, de inspiración bíblica, salvo el empleo de apelaciones indígenas, adoptadas o adaptadas según el capricho del descubridor.

lares a estas islas. En cambio, una isla tan grande como Cuba y designada con el nombre de *Isla de Buemeini*, remplacea en dicho mapa a la actual Florida.¹

Por tanto, y de la misma manera que para el «Jordán» prehispanico, hemos aquí en presencia del nombre de Bimini antes del descubrimiento propiamente dicho de la isla. Si se tiene en cuenta el hecho de que Ponce —el cual proclama la amistad que lo unía a Colón— acompañó al Almirante en su segundo viaje y desembarcó en Haití, se puede considerar que había oído pronunciar ya el nombre de la isla y había hablado de la Fuente de la Juventud en sus conversaciones con Colón o con quienes lo rodeaban. Y ello tiende indirectamente a demostrar que fue el propio Colón quien dio a esta isla el nombre que conocería un éxito tan prodigioso.

Por otra parte, en la Edad Media se consideraba ya como probable la existencia de las Antillas. En efecto, aunque mal emplazadas geográficamente, figuran ya en numerosos portulanos desde el siglo XIII, designadas, indiferentemente, con los nombres de Antilha, Antilla, Antillas o Anticha. Se les daba también el nombre de *Isla de Siete Ciudades*, en la cual consta que vivieron siete obispos portugueses, que se refugiaron en ella en el 711 huyendo de la invasión árabe dirigida por Tarik el Moqsa.

Pero aun suponiendo que este último episodio sea pura leyenda y que Antilla provenga de *Anti-Isla* y, por tanto, de la lógica necesidad de oponer a las del Este del océano una tierra situada al Oeste, ello no invalida el presentimiento de la existencia de estas islas.

SOBRE EL MAPA DE COLÓN

El sabio ruso D. Tsukernik ha demostrado recientemente la existencia de un mapa levantado antes de 1492 y que permitió a Colón controlar su itinerario.² Se sabe que inmediatamente después de zarpar de las Canarias, Colón ordenó a los hermanos Pinzón —sus subordinados directos— que navegaran, de día y de noche, 700 leguas hacia el Oeste. Ello significa que se abandonaría la navegación nocturna una vez se hubiesen recorrido las citadas 700 leguas. Para prever de esta forma la presencia de una tierra a tal

1. Michael Craton: *A History of the Bahamas*, Londres, 1958, pág. 45.

2. D. Tsukernik: *Kakbila Otkrila Amerika*, en *Novyi Mir*, núm. 12, Moscú, 1962, págs. 217-241.

distancia, el Almirante *debía* de disponer de un mapa.

Cuando, los días 23 y 24 de setiembre de 1492, las tripulaciones, aterrorizadas por la inmensidad del océano, llegaron casi a amotinarse, el Almirante calmó los ánimos al mostrar a los comandantes de los otros dos navíos no sólo sus propios cálculos y notas, sino también un mapa. Nos relata este hecho don Fernando Colón, hijo y biógrafo del Almirante, y nos lo confirma el historiador Bartolomé de las Casas, el cual añade, incluso, que en esta ocasión el Almirante daría a Pinzón *un mapa en el cual figuraban islas*.

En tales circunstancias, estallaría una lucha verbal entre Martín Alonso Pinzón y Cristóbal Colón. Al reconciliarse, los dos hombres se pusieron de acuerdo para calcular y determinar en común la posición real de los barcos. Y entonces comprobaron que se habían apartado de la ruta de las islas representadas en el mapa.¹ A finales de setiembre, Colón dio a las carabelas la orden de girar oblicuamente hacia el Sudoeste, es decir, en dirección a estas islas. Era la dirección correcta. Y conducía a islas que existían efectivamente y respecto a las cuales los historiadores modernos especializados en Geografía niegan que pudieran ser conocidas *a priori* por Colón. Por tanto, éste tenía que conocer de antemano su itinerario y haberlo trazado sobre un buen mapa.

Por otra parte, se cree que el trigésimo tercer día después de haber zarpado de la isla de Gomera, en las Canarias, la tierra —en este caso, una de las islas del archipiélago de las Bahamas— debería de hallarse lo suficientemente cerca como para que la navegación nocturna resultara peligrosa. Hizo esta comprobación Pedro Niño, timonel de la *Santa María*, con ayuda del *mapa* que el Almirante le había confiado. El timonel pidió entonces a Colón la autorización para no seguir navegando de noche. Quedaron de acuerdo y se ordenó transmitir la orden a la tripulación de *La Pinta*, el navío que navegaba más cerca del buque almirante. Y ello ocurrió sólo unas horas antes de que el vigía Rodrigo de Triana viese, al fin, tierra, desde lo alto del mástil de la Capitana...

Todos los cronistas de los siglos XVI y XVII que escribieron sobre el descubrimiento de América se refieren al mito del «piloto anónimo». Según esta leyenda, Colón habría hospedado en su casa de Porto Santo a un piloto que, empujado por la tempestad,

1. Por tanto, ¿se trataría de las islas de las que habla Santiago el Sirio (633-708), obispo de Edesa, en su obra *El Hexamerón*? Remitiéndose a las dimensiones de la Tierra, este autor escribe, en efecto: «Frente a España y las columnas de Hércules, hasta el país de los chinos, el cual se halla al Oriente de la India, hay una tierra desconocida y deshabitada.»

realizaría un viaje, totalmente involuntario, hasta las Antillas, de donde regresaría para morir, agotado, en brazos de su anfitrión. Y tal piloto sería el que entregó a Colón el mapa o el itinerario. Se habla incluso de dos marinos de Palos que, accidentalmente, permanecerían una temporada en las Antillas y que luego informarían al Almirante. Llegarían a esta tierra, la cual figuraba muy vagamente en el mapa de Toscanelli que, en 1475, entregara el rey Alfonso V de Portugal a Ferrão Teles de Meneses.

Y a todo ello se ha de añadir todavía un detalle, el más curioso de todos. Durante el camino de regreso, cuando todo el mundo estaba inquieto por la falta de viento en las zonas ecuatoriales, el Almirante comportóse también como si ya conociera este nuevo itinerario. Este regreso fue una especie de carrera loca, de día y de noche, para recorrer el trayecto en el tiempo más corto, beneficiándose de los vientos del Oeste, a fin de ser empujado hacia Europa. Otra hazaña increíble sin la existencia de un buen mapa.

Por lo demás, todo esto no hace sino reforzar la tesis clásica, adelantada por Beuchat,¹ según la cual, el Almirante disponía desde 1483, de un plan sistemático para la exploración del oeste del océano Atlántico.² Ahora bien, si Colón tenía en su poder un mapa y las islas figuraban en el mismo con su emplazamiento exacto, podía perfectamente conocer sus nombres antes de desembarcar... aparte el hecho de «bautizarlas» él mismo.

Y la prueba cierta de que existió este mapa la tenemos en un descubrimiento hecho en la biblioteca del palacio Topkapi, de Constantinopla, en 1929. Se trata del famoso *Mapamundi* —en realidad, de su mitad izquierda—, levantado, en 1513, en Geliboli (Galípoli), por el capitán-bajá Piri Reis, almirante y cartógrafo turco de renombre, para el sultán Selim. En las notas marginales de este mapa —que se halla muy lejos de constituir la mejor representación de América en la primera mitad del siglo XVI— se encuentra una inscripción árabe referente a Colón y a las islas

1. Beuchat: *Manuel d'Archéologie américaine*, París, 1912.

2. El historiador y geógrafo americano G. F. Nun comenta en estos términos la proeza del Almirante: «En realidad, Colón no hizo un descubrimiento, sino tres. El descubrimiento de las dos rutas del océano pasó inadvertido al quedar eclipsado por el descubrimiento de la tierra.» Sea como fuere, y como subraya su gran biógrafo moderno, Salvador de Madariaga, Colón «halló en un abrir y cerrar de ojos lo que los marinos españoles del Pacífico tardaron cuarenta años en encontrar: desde 1520-1521, fecha de la expedición de Magallanes hasta 1565, fecha en la cual Urdaneta descubrió la ruta Oeste-Este». (Salvador de Madariaga: *Christophe Colomb*, París, Calmann-Lévy, 1952, pág. 296.)

descubiertas por el mismo. Digamos inmediatamente que el almirante turco se apresura a declarar que ha utilizado un mapa de Colón para levantar el suyo. Pero he aquí el texto de la nota V del mapa de Piri Reis:

«El presente mapa describe estas costas, así como las islas que se encuentran en las mismas. Estas costas se llaman el litoral de *Antillya*. Fueron descubiertas el año 890 de la Era árabe. Pero se dice que un infiel de Génova, de nombre Colombo, descubrió estos parajes. Así, cayó en manos de Colombo un libro gracias al cual supo que en los confines del mar de Occidente, es decir, al Oeste, existían costas e islas, toda clase de minerales y de piedras preciosas. Habiendo leído, de cabo a rabo, la citada obra, enumeró estos hechos, uno tras otro, ante los grandes de Génova, y les dijo: "Dadme dos barcos, e iré en busca de esos lugares..." Y ellos le respondieron: "¡Oh, insensato!, la mar de Occidente, ¿tiene un límite o un fin? Está rodeada de vapores y tinieblas." El citado Colombo vio que no podía esperar nada de los genoveses y fue entonces a explicarle la cosa al rey de España. Él también le dio la misma contestación que los genoveses. Pero Colombo mostróse tan apremiante, que el rey de España le dio dos barcos, cuidó de que fuesen bien armados y equipados y dijo: "¡Oh, Colombo!, si es como tú dices, te hago capitán de esos lugares", y lo envió al mar de Occidente.

»*Gasi Kemal poseía un esclavo español, el cual esclavo explicó a Kemal Reis que había ido tres veces a aquellos países con Colombo, y decía: "Llegamos primero al estrecho de Ceuta, y luego, habiendo recorrido cuatro mil millas por el camino justo..."*

»Ahora, estos países están abiertos a todos y son conocidos. *Colombo dio los nombres que designan las citadas islas y litorales, para que fuesen conocidos por estos nombres. Colombo era también un gran astrónomo. Los litorales y las islas que figuran en este mapa han sido tomados del mapa de Colombo.*»

Sin embargo, olvidando el mapa y la nota citados, otros historiadores de la Geografía sostienen que si Colón dio en realidad nombres a las islas que acababa de descubrir, su inspiración debía de ser puramente local.

Los indígenas eran entonces los aravacos y los tainos. Estos últimos han desaparecido actualmente. Por fortuna, sus costumbres e idioma fueron estudiados antes de que la civilización aportada por los españoles a sus súbditos fuese acabando poco a poco con ellos. Los tainos ocupaban principalmente la parte central de la isla de Haití. El padre Raymond Breton, misionero en las Antillas, publicó, en 1656, un diccio-

nario usual de la lengua de los caribes de Haití, que, en realidad, es sólo un buen diccionario taino-francés. Otro francés, el padre De Charlevoix, autor de una estupenda *Histoire de l'Isle de Saint Domingue*,¹ considera incluso la lengua de estos tainos como un *idioma sagrado*, que sería hablado constantemente sólo por los habitantes del centro de la isla; los restantes lo utilizarían sólo en las grandes ocasiones. Según Onffroy de Thoron —autor del siglo XIX—, tal lengua sería transmitida por las mujeres.

Sea como fuere, los nombres de las distintas islas de las Bahamas tienen, indiscutiblemente, relaciones con la lengua de los tainos, ya que cada uno de los nombres tiene un sentido en taino. Así: *Habacoa*, la isla de Abaco. En taino, *Habacani* significa pueblo, y *Habacoa*, lugar elevado. Por tanto, Habacoa sería la isla del *pueblo elevado, protegido*. También en taino, *Buemen*, *Bemin* = corona, cumbre. Pero también *Bina*, *Binah* = viejo muro, ruina; *Beim* = espacio entre las piedras de un muro, y *Bein*, *Beine*, *Ebein* = piedra de construcción, mojón. Así, en buena traducción, Bimini significaría la isla (corona) del viejo muro, o *Isla de la Corona*.

EXTRAÑAS COINCIDENCIAS

Si se tiene en cuenta que Colón no era sólo un navegante profesional, sino también un excelente conocedor de las Escrituras, un cabalista de primer orden y hebraizante por vocación, no pueden extrañar las resonancias judías de casi todos estos nombres. Él mismo debió de comprobarlo en el momento en que los consagraba ante la Historia. Entendámonos. Se trata, con toda evidencia, del viejo hebreo de los textos bíblicos, el cual no se halla muy lejos de dos lenguas hermanas, muertas desde hacía largo tiempo: ante todo, el cananeo, y después, el fenicio. Las tres tienen la misma raigambre semítica.

Y Colón debió de recordar antiguos textos. Por ejemplo, que en cananeo y en hebreo antiguo se encuentra: para *Habacoa*: *habak* = lugar circuido; *kani* = morada, hábitat; *oba* = piedra, mesa, mesa de piedra, losa; *abakani* = hábitat. Y lo mismo para *Bimini*: *B'Mn'* = lugar elevado, altar; *Boum Hein* = lugar (u objeto) precioso; *Bana*, *Bina* = construcción, edificio dominante. En consecuencia, podemos decir que

1. París, François Barois, 1730.

Habacoa significa *pueblo circuido*, y Bimini *construcción que domina* (o altar).

Es inútil extenderse más respecto a las posibles similitudes o afinidades. Su explicación real es infinitamente más simple de cuanto imaginarse pueda.¹ Tal vez se hayan de considerar incluso *dos* explicaciones, una de las cuales es, evidentemente, la coincidencia pura y simple, salvo que admitamos una más antigua presencia semítica, o sea, fenicio-cananea, en algunos puntos de las costas de América.

Pero si se supone que Colón pudo haber conocido los nombres de las islas *antes* de descubrirlas, la sorpresa que le hubiesen causado estos nombres no habría podido por menos de reforzar en él la determinación de «descubrir» estas extrañas tierras. Especialista en las Escrituras y, más aún en la cábala —de la que fue ciertamente un gran practicante—, no cabe la menor duda de que se consideraría predestinado a ser el primero en sacar partido de todas estas informaciones, así como de las leyendas sobre el agua de la juventud.

Entre los libros que pertenecieron a Colón y que constituye un testimonio de sus preocupaciones figura el famoso *Ymago Mundi*, del cardenal D'Ailly. El Almirante lo anotó, capítulo por capítulo. En alguna parte de dicha obra, D'Ailly dijo del Éufrates: «Río de Mesopotamia, cuya fuente se halla en el paraíso; es muy rico en piedras preciosas.» Al margen, Colón escribió, simplemente: «Éufrates.» Por el contrario, en las páginas dedicadas a las Islas Afortunadas (las Canarias), observa: «El Paraíso terrenal es, sin duda alguna, el lugar que los autores llaman las Islas Afortunadas.» Reconoce su error en otra nota. Más adelante, en una página del capítulo IV, en la que D'Ailly habla de los cuatro ríos del Paraíso bíblico, y escribe que en el Paraíso hay «una fuente que riega el jardín de las delicias», Colón comenta: *Una fuente en el Paraíso.*

Tal vez sea éste el comienzo de un capítulo de su vida que no vivió. Un capítulo que habría podido titularse: «Cábala, Colón y Bimini...»

1. Para otros autores, no carentes de cierta fantasía, la mitad o poco menos de la antigua toponimia haitiana serían de origen semítico. Veamos un ejemplo, en taino: *Hai* = isla, e *Hiti* = mujer (*Haití* = isla de las mujeres); en cananeo, *Hay* o *ai* = isla, con lo cual *Hiti* sería el nombre de un pueblo. El argumento es muy aventurado. Sin embargo, lo utilizaron ampliamente, en el siglo XIX, Lord Kingsborough y Onffroy de Thoron para «demostrar» que los *judíos* habían ido a América... ¡para colonizarla!

CUANDO EL AVIÓN VUELA A TRAVÉS DE LAS AGUAS

...Es preciso considerar que, hace unos 10.000 años, las Bahamas formaban una enorme plataforma emergida, que podía muy bien cobijar a millones de seres... Los numerosos vestigios descubiertos hacen evidente esta hipótesis... Pero lo cierto es que no sabemos absolutamente nada sobre esta civilización. Por tanto, se trata de un problema arqueológico, no geológico. Hay que proseguir los trabajos y las excavaciones para encontrar, al fin, las claves de este formidable enigma.

DIMITRI REBIKOFF,
7 de diciembre de 1971.

En 1970, cuatrocientos cincuenta y ocho años después de su entrada oficial en la historia de los hombres, Bimini hizo una segunda irrupción en la actualidad. Propiedad de la poderosa compañía financiera «Rockwell» y enarbolando pabellón inglés, la isla ha beneficiado con la celebridad a dos hombres fuera de lo común. La eligieron a su vez un profeta y un poeta, un titán de la visión y un gigante de la creación literaria. El primero fue el extraño Edgar Cayce; el segundo, Ernest Hemingway.

Cayce, el visionario mimado por las riquísimas americanas que iban en busca de sensaciones, ha unido su nombre al de la isla al predecir la resurrección de la Atlántida de entre las límpidas aguas de las Bahamas. Afirmó también que ante las costas de Bimini tenía que encontrarse un templo atlante construido en la cima de uno de los grandes montes de la Atlántida engullido por las olas... No vendría mal un poco de Geología, por muy profeta que sea. En

efecto, Cayce habría debido saber que la meseta de las Bahamas, simple plataforma, no incluye montañas sumergidas, ni volcanes derrumbados bajo algunos metros de agua. Pero Cayce va más lejos aún y sostiene incluso que en estos templos los sacerdotes atlantes se entregaban a fabulosas experiencias utilizando la fuerza de rayos de luz, generadores de fortuna. Una especie de protorrayos láser atlantes. Más realista, Hemingway nos lega *El viejo y el mar*, algunas de cuyas páginas vieron la luz en un tabernucho de la isla.

Pero Bimini aspiraba a una gloria bien distinta: aquella de la que la habían revestido las leyendas de los tainos, los sueños de Colón y las secretas ambiciones de Juan Ponce de León. Una gloria de fin de ciclo que pueda, en cierta medida, contrapesar las «historias» de 1492 y 1512.

EMPIEZA LA VERDADERA EXPLORACIÓN

Lo que iniciara la navegación a vela en tiempos de Isabel la Católica y de Juana la Loca, lo acabaría la exploración submarina en la época en que se pusieron en tela de juicio las «verdades» establecidas. Robert Marx, Dimitri Rebikoff y Manson Valentine añadieron sus nombres a la lista de los ya unidos a la isla de Bimini. En efecto, Manson Valentine, del Museo de Ciencias de Miami, en Florida; ex profesor de la Universidad de Yale y especialista en civilizaciones precolombinas, es el verdadero «descubridor» del lugar de Bimini. Dimitri Rebikoff, explorador, ingeniero especializado en fotografía submarina e inventor del *flash* electrónico, es el fundador de un Instituto de Tecnología submarina que funciona en Cannes y en Nueva York. Robert Marx —famoso submarinista, apasionado de las investigaciones sobre las antiguas navegaciones y la arqueología submarina— es el explorador de los parajes de la isla de Andros.

Los descubrimientos de Bimini fueron posibles, a partir del mes de setiembre de 1968, gracias al ingenio «Remora M-114-E», construido por Rebikoff, verdadero *avión submarino* provisto de cámaras automáticas que permiten tomar vistas desde un gran ángulo (92" en diagonal bajo el agua). Una vez equipados, los investigadores concentraron sus esfuerzos sobre una estructura sumergida que había sido señalada en la proximidad de la costa septentrional de la isla: con

toda exactitud, al noroeste de North Bimini.¹

Cada uno a su vez, participaron en las investigaciones del doctor Robert Thompson, de la Universidad York, de Toronto (Canadá); los profesores John Gifford y Cesare Emiliani, de la Universidad de Miami; el doctor F. G. Walton Smith, también de Miami, y Tim Tealey, director del Instituto Tecnológico FIT del Hidroespacio, de Cocoa Beach; Sir Robert Marx, director del Departamento de Investigaciones de la «Real Eight Co.», y el aviador bahamiano Paul Aranha.²

Al finalizar el primer año de investigación, dieron con una estructura de 70 metros de longitud y 10 de anchura, que parecía construida con grandes bloques de piedra regulares, ensamblados por una especie de cemento. Al medir los bloques con ayuda de un hemidécámetro de agrimensor y de un estereocomparador utilizado habitualmente para trazar los mapas aéreos en curvas de nivel, Rebikoff estuvo pronto en condiciones de precisar que algunos bloques tenían más de 5 metros de lado, y que su espesor oscilaba entre los 50 y los 150 centímetros. Por tanto, sus pesos alcanzaban en ocasiones hasta las 5 toneladas, para una densidad media de material rocoso superior a 2.

Terminadas en abril de 1971, las zanjas de exploración abiertas en la cara este del muro oriental revelaron la existencia, por lo menos, de una segunda capa de piedras similares, bajo la primera. Todas estas piedras están unidas por una misma capa de cemento, de 5 a 6 centímetros de espesor. Además, se ha comprobado que la cara exterior del muro se halla claramente levantada y alineada. Los ángulos inferiores, protegidos de la erosión de las olas, son verificables con escuadra en sus tres ejes. Acá y allá se ha creído descubrir, en la cara interna de los bloques, huellas que podrían haber sido dejadas por algunos instrumentos o herramientas.

Investigaciones posteriores deberán determinar si se trata de un muro único o de un simple elemento de una construcción infinitamente más vasta. Ya los nuevos hechos comprobados en mayo de 1971 parecen indicar que nos hallamos ante un antiquísimo puerto sumergido, que tendría muelles y un doble dique, ensanchado en algunos puntos simétricos.

Hemos de señalar aún que la horizontal de la parte más alta del muro se halla perfectamente «a nivel» con la línea de superficie del agua y, por todas par-

1. *Geological investigation and survey of submerged feature of Paradise Point, Bimini, Bahamas*, por John A. Gifford, del Departamento de Geología Marina y Geofísica de la Universidad de Miami, 25 de febrero de 1971.

2. Una de las expediciones de investigación se desarrolla bajo la dirección del famoso cosmonauta americano Edgar Mitchell.

tes, a una profundidad igual de 6 metros aproximadamente. Su aspecto general es el de una construcción bien anclada en un subsuelo dispuesto de acuerdo con reglas rigurosamente respetadas.

Finalmente, todas estas estructuras artificiales están exentas de vida marina fija: en efecto, se hallan ausentes por completo las esponjas, briozoarios, corales madreporicos e incluso las algas. Esta situación tal vez la explique el hecho de que el edificio ha quedado oculto por la arena durante milenios. En efecto, los violentos huracanes de los últimos años durante los que pusieron al descubierto los contornos de las estructuras a través de las límpidas y azuladas aguas de las Bahamas. Digamos, de pasada, que la construcción ha dado buenas pruebas de su solidez al resistir tifones y huracanes tropicales capaces de elevar las olas a 11 metros de altura y hacer soplar vientos de 210 nudos.

Queda aún en pie la cuestión concerniente a pronunciarse sobre la edad de las estructuras. La posible fecha de construcción correspondiente al estadio de la inmersión, propiamente dicha, de cierto nivel del terreno, está lejos de ser la misma para todo el conjunto, y varía en función de los métodos utilizados para determinarla.¹ Así, el método de la determinación de la curva general relativa a la altura de las aguas, da una antigüedad de unos 6.000 años.² Si se lleva a cabo la misma medida con ayuda del radio-carbono 14 aplicado a los vestigios de las vecinas turberas sumergidas, se obtiene, respecto a las mismas, una edad de 4.700 años ($\pm 10\%$) para una profundidad de 3 metros, y de 6.000 años para los 4 metros. La estimación, calculada por extrapolación, da 10.000 años para una profundidad de 6 metros. Este valor corresponde al nivel actual de las partes más altas del muro, no a las bases del mismo. Razonablemente, se puede calcular una antigüedad que oscile entre los 8.000 y los 10.000 años para las construcciones cuya base se encuentra actualmente a 8-10 metros de profundidad.

En todo caso, se ha de considerar que, en una época muy antigua, la superficie de la plataforma de las Bahamas era lo suficientemente extensa como para ofrecer el espacio necesario al desarrollo de una civi-

1. Herman Müller: «Petrology of the Cliff limestone (Holocene) North-Bimini, Bahamas», en *Neues Jahrbuch für Mineralogie*, noviembre de 1952, págs. 507-523.

2. M. G. Multer y J. E. Hoffmeister: *Subaerial Laminated Crust of the Florida Keys*, *Bull. Geol. Soc. of America*, vol. 79, 1968, págs. 183-192, y L. S. Kornikker: *Bahamian limestone crusts*, *Transactions, Gulf Coast Association of Geological Society*, vol. VIII, 1958, páginas 167-170.

lización y al desenvolvimiento de una vida social basada en la caza y en la pesca, así como en la aplicación de algunos rudimentos de agricultura, lo cual permitiría la floración de una sociedad humana capaz de realizar construcciones megalíticas. Por otra parte, la estructura de Bimini no es la única en el archipiélago de las Bahamas.

DESCUBRIMIENTOS EN LAS BAHAMAS

Apasionado de la Arqueología, el profesor Manson Valentine fue también, junto con Ernest Williamson, uno de los pioneros de la fotografía submarina, en la que se ocupa desde 1926. Desde entonces no ha dejado de investigar las estructuras que, un poco por doquier, se hallan sumergidas en esta vasta plataforma de las Bahamas, si bien concentrando particularmente sus esfuerzos entre Nassau y Bimini. Su primer colaborador fue el piloto de aviación comercial Robert Brush, que sobrevolaba a diario la región extendida entre Bimini y la isla de Andros. En estos parajes fue en los que, en 1968, Bruschi descubrió y fotografió, al norte de la isla de Andros, una estructura aparentemente rectangular. Advirtió de ello en seguida al profesor Valentine, y, acompañados por Rebikoff, fueron a visitar el lugar; tuvieron que hacerlo en hidroavión, dada la somera profundidad de las aguas. Se trataba de un muro de más de 30 centímetros de espesor, completamente hundido bajo la arena.

Este muro, que parecía ser el fundamento de un edificio rectangular de unos 30 por 20 metros, estaba hecho con piedras cuidadosamente alineadas a cordel. Sólo había quedado preservada su parte inferior, la cual se reveló por una pequeña zanja abierta a cuchillo. La construcción no ha sido explorada aún. Sin embargo, se sabe que posee algunos tabiques e incluso dos estancias en ángulo, lo cual la aproxima, en cuanto al plano constructivo, a la famosa casa de las tortugas de Uxmal, que construyeran los mayas.

En los alrededores de Bimini se encuentra un nuevo cercado de forma rectangular, una estructura poligonal —más o menos pentagonal— y, finalmente, otra, de varias decenas de metros de longitud, llamada, a causa de su contorno general, *El sable de abordaje*. Y probablemente no se haya cerrado aún la lista.

Recientemente, Robert Marx descubrió nuevos vestigios durante la breve exploración de una gruta submarina en las proximidades de la isla de Andros. Se

trataba de una excavación artificial muy profunda, en cuyo interior había restos de cerámica. Una de estas piezas —hechas a mano— representaba un rostro humano.

Los objetos revelaban *un aspecto general extra-americano*. Los expertos que tuvieron la oportunidad de examinar las fotografías tomadas en este lugar por el investigador asignaron un claro origen no amerindio, a las piezas representadas en dichas fotografías y opinaron que sus características las acercaban *al tipo mediterráneo*. En cuanto a la edad de su fabricación sería según tales expertos, anterior a la época colombina.¹ No lejos de este lugar, el doctor J. Manson Valentine descubrió piedras discoidales de centro perforado y cuyo diámetro oscilaba entre los 2 y los 5 pies. Observadas también por Robert Marx en el curso de una de sus exploraciones, presentan una extraña similitud con objetos descubiertos en las islas Yap, en el Pacífico.

También en las proximidades de Bimini se ha señalado la existencia de fragmentos de viejas columnas enterradas bajo la arena.

Al principio no despertaron gran entusiasmo los descubrimientos de Valentine y su grupo. Tal vez se haya de buscar la explicación de esto en la celebridad de la propia Bimini, así como en las predicciones de ese «Nostradamus durmiente» que fue, a los ojos de los periodistas, Edgar Cayce, quien, para 1968-1969, anunció la resurrección de la Atlántida en Bimini.² Así, el profesor Sears, del Departamento de Arqueología de las Bahamas, gran excavador de lugares pobres, desprovistos de construcciones en piedra, de los antiguos aravacos, califica como «vivero de tortugas» el

1. Robert Marx, *Atlantis: The legend is becoming fact*, ARGOSY, vol. 373, número 5, noviembre de 1971, págs. 44-47.

2. Nacido el 18 de marzo de 1877, Edgar Cayce adquirió un gran renombre en América gracias a la extravagancia y audacia de sus predicciones, emitidas en estado de sueño hipnótico. Profeta en su tierra, predijo las dos guerras mundiales. Bimini no quedó al margen de su incesante actividad. En junio de 1940, Cayce tuvo una visión según la cual una de las islas de la Atlántida platónica resurgiría de entre las olas. Se trata de la *isla de Poseidón*, alto lugar de los viejos atlantes situado en la inmediata proximidad de la isla de... Bimini, que emergerá de entre las olas gracias a un movimiento muy lento y progresivo. Tal vez hayamos de ver aquí el *Caifal* de los exegetas fantásticos de una Atlántida demasiado milagrosa como para ser tomada en serio ni siquiera por los atlantólogos convencidos. Por lo demás —siempre según Cayce—, se encontrarían informaciones extraordinarias sobre esta Atlántida atlántica en un templo secreto situado en Egipto y enterrado en la arena, bajo una de las patas de la Esfinge... (Véase, a este respecto, Josane Charpentier, *El libro de las profecías*, capítulo XIII «Un profeta americano del siglo xx: Edgar Cayce», Plaza & Janés, Esplugas de Llobregat, 1974.)



*En busca de las juntas
del muro de Bimini.
(Foto Rebikoff.)*



*Perforación submarina des-
tinada a descubrir la na-
turaleza de las estratifica-
ciones mineralógicas del
muro de Bimini. (Foto Re-
bikoff.)*

«templo» situado al norte de la isla de Andros... Sin embargo, un estudio más profundo de los contornos de esta construcción conduciría a valorar la similitud de su plano con el de muchas construcciones religiosas de la Antigüedad del Mediterráneo Oriental.

Antes de poner fin a esta breve descripción de las estructuras conocidas hasta hoy, hemos de precisar algo acerca de la naturaleza petrográfica de las grandes piedras que constituyen el dique o malecón del puerto de Bimini. Según los especialistas y el informe de los geólogos de la Universidad de Miami correspondiente al 25 de febrero de 1971, el citado «muro» está constituido por bloques de micrita que no tienen parecido alguno con las formaciones rocosas naturales que lo recubren. Tales formaciones, hechas de calcairena (granos de material calcáreo cimentado por cristales aciculares de aragonita) son características de las costas del norte de Bimini.¹ Estos bloques, de elevado contenido en micrita, tienen una porosidad muy baja (30 a 50 %) y encierran en su masa numerosas conchas y moluscos fosilizados, lo cual los acerca a las formaciones, de aspecto lagunar, de la costa de South Bimini.

Tenemos, pues, un juicio formal. Los bloques que constituyen la estructura artificial junto a las costas septentrionales de North Bimini *no tienen ninguna conexión natural* con las formaciones naturales que las engloban. Más aún: desde el punto de vista geológico, pertenecen a capas que se encuentran nada menos que a una distancia de 22 millas, o sea, al otro lado de una isla distinta. De aquí que el informe diga, para terminar, que nos hallamos ante un «enigma geológico».² Más para que una estructura, emergida o sumergida, seca o húmeda, en cualquier parte del mundo, tenga derecho a figurar en el inmenso catálogo de lo artificial, se debe poder determinar su origen. Ahora bien, es una verdadera lástima que las construcciones de Bimini no nos digan absolutamente nada acerca de sus constructores. En efecto, nada de lo que conocemos respecto a la historia del hombre americano ni de la prehistoria europea de hace 10.000 a 12.000 años nos permite arriesgar la más mínima atribución. De acuerdo con los manuales en uso, la historia propiamente dicha de las civilizaciones amerindias precolombinas susceptibles de realizar tales edificios se remonta, como máximo a 2.000

1. John A. Gifford: *Geological Investigation and Survey of submerged feature of Paradise Point, Bimini, Bahamas*, University of Miami, 1971, pág. 6.

2. «In both their mode of origin and composition, the blocs of Paradise Point remain something of a geological enigma.» (Conclusión del citado informe, pág. 7.)

Emplazamiento	Características	Constructores	Observaciones sobre la edad de las estructuras
<i>Islas Bahamas (sobre todo, North Bimini)</i>	Muros ciclópeos. Construcciones en seco sobre una plataforma, invadida seguidamente por las aguas oceánicas, en crecidas. Presumibles huellas de utensilios en el interior de las estructuras. Muros limpios de vida submarina. Construcción mediante el empleo de piedras de ángulos rectos y juntas de cemento.	Desconocidos.	La plataforma fue invadida por las aguas hace por lo menos 5.000-6.000 años. Edad de la construcción, es decir, de las estructuras construidas «en seco»: 8.000 a 12.000 años.
<i>Cuilcuilco (México)</i>	Pirámide de Pedregal, recubierta por la lava de una erupción volcánica. Edad de la pirámide: 3.000-4.000 años «como máximo». Edad de la erupción: por lo menos, de 6.000 a 12.000 años...	Desconocidos. Antepasados de los nahuas (poco probable) o de los pre-olmecas (posible).	Edad discutible, si bien la lógica exige unos 7.000-8.000 años ¹ .
<i>Pedras (Rio Uta-ma)</i>	Curiosas inscripciones en las paredes.	Desconocidos.	10.000-12.000 años.
<i>Piedra Pintada (Guayana brasileña)</i>	Inscripciones, dólmenes, pasadizos, infraestructuras de piedra	Desconocidos. Hombres parecidos al tipo de «Cro-Magnon».	6.000-12.000 años.
<i>Malta (Halsalfeni)</i>	Construcción del hipogeo.	Desconocidos. Hombres de tipo mediterráneo.	6.000 años o más.

1. Recientemente, P. R. Romero ha llegado a la conclusión, mediante el fechado con el radiocarbono, de que estos vestigios —que él considera olmecas— tienen una antigüedad de 10.000 años.

años a. de J. C., con la cultura olmeca de San Lorenzo, del período antiguo del preclásico de América Central. En cuanto a Europa, si la época de hace 12.000 a 15.000 años había visto ya nacer el arte de Lascaux de Altamira, se considera que los aborígenes eran entonces incapaces de edificar un muro ni levantar monumento de ninguna clase.

Sin embargo, podríamos establecer ciertos parale-

lismos, como los que damos en la tabla de la página anterior.

Los investigadores se preguntaron incluso, al principio, si los españoles no construirían fortificaciones y muelles en Bimini, Andros y otras islas del archipiélago de las Bahamas. O, si no los españoles, por la menos los indígenas prehispánicos. Pero la Historia no ha registrado tal hecho, al menos por lo que se refiere a los españoles. En cuanto a los indígenas —aravacos y tainos inmigrados—, no tenían nada que hacer de tales construcciones y se limitaban a levantar chozas de madera.

En consecuencia, los constructores de Bimini sólo pudieron ser desconocidos que escapan a todos los esquemas históricos admitidos. Desconocidos que ojalá no se hubieran «conocido» nunca, pues fueron la causa de que, en marzo de 1971, se iniciara una de las pequeñas guerras de la Arqueología: la guerra de las estructuras rocosas de las Bahamas.

HARRISSON SE VA A LA GUERRA

Fue realmente una «decepción para los aficionados a lo maravilloso» el artículo publicado el 9 de abril de 1971 por un diario francés, famoso por su seriedad, en el que se afirmaba: «Los muros submarinos de las Bahamas son obra de la Naturaleza.» Se demostraba en tal artículo —remitiéndose a la no menos seria revista inglesa *Nature* y a un «estudio» de un tal señor Harrisson— que los exámenes *in situ* y los análisis de laboratorio habían establecido, de manera irrefutable, el carácter totalmente natural de dichas formaciones. Citamos: «Todos los bloques se componen de caliza basta, que reposa sobre una capa de caliza más densa y más fina... En todo caso, tanto en la una como en la otra concuerda todo: la disposición de los estratos y la morfología superficial...» Se nos explica incluso «cómo se han formado estos bloques». El cascajo procedente de la trituración grosera de las conchas de los moluscos se depositaría luego en las aguas, muy bajas a la sazón. Seguidamente, en el Pleistoceno, la retirada del mar entregaría estas formaciones a las aguas dulces de la tierra y el material grosero se concretaría «en un cemento», que sufriría consecutivamente, fisuras (diaclasas) perpendiculares... Los lentos desplomes de las costas, las resacas marinas, las olas impetuosas y los animales marinos horadadores agrandarían luego las fracturas (*sic*)... y he aquí unos bloques que parecen la-

brados y depositados allí por la mano del hombre...

Última salva de esta cortina de artillería pesada, una muestra de conmiseración para los partidarios de la artificialidad: «En cuanto al error —escribe Harrisson—, tanto más excusable cuanto que las formaciones son submarinas, se explica por el hecho de que las primeras observaciones fueron hechas por gentes de buena fe, sin duda, pero que no eran geólogos.» Por desgracia para él, al tratar de defender la cronología, que no permitía colocar a Bimini en ninguna parte sin estallar, Harrisson despreció manifiestamente la cronología del descubrimiento. Consideremos, pues, las fechas en nombre de Harrisson.

Concebido durante el verano de 1970 (*Atlantis Undiscovered-Bimini, Bahamas*), el artículo de W. Harrisson —del Environmental Research Associates Inc., de Ashley Drive (Virginia)— llegó a la redacción de la revista *Nature* el 22 de octubre de 1970. Así, Harrisson —especialista, a su vez, en cuestiones ambientales— emitió juicios definitivos seis meses antes de la publicación del estudio realizado por unos geólogos, perfectamente cualificados, que ven en la estructura de Bimini un «enigma geológico»...¹

Lejos de ser el Waterloo del muro de las Bahamas, el artículo de *Nature* contribuyó a un inicio de clarificación de las cosas, al obligar a nuevas investigaciones. Entonces fue cuando se comprobó que el muro inicial, de 1970, pertenecía a una gigantesca estructura rectangular, especie de construcción portuaria cuyo muelle, de línea curva y que afrontaba la Corriente del Golfo, tenía más de 60 metros de longitud. Más aún: el examen de este muelle confirmó no sólo los detalles del emplazamiento de los bloques —constituidos por sólidas piedras escuadradas— y su perfecta alineación, regulada con la cuerda de los albañiles, sino también el hecho de que la disposición de las hileras de bloques simples pertenecen a un sistema de construcción que la Naturaleza no puede imitar en modo alguno: *la construcción sobre pilares*.

Las exploraciones —iniciadas en mayo de 1971 y proseguidas después— han permitido determinar la posición exacta de las gigantes lasas, sostenidas por pilares y cuya superficie inferior es rigurosamente paralela a la superior... Esta forma de construcción sobre pilares recuerda, en cierta medida, la de

1. Digamos además, sin tratar de remover la herida, que si se examina la bibliografía del artículo de W. Harrison, se advierte que, aparte dos citas de artículos sobre Geología y Paleontología, de catorce y quince años de antigüedad, respectivamente, y de dos referencias a los autores del descubrimiento (Valentine y Rebikoff), remite a obras sobre... la Atlántida, de Ferro, Berlitz, etc.

los viejos puertos mediterráneos construidos por los fenicios. El espacio vacío entre los pilares servía de rompeolas. La mole del puerto de Biblos es de este tipo.

Un atento examen de la disposición general de la estructura de Bimini —allá donde es posible que el pasadizo cubierto llegue hasta el muro propiamente dicho, especie de mole, y la terraza, construida al estilo megalítico— permite descubrir la muy clara diferencia existente entre lo natural y lo artificial. No puede ser más evidente el ridículo de los que atribuyen la forma de ciertos detalles a la incesante actividad de los animales marinos.

Tras haber realizado un viaje a Bimini, Pierre de Latil escribía, en diciembre de 1971: «Hemos comprobado *in situ* lo que ya se nos aparecía claro en la película presentada en París, o sea, que los bloques no descansan directamente sobre el fondo, sino sobre cuatro piedras que forman pilares... En efecto, esto es lo más importante: el fondo arenoso continúa bajo los bloques, incluso con sus *riple-mark*. Bajo la cubierta de roca plana se ve la luz del otro lado. Los "pilares" se hallan a veces llenos de incrustaciones, pero siempre encontramos cuatro...»

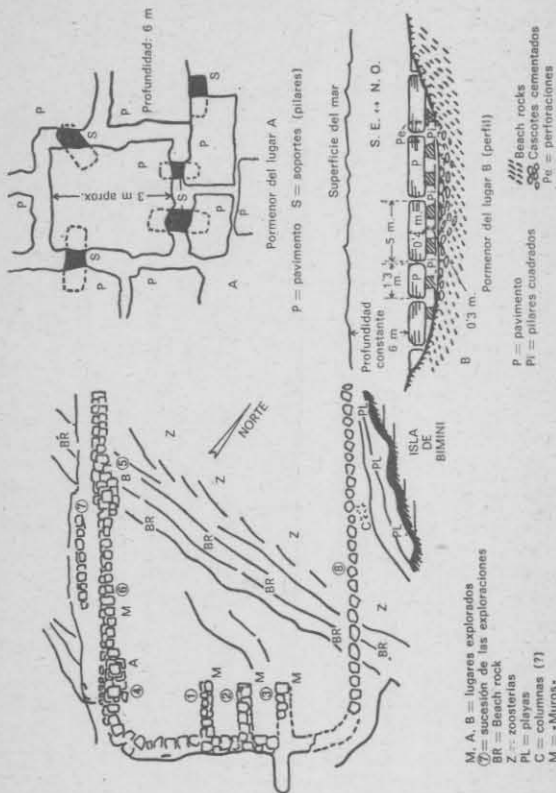
Estas incrustaciones, de 2 a 3 centímetros de espesor, debidas a un depósito de esponjas calcáreas, disimulan algo, sin duda, la forma puramente geométrica de los bloques, que, sin tales incrustaciones, se mostraría con toda evidencia. Y Pierre concluye: «Lo cierto es que cuando uno está allí, resulta difícil dar crédito a los argumentos del geólogo Harrison, según el cual, junto a los bloques había capas sedimentarias, que se encontrarían entre uno y otro bloques. Tales estratificaciones, si existieran, se hallarían completamente disimuladas.»¹

De la misma manera, John Gifford, ex alumno de la «School of Marine and Atmospheric Sciences», de la Universidad de Miami —cuya tesis trató precisamente de las formaciones de Bimini— observa, en las muestras tomadas de bloques vecinos, una clara diferenciación de las capas, que no correspondían de un bloque al otro.

Por tanto, el carácter artificial de las estructuras es demasiado manifiesto como para poder ser discutido, y, si bien aún es demasiado pronto para reconstituir el porqué y el cómo de las cosas, podemos intentar, sin embargo, con la imaginación, partir en busca de los constructores. Para ello conviene, ante todo,

1. *Sciences et Avenir*, núm. 298, 1971, págs. 1000-1009.

preguntarse acerca de la forma en que estas tierras pudieron quedar sumergidas. Sólo la Geología puede ayudarnos en este cometido.



Las estructuras de Bimini (según D. Rebikoff)

LA MORADA INVADIDA POR LAS AGUAS

Apparent rari nantes in gurgite vasto.
VIRGILIO, «Eneida», I, 118.

La región de Bimini pertenece a la plataforma precontinental de las Bahamas. Dicha plataforma, muy antigua, formó parte, en otro tiempo, de un estrecho *no man's land*, de escasos kilómetros de anchura, que separaba la actual tierra americana de Florida, del cuerpo mismo de Africa. Y ello mucho antes de que el lento ballet de los continentes diese al Globo su fisonomía actual.¹

Desde entonces han transcurrido largas épocas geológicas, mensurables en centenares de millones de años. Hace unos 25.000 ó 30.000 años —en un mundo que no difería sensiblemente del que hoy conocemos—, las Bahamas se hallaban enclavadas en una gran plataforma continental de varios centenares de kilómetros.² Entonces se podía ir a pie enjuto desde Bimini hasta Exuma Island, y el litoral oriental de la isla de Andros estaba bordeado por un vasto golfo interior abierto hacia el Norte, verdadero paraíso de cálidas aguas en el que reinaba la más fantástica vegetación tropical. Al derretirse los hielos polares se modificó progresivamente el aspecto de esta plataforma, que fue sumergiéndose milímetro a milímetro. Las curvas de nivel, la vegetación enterrada y las formaciones geológicas de las aguas dulces permiten

1. Robert S. Dietz, John C. Holden y Walter P. Sproll: *Geotectonic and Subsidence of Bahama Plataform*, Atlantic Oceanographic and Meteorological Laboratories, Miami, Florida, 1968.

2. Véase el estudio del glaciólogo R. A. Daly: *Glacial Control Theory*, en la cual establece las relaciones existentes entre los períodos glaciares y la formación de los corales.

reconstituir cada una de las etapas de esta lenta inmersión. En efecto, sabemos que el nivel actual de —20 metros se hallaba a ras del agua hace entre 9.000 y 15.000 años; que el de —8 a —15 metros corresponde a una antigüedad que oscila entre 6.000 y 7.000 años, y que el de —5 a —8 metros se remontaría a 5.000 años atrás.

Es de suponer que la plataforma estaba habitada unos 10.000 a 15.000 años a. de J. C. La más cercana población de América se remonta, por lo menos, a 80.000 años atrás, como han demostrado indirectamente los descubrimientos hechos en California por Leakey en 1970 y 1971. Esta última cifra hace, sin más, aceptable la primera. Así, pues, el hundimiento de las Bahamas tendría testigos, por lo menos en sus comienzos: los hombres que vivían en esta tierra fértil, rica en plantas útiles y animales y cuyas aguas rebosaban de peces.

Sea como fuere, hace por lo menos 8.000 años, los habitantes debieron de ver con toda claridad que la tierra se iba hundiendo. Entonces, sin duda, se plantearían el problema de la evacuación —también progresiva— de las «tierras bajas», más directamente amenazadas. La retirada se iniciaría, al principio, hacia las regiones interiores más elevadas, y sólo más tarde se llevaría a cabo la evacuación definitiva. En esta hipótesis podemos imaginar que, hace sólo de 3.000 a 5.000 años, se encontrarían allí aún ruinas en curso de hundimiento.

En el último período —el que va desde el año 1000 hasta nuestros días— se encuentran, entre las tierras que no quedaron sumergidas, zonas de aguas bajas, no navegables, que valieron al archipiélago su nombre español de *Baha Mar* (Baja Mar), que luego, por corrupción fonética, se convertiría en Bahamas. También a esta situación se deben algunas tradiciones locales sobre las ruinas sumergidas.

Sin embargo, nos hemos de plantear dos preguntas. La primera consiste en saber quiénes fueron los constructores de estas extrañas estructuras, contemporáneas de las pinturas de Lascaux y de Altamira, en Europa, o sea, pertenecientes a una época en que América no había sido poblada aún enteramente por los «asiáticos», que arribarían después de atravesar el estrecho de Bering, y los polinesios, que llegarían transportados por las corrientes del Pacífico. La otra pregunta es la de su destino, una vez que hubieron abandonado sus lugares de origen. Creemos que el simple examen crítico del mapa del océano Atlántico puede darnos respuestas correctas.

...LLEVADOS POR LA CORRIENTE DEL GOLFO Y LA CORRIENTE DE LOS CARIBES

Lógicamente hablando, los constructores de Bimini y de otras estructuras arquitectónicas esparcidas por los bajos fondos de las Bahamas sólo pudieron pertenecer a un pueblo muy viejo de marinos, que vivían de la mar y cuya cultura era de tipo premegalítico. Podemos muy bien pensar que estos hombres, al abandonar sus «moradas» —que, efectivamente, eran «paradisíacas»—, se dejarían llevar por las aguas tibias de la Corriente del Golfo, para atravesar el Atlántico de Oeste a Este.¹ Podemos imaginar que se establecerían en seguida donde terminaba *el curso de la Corriente*, es decir, en las islas atlánticas situadas al este del océano, las Canarias y las Azores, en las costas de Irlanda, de Inglaterra y de Bretaña, así como al noroeste de la península Ibérica. Pero también en las Orcadas, en las islas Shetland y en las costas orientales del mar del Norte, después de haber atravesado el canal de la Mancha, a la sazón mucho más estrecho, o descendiendo entre Escocia y Noruega.

Al otro lado de las Bahamas, hacia el Sur y el Oeste, los esperaban las orillas de Florida, las grandes islas de las Antillas, las costas del Yucatán y de Honduras, las del istmo de Panamá y del norte de América del Sur, hasta la embocadura del Amazonas... Abordando en pequeños grupos unas costas desconocidas, aquellos hombres necesariamente aportarían consigo su concepción del mundo, sus ideas maestras, sus conocimientos y sus técnicas.

EL HOMBRE FÓSIL DE FLORIDA

Al llegar aquí hemos de dar un rodeo y recordar que, según los últimos datos de las investigaciones antropológicas, la Florida y sus costas estaban habitadas

1. Para aquellos que —discutiendo incluso la existencia y el desarrollo de la navegación antes de aparecer la agricultura— permanecen escépticos en cuanto a tales navegaciones, precisemos que la más vieja navegación conocida hasta hoy se remonta a —7527. En esta fecha, objetos de obsidiana fueron transportados de Melos a Franchthi, en el Egeo, a través de 120 kilómetros de mar abierto (*Sciences et Avenir*, núm. 299, enero de 1972, pág. 78). Así, pues, el hombre atravesaría los mares hace unos 10.000 años.

por aquella época. Ahora contamos con informaciones seguras —y en muchos aspectos sensacionales— sobre el hombre que vivía allí. Se han encontrado no sólo sus huesos y su cráneo (varios ejemplares) —ligera-mente alargado y que muestran un intenso prognatismo y un índice cefálico superior a 74—, sino también su *cerebro intacto*.¹

Este hombre de Florida vivía ya probablemente, hace unos 10.000 años, en los parajes de Warm Mineral Springs. Sólo un feliz proceso de conservación —debido a las mineralizaciones de las capas de sedimentos que lo protegían— ha permitido descubrir el cerebro en el interior de su bóveda craneal. A su lado se encontraban utensilios de piedra. Pero, ¿qué buscaba aquel hombre, con algunos de sus semejantes, donde ha sido encontrado? ¿Los beneficios de las aguas milagrosas de Florida?

La presencia de este marino-pescador en Florida; los restos de hombres que vivieron en las grutas de piedra caliza que hay en la región demuestran, por lo menos, que en la época en que se construyeron las estructuras descubiertas actualmente, aquellos parajes estaban habitados hacía ya largo tiempo. En cuanto a la naturaleza de los hombres que poblaban la plataforma de las Bahamas, podemos preguntarnos si no figuraban entre ellos grupos de *Homo sapiens* tipo hombre de Cro-Magnon. Por tanto, esta plataforma sumergida luego por las aguas conocería la infancia del *Homo sapiens*, sus primeros desarrollos. Y, partiendo de dicha plataforma sus antepasados se extenderían, implantando en todo el mundo la cultura de los megalitos, cuya relación con los cromañonoides es más que probable.

Pero veamos más de cerca los argumentos susceptibles de apoyar nuestra hipótesis.

a) Para admitir que la Corriente del Golfo haya podido servir de vehículo entre América y el Viejo Mundo, es necesario que se encuentren en las costas americanas las construcciones más antiguas y que supieran navegar los habitantes que las levantaron.

1. Véase William Royal y Eugene Clark: *Natural preservation of human brain*, Warm Mineral Springs, Florida, en *American Antiquity*, vol. 26, núm. 2, octubre de 1960. Añadamos que, junto a los habituales cuchillos de sílex y las agujas de hueso parecidas a los artefactos descubiertos en 1959 por Lewis y Kernberg en Eva (Tennessee), el hombre de Warm Springs poseía también utensilios cortantes hechos de dientes de tiburón fósiles. Este último hecho habla claramente en favor de sus actividades de pescador y marino. Nótese aún que el descubrimiento realizado en Florida no fue el primero de este tipo. En 1857, 1902 y 1911, Rivero en Perú y Smith en Egipto descubrieron momias en cuyas bóvedas craneales había aún fragmentos de cerebro. Un hallazgo idéntico —un cerebro romano— lo hizo el americano Oakley en 1960.

Y como quiera que transcurrió largo tiempo sin que se encontraran tales construcciones, hasta entonces no fue posible establecer nada. Ahora bien, sabemos que desde el milenio X antes de nuestra Era, las condiciones climáticas y la situación geográfica (nivel más bajo de los mares) permitían ya, por sí solas, una navegación de tal entidad. En cuanto a los medios de transporte, existían, para la época, buenos y muchos. El *Homo sapiens* del Auriñaciense y del Solutrense (—40.000 a —18.000 y —18.000 a —15.000) utilizaba ya corrientemente la *balsa* o *almadía*. El del Magdalenense (—15.000 a —10.000) conocía la *piragua monóxila*, excavada en un tronco de árbol.

Oigamos, pues, al historiador alemán Paul Hermann: «...Las indicaciones, al permitir llegar a la conclusión de que existieron viejas relaciones entre los dos mundos, forman un conjunto compacto de caracteres muy variados. Esta misma diversidad, el hecho de que sean independientes por completo las unas respecto a las otras y que se remitan a zonas y a actividades humanas muy diferentes, hacen verosímil que posean un fondo de verdad. Éste es el punto de vista que, en su conjunto, ha sido adoptado por los especialistas. Con muy escasas excepciones, están convencidos de que existieron tales relaciones, relaciones que, por otra parte, son del todo probables.»¹

Por otra parte, la propia Historia nos ofrece un dato de inestimable valor acerca de la edad verdaderamente remota de las primeras navegaciones que afrontaron la aventura de lanzarse a alta mar sólo con ayuda de las estrellas, de las corrientes y de los vientos estacionales. Se trata de la impresionante aventura del cauri, concha utilizada hasta fecha reciente, como moneda, en la India y el Senegal. La conocieron ya numerosas civilizaciones antiguas, pues la encontramos en China, en el África negra y beréber, en América, en casi toda Oceanía e incluso en Francia, donde se descubrió, junto a restos humanos de unos 30.000 años de antigüedad, en la cueva de Grimaldi. Sus empleos fueron diversos. Pieza importante de la cabeza de las estatuas, máscaras e indumentarias, es también símbolo de la feminidad en los mosaicos y bronceos hindúes y chinos, así como en Oceanía y África. Tal vez se diga: Es algo completamente normal. Pero se da el caso de que el cauri es originario de una región del océano Índico perfectamente determinada —y sólo de esta región—: las islas Maldivas.

b) La existencia y, más aún, la dispersión, a tra-

1. Paul Hermann: *L'homme à la découverte du monde*, París, Plon, 1961, págs. 234-235.

vés del mundo, de hombres que debieron de abandonar la plataforma de las Bahamas en curso de inmersión, pueden relacionarse muy bien con el destino final del hombre de Cro-Magnon y sus contactos con los primeros constructores de megalitos. Representante en Europa —junto al grimaldiano negroide de estatura media y el chaceladiano semejante al esquimal— del hombre del tipo *Homo sapiens* aparecido en el curso de la última glaciación, el hombre de Cro-Magnon, idealizado por algunos exegetas con los rasgos del gran anciano blanco (de 1,80 a 1,90 metros), inteligente y fuerte, conserva también algunos de sus enigmas, entre los cuales no es el más pequeño el de su lugar de origen.¹

«Clarín que toca el aria del Arte con A mayúscula» —como lo llama, en alguna parte, Jacques Brosse—, este viejo de los inicios de los tiempos del hombre —gran maestro del rito de la tinta roja, con la que se pintaba el cuerpo— nos ha dejado huellas de un área de difusión que puede detectarse siguiendo sus vestigios típicos; pero también nos ha legado indicios de su hogar central, original.

Sus vestigios se encuentran desde la Europa Central y Sudoccidental hasta las Azores y las Canarias —estas últimas constituyen una importante etapa en las migraciones de estos hombres—, y desde aquí, pasando por el norte de África, hasta en las tumbas egipcias predinásticas y el Oriente Medio. A este respecto, Raymond Lantier precisa: «Supervivencias de los Cro-Magnon en España, en el Midi, en África del Norte y en las Canarias, testimonian la importancia de estos grupos en la población de tales tierras, incluso en nuestros días.»¹

1. Las teorías sobre el origen del hombre de Cro-Magnon son inferiores, tanto en número como en calidad, a aquellas que nos llevan a su aspecto mismo. Hace algunos años, Madeleine Rousseau resumía así estas últimas: «El no especialista, al encontrarse con tantas contradicciones e incertidumbres, está en su perfecto derecho de plantear a los sabios esta pregunta: "El Cro-Magnon, del que se hace a menudo el primer espécimen de la magnífica raza blanca, de gran capacidad craneal, ¿fue blanco, o negro, o —como creía Negri en 1895— sólo un negro de tez clara, tipo hotentote-bosquimán? ¿Fue el autor de las estatuillas de la diosa madre, o acaso constituyen éstas la primera manifestación del auriñaciense, que vivió unos 25.000 años antes?"» (*Le Musée vivant*, 1953, págs. 135-136.) Mas, ¿por qué este hombre habría de ser negroide o —¡cuántos y cuán raros términos se han creado a veces para sostener estas ideas!— un «blanco de piel negra»? En efecto, si fue blanco, no se sabe siempre «de dónde hacerlo venir» sin riesgos de error. He aquí por qué, a veces, se lo hace descender de Asia, donde se habría «blanqueado» en un medio ambiente favorable (frío, hielos, etc.)...

1. Raymond Lantier: *La Vie préhistorique*, París, P.U.F., col. «Que sais-je?», 1965, pág. 63.

Se encuentran asimismo restos humanos del mismo tipo de *Homo sapiens* desde la isla de Helgoland hasta el Haggar, y desde Gran Canaria hasta el Nilo, e incluso en ciertos puntos de la América Central y del Sur. Hacia 1950, el explorador Homet descubrió, en el norte del Amazonas, sepulturas y urnas dobles que contenían huesos bañados en ocre rojo, entre ellos, cráneos que revelaban una intensa dolicocefalia, un índice cefálico superior a 75-76 y una estatura correspondiente a una talla de 1,85 a 1,95 metros. Se señala la presencia de estos hombres incluso en el viejo yacimiento humano de Lagoa Santa, en Brasil. Afines del hombre de los Eyzies —espécimen extremadamente arcaico, enterrado en una masa de ocre rojo—, pertenecen a una raza *que no vio la luz* en el suelo de Europa.

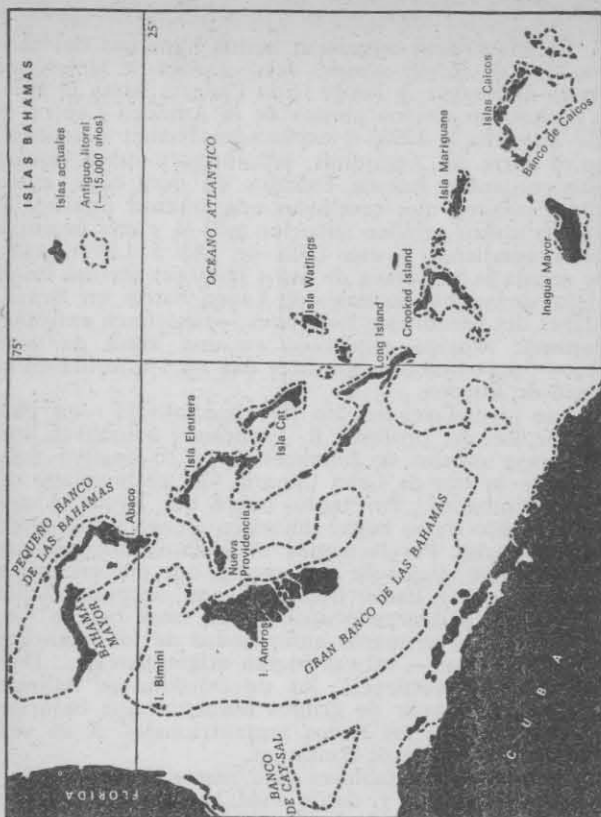
Las investigaciones de los especialistas —en particular, las del profesor R. Verneau— descubren una presencia masiva de hombres tipo Cro-Magnon muy puro en la isla de Gran Canaria, del archipiélago de las Afortunadas.¹ Por tanto, habrá que situar el emplazamiento de su hogar inicial en alguna parte cerca de estas islas. Por lo demás, su aislamiento aparente nos da unos inicios de explicación, que nos encamina hacia Europa. Estos hombres, que necesariamente fueron los primeros ocupantes de tales tierras —y, por tanto, los primeros antepasados de los guanches de las Canarias—, tal vez fuesen originarios de... Dordoña. En consecuencia, los de Dordoña se habrían extendido a partir de grupos humanos que bajarían de la región de los hielos septentrionales. A su vez, éstos... Y podríamos continuar.

Pero, ¿cómo establecer esta migración desde Dordoña hacia África y, desde aquí, hasta las islas Afortunadas? Ausencia de huellas en las tierras «atravesadas»; población cromañóide de las Azores —región excéntrica respecto a la supuesta ruta—, simple lógica, en fin; todo invalida, en definitiva, esta teoría, la cual, por otra parte, no nos aclara nada acerca del lugar de origen de estos gigantes de la Prehistoria.

Este punto de partida tal vez podría situarse de por sí teniendo en cuenta el papel de placa giratoria desempeñado por la plataforma de las Bahamas cuando aún era muy vasta para alimentar a una raza y permitir la expansión de la misma.

c) Por otra parte, también permanece oscuro el origen de lo que se ha dado en llamar la «civilización de los megalitos». No se conocen de la misma ni fuente de difusión ni origen definido. No se ha descubierto de ella ningún centro inicial o «capital» en ninguna

1. R. Verneau: *Revue Anthropol.*, I, 10, 1886.



parte de la Europa Occidental o Septentrional, ni en las regiones mediterráneas de megalitos. No obstante, la especificidad del sistema de construcción empleado impide atribuir a los dólmenes, crómlechs y menhires —diseminados en una importante área geográfica— orígenes puramente locales, como si fuesen fruto de la invención regional o simple juego de coincidencias históricas.

Además, esta civilización parece haberse desarrollado, casi por doquier, a partir del mar hacia el interior de las tierras, aun permaneciendo marina, o sea, estrictamente litoral. Este hecho confirma el origen *exterior* de la idea megalítica, que se extendería a partir de un centro desconocido aún. Desconocido, salvo que se admita la existencia de una población

en la época *premegalítica* de las Bahamas.

d) Último argumento: la existencia, *in situ* —en las Antillas y en América— de leyendas *precolombinas* que se remiten al paraíso terrenal o, más a menudo, a una Fuente de Juventud.

Los indígenas hablaron ampliamente de estas leyendas a los primeros navegantes españoles. Ahora bien, la región interesada por estas tradiciones comprende precisamente las Bahamas y Florida. En fin, son también notables, por su riqueza en megalitos, las regiones del Viejo Mundo en que se encuentran estas leyendas en sus más puras formas. Éste es el caso, e particular, del Oriente mediterráneo —sobre todo, Canaán—, Yemen, litoral occidental de la India, Ceilán, Senegal, monte Atlas, etc. Por otra parte, casi todos los pueblos *ulteriores* a la construcción de megalitos y que vivieron en sus parajes, contaron, entre sus tradiciones, con leyendas que afirmaban la existencia de islas o de una isla de los bienaventurados, o de la felicidad, situada *al oeste del gran océano*.

Finalmente, una de las más grandes leyendas mitológicas —el mito de Osiris— habla de la manera más explícita posible, si no de esta enjambrazón de esencia civilizadora, sí, por lo menos, de esta primera patria abandonada, que se recuerda a menudo como un verdadero *paraíso terrenal*.

EL MITO DE OSIRIS Y EL «LIBRO DE LOS MUERTOS»

*¡Salud, oh estrellas de la Cadera,
que brilláis en el cielo boreal,
en medio del gran lago...!*

«Libro de los Muertos» (cap. XCVIII)

UN MITO QUE SOBREVIVE A LAS EDADES

Gracias a Plutarco conocemos el único gran mito de la antigua cultura del valle del Nilo que ha llegado íntegramente hasta nuestros días. En el momento de su transcripción por Plutarco, este mito había ya superado con éxito varias de aquellas revoluciones religiosas propias de la historia del antiguo Egipto. Lo que, verosímelmente, le permitió sobrevivir, fue el espíritu democrático de este dogma, que «aseguraba» a todos los fieles la futura inmortalidad, fuese cual fuese su rango social.¹

Generalmente se ve en el mito de Osiris, o, por mejor decirlo, en la aventura terrenal y celestial de la familia del dios —su esposa, Isis, y su hijo, Horus—, una tradición que se remitiría a datos religiosos. Los exegetas y comentaristas han encontrado siempre en este mito todo cuanto han querido: desde la noción de dios iniciador, a la lucha de las fuerzas de la Naturaleza; desde el culto a los muertos, hasta el de la fecundidad, y desde la concepción del crimen que clama venganza, hasta la del perdón más generoso. Aunque la religión egipcia haya sido menos la expresión de un

1. Véase el estupendo libro de Jean Caseneuve: *Les Mythologies à travers le monde*, París, Hachette, 1966, pág. 102.

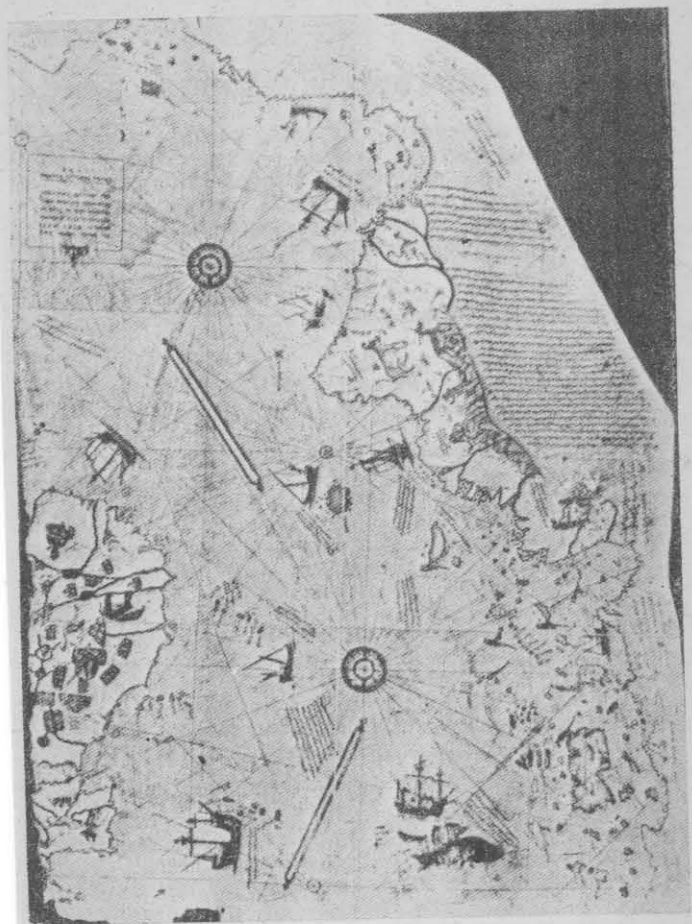
dogma que un conjunto de prácticas culturales,¹ el contenido filosófico del mito de Osiris se presta más al análisis que la sucesión de acontecimientos de orden humano que lo jalonan.

Sin embargo, recordemos brevemente de qué se trata. El mito nos relata el conflicto que enfrenta a Osiris —hijo de Gea (la Tierra), rey del Universo y esposo de su propia hermana, Isis— con su hermano, Seth, que sentía envidia de ellos. Osiris, confiado, acepta participar en un banquete ofrecido por Seth y seguido de un extraño concurso, que se revelará como una trampa. Seth ofrece un magnífico cofre a quien, entre sus invitados, logre llenarlo metiéndose en él. Y le llega el turno a Osiris. Tan pronto como el dios se ha metido en el cofre, su hermano se abalanza hacia el mismo, cierra la tapa y lo arroja al agua. Isis, desconsolada, encuentra el cofre en Fenicia. Lo lleva de nuevo a Egipto y lo esconde en un pantano. Pero Seth lo descubre y, para acabar de una vez por todas con Osiris, saca del cofre el cadáver y lo hace pedazos. Con ayuda del dios Chacal, Isis reconstituye el macabro puzzle y momifica a su esposo. En una segunda parte, Horus venga a su padre atacando a Seth, al que hiere y captura, para llevarlo luego a presencia de su madre. Isis perdona, y Osiris llega al reino de los muertos para ofrecer la corona a su hijo.

Pero en esta historia no sólo hay amor y celos, venganza o perdón... También hay geografía. Los autores modernos ven en Fenicia —donde se encontraba el cofre— y en el pantano egipcio —en el cual Isis oculta el cadáver de Osiris— sólo dos emplazamientos anodinos, necesarios para la economía espacio-temporal del relato. Por lo que respecta a nosotros, insistiremos sobre la posición geográfica del reino de los muertos.

Para los antiguos egipcios, que habitaban el valle del Nilo, este reino de los muertos se encontraba en alguna parte hacia el *Oeste*. Imaginario o no, el Oeste es, para todos los pueblos de la Antigüedad clásica, la tierra más lejana.

1. El gran especialista E. Drioton considera que, a despecho de los aspectos particulares debidos a la falta de unidad, las múltiples creencias egipcias del tiempo de los faraones se fundaban, sin embargo, en un sistema religioso único.



Mapa del hemisferio occidental levantado por el almirante turco Piri Reis, 1513. (Foto E.R.L.)

EL PARAISO DEL LIBRO DE LOS MUERTOS

Este legendario Oeste va unido siempre a la idea de un paraíso terrenal perdido, que se esfuerza uno por alcanzar en el más allá. Las dichas prometidas en este más allá son las que, sin duda, ofrecía esta tierra abandonada. Al mismo tiempo, esta idea refleja la creencia de los egipcios en su origen extranjero a su propio país.

Así, en el capítulo XXXII del *Libro de los Muertos*,¹ Osiris se expresa en estos términos:

*El viejo dios, el grande...
ha puesto en mis manos el país de los Muertos,
la bella Amenti.*²

Más adelante (cap. LXII), en la invocación que ha de hacer todo candidato al paraíso, Osiris precisa aún:

*Porque mi nombre es el que penetra victorioso;
que se me confíe el dominio de las aguas,
pues ya poseo el de los miembros de Seth.
He aquí que atravieso el cielo,
soy el dios de cabeza de león y soy Ra;
soy el dios Smam; en mi interior
brilla la constelación de Khpesh,
que ahora recorre los lagos y senderos
de los campos de los bienaventurados,
entro en posesión de mi herencia celestial.*

En el cielo o en la tierra —distinción difícil de establecer, en razón del importante papel desempeñado por lo sobrenatural en la interpretación de lo cotidiano y de los límites, muy sutiles, entre lo real y lo fantástico, en el pensamiento de los antiguos egipcios—, esta «bella Amenti» era un país situado al Oeste, rico en lagos y en senderos y que correspondía no sólo a los *Campos de los bienaventurados*,

1. Compilación basada en los textos encontrados en las pirámides de las dinastías V y VI (2563-2263 a. de J. C.). La mayor parte del texto se encuentra en el famoso *Papiro de Turin* (160 capítulos). Hasta ahora se han encontrado 190 capítulos (fragmentos). En 1842, Lepsius publicó una edición completa titulada —de una manera puramente arbitraria— *Libro de los Muertos*.

2. G. Kolpaktchy: *Livre des Morts des anciens Egyptiens*, París, Ed. des Champs-Élysées, 1954, pág. 96.

sino también a otras divisiones muy particulares y que la tradición legaba como una herencia a las futuras generaciones. Dominio del más allá, Amenti comprende, en efecto, dos regiones: *Sekht-Hotep* —los Campos de la paz divina— y *Sekht-Ianru*, o sea, los Campos de la paz y Campos de los bienaventurados. Además, Amenti dispone de una capital, la ciudad de Sekhem, en la cual se encuentra un santuario: el altar divino de Osiris.

En el mito, Osiris se nos muestra en el aspecto de hombre cósmico decaído, paralizado, aprisionado, cuyo cuerpo material es ofrecido a las fuerzas del mal. Extrañamente, corresponde así al hombre primero de los gnósticos y casi se confunde con el Adam Kadmon de la Cábala, cual protagonista de la tragedia cósmica inicial. Cristo prefigurado, su aventura —divina a medias, y a medias humana— es como un mito cristiano al revés, ya que aquí es el padre el que se sacrifica, mientras que el hijo «restablece» las cosas en su estado original.

Siempre según la leyenda, la ciudad de Sekhem corrió una trágica suerte. Tras haber servido de escenario a los combates trabados por Horus para vengar a su padre, fue destruida... «en la terrible noche de las tempestades y de las inundaciones» (*Libro de los Muertos*, capítulo LVIII).

Pero consideremos estas dos regiones —los Campos de la paz y los Campos de los bienaventurados— vistas desde Egipto. Tenemos, pues, que el mundo del «más allá» es arrasado por una tempestad y por inundaciones. La tempestad —que, según algunos textos, pudo ser también fuego— afectó principalmente a los Campos de la paz, mientras que los Campos de los bienaventurados fueron alcanzados por las inundaciones, operación más lenta. Amenti es, ante todo, la «morada» de Osiris («En verdad, yo soy Osiris y vivo en Amenti», cap. VIII), pero también *la región de los canales y de las corrientes*, ya que el propio dios es «el dueño de las aguas, del aire, de los canales, de los ríos» (cap. LXVIII). Es, en fin, el sitio por el que el Sol se pone. En cuanto a los Campos de los bienaventurados, su descripción es más rica aún en pormenores naturales. Los textos nos dicen que se encuentran en *él senderos*, a la vez que nos describen su riqueza en vías de agua y de circulación:

¡Oh, vosotros que navegáis por los Campos de los
[bienaventurados!]

Sabed que las ofrendas que se me destinan
deben llegar a mí a lo largo de este canal...

(Cap. CVI)

Una invocación pide incluso:

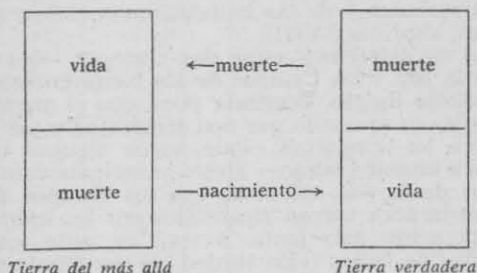
*Que su morada esté en medio de los Campos de los
[bienaventurados,
que pueda gozar de las aguas corrientes de los Campos
[de la paz
(Cap. CLXXXVIII)*

Por otra parte, el texto celebra en el Amenti el «pórtico del cielo septentrional», e incluso esboza una descripción puramente geográfica:

*Te conozco,
tu parte meridional se encuentra en el país de Kharu,
tu parte septentrional está formada por el canal Ersa;
en verdad, conozco los Campos de los bienaventurados,
ese patrimonio de Ra...*

(Cap. CIX)

Tenemos, pues, aquí un Edén occidental que... Pero no. Todo es un escenario, que se pone de relieve en el esquema siguiente:



Al nacer en la tierra, el hombre muere para la tierra del más allá.

Así, estas tradiciones, estos nombres y estos detalles no corresponderían a nada en la realidad. Entre los egipcios faraónicos, cada localidad tenía su equivalente en el más allá, en la Amenti, e incluso la famosa Sekhem sería sólo el doble de Letópolis, ciudad egipcia histórica. Por tanto, habremos de admitir que para inventar todo esto de cabo a rabo, con tal lujo de detalles y, además, sin fundamento real alguno, se necesitaba tener un ingenio realmente peregrino. Hacia 1900, el gran maestro alemán de la egiptología, Adolf Erman, calificaba este ingenio de los antiguos egipcios como *Wahnsinn, Unsinn und Aberwitz*, es de

cir, «locura, absurdo y desatino». Afortunadamente, la Historia ha hecho justicia al maestro alemán y a sus juicios.

Aunque *la tierra del más allá* del *Libro de los Muertos* —que es también un tratado práctico de ritual— sea una tierra de las almas, tuvo un modelo, y este modelo fue —debió de serlo— completamente real. Puerta occidental del más allá, o reunión de los Campos de la paz y de los Campos de los bienaventurados, la Amenti es alcanzada al término de un viaje que se desarrolla bajo la guía, es decir, la protección de una constelación determinada. Dicha constelación no es sino la Osa Mayor, que pertenece al cielo atlántico boreal, partiendo de Egipto hacia el Oeste (caps. LXXI y LXXIV). Esta pertenencia espiritual y material al Occidente se hallaba tan intensamente fijada a la tradición que, con motivo de los funerales, los amigos del muerto seguían la procesión gritando: «¡Hacia el Oeste, hacia el Oeste!»

Finalmente, por doquier surge la cuestión del *doble reino* de Osiris, que no es sólo señor del cielo y de la tierra, sino también de las *dos tierras*:

*Osiris, príncipe de la Amenti...
de benéfico poder, de magnífico timón,
que brilla en el septentrión del cielo;
de benéfico poder en el cielo occidental,
que traza sus círculos y sirve de guía a las dos tierras...
A los dioses de la cadera del cielo...*
(Caps. CXLI-CXLII)

Ahora bien, la «cadera del cielo» es la Osa Mayor, llamada también Khpesh (cap. LXII). Por lo demás, otro pasaje del texto es lo suficientemente preciso:

*¡Salud, oh estrellas de la Cadera,
que brilláis en el cielo boreal,
en medio del gran lago...!*
(Cap. XCVIII)

En el capítulo CXLVIII, las dos tierras se citan también como tierra *aquende* y *allende el océano*:

*¡Oh, tú, realizador de círculos y
conductor de las dos tierras,
timón del Oeste...!*

Otra descripción —verdadero «reportaje» sobre un sitio real visto por ojos humanos— nos habla de la invocación dirigida al segundo lat¹ de la Amenti:

1. Región, división administrativa. Según el egiptólogo Maspero, la mejor traducción sería «región insular» o, simplemente, «isla».

He aquí que, hasta perderse de vista, se extienden desde Sekht-Ianru, [mis posesiones] joh, Campos de juncos! Tus murallas son de hierro, el trigo alcanza en ellos cinco codos, dos para la espiga, tres para el tallo; la cebada mide siete codos, tres para la espiga y cuatro para el tallo. En verdad conozco una puerta en medio de estos por la que sale Ra hacia el oeste del cielo; [campos, al Sur se encuentra un lago frecuentado por las aves Kharu; al Norte está situado un canal que frecuentan las aves re...

(Cap. CXLIX)

Pero aparte estas descripciones —evidentemente calcadas sobre modelos ya conocidos—, se encuentran asimismo inquietantes precisiones referentes al emplazamiento de la ciudad sagrada y su existencia real. En cuanto a su destrucción conviene decir que jamás, en ninguna religión, se encuentran una Sodoma y una Gomorra... celestiales. ¿Por qué destruir y, en consecuencia, castigar a una ciudad que se encuentra en el cielo? Osiris recomienda:

Construye tu casa en la tierra;
los cimientos están en Heliópolis;
los límites llegarán a Ku-aha,
su santuario estará en Sekhem.
Ofrendas: ganado, cebada, trigo,
son llevadas desde todos los rincones de la tierra.
(Cap. CLII)

Y, más adelante, añade:

En los campos de Ra encuentro mis ofrendas celestiales,
y mis ofrendas terrenales, en los Campos de los bienaventurados.
(Cap. CLXXX)

Y aunque el texto habla, efectivamente, de leyenda, es tributario de precisiones de orden terrenal. Al principio del mismo leemos:

Permanezco junto a Horus
cuando, en la ciudad de Sekhem,
arranca a sus enemigos
el brazo izquierdo de Osiris.

No cabe la menor duda de que nos hallamos aquí ante una alegoría, sí; pero, ¿cuál? En efecto, el brazo

izquierdo de Osiris representaba... el Oriente. Un Oriente hacia el cual se embarcaba tras abandonar una primera patria, como indican todos los antiguos textos egipcios, y cuya situación se describe infinitamente mejor que la de todos los lugares situados al oeste de Egipto. Oigamos una vez más a Osiris:

Sin embargo, yo he llegado a ser el más fuerte entre más vigoroso que los vigorosos. [los fuertes,

No obstante, si, embarcado, a pesar mío, y llevado [hacia el Oriente,

a través del temible paso de los dos cuernos, que los demonios no hagan presa en mí ni me arrastren hacia Oriente...

(Cap. XCII)

Este «temible paso de los dos cuernos», situado en la ruta que llevaba desde las islas de Poniente del océano hasta Egipto, ¿sería, simplemente, las futuras Columnas de Hércules? Dicho lugar sería entonces mucho más estrecho y peligroso para los antiguos navegantes.

Para terminar, citaremos algunos pasajes del capítulo CX, en los cuales se dan las instrucciones necesarias para llegar a los Campos de los bienaventurados y a los Campos de la paz y tomar posesión de ellos, al objeto de vivir y trabajar allí realizando *todos los actos de la vida terrenal*:

¡Salud, oh, maestro de las ofrendas!

...Seth ha capturado a Horus

mientras vigilaba la construcción de las murallas en los Campos de la paz.

De esta región conozco las aguas, las provincias, los en los Campos de la paz. [lagos

...Y mientras vivo en la paz, avanzo en la paz, mi amigo marcha detrás de mí.

En mis dos brazos llevo el néctar de los dioses...

¡oh, soberano de las dos tierras!

El néctar en cuestión es, por supuesto, la encarnación misma del dios Hu —el haoma de los antiguos iraníes y el soma de los hindúes—, pero también es el agua inmortal, la fuente de la inmortalidad de los dioses, su *f fuente de Juventud*. Y se encuentra en los Campos de los bienaventurados...

Añadamos, finalmente, que el héroe del texto, el cual viaja siempre en barca —celeste o no—, se siente feliz de encontrarse nuevamente

...en medio de los dominios del dios de la Paz, señor de las Dos Tierras,

antes de zambullirse, para acabar, en las aguas del lago sagrado.

La indudable existencia de un modelo real de esta tierra de Amenti se refleja asimismo en uno de los aspectos particulares del mito de Osiris. Se trata del encarnizado combate al que se entregan Horus y Seth, y que encontramos un poco por doquier en las más viejas tradiciones, en la forma egipcia de la lucha que opone el ave a la serpiente... Horus, en forma de un halcón representado por un disco alado, ataca al dios Seth, en forma de serpiente. Al final de la lucha, Seth se transforma en un ser subterráneo, símbolo de las aguas del Diluvio, que se filtraron en las entrañas de la tierra.

EL VIAJE DE LOS MAESTROS DIVINOS

Hemos de considerar aún la «migración» que llevó a los egipcios a... Egipto. Para ello, dejemos momentáneamente de lado las incesantes menciones que hacen los viejos textos de este fabuloso *primer país* y veamos la llegada, al rico valle del Nilo, de esos «maestros divinos del horizonte del Oeste», que partieron de aquí después de la trágica noche que vio la destrucción de Sekhem.

¿Quiénes eran estos «desaparecidos»? Como ha subrayado Marcelle Weissen-Szumlanska¹ al referirse al capítulo XIX del *Libro de los Muertos*, también es este capítulo el que nos da noticias de ello. En efecto, se trata de «la llegada al primer país, en pequeños grupos sucesivos, de los primeros servidores de Horus, *salidos de Occidente*, en el otro extremo de Libia». Ello nos permite fijar mejor las cosas, ya que el *primer país* después de abandonar la patria fue las Canarias, etapa necesaria.

Estos servidores de Horus —llamados Shemshu-Hor— pertenecían, según la tradición, a un país sumergido, situado al Oeste, al otro lado de Libia, allá donde se pone el Sol. Eran hombres de tipo y origen cromañoide, raza cuyo hogar se halla sólo en regiones atlánticas. Podemos muy bien pensar que fueron estos hombres los que marcaron el inicio de la cultura egipcia y cuyos restos se encuentran aún en las altas plataformas argelinas y tunecinas.

Las migraciones de los servidores de Horus, cuyas

1. Marcelle Weissen-Szumlanska: *Origines atlantiques des anti-ques Egyptiens*, París, 1965, pág. 58.

huellas materiales se encuentran desde el cabo Juby hasta Nubia, hacia Egipto, aportaron a esta última el saber y las técnicas que les conferirán poder y gloria durante un período muy largo. En efecto, entre los shemshu-hor se encontraban algunos de los primeros metalúrgicos de la Historia, los mesencios, cuyo recuerdo han conservado los textos e inscripciones del valle del Nilo.

Podemos preguntarnos cuáles fueron las aportaciones específicas de estos primeros colonizadores que, al mezclarse con los autóctonos, les inculcarían, necesariamente, algunas de sus tradiciones y de sus conocimientos. Aparte incluso de los mitos de orden religioso —entre ellos, el de Osiris— que desarrollan, a su manera, una «teoría» sobre sus propios orígenes, y las técnicas ligadas a la metalurgia o al trabajo de la piedra, podemos admitir que contribuyeron ampliamente a fundar la Cosmografía, Geografía, Corografía y ciencia de las medidas.

Apolonio de Rodas, escribe en sus *Argonáuticas*:¹ «Se dice que un hombre partió de Egipto (Sesostris) y recorrió Europa a la cabeza de un ejército fuerte y valeroso. Conquistó multitud de ciudades, algunas de ellas, habitadas aún hoy; otras, ya despobladas, pues, desde este tiempo, han transcurrido gran número de años. Los descendientes de estos hombres... conservan de sus antepasados tablas esculpidas en las que vemos trazados los límites de la tierra y del mar, las rutas y los caminos, para que sirvieran de guía a todos los viajeros.»²

Por otra parte, E. Jomard, en su Memoria sobre el sistema métrico de los antiguos egipcios,³ subraya que existen aún otros testimonios de la antigua topografía de Egipto: «Son —dice— las distancias, los itinerarios —tan conformes con las últimas observaciones y de tanta exactitud los números de estadios—, respecto a los cuales los egipcios informaron a Heródoto, a Diodoro de Sicilia y a Estrabón cuando estos viajeros les preguntaron acerca de la distancia de los lugares; es la precisión de muchas medidas de Plinio, tomadas de Egipto; en fin, la de los viejos itinerarios que adoptaron los romanos y, sin duda, tradujeron, y que hoy conocemos con certeza. Yo preguntaría cómo estas medidas —que vemos con toda claridad en Diodoro de Sicilia y en Heródoto— podrían ser tan justas si los egipcios no hubiesen poseído —como nos dice san Clemente de Alejandría— una detallada coro-

1. Apolonio de Rodas: *Argonáuticas*, libro IV, cap. V, 272.

2. Recientemente (1971) se han descubierto en los Urales inscripciones egipcias que confirman tales viajes.

3. En *Description de l'Égypte*, vol. I, págs. 723-728.

grafía y no hubiesen tenido mapas en los que figurasen con exactitud todas las distancias. Las distancias que se encuentran en los autores no son en modo alguno itinerarios, pero sí se hallan en línea recta; por tanto, serían medidas necesariamente «a vuelo de pájaro». ¿Cómo podrían haberlas conocido los egipcios sin la ayuda de mapas o de observaciones trigonométricas? Por lo demás, la opinión que avanzo respecto a la existencia de mapas geográficos entre los egipcios, ha sido ya admitida por muchos especialistas...

«Podemos preguntarnos mediante qué procedimiento levantaban y dibujaban los egipcios sus mapas topográficos. Si no existiese ningún monumento antiguo que pudiese orientar en este sentido, la cosa resultaría, como mínimo, ociosa. Mas, por fortuna, poseemos un monumento trazado por la propia mano de los egipcios: nos referimos a los *cuadros de reducción...*, que servían para dibujar las figuras de todo tipo y a cualquier escala y para transportarlas a los lugares que se les había destinado. Se aumentaba o disminuía el tamaño de las figuras con el mismo medio que, entre los modernos, es de uso general. Este procedimiento se basa en la consideración de las relaciones de las líneas, fundamento de la Geometría. Los artistas egipcios trazaban cuadrados de este tipo en todas las superficies que habían de pintar o grabar; y los lados tenían la proporción adecuada a los del dibujo que servía de modelo. Se trazaban en rojo, y, al ejecutar el diseño, desaparecían tales líneas.»

Y más adelante: «En las canteras que explotaron los egipcios he encontrado también cuadrados de reducción que sirvieron a los constructores para trazar los planos. Las más notables son las de Yebel-Abufedah... No hay duda respecto a que estos cuadrados y estos rasgos fueron transportados de un plano más pequeño hasta estos muros, levantados previamente al tamaño previsto para arranca después los bloques y acabarlos fuera de la cantera.»

Si insistimos acerca del cuadrado de reducción es porque, extrañamente, se encuentra representado —y de ello no se ha informado aún debidamente— en Perú, bajo el mentón de una cabeza colosal, esculpida *in situ* en Marcahuassi y que, sin duda, es de tipo egipcioide. Se encuentra asimismo en las representaciones rupestres de Brasil, *Canarias*, Numidia en el itinerario sahariano de los shemsur-hor, así como en las llamadas figuras «mágicas» de las cuevas pintadas de la Europa Occidental, por ejemplo, en Lascaux.

Entre las instrucciones y enseñanzas de alto valor que la tradición atribuye a los servidores de Horus no es, sin duda, la menor el principio de la verdad

única, de la *unidad* insecable —esa misma verdad única que fue para los egipcios el Verbo y su evolución en la conciencia de los mismos—, a la que es preciso añadir esta otra idea-fuerza de que la forma no ha sido nunca otra cosa sino el símbolo de una función. Si, además, tenemos en cuenta la importancia concedida a los números, como soportes de la *única ciencia*, llegamos a otra concepción, de orden iniciático, que también la tradición atribuye a los servidores de Horus: la idea del hombre antropocósmico contenida en este templo del Hombre que fue Lucsor.

Oigamos al Maestro constructor hablar a su discípulo:

«Para conocer los Números has de saber que la Unidad es el triple de su naturaleza, como el Verbo de Dios. Todo el Número está fundado en esta trinidad del punto y en el triángulo de superficie: pero el volumen terciario está construido sobre las cuatro columnas de los elementos o Cualidades esenciales de las cosas. Desde el punto hasta el volumen sólo puede ir el Creador, que hace el Todo de la nada.

»Pero tú, criatura, debes buscar el punto viniendo del volumen, ya que toda cosa perceptible es volumen, es espacio o Espíritu cerrado.

»La lógica de tu cerebro no tiene poder alguno sobre el Número. Éste es el Verbo de Dios, que ordena a la Inteligencia. Deja a la inteligencia de la cabeza las cifras que enumeran las cosas, y busca el Número en la Inteligencia de tu corazón.

»La primera superficie es el triángulo, y su raíz es la Unidad incomprensible. Cuando esta Unidad-superficie —el triángulo— se desdobra, tenemos macho y hembra, pareja procreadora para los cuatro elementos: es el cuadrado cortado por la diagonal.

»Los cuatro Elementos son el cuadrado del cielo. Has de saber que el lado de un cuadrado es la base de todo triángulo rectángulo. Traza las diagonales en el cuadrado: forman cuatro triángulos, que son iguales entre sí y determinan de esta forma la ley esencial que rige los triángulos, ley de toda ciencia aplicada de los Números. Ahora conoces sólo su función. Ten en cuenta que ella es su naturaleza, y sobre esta base traza el Cañamazo de la Arquitectura del Mundo.

»*El primer Número es Tres; el segundo es Cuatro; el tercero es Cinco; son los valores primeros de los lados del triángulo rectángulo sagrado y, por tanto, de aplicación a innumerables consecuencias.*

»*Toda superficie es curva, porque el mundo es un Devenir y un Retorno; todo en él es cíclico. Calcula como si esta superficie fuese plana, pero con los Números que rectifican este plano y lo hacen curvo; de lo contrario, serás agrimensor, no geómetra del Tem-*

plo. Traza la curva sólo para el cielo y lo que conduce a Osiris: El Devenir y el Retorno. *Nuestros Números son universales, y nuestras medidas se han establecido para rectificar la recta en curva; los planos, en volúmenes; la longitud, en Tiempo; el cielo, en hombre; la génesis, en vida.* Dios es el Modelo, porque es el Maestro de todo en Todo.

»El hombre está hecho a imagen del cielo, contempla las imperfecciones del cuerpo para saber las faltas que aún le quedan por pagar, pero has de saber que es el Universo; de aquí que hayas de tomarlo como modelo, en tanto que reflejo del Dios creador. Toda la obra de creación se halla en el hombre; coloca al hombre en su lugar en el Templo. Ha nacido y morirá: entre sus extremos, vive.

»Su faz es la palabra de su vida; su boca expresa su pensamiento, sus ojos revelan su consciencia. Su voz puede dar todos los sonidos de la Naturaleza, todas las palabras expresadas. Cada ademán del hombre, habla. Es la encarnación total de lo intangible y de lo inaudible. Verbo que, a través de esta forma, se da a conocer. Haz la estatua viviente en él haciendo expresar la verdad del Neter.

»Si representas un cuerpo humano en el muro, que muestre sólo uno de los lados, si el otro es idéntico; muéstralo de frente si hay desigualdad en las dos partes, ya que el hombre es una dualidad en su naturaleza caída, aunque la Unidad se halla en su origen.

»El lado oriental recibe, mientras que el occidental da (en el hombre). El Mal está en su cerebro, siempre separado; el Bien está en su corazón —*ib hati*—, siempre unido.

»Así harás hablar a la imagen del hombre.»

Si nos hemos tomado la libertad de reproducir, casi enteramente, este largo pasaje referente a la arquitectura del templo faraónico y publicado en el libro de Schwaller de Lubicz,¹ ha sido menos en razón de su excepcional belleza que de una de sus frases: *El lado oriental recibe, mientras que el occidental da.* ¿Acaso no se halla aquí la firma de los shemsu-hor?

Y no bastaba con limitarse a admirar el templo de los antiguos egipcios; también había que leerlo, descifrarlo... Por otra parte, lo mismo podemos decir de los monumentos erigidos por el hombre de los megalitos en la Europa Occidental. Tanto en un caso como en otro, lo importante es no olvidar el papel principal y la fuerza motriz del símbolo. Todo cuanto se dice aquí había sido ya formulado hacía mucho tiempo.

De esta forma, Marcelle Weissen-Szumanska ha po-

1. Schwaller de Lubicz: *La Temple de l'homme*, París, 1968.

dido escribir que si «del horizonte occidental llegó, ya evolucionada, la llamada civilización egipcia, de por sí, el grado de perfección y de conocimientos aplicados contenidos en las obras y las enseñanzas de los servidores de Horus, implantadas directamente con ellos desde el principio, sin transición, a orillas del Nilo».¹

A lo cual —pese a que los orígenes *occidentales* de la cultura egipcia y de los propios servidores de Horus se hallan atestiguados por sus propios textos— se responde habitualmente con una maniobra diversiva, esforzándose en demostrar que el Egipto faraónico sólo tuvo orígenes africanos. Y ello, probablemente, porque el Egipto de nuestros días pertenece a África, y ésta, en busca de su propia historia, reivindica estas viejas tradiciones.

Numerosos autores creen firmemente en los orígenes *meridionales* —es decir, negros y etiípicos— de la cultura de los faraones. Y para apoyar su hipótesis se fundan en el mito de Osiris, que identifica al dios con el Nilo salvador, mientras que Isis sería el fértil valle. Mezquina reducción del mito de los «agricultores» a fines nacionalistas. Pero esto no es todo. El país del que llegan los antiguos civilizadores que traen saber, filosofía y técnica sería, según esta interpretación... ¡Kenia! Dentro del mismo orden de ideas, Osiris simboliza el principio fértil aniquilado por Seth, el desierto, etc.

Y, desde luego, es cierto que a la llegada de los servidores de Horus existía en el Egipto propiamente dicho un camino que iba desde el Sur hacia el Norte. Pero hemos de ver su explicación en el hecho de que los emigrantes habían marchado, en primer lugar, hacia el Este, y que sólo después de haber llegado a la altura de Etiopía se dirigirían hacia el Norte. Pero no todos. Otros alcanzarían el Nilo en Abidos.

Tal vez incluso la confusión de los itinerarios que lleva hoy a algunos especialistas a inclinarse por un país de origen más o menos centroafricano, se debe a las dos *etapas etiíopes* del largo viaje continental de los shemsu-hor. Y si escribimos *etiíopes*, en plural, es porque en aquella época hubo *dos* Etiopías. La una —Etiopía Meridional— es la tierra ocupada por la que hoy conocemos con tal nombre, al sur de Nubia y del Sudán egipcio. La otra —Etiopía Occidental— se encontraba precisamente frente a las Canarias, en la costa occidental de África. Por lo demás, el texto de la *Odisea* es claro en este punto. En efecto, se lee en ella: «El dios había ido a hacer su visita a los etií-

1. Marcelle Weissen-Szumanska: *Origines atlantiques des anciens Egyptiens*, París, 1965, pág. 129.

pes en sus lejanas tierras, los etíopes que, situados en los límites del mundo, están divididos en dos pueblos: el uno, mirando hacia el ocaso; el otro, situado en poniente.»

Sólo cuando se llevó a cabo el examen antropológico de las momias de los grandes reyes y de los altos dignatarios egipcios, pudo afirmarse que era falso el pretendido origen puramente africano-negro. En cuanto a los parentescos etíopes, se explican perfectamente si se tiene en cuenta, por una parte, la distancia y la larguísima duración del trayecto entre Cabo Juby y el sur de Egipto, y, por otra, la presencia, en la época, de elementos cromañoides originales entre la población del oeste de África.

Se han realizado ensayos de reconstitución de los caminos de comunicación a través de los cuales los servidores de Horus recorrerían los miles de kilómetros que separan el Atlántico del valle del Nilo. Y el resultado ha sido la obtención de varios trayectos: la ruta costera norteafricana, la que, bordeando las metetas de Numidia y de Mauritania, a través del monte Atlas, desembocaba en las Columnas de Hércules; la ruta que seguía el litoral hasta el lago Tritonio. Si nos atenemos a las condiciones geográficas de la época, la más frecuentada sería, sin duda, la que jalonaba los oasis de Dakhel, Kargueh, Kufra y Merzug. Yendo desde la tierra de los amonios hacia la de los atalantes y, desde aquí, hasta el Cabo Soloeis, alcanzaba el océano precisamente ante las Islas Afortunadas, todo lo cual figura en los datos geográficos que nos ha dejado Heródoto.¹

Pero aún hemos de preguntarnos sobre la fecha de esta inmigración. Abrimos un libro de Historia y leemos: «Sobre las civilizaciones prehistóricas de Badari, Marimdé y Negada² se edificaron, hacia el 3000 a. de J. C., dos reinos: el Alto y el Bajo Egipto. Estos dos reinos se unieron bajo Narmer y Aha...» Cerremos el libro de Historia y volvamos a los servidores de Horus.

1. Las investigaciones del profesor F. Falkenburger (*Craneologia egipcia*, Maguncia, 1946) han permitido establecer que, aproximadamente el 10 % de las más antiguas momias presenta caracteres cromañoides. El tipo —que aún se encuentra, aunque raramente, en Egipto— permanecería puro hasta aproximadamente la época de Ramsés III (—1170 a —1138, XX dinastía).

2. Un estudio profundo de estas civilizaciones muestra que las mismas no fueron la cuna de ningún desarrollo cultural, sino, como máximo, el producto de influencias exteriores.

CRONOLOGIA Y SHEMSU-HOR

Si nos remitimos a los viejos textos egipcios, el período que precedió a la instauración de la realeza a orillas del Nilo, como institución duradera e histórica, se extiende, aproximadamente, sobre unos 23.000 años. Es la duración asignada a los dioses y a las siete «dinastías» que seguirían a Horus.

Sin embargo, el propio Heródoto —que, por lo general, comprueba con la mayor prudencia los datos provistos por los egipcios— no se atreve a confirmar tal cifra y la remonta a 18.000 años. Después de ella fue cuando reinaron los servidores de Horus propiamente dichos, y durante 13.420 años, precediendo a los unificadores, Menes y Ahâ...

$$23.200 + 13.420 = 36.620 \text{ años}$$

$$18.000 + 13.420 = 31.420 \text{ años}$$

Tenemos aquí cifras que hacen temblar y que los historiadores y egiptólogo modernos impugnan con toda razón. Marcelle Weissen-Szummlanska, que ha estudiado detenidamente el viaje de los servidores de Horus a través de África, estima que «se desarrolló, por lo menos, cuatro o cinco milenios antes de la Historia, es decir, antes de las más viejas fuentes escritas». De esta opinión es también E. Drioton, que se apoya ampliamente en el *Libro de los Muertos*.

$$3.000 + 5.000 = 8.000 \text{ años.}$$

Nosotros nos atendremos a esta cifra.

Ocho mil años a. de J. C., los shemsu-hor avanzaron penosamente a través del continente africano hacia esta tierra que el padre de la Historia (Heródoto) llamará un día «don del Nilo», para transformar una región efectivamente propicia, en el verdadero don del *gran río*.

Se ha corrido un trocito del velo que cubría la fundación del mundo egipcio, pero aún quedan oscuridades. Entre ellas podemos incluir todo cuanto concierne a los períodos que precedieron y siguieron inmediatamente a la separación de la *primera patria* y las distintas direcciones tomadas por tales grupos de emigrantes. Sin embargo, todo inclina a creer que llevaron diferentes equipajes en materia de tradiciones y de técnicas, en función del lugar y de la fecha de su partida. Y, lo mismo que los shemsu-hor se diri-

gieron hacia las Canarias y, desde aquí, hacia Egipto, siguiendo las grandes rutas naturales, «otros» navegarían hacia las grandes tierras insulares del este del océano, llevados por el gran dragón líquido; la Corriente del Golfo. De esta forma llegarían a Irlanda, Inglaterra y Bretaña tan pronto como lo permitió el clima, e incluso, franqueando las Columnas de Hércules, alcanzarían la vieja Canaán. Incluso es posible que, partiendo en dirección opuesta, algunos llegaran a las grandes islas del mar Caribe, las costas de Yucatán, de Colombia y de Brasil, hasta la embocadura del Amazonas. Durante este tiempo subieron las aguas, sumergiendo lentamente a Buemen —la Corona...

Hace algún tiempo apareció en París un libro en el cual su autor, Laurence Talbot, se planteaba la siguiente pregunta: «¿Habría que situar en el vientre o Van, las Américas, es decir, en la cavidad entre las dos partes que la componen, porque fue la cuna de la raza?»¹ El libro se titulaba *La Couronne est au fond des eaux*. El propio Osiris era llamado «el maestro de la Corona».² La coincidencia es, por lo menos, sugestiva.

1. Laurence Talbot: *La Couronne est au fond des eaux*, París, 1969.

2. *Libro de los Muertos*, cap. IX.

PLATÓN A LA HORA DE LA VERDAD

Tales galimatias explican por qué los historiadores y especialistas se sienten inquietos a menudo ante la simple evocación de la Atlántida... En efecto, los argumentos de los atlantistas se han propagado durante tan largo tiempo y con tanta convicción, que muchas personas inteligentes no llegan ya a distinguir los hechos de la ficción.

C. y L. SPRAGUE DE CAMP,
Les Énigmes de l'archéologie

RELEYENDO A PLATÓN

Más de catorce mil escritos —manuscritos, libros y artículos— publicados desde que los hombres del Renacimiento releyeron a Platón con los ojos del sueño ampliamente abiertos, representan una cosecha de la cual puede estar orgullosa la atlantología. Sin embargo, entre estas obras —destinadas mucho más a reanimar el fervor de los fieles que a convencer a los escépticos— son raras las que presentan el texto del filósofo griego junto a documentos egipcios que permitan llevar a cabo una confrontación.¹ Así, cuando se han buscado las *huellas* de los presuntos atlantes en la historia escrita del país de los faraones, han interesado sólo los «pueblos del mar», sus pillajes e invasiones, lo cual no ha hecho sino embrollar aún más una situación ya de por sí bastante confusa.

Si nosotros, a nuestra vez, nos inclinamos por la existencia de la Atlántida, no es en modo alguno para relacionarla, de una forma u otra, con la sumergida

1. Aristóteles escribió, humorísticamente, que Platón había hecho surgir la Atlántida del fondo de las aguas, para hundirla luego mejor al final de su relato.

plataforma de las Bahamas. Por el contrario, al subrayar sus diferencias, nos proponemos mostrar que el hecho de situar una vieja civilización —tal vez una de las civilizaciones madres— frente a las costas de Florida no significa que la identifiquemos con la que se llama habitualmente la Atlántida.

Dejando a un lado la Atlántida platoniana, que, con el tiempo, se ha ido situando un poco por doquier en todo el mundo, desde Suecia a Creta y desde el Sáhara al Irán, nos limitaremos a tomar, para ciertos pormenores de la misma, los textos de Platón. Ante todo, el *Timeo*, que nos describe, a la vez, los lugares y la catástrofe: «...En aquel tiempo se podía atravesar este mar. Tenía una isla en ese lugar que llamáis las Columnas de Hércules. Esta isla era más grande que Libia y Asia juntas. Y los viajeros de aquel tiempo podían pasar de esta isla a las demás y, desde éstas, podían llegar al continente, en la orilla opuesta de este mar, que merecía verdaderamente su nombre...»

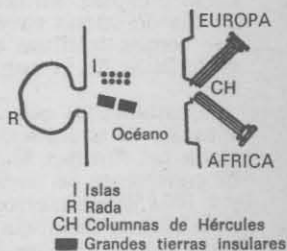
Y, en cuanto a la catástrofe: «Pero en el tiempo que siguió, hubo espantosos temblores de tierra y cataclismos. En el espacio de un solo día y de una noche terribles, *todo vuestro ejército* fue engullido de golpe bajo la tierra y, de la misma forma, la isla Atlántida se abismó en el mar y desapareció. He aquí por qué, todavía hoy, *este océano resulta difícil y inexplorable, por el obstáculo que suponen los fondos limosos y muy bajos que la isla, al hundirse, ha depositado.*»

Si realizamos esta descripción de acuerdo con el método policíaco del retrato-robot, se comprueba que nos hallamos en presencia de elementos profundamente distintos entre sí. Geográficamente nos encontramos, en primer lugar, yendo de Levante a Poniente, con las Columnas de Hércules; frente a ellas, en el océano, una isla; luego, otras varias tierras insulares de menor extensión y, por fin, un continente. Esto nos da el mapa de la página siguiente.

Platón se ocupa de una manera especial del estrecho que separa las islas del continente, ya que añade: «De un lado, dentro de *este estrecho* del que hablamos, parece que había un puerto de angosta entrada; del otro, hacia fuera, se halla el mar verdadero y la tierra que lo rodea y que se puede llamar con toda propiedad, en el sentido auténtico del término, un continente.» El puerto del que nos habla aquí Platón, ¿no sería, tal vez, el golfo de México? En este caso, las citadas islas serían, precisamente las que bordean las costas de América, desde Florida hasta Venezuela. El estrecho es el que separa Florida de las Bahamas, y la «angosta entrada», la distancia que separa Cuba de la punta del Yucatán...

Por supuesto que sólo se trata de una hipótesis;

pero empieza a hacerse interesante —o al menos así nos lo parece— si añadimos a Platón algo de Plinio. En efecto, éste escribió, en el libro sexto de su *Historia Natural*: «Al otro lado del golfo Pérsico, y frente a la costa de Etiopía,¹ está situada la isla Cercado. No se conocen con precisión ni su tamaño ni su distancia. Polibio sitúa esta isla en la extremidad de Mauritania, frente al monte Atlas, a ocho estadios del continente. Cornelio Nepote habla de una Cercado a la cual no da más de dos millas de circunferencia. Frente al monte Atlas está, *según se dice*, la isla Atlántida, pasada la cual, a cinco jornadas de navegación, la tierra firme presenta sólo desiertos, hasta los *etíopes hespéridos* y hasta el promontorio que hemos llamado Pico de Hesperia, donde la costa empieza a redondearse y a dirigirse tanto hacia el Occidente como hacia el mar Atlántico. Frente a este promontorio se hallan también las islas Gorgonas... Se nos habla aún de dos islas Hespérides, adelantadas en pleno mar, más allá de las Gorgonas. Pero no conviene fiarse de estos relatos más allá de toda medida, en especial del de Statius Sebosus, quien, haciendo costear a los navegantes el monte Atlas para ir desde las islas Gorgonas hasta las Hespérides, señala para este trayecto cuarenta jornadas de navegación, mientras que cuenta una sola para ir desde aquí hasta la tierra firme del continente opuesto.»



- a) *Imagen del lugar según la hipótesis atlantidiana clásica.*
- b) *Retrato-robot del lugar, de acuerdo con la hipótesis de una presencia humana en la plataforma de las Bahamas.*

Tenemos aquí, por tanto, una *Atlántida* de bien modestas dimensiones. Por otra parte, conviene subrayar —y nos proponemos releer el texto de Platón rete-

1. La famosa Etiopía Occidental, *al otro lado* de África, en el Atlántico.

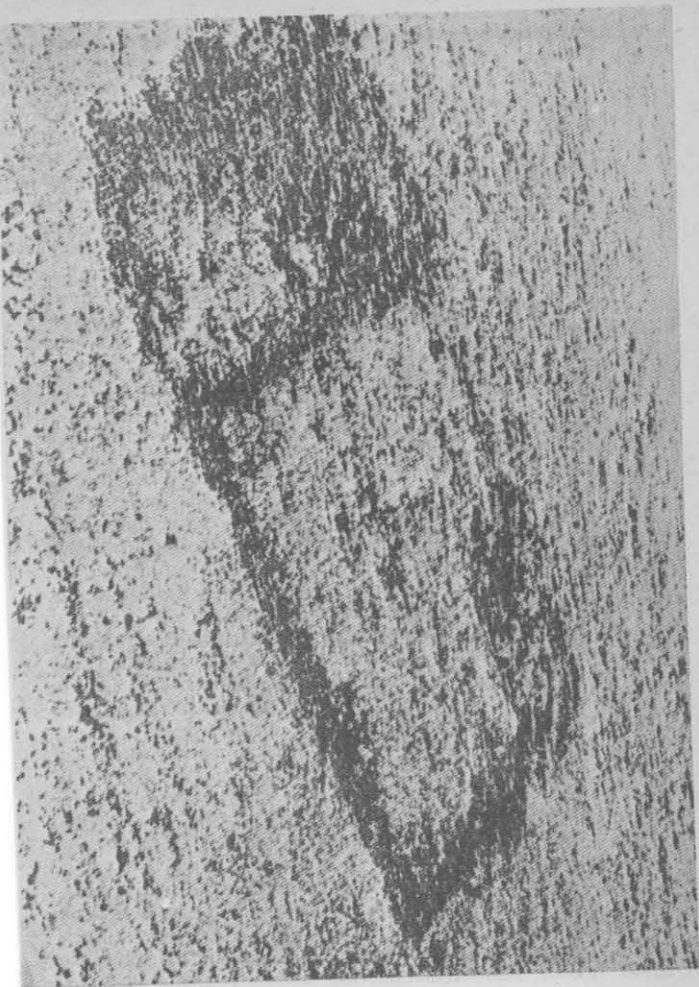
niendo en la memoria las líneas de Plinio— que ni siquiera la Filosofía griega considera la Atlántida como un continente, ya que una tierra debe ser mucho más grande para merecer este nombre «en el sentido propio del término». Precisa bien que su isla era tan grande como Libia y Asia juntas, pero se trata de la Libia y del Asia de su tiempo, es decir, en conjunto, el norte de África hasta Egipto y el litoral griego del Asia Menor: el Asia de los griegos. Además, para los antiguos, Libia y Asia, de la misma forma que la muy pequeña Europa, que prolonga Tracia hacia el Bósforo, eran más direcciones que referencias a una superficie dada. En consecuencia, podemos reducir aún las distancias y proporciones, que se explican también por la exageración inherente a toda comparación entre términos mal conocidos. Y he aquí que las dos Atlántidas, la de Platón y la de Plinio, se confunden.

También es preciso mencionar la afirmación de Sebosus, a la que se refiere Plinio. Aunque el enciclopedista romano duda de las distancias (y teniendo en cuenta que, para los antiguos, las Gorgonas o Gorgadas eran las islas de Cabo Verde, y las Hespérides, las fabulosas islas *de las manzanas de oro*, que se hallaban en el Oeste edénico, al otro lado del océano), los cuarenta días determinan exactamente el tiempo que tardan los navegantes en ir desde las islas de Cabo Verde hasta las Antillas Septentrionales y Centrales. Estas mismas Antillas están separadas ya sólo por un día de buena navegación desde el continente en el que hemos de situar el Pico de Hesperia, a menos que se localice en la cumbre del Mont Pelé, en la Martinica.

Examinemos estas distancias a través de las rutas actuales de navegación. Desde las islas de Cabo Verde hasta las Antillas Mayores hay unos 6.500 kilómetros. El continente se encuentra a 200 kilómetros de Cuba y a 100-150 kilómetros de las Bahamas más cercanas. Esta última distancia es, poco más o menos, cuarenta veces más corta que la que separa Cabo Verde de las Antillas Mayores. Piense lo que piense Plinio, se cumple la ecuación de Statius Sebosus.

RECORDANDO LA CATASTROFE

El texto de Plinio fue estudiado a menudo con asiduidad en su espíritu, pero raramente en su letra. Sin embargo, es lo que hemos de hacer si queremos tener más noticias sobre la catástrofe que provocó la emigración.



Vista aérea de la estructura, sumergida, del «templo», situada en la proximidad de la isla de Andros. (Foto Re-bikoff.)

Ante todo, se nos habla de varios temblores de tierra y cataclismos, que se producirían en un día y una noche, *pero sólo se trata del hundimiento de un ejército que atacaba la Atlántida*. Ahora bien, se comprueba que en los parajes de las Antillas se han producido numerosas catástrofes naturales que, incluso en nuestro siglo, acabaron de una sola vez con más personas de las que pudieran integrar cualquier ejército de la antigüedad clásica. Citaremos sólo la explosión volcánica del Mont Pelé, en 1902. Por tanto, tampoco en este sentido hemos de perder de vista las proporciones.

«Y, del mismo modo, la isla se hundió en el mar y desapareció», añade Platón seguidamente, tras haber explicado cómo fue engullido el ejército. El que pueda interpretar en estas palabras algo más que un accidente natural, está dotado de la más grande imaginación. La isla se hunde... eso es todo. No se dice si lentamente o no. Por el contrario, lo que sí se dice es que, después de dos milenios («ahora», escribe Platón, que remonta los acontecimientos a 8.000 años antes de Solón), el fondo estaba fangoso y bajo, haciendo poco practicable estas regiones del océano. Ahora bien, hay una zona del Atlántico que responde a esta descripción: la de la plataforma de las Bahamas, en curso de hundimiento lento y permanente.

El *Critón* de Platón, si bien da una imagen bastante detallada de la isla, no contradice en absoluto las conclusiones que hemos sacado del estudio del *Timeo*. Por lo demás —según escribió el periodista científico Demetri Ioakimidis—, «hay una abundancia de noticias que no se justifica bien en una alegoría filosófica, sobre todo si se ve en ella sólo un producto de la imaginación. Platón, ¿no tomaría prestados de su entorno datos reales, que incorporaría luego a su mito, confiriéndole de esta manera un suplemento de relieve?»¹

Lo que nos interesa —aparte el hecho de que existiera una isla que tal vez resultó afectada por una erupción volcánica— es que el texto del filósofo hace alusión a tierras sumergidas que, después de miles de años (8.000), muestran fondos bajos, regiones marítimas no navegables, inexplorables... No cabe la menor duda de que se trata del lento hundimiento de tierras sumergidas por la ineluctable crecida de las aguas, descrito por Platón.²

1. *La Suisse*, agosto de 1971.

2. Señalemos, sin embargo, que Aristóteles, al comentar a Platón, establecía ya una relación entre los fondos bajos, los sargazos y el légamo que impide la navegación. Muchos autores modernos ven en el texto del *Timeo* una alusión al mar de los Sargazos.

Por otra parte, todos estos aspectos se entrecruzan con otros muchos, ya conocidos. En su libro *Les Énigmes de l'archéologie*, L. Sprague de Camp nos dice que, aparte el relato de Platón y los comentarios inspirados por el mismo, no se encuentran, en toda la literatura antigua, ni una sola palabra dedicada a la Atlántida, que haya llegado hasta nosotros. Esto no nos parece exacto. Ya hemos visto cómo el *Libro de los Muertos* de los antiguos egipcios habla claramente de lo mismo. Creemos que constituiría un error no establecer un parangón entre ciertos aspectos de los acontecimientos descritos en el *Timeo* y sus correspondientes del *Libro de los Muertos*.

He aquí por qué, en definitiva, el mito platónico de la Atlántida —cuya superestructura complica el análisis del fundamento real— no oscurece en modo alguno la aventura de las tierras sumergidas de las Bahamas, en los movibles espejos de la Historia. Una aventura que es algo bien distinto del dudoso destino de la Atlántida de los sueños...

LOS ENTRAMADOS DE LAS FICHAS DE PIEDRA

A fin de cuentas, lo único que somos es diferentes los unos de los otros, con una enorme quimera sobre los hombros, más pesada que un saco de harina o de carbón. Si se nos pregunta adónde vamos, no sabemos contestar, ya que no sabemos nada de ello ni tú ni yo, ni los demás... Pero evidentemente, vamos a alguna parte, ya que nos vemos impulsados por una imperiosa necesidad de andar.

BÉATRICE DE CHAVAGNAC
«Poème à celui qu'on rencontre»

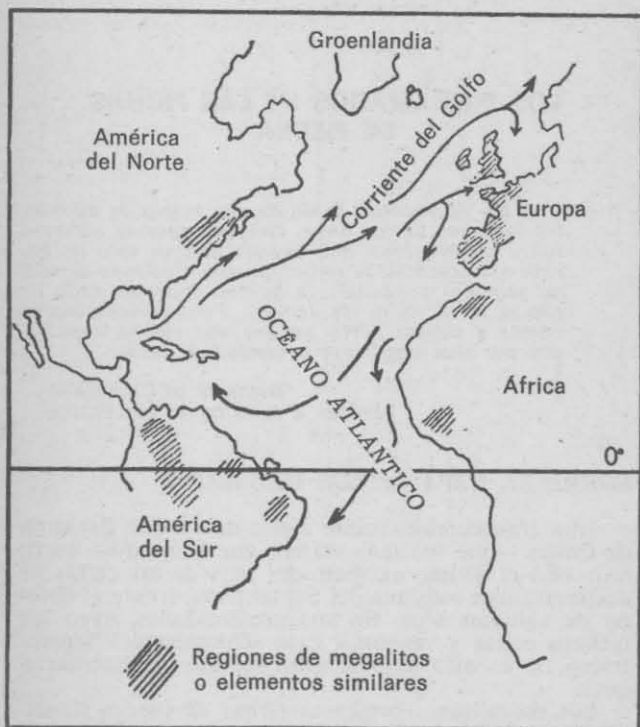
SOBRE EL MAPA DE LOS MEGALITOS

Han transcurrido veinte siglos desde que Escimno de Quino —que fue más viajero que geógrafo— escribió: «En el último extremo del país de los celtas se encuentra una columna del Septentrión, frente al océano de agitadas olas. En sus proximidades viven los últimos celtas y venetos.» Esta «columna del Septentrión» no es otra sino el gran menhir de Locmariaquer.

Los megalitos... Inmensas fichas de piedra hundidas en el suelo, conjuntos de varias piedras gigantes, recintos geométricos de mojones de piedras. Se encuentran un poco por doquier en todo el mundo, a menudo en forma de menhires (piedras que se yerguen aisladas), de crómlechs (recintos, habitualmente ovales o circulares, compuestos por piedras clavadas en el suelo) o de dólmenes (mesas de piedra soportadas por piedras erguidas verticalmente).

Es tal el número de estos monumentos, que su estudio estadístico y comparativo —aun poniendo de

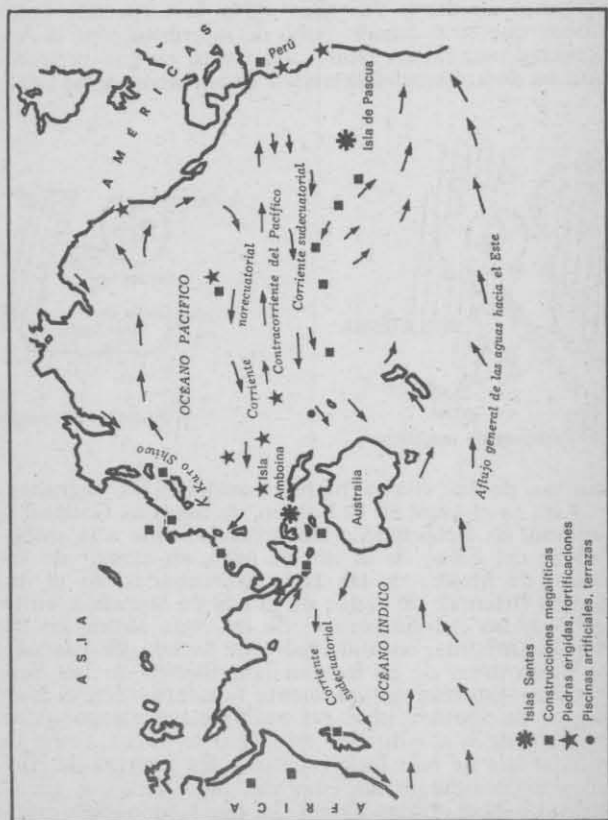
relieve indudables semejanzas y subrayando sus diferencias—, a fin de cuentas no haría más que aumentar considerablemente su misterio. Jamás se ha compilado una estadística descriptiva de los megalitos extendidos por los seis continentes clásicos, que haya sido sometida, por ejemplo, a una computadora. Pero, aun en su ausencia, se imponen algunas conclusiones generales.



Megalitos en el mundo atlántico

La primera es la de que existen muchos más de los que serían de esperar. En Europa se encuentran desde Escandinavia hasta Andalucía, desde Escocia hasta Grecia, por lo general en regiones costeras relacionadas con las antiguas rutas marítimas. En África, al sur de Egipto, en Etiopía, así como en las costas de

Somalia, en Senegal, Gambia y el Magreb. En América se hallan en lo que debió de ser otrora la *Gran Irlanda* de las leyendas célticas, en las costas del nordeste de los Estados Unidos, en Haití. Finalmente, en la América Central, en Colombia y en Brasil. Las Azores y Canarias poseen también vestigios de los mismos. Los conocen también en el océano Índico, en la India (costa del Dekkán y Ceilán), lo mismo que en Arabia, Pakistán, Indonesia y Madagascar. En Oceanía, en las islas Salomón, en Nueva Guinea y Nueva Caledonia, en Melanesia, en Filipinas e incluso en Polinesia... piedras erguidas, círculos de piedras, dan testimonio de la presencia megalítica.



Megalitos en el Pacífico

Por otra parte, si examinamos un mapa de las regiones de megalitos, se impone inmediatamente una comprobación. Todos estos monumentos se encuentran en *regiones costeras, insulares o cercanas al litoral*. Más aún: se hallan siempre en lugares donde terminan las corrientes marinas u oceánicas, como si el trazado de estas últimas les hubiese ofrecido vías de difusión en las grandes cuencas oceánicas del mundo. La misma observación es válida para la difusión de los megalitos en las cuencas marítimas cerradas o internas —mediterránea, etc.— y en los golfos profundos.

No menos clara es la conexión entre la presencia megalítica y las islas sagradas. El astrónomo Bailly preguntó un día a Voltaire: «¿No le sorprende comprobar que todo cuanto hubo de interesante en la Antigüedad ocurrió en islas?» Lo cierto es que la tradición ha dado siempre la mayor importancia a las islas,



muchas de las cuales fueron consideradas sagradas.

Éste es el caso, en el Báltico, de las islas Gotland y Seeland; de Helgoland o Heligoland, frente a la embocadura del Elba; de la isla de Man, en el mar de Irlanda; de Malta; de las Islas Afortunadas, en el Atlántico Oriental; de Haití; de la isla de Marañón, en la embocadura del Amazonas; de las islas Maldivas; de la isla Amboina, en Indonesia; de la isla de Pascua; de Vancouver; de la famosa isla Blanca de las Serpientes —llamada antiguamente Aquileya—, en el mar Negro; de algunas islas del archipiélago griego; pero también de islas situadas en ríos o en lagos, como la antigua isla de Ada Kaleh, junto a las Puertas de Hierro del Danubio, o las islas del lago Titicaca, entre Bolivia y Perú. Todas tienen —o han tenido— un nombre que atestiguaba su carácter sagrado. Gotland es la isla de los godos, pero también la de los dioses; See-

land, tierra de mar, pero *seeleland*, tierra de las almas; Helgoland: Heilliges land, Holy land, tierra santa; Marañón: *Maro* = tierra, en quechua; *on*, sufijo elogioso que designa la fuerza, la actividad, la nobleza, etcétera.

La isla de Man,¹ colocada bajo la protección del genio Hon-Gadarn, expresión de la fuerza demiúrgica de la Naturaleza, es celebrada en estos términos por Leconte de Lisle:

*Y Mona, del centro del mar ruda y alta,
elevaba rígidamente los granitos de su costa...*

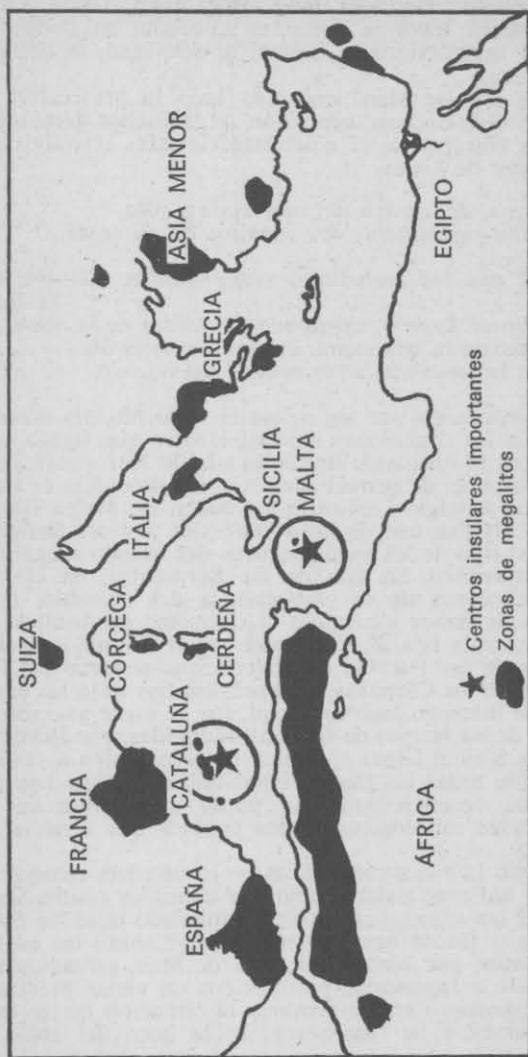
*Tales que los torbellinos comprimidos, siempre cre-
[cientes,
los dioses kymris, surgiendo del fondo de la noche,
abordaron la isla santa, inmutable en la ola,
Mona la venerada, altar central del mundo.*

Perpetuado por los celtas el viejo Manala, alto lugar de las tradiciones septentrionales que figura también en la mitología finesa, la isla de Man desempeñaba un papel de primer orden en las creencias célticas.

Los vestigios encontrados hacen de Malta (la antigua Myllita, uno de los nombres de la diosa Deméter-Ceres) uno de los polos seguros del mundo megalítico mediterráneo. La isla de las Serpientes, en el mar Negro, cerca de la embocadura del Danubio, tiene fama de haber albergado el mausoleo de Aquiles. En cuanto a la isla de Ada Kaleh, en el Danubio, situada cerca de las Puertas de Hierro, que separan los Balcanes de los Cárpatos, y sumergida hoy bajo las aguas de un inmenso lago artificial, fue el lugar sagrado de paso de los bueyes de Gerión conducidos, por Hércules, hasta Sicilia. Estos ejemplos muestran bien a las claras que todas las tierras insulares en las que hay megalitos desempeñaron un papel importante en las creencias mitológicas de los pueblos que vivieron en ellas.

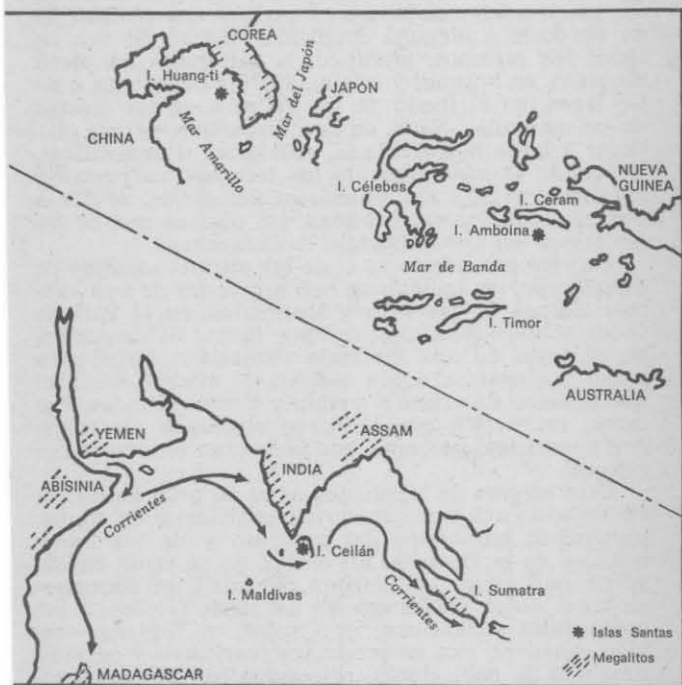
Pero la isla de megalitos no es una isla cualquiera. Debe hallarse aislada, aparecer como un *centro surgido de las aguas*, pero nunca demasiado lejos de tierra firme, a fin de que pudiera irradiar sobre las costas. Tenemos, por ejemplo, la isla de Man, situada entre Irlanda e Inglaterra, países ricos en viejas piedras y en leyendas. Ésta es también la situación de las islas de Jersey y de Guernesey, en la boca del golfo de

1. Su primer nombre fue Mona, que podría derivar del griego *monos* (único), del celta *men* (*menhir*), e incluso del griego *menos*, fuerza vital. Y ello sin descartar Menes, Minos, Manu, Mani, Mane, etc., que, para algunos pueblos, fueron iniciadores legendarios.



Megalitos en la región mediterránea

Saint-Malo; de las islas Feroe, las Orcadas, las Hébridas y las Shetland, cerca de las costas de Escocia y en el mar de Noruega. La isla de Ibiza, entre Mallorca y la costa de Valencia, ocupa una posición similar, así como la isla de Gotland, frente a la costa sueca; la isla de Kang-Hoa, en el golfo de Seúl, y la isla de las Serpientes en el mar Negro. Nótese, finalmente, la situación comparable de las islas de Malta, en medio del Mediterráneo, y de Amboina, en el mar de Banda, en Indonesia. Por lo demás, esta posición de antepuerto o puerto exterior insular del continente es también la que ocupan las Islas Afortunadas (las Canarias), las Azores, Cuba, Haití, la isla de Marañón, Vancouver, etc.



Lo que hemos dicho de las islas puede aplicarse también a las penínsulas que se adentran en el mar cual una mano metida en las olas, como Bretaña, Corea y Calcídica; algunas pequeñas penínsulas tendidas en el Asia Menor hacia el mar Egeo; Italia, entre el

canal de Otranto y el golfo de Tarento; Africa, hacia el cabo de Buena Esperanza, etc.

El estudio comparativo de la posición geográfica de las islas de megalitos pone de relieve un hecho esencial, que nos lleva a una relación dimensional. *Ninguna se halla a más de 150 kilómetros de la tierra más cercana, y casi siempre está sólo a 10 u 11 kilómetros.* Las recíprocas posiciones de Bimini y Florida constituyen un excelente ejemplo de ello.

Sin embargo, lo más curioso —desde el punto de vista geográfico— del enigma de los megalitos es *la no conformidad de sus emplazamientos.* Para hacernos entender mejor citaremos a Fernand Niel, especialista en megalitos, con el cual hemos sostenido largas charlas en este sentido: «Se ha de reconocer —escribe— que los dólmenes son extremadamente caprichosos en sus manifestaciones. Nosotros creemos que su difusión no obedeció a ninguna condición "física". Se ven en todos los terrenos, graníticos o calcáreos; en plena montaña, en bosques y eriales, a orilla de los ríos o de los lagos, en el fondo de los valles o en las crestas de las montañas. Nada, en esta dispersión, parece obedecer a leyes hidrográficas, geológicas u orográficas. Y cuando la naturaleza de los terrenos no permitió encontrar *in situ* los materiales necesarios, se fue a buscar, donde se encontraban, las piedras que se necesitaban, sin que importase la distancia.»¹

Un ejemplo clásico es el de las piedras «azules» de Stonehenge, en Inglaterra, que provienen de una cantera situada en las Prisély Mountains, en el País de Gales, a unos 280 kilómetros por tierra. Evidentemente, se trata de una distancia demasiado larga para poder transportar, sobre rodillos de madera, bloques que pesaban de veinte a treinta y cinco toneladas. Por tanto, es preciso que hubiesen efectuado un *transporte marítimo* personas que poseyeran el secreto del mismo.

Otro enigma de los megalitos es su total indiferencia respecto a la teoría materialista-histórica del motor puramente económico del progreso y de los movimientos de la Historia. En efecto, no se tarda en advertir que existe una misma densidad de dólmenes en las regiones áridas que en las zonas fértiles. A las espléndidas alineaciones de Carnac, en Bretaña —región ganadera, rica en productos marítimos y de gran densidad de población—, responden las no menos espectaculares de Mosna, en el Yemen, país de extrema pobreza y escasamente poblado.

En última instancia, este carácter infinitamente

1. Fernand Niel: *Dolmens et Menhirs*, París, P. U. F., 1966, página 120.

particular de los megalitos es lo que les confiere esa «atmósfera» común que obliga, para comprenderlos, a recurrir a la idea de una *f fuente de inspiración exterior* a las regiones en que se encuentran. Por tanto, hemos de admitir que *esta inspiración circuló siempre por vía marítima*.

Mas para que una idea circule a través del mundo, no se necesitan sólo «cruzados», sino también que tenga un contenido capaz de asegurarle una supervivencia suficiente para cubrir toda su área de difusión. Ello nos lleva a preguntar quiénes fueron los que extendieron los megalitos y por qué lo hicieron.

LOS HOMBRES DEL PULPO

Veamos, en primer lugar, los menhires. ¿Quién no conoce esos verdaderos envigados cuadrangulares de piedras hincadas en el suelo y que revisten el aspecto de un rombo? Ya se trate de un carácter particular de las rocas, ya de geometrización voluntaria —como es el caso del menhir de Malves, en Aude, que parece hecho por mano de hombre en forma de paralelepípedo regular—, presentan a menudo las más inesperadas formas. Sea como fuere, su erección parece haber sido presidida menos por la idea o la función de mojones, que por la, mucho más sutil, de *puntos de referencia en el tiempo*. Monumentos conmemorativos que, por ello mismo, convirtiéronse en monumentos culturales que, necesariamente, encerraban las claves del hombre que los construyó, los menhires se hallan aún bien lejos de haber revelado todos sus secretos.

En cuanto a los crómlechs, también en ellos fuerza la observación la diversidad de las formas. La forma clásica —la más extendida— es el círculo. En casi todas las regiones de megalitos se encuentran esos contornos circulares hechos de piedras clavadas en la tierra, las más famosas de las cuales son las de Stonehenge, en Inglaterra; la «Tumba del Rey», cerca del río Senegal; las de Do-Ring, en el Tibet; de Orjon, en Mongolia, y de Sillustanni, en el Perú. Nótese que Stonehenge representa ya un tipo de monumento megalítico complejo.

Las alineaciones de piedras erigidas forman, en principio, largas filas, en ocasiones, de más de un kilómetro. Las más representativas son, sin duda, las de Menec, Kerlescan y Kermario, en Bretaña. Los dólmenes, primeros monumentos compuestos que responden a un plan «articulado» (mesas y soportes), y los dólmenes reunidos en avenidas cubiertas, son categorías conocidas cuyas piezas maestras constituyen las variantes de una inagotable serie de formas similares.

Son, en realidad, las condiciones en las cuales se comprueba que fundan su unidad.

Para explicar los monumentos simples se ha recurrido siempre a razones de emplazamiento, sin encontrar apenas algo más que ciertos principios de orientación ligados a las secciones solares del año (posición del Sol en los equinoccios, en los solsticios, etc.). En los monumentos complejos entra en juego otro elemento: *el lenguaje, hasta ahora raramente descifrado, del plano mismo del monumento*. Consideremos, por ejemplo, el caso del crómlech —excepcionalmente rectangular— de Crucuno, en el Morbihan:

El examen de sus dimensiones —aparte su evidente aspecto geométrico y la orientación de sus diagonales en dirección a las posiciones del Sol en los solsticios de verano e invierno (sus dos lados se hallan rigurosamente dirigidos de acuerdo con el eje Norte-Sur)— revela, como subraya Fernand Niel,¹ que entre los lados del monumento y una de sus diagonales existe la misma reciprocidad que entre los números 3, 4 y 5.

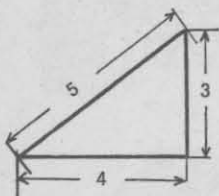
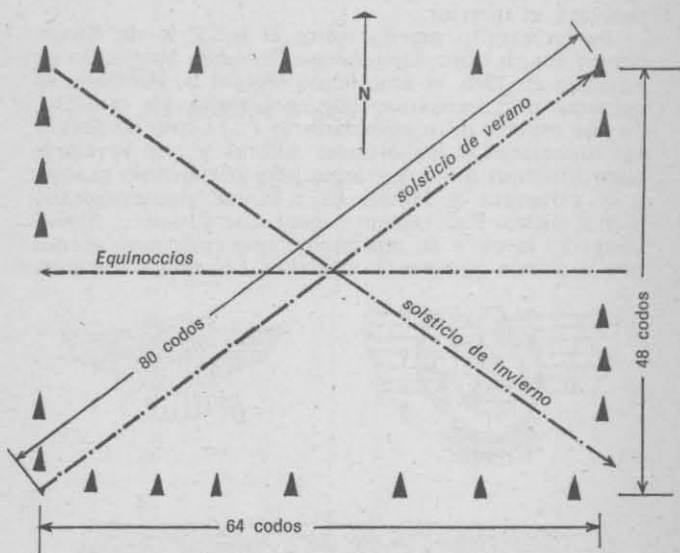
Ahora bien, si el simbolismo de los números, que los misteriosos constructores debían de conocer, a juzgar por la cantidad de piedras erigidas en cada cuarto del conjunto,² los números 3, 4 y 5 tienen significados particulares, el profundo valor simbólico de la serie 3, 4 y 5 es más determinante aún.

Los egipcios conocían perfectamente el triángulo de Pitágoras, cuyos símbolos y representaciones se encuentran proporcionalmente en sus edificios, empezando por la Gran Pirámide. Por otra parte, tiene una extraordinaria importancia para trazar en el suelo un ángulo recto, sin el cual no se habría podido orientar un templo y ni siquiera el complejo megalítico de Crucuno. En efecto, si se dispone de una cuerda de nudos compuesta por doce unidades de éstos se obtiene un ángulo recto por medio de tres estaquillas correspondientes a las longitudes de 3, 4 y 5. Digamos, de pasada, que, al mediodía, la sombra más corta de estas

1. Fernand Niel: *Dolmens et Menhirs*, P. U. F., 1966, pág. 36.

2. Contando el número de piedras en el sentido de las agujas del reloj, pero de izquierda a derecha, y volviendo luego hacia atrás, tenemos, en efecto, 7, 3, 6, y 6 piedras (o dos sectores verticales de $7 + 6 = 13$ y $3 + 6 = 9$ piedras, y dos sectores horizontales de $7 + 3 = 10$ y $6 + 6 = 12$ piedras). En el simbolismo de los números, 6 representa la vida y la belleza; 3, la idea de la familia, de la trinidad, de la perfección. Finalmente, el 7 es el gran número de los astros móviles del cielo de los antiguos, elemento fundamental de la cronología y número sagrado (así, las siete estrellas de las dos Osas señalan el Norte), 9 es el alfa y la omega del simbolismo de los números, o sea, invención creadora. *Nueve es uno*, hace decir Goethe a Fausto.

estaquillas señala exactamente la dirección del eje Norte-Sur. En Mesopotamia, en Irán, las cúpulas elípticas de templos se realizaban siempre valiéndose del triángulo 3-4-5.



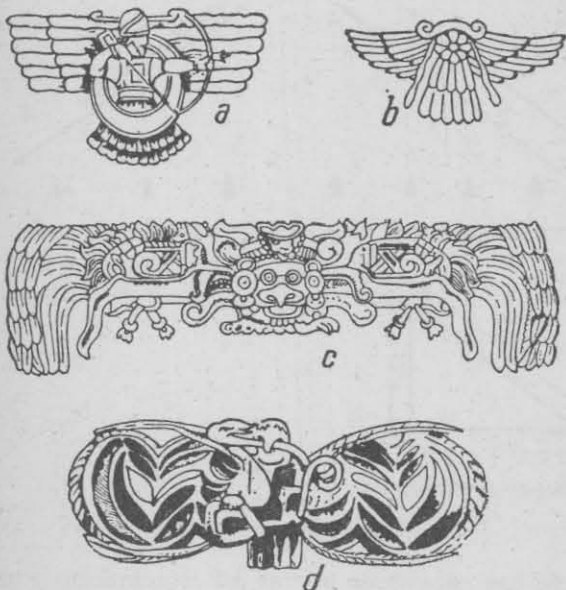
triángulo de Pitágoras

Conjunto de Crucuno (Morbihan)

Se han encontrado huellas del conocimiento y utilización de las virtudes geométricas 3-4-5 en la tumba de la reina Chubab de Ur, en Mesopotamia (comienzos del III milenio a. de J. C.), así como en los principios que presidieron la erección de la Gran Pirámide. Por otra parte, Matyla Ghika alude a excavaciones arqueológicas que atestiguan el empleo de este triángulo,

considerado sagrado, desde la Edad del Bronce en la Europa Central...¹ Era necesario saber todo esto para edificar el monumento de Crucuno. Nos imaginamos al arquitecto manejando no sólo la plomada, la palanca y el plano inclinado, sino también los números cuya ley, según la tradición antigua, gobierna los sentimientos y las imágenes y para la cual el exterior es, en realidad, el interior.

Se ha escrito mucho sobre el misterio de Stonehenge. En su libro *Stonehenge Decoded*, aparecido en Londres en 1966, el americano Gerald S. Hawkins se esfuerza por demostrar que se trataba, en realidad, de una especie de «computadora» (...) capaz de prever las lunaciones y los eclipses solares y que revelaría conocimientos que los griegos adquirirían sólo gracias a los esfuerzos de Metón. Es, a la vez, algo exagerado y mal dicho. Exactamente igual que Crucuno, Stonehenge es la obra de una mente que construyó menos por la acción que por la reflexión. Los megalitos com-



El disco alado, a través del mundo

- a) Asirio. b) Babilonio. c) Maya. d) Polinesio.

1. Matyla Ghika: *Philosophie et Mystique du nombre*, Payot, París, 1971, pág. 59.

puestos sirven de vehículo a una idea, a un saber que, descifrado, sirve más para conocer que para emprender.

Desde este punto de vista, los círculos y el número de piedras del complejo inglés de Avebury son igualmente interesantes. Si se examina con detenimiento el plano del lugar, levantado en el siglo XVIII (época en la cual el estado de los vestigios permitía una reconstitución mucho más fácil), se comprueba que se trata de una gigantesca prefiguración —prácticamente análoga a los *effigy-mounds* americanos— del disco alado, el viejo símbolo del dios Sol.

De una manera errónea, suele verse en esta figura una anticipación (o una evocación) del dios egipcio Horus, y, en consecuencia, se relaciona indirectamente el disco alado con el mito de Osiris. En efecto, es mucho más viejo de lo que se cree, y si se encuentra por doquier, es porque se halla ligado no al Egipto faraónico, sino a misteriosos «difusores» procedentes de la antigua Amenti. En efecto, si se tiene en cuenta que los habitantes del valle del Nilo cedieron a sus vecinos más o menos próximos —hititas, asirios, babilonios— un símbolo que les era familiar, habrá que hacerlos viajar entonces también hasta la tierra de los polinesios o los mayas, entre los cuales se encuentra idéntico simbolismo...

Al reproducir este disco en la tierra de Avebury, los constructores tuvieron buen cuidado de llenarlo de cifras —número de piedras erigidas— remitiéndose al calendario (mes lunar de 28 días, año de 52 semanas y de 12 meses, etc.). Para darse cuenta de ello, basta contar las piedras de los círculos y de las alas. Finalmente, el conjunto está dominado por el símbolo de la cifra 9, y el círculo más grande está constituido por 81 piedras clavadas en el suelo.

Veamos ahora otro importante conjunto: el de Carnac. Desconocemos su significado real. Las alineaciones comportan 2.934 menhires, espaciados sobre más de cuatro kilómetros, y quizá tengamos aquí sólo la mitad del conjunto original.

Sin embargo, nos detendremos más en los de Menec, Kermario y Kerleskán, cuyas estructuras rectilíneas van precedidas por crómlechs semicirculares (Menec y Kerleskán) o por un dolmen (Kermario). Menec tiene once filas de menhires; Kermario, diez; Kerleskán, trece. Y lo que nos interesa de ellos es que tienen su réplica a miles de kilómetros de las costas de Bretaña, en el rocoso y árido Yemen, en Mosna. Aquí, el conjunto es menos impresionante, pero más regular: cuatro filas de menhires, de ellas, tres intactas. Esta vez es el trapecio el que domina la geometría de un plano claramente trazado en el suelo, y la

figura así compuesta parece ser la del Sol, cuyos rayos fecundan la tierra...

Si en Carnac o en Kerleskán, así como en Assam, en la India, se tiene la impresión de que el constructor trazó las «líneas» de su obra con ayuda de una regla gigantesca, parece entonces como si el compás hubiese sido el instrumento de sus sueños, jalonados de altas piedras. Éste es el caso, especialmente, de los círculos ingleses de Boscowen, que nos dan una excelente lección de geometría.¹

Señalemos, finalmente, los conjuntos de Suecia (Braavalla), de Argelia, de Rusia, de Livonia (Aschenrade). Miles de kilómetros separan a estos lugares, notables por las más extrañas combinaciones de círculos y figuras cuadrangulares, todos los cuales hablan un lenguaje común: el del símbolo geométrico. A su vez, este símbolo no puede por menos de encerrar un mensaje, que aquí está por descifrar.

Una diversidad tal de formas y emplazamientos (y aún no hemos considerado los megalitos «evolucionados», con esculturas, grabados, orificios o desarrollos secundarios) lleva necesariamente a preguntarse acerca de los cometidos que pretendían desempeñar estas construcciones.² Altares o monumentos funerarios, objetos culturales, instrumentos de magia simple o médica, su misterio es, en cierta forma, el mismo que el que circuye las pirámides egipcias. Aquí no se trata de utilidad material ni de explicar de una misma forma su presencia en los distintos lugares en que se encuentran. En cuanto al principio, *la idea* que expresan es, evidentemente, común a todos, y en lo tocante a la realización material, se llegan a distinguir «escuelas regionales». Cada una de estas escuelas interesa a un territorio restringido, lo cual lleva a una especie de «regionalización» de estas construcciones.³

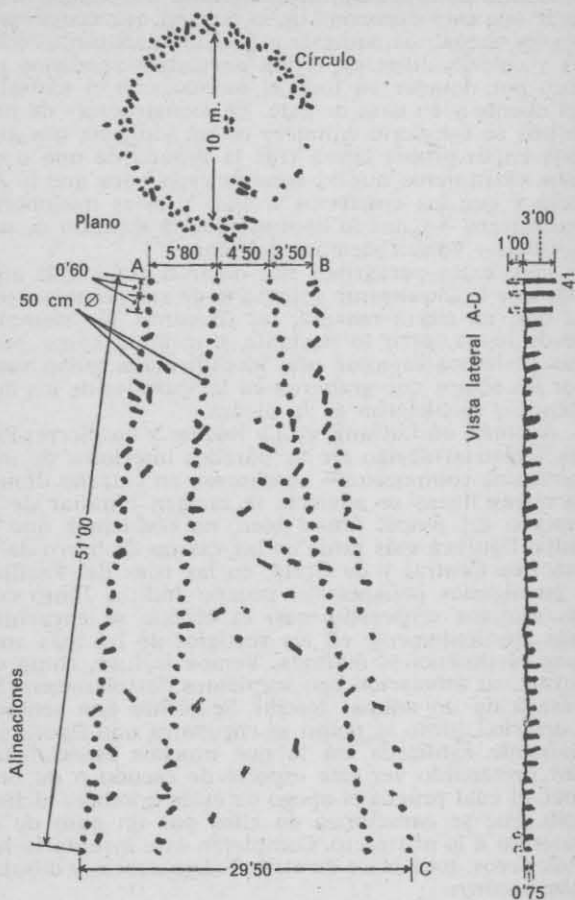
En el interior de estas escuelas se identifican incluso «corrientes», a veces plenamente justificadas.

Abusando de este aspecto, se ha podido hacer de

1. El círculo más vasto tiene un diámetro de 22,5 metros.

2. «Levantóse Jacob bien de mañana, y tomando la piedra que había tenido de cabecera, la alzó, como memoria, y vertió óleo sobre ella. Llamó a este lugar Betel...» Y también: «Esta piedra que he alzado como memoria será para mí casa de Dios.» (*Génesis*, XXVIII, 18-22.)

3. Al comentar las investigaciones de Jean L'Helgouach (*Les Sculptures mégalithiques en Armorique*, tesis, 1966), H. de Saint-Blanquat se pronuncia de la siguiente manera: «...Lo que se transmitió no fue una cultura, y dicha transmisión no se debió a masas en migración. Se trataría más bien de una idea y de una religión adoptadas por las poblaciones de Bretaña, y cuya transmisión sería debida, simplemente, al desarrollo de los intercambios, del cabotaje, de los desplazamientos individuales.»



Alineaciones megalíticas de Mosna (Yemen)

los megalitos americanos la obra de tribus que jamás construyeron en piedra (aravacos), o de los de Francia, Inglaterra e Irlanda, las joyas de una misma civilización... céltica.

Lo que no siempre se ha visto es que el hecho de admitir la existencia de distintas escuelas equivale a abogar en favor del desarrollo variado e independiente de la idea megalítica entre diversos pueblos duran-

te todo un período de la Historia, así como por la existencia de una *inspiración común*. Es, si se quiere, decir que esta expresión de la cultura que constituyeron los megalitos equivale a una indumentaria de telas y colores dispares, tejida por sabios modistas un poco por doquier en todo el mundo, con el material del cliente y en casa de éste. El «constructor» de megalitos se convierte entonces en un indígena que trabaja en su propia tierra tras la llegada de uno o de unos extranjeros que lo convencieron para que lo hiciera y que los enseñaron a ello. Y estos misioneros extranjeros —y nos lo ha mostrado la difusión de sus edificios— venían siempre del mar.

Pero estos peregrinos nos dejaron acá y allá algo más que la inquietante geometría de sus monumentos, ya que, en cierta manera, *los firmaron*. No siempre, desde luego, pero lo bastante a menudo como para que podamos intentar una identificación guiándonos por los signos que grabaron en las paredes de los dólmenes o esculpieron en la piedra.

Además, en Luffang, en Le Rocher y en Pierres-Plates —bien al abrigo en las paredes interiores de monumentos compuestos— se observa un extraño dibujo en cuyas líneas se advierte la imagen familiar de la sepia o del pulpo. Ahora bien, no olvidemos que el pulpo figurará más tarde en las vasijas de barro de la América Central y de Creta, en las islas del Pacífico y en algunos peñones del océano Índico. Junto con los motivos serpentiformes, es el que se encuentra más frecuentemente en los vestigios de las más antiguas civilizaciones marinas. Vemos incluso, como en Pornic, su asociación con serpientes entrelazadas. ¿Se tratará de un animal tótem? Se siente uno tentado a creerlo.¹ Junto al pulpo se encuentra una figura sumamente estilizada, en la que muchos especialistas han pretendido ver una especie de escudo o de broquel, el cual prueba el apego de estos hombres al símbolo, que se caracteriza en ellos por un paso de lo concreto a lo abstracto. Completan este inventario hachas, arcos, toda clase de atributos guerreros y dibujos más oscuros.

Los hombres que extendieron por el mundo relaciones matemáticas como las de las cifras 3-4-5 no nos dejaron sólo estas lecciones de geometría aplicada que son sus monumentos compuestos. Poseían y utilizaban, además, los *principales arquetipos clásicos de la historia de las religiones*,² a saber: el Sol —que re-

1. A veces se trata incluso de un toro (Locmariaquer, etc.).

2. Según Mircea Eliade, estos arquetipos son nueve: el cielo, el Sol, la Luna, las aguas, las piedras sagradas, la tierra, la mujer, la vegetación y la agricultura.

presentaron circuito de rayos—, la Luna, las piedras sagradas que clavaban en el suelo, por doquier pasaran,¹ y la mujer. El círculo del crómlech —imagen del Sol y de su ciclo aparente— era un espacio sagrado, prefiguración del templo, que Stonehenge realiza ya a su manera. La espiral —contenida a veces en otras figuras, como vemos, por ejemplo, en el pulpo de Luffang— es el símbolo de la fecundidad acuática y lunar.



El pulpo de Luffang



Las serpientes de Gavrinis

Si se analizan estos símbolos y su relación con representaciones derivadas y con tradiciones comunes a todas las regiones de megalitos, tenemos que la iniciación necesariamente inherente a la idea megalítica (salvo que sea privada de todo contenido) debía de apoyarse en algunas tradiciones, en algunas concepciones de orden religioso, a las cuales se añadían importantes conocimientos científicos, principalmente, geometría y orientación.

Pero, ¿qué tradiciones? En primer lugar, y ya en razón de sus orígenes «exteriores», *la de un lejano país de los antepasados y el culto a estos últimos*. Expresiones de esta tradición y manifestaciones de este culto serían las danzas y la máscara.² El rito solar y el culto a los antepasados se confunden en la danza con máscaras que se encuentran por doquier, en la América pre y poscolombina, en Oceanía, Indonesia y África. Modificada y refinada por las civilizaciones que brotaron y se extendieron desde entonces en Asia

1. Una piedra erigida era siempre una piedra sagrada.

2. La máscara debía representar la imagen del antepasado sin la forma de su animal-tótem, de preferencia, con los rasgos que habían sido los suyos.

del Sudeste, así como entre las viejas civilizaciones mediterráneas y del Oriente Medio, se encuentra asimismo entre los pueblos nórdicos de la vieja Europa y en Siberia.

La tradición del país de los antepasados actuó de tal forma en el espíritu de los indígenas, que fue en realidad la que preparó el terreno para el prodigioso desarrollo de la futura creencia en las islas de los bienaventurados y en el paraíso terrenal bíblico. En efecto, el propio Adán llegó a ser para los indígenas el antepasado de los hombres. Debemos a Madeleine Rousseau una observación verdaderamente apasionante en este sentido: «En los países en que se ha conservado intacta esta creencia —escribe—, el culto a los antepasados llama la atención sobre ciertos enigmas lingüísticos. En efecto, el nombre con el que se designa en Oceanía el antepasado varía en torno a una raíz común: *Tumu, Atua, Matua, Tamate, Tuma...* Ahora bien, en Egipto, el primer antepasado, según los textos del Primer Imperio, sería *Atum*, del que los israelitas y, después de ellos, los primeros cristianos, habrían hecho *Adán*. El nombre egipcio se ha conservado intacto en Oceanía (se ha de tener en cuenta la notación hecha por los investigadores occidentales de las distintas lenguas).»

A estas tradiciones se remiten aún ciertas leyendas, algunos cuentos que quizá tuvieron una expresión primitiva común. Entre los elementos fundamentales que entran en juego, los más frecuentes son la lucha entre hermanos, el derecho de los primogénitos, los trabajos que se han de realizar, las hazañas de los héroes, el matrimonio como recompensa y la existencia de una agua milagrosa y vivificante, que puede obtenerse sólo al término de un largo y peligroso viaje, el cual se emprende siempre en dirección a la noche: desde *Poniente* para los europeos y norteafricanos, y desde *Levante* para los chinos e hindúes. También tenemos, en este sentido, las leyendas de los reyes, hijos del Sol.¹

De este conjunto de tradiciones del culto a los antepasados y de los ritos funerarios podemos deducir, sin lugar a dudas, que estos hombres expandieron a

1. En principio, los jefes debían tener no sólo un origen extraordinario, independientemente de su valor personal, sino también poseer los atributos visibles de su cometido. Como insignia de su función sacerdotal o de mando llevaban un bastón encorvado: *el cayado*, el mismo que usarán posteriormente los obispos cristianos. Este cayado figura en los dólmenes de Ploemeur, en el Morbihan. Cayado en mano, Osiris presidía el juicio a los muertos (cf. *Libro de los Muertos*). Los jefes africanos del Dahomey y los de las tribus de Amazonia utilizaban, con las mismas finalidades, idénticas insignias de soberanía.

su paso una *religión de vocación universal* que originó en último término, 3.000 a. de J. C., el culto a la *Gran Diosa Madre*, guardiana de las almas de los difuntos y de sus sepulturas. Confirman tal hipótesis las representaciones encontradas en algunos menhires grabados de Francia, Córcega, Cerdeña y Guernesey, así como el aspecto mismo de ciertos menhires-estatuas. No se dejará, especialmente, de hacer las comparaciones que se imponen entre las piedras agujereadas —símbolos de la materia divina y de la regeneración mediante la acción del principio cósmico femenino— y los dólmenes perforados, tales como los de Conflans, en las Yvelines, o los —indios— de Dekkán. Símbolo también de la fertilidad, la diosa constituye, doquiera se encuentre, la etapa final de una evolución cuya primera fase la tenemos en las estatuillas encontradas en numerosos lugares del mundo, aquende y allende el océano Atlántico y en las islas del Pacífico.

Atribuir a una gran diosa el don de la fertilidad testimonia, por sí solo, el interés que estos hombres, hábiles geómetras, concedían a la noción de *ciclo*. Esta idea debió de estar relacionada con sus observaciones y conocimientos astronómicos; con la importancia que concedían a las estrellas de la Osa Mayor; con el papel desempeñado por los solsticios y los equinoccios, es decir, las divisiones solares del año, en su calendario... En pocas palabras: con *el nacimiento del Zodíaco*.

Y a todo ello conviene añadir aún las técnicas. Pero no las técnicas raras, como la que vemos aplicada a la excelente talla de sílex, conocida, a la vez, por los antiguos egipcios y los mayas, sino más bien las «grandes» técnicas, gracias a las cuales realizaron sus impresionantes monumentos.

Resulta casi imposible imaginar rodillos de madera para transportar dinteles de piedra; palancas o planos inclinados para izar las mesas de los dólmenes sobre sus pilares. Nadie puede reconstituir la forma de construcción manipulando «losas» de cartón y dinteles de yeso en su mesa de trabajo. Sobre el terreno, las cosas son, en realidad, bien distintas. Las dimensiones exigen la utilización de pesos precisos, el rodillo se quiebra, la palanca queda destrozada, y la grúa hidráulica no ha existido siempre.

Aquí nos limitaremos a examinar un solo caso: el del dolmen de Pépieux, en el Aude. Las pendientes del montículo aislado sobre el cual se yergue el dolmen inclinado, si se quería subir hasta lo alto las treinta y cinco toneladas de la mesa que la corona. Por tanto, ¿habremos de imaginar que los constructores, después de haber realizado su trabajo, destruyeron su plano

inclinado y esparcieron los restos de forma que jamás se encontrase huella del mismo? Esto es poco verosímil, por lo cual el sistema debió de ser otro. Pero no lo conocemos y —lo cual es aún más grave— no acertamos ni siquiera a imaginárnoslo.

Estos hombres llegados del «exterior», tal vez en naves parecidas a la barca solar que figura en el dolmen de New Grange, en Irlanda, no guardaron, sin embargo, para ellos los secretos cuyos depositarios eran. Por el contrario, los difundieron ampliamente. La iniciación se llevaba a cabo en el misterioso antro de la gruta, prefiguración del *santasantórum* de los futuros templos, o en las concavidades de los dólmenes. El oficiante, como el viejo *guardián* del umbral del dolmen de Pornic, iba entonces armado con la doble hacha, el *labrys* de los futuros cretenses.

A fin de cuentas, este secreto quizá sea sólo el que se empieza a vislumbrar hoy: el origen septentrional de una parte de la civilización del más viejo continente, *las fuentes no mesopotámicas* de la civilización occidental.

Veamos ahora las últimas teorías históricas —últimas, sólo desde el punto de vista cronológico—, en especial la del doctor Colin Renfrew, maestro de conferencias en la Universidad de Sheffield, en Gran Bretaña. Uno de los primeros, el doctor Renfrew osa entrever para la civilización occidental unos orígenes distintos de los admitidos oficialmente. Para él, la fuente oriental no habría presidido en solitario —tal como lo quiere el eslogan *ex oriente lux*— el nacimiento de la civilización occidental. Por el contrario, dicho investigador considera que hemos de situar nuestra cuna en el noroeste del continente cuyos indígenas ejercían una actividad creadora mil años, por lo menos, antes del expansionamiento de las primeras culturas mediterráneas. Siempre según el doctor Renfrew, Stonehenge desempeñaba un importante papel religioso mucho antes de las celebraciones cultuales de Micenas.¹

Naturalmente, fue más el ruido que las nueces y, para socorrer a la civilización occidental, hija de las influencias conjugadas de Egipto, Grecia, Mesopotamia e Israel antiguo, se movilizaron, sucesivamente, la Biología, la Historia y el Psicoanálisis. Resultado: al comprobar, según Jung (que, por otra parte, no es muy seguido en todo el mundo sobre este punto), el papel desempeñado por los arquetipos que gobiernan

1. En 1920, el profesor Gordon Childe emitió una hipótesis, que fue considerada como difusionismo, pero que, sin embargo, se aceptó gracias a su moderación. Childe sostenía que, hacia el 2500 a. de J. C. existieron relaciones entre las civilizaciones mediterráneas orientales (egeas) y el mundo «megalítico» del Oeste europeo.

el inconsciente, se cargó el acento sobre el contacto más directo de los primitivos con las fuentes profundas de sus instintos, lo cual los inclinaría a armonizar las leyes de su propio inconsciente con las de la razón. Sacamos de ello la conclusión de que gentes que vivieron en condiciones sociales y geográficas bastante idénticas produjeron, independientemente los unos de los otros, las mismas técnicas y las mismas artes, de igual forma que utilizaron los mismos símbolos.

Por lo demás, esto no hace sino parafrasear lo que J. Murphy (citado por Arnold Toynbee) escribió del hombre primitivo: «Las semejanzas entre las ideas y los usos del hombre son atribuibles a la semejanza de la estructura del cerebro y a la naturaleza de su inteligencia... Esta semejanza de actividad mental... las similares operaciones del cerebro, común a la raza... explican la aparición de creencias e instituciones tales como el totemismo... entre las poblaciones y partes del Globo más alejadas entre sí.»

Sin duda, esto es cierto en numerosos casos, pero no resulta válido para los megalitos. Demasiados problemas de *espacio* y de *tiempo* se interfieren en el interior de esta corriente civilizadora, para que se puedan reducir a fenómenos de invención local. Al fin ha acabado por imponerse esta idea, y numerosos especialistas aceptan ya, junto a una evolución propia de las distintas zonas megalíticas, la existencia de un arranque inicial derivado de una fuente exterior, de un centro situado *fuera*.

EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO

Descubrimiento correspondiente al cielo nórdico, el Zodíaco que difundieron los habitantes de las regiones limítrofes del Atlántico figuraba, *sin duda*, en el número de los conocimientos extendidos por los portadores de la idea megalítica. Por lo menos habría debido encontrarse allí si la cronología lo hubiese permitido. En efecto, la mayoría de los historiadores consideran que la astrología nació, hace unos tres mil años, en alguna parte de Mesopotamia. Esto es completamente exacto por lo que se refiere a la práctica astrológica propiamente dicha, pero no para la concepción del círculo zodiacal y sus primeras representaciones. Para convencerse de ello basta recordar el reciente descubrimiento, por el americano A. Marshack, de representaciones astronómicas grabadas en los huesos del refugio Blanchard y en el hueso del Lartet. El «conocimiento» del Zodíaco es un hecho de

observación mucho más viejo que las interpretaciones y manipulaciones que se hicieron del mismo.

Como es natural, sería falso pretender que la astrología velase ya sobre la cuna del hombre, aun cuando, como escribe Gauquelin, «su primer pensamiento fue mágico, y su primera magia fue el cielo...»¹ Sin embargo, es posible una estimación cronológica. Para poseer un conocimiento total de las cosas del cielo, los hombres de los megalitos hubieron de tener una experiencia mucho más vieja que ellos. Relacionada con un hecho de orden astronómico, esta comprobación permite remontar a unos 26.000 años el conocimiento de la faja zodiacal. En efecto, en esta época es cuando los nombres de los signos correspondían más exactamente al nombre de las constelaciones que se hallaban frente a los mismos. En este momento fue cuando el juego de los astros (astros fijos o en movimiento aparente en la bóveda celeste) impresionó a aquellos hombres que capaces de determinar, con la mayor precisión, las variaciones estacionales del Sol saliente, conocían las secciones solares del año y erigieron numerosos monumentos a la gloria del astro diurno y pensando en el provecho que pudiera reportarles su «marcha en el cielo». Estos monumentos son las alineaciones de Carnac; las inglesas de Avebury; los círculos de piedras erigidas en Orkhon, Mongolia, y en Sillustani, en el Perú; el famoso Círculo de la Medicina —Medicine Wheele—, de Wyoming, y Stonehenge.

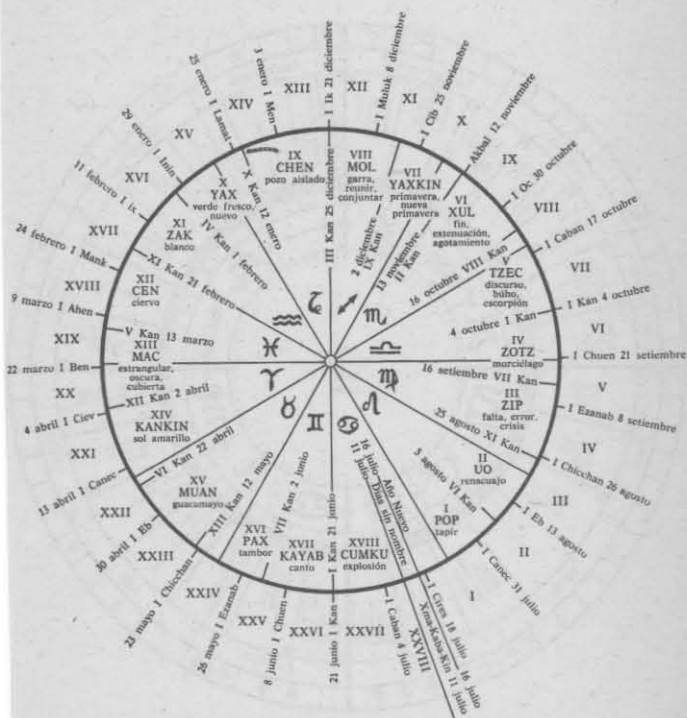
Del desplazamiento tradicional de los astros a través de los signos del Zodíaco, es decir, del hecho de que el Sol —por ejemplo— *se lleva bien* en el signo de Leo (el cual domina el verano) y se halla *en exilio* en el de Libra (el fin de agosto marca el inicio del otoño), especialistas como el astrónomo francés Paul Couderc deducen que *la astrología nació en el hemisferio Norte*, ya que corresponde a los movimientos estacionales de las constelaciones del cielo septentrional. Evidentemente, esta última observación aboga más en favor de las regiones atlánticas que de Mesopotamia.

Eusebio de Cesarea atribuye la invención de la astrología a los egipcios y a los caldeos. Y, en realidad, si el famoso Zodíaco de Denderah² data sólo de comienzos de nuestra Era, incluye, sin embargo, conocimientos mucho más antiguos. Queda en pie el hecho

1. Gauquelin: *L'Astrologie devant la science*, París, Encyclopédie Planète, pág. 63. [Se puede consultar en español, publicado por esta Editorial, *La astrología ante la ciencia*, «Enciclopedia Horizonte» n.º 3.]

2. Traído de Egipto por Napoleón Bonaparte, se conserva desde entonces en el Museo del Louvre.

de que es de las más sorprendentes la forma que tienen los personajes y los animales representados en este zodiaco, que siempre se ha de contemplar *hacia el Oeste*. Y no se ha resuelto aún el problema relativo a saber si el uso de la representación circular del Zodiaco es, en efecto, tan viejo como se dice. Numerosos egiptólogos estiman que los egipcios lo conocieron sólo por intermedio de Grecia, de la cual lo tomaron a préstamo.



El año maya

Círculo zodiacal del año entre los mayas

Para Schwaller de Lubicz —que, dicho sea de paso, no fue seguido por la totalidad de los arqueólogos—, el Zodiaco es un «monumento» de la cronología faraónica y una prueba suplementaria de la organización de este imperio «a imagen del cielo». Precisa incluso, en su magnífico estudio sobre el Templo del hombre: «El conocimiento, por los antiguos egipcios,

de los doce lugares, subdivididos en treinta y seis decans en la banda zodiacal, no es discutido ni discutible. Sólo se discute lo tocante al empleo, por los antiguos, de las figuraciones representadas en Denderah sobre los zodiacos circular y rectangular grabados durante la baja época. Ahora bien, dos ejemplos bastan para mostrar de qué forma entendían los viejos sabios estos signos y figuras.»



Representación del Zodíaco lunar europeo
(Dibujo realizado según el estudio de A. Volguine sobre la astrología de los mayas y los aztecas)

Para demostrar que es falso atribuir a los griegos lo que revierte, con toda justicia, a los egipcios (según el trujamán de los servidores de Horus), basta remitirse a los zodiacos americanos precolombinos. En efecto, la representación circular del Zodíaco, como el propio Zodíaco, es universal. Se encuentra en Amé-

rica del Norte como en cualquier otra parte, desde los cosmogramas mexicanos circuidos por la serpiente —símbolo universal también del Zodíaco— y las *ruedas katónicas*, especialmente relacionadas con los megalitos,¹ hasta las representaciones circulares, una, de doce signos y veintiocho domicilios, y la otra, de veinte signos de trece días. Sólo conocemos los nombres de nueve de los doce signos del citado Zodíaco (faltan los de Escorpión, Sagitario y Piscis), pero es interesante investigar sus correspondientes «europeas» o, por mejor decir, eurasiáticas.

Recientemente, Jacques de Mahieu, director del Instituto de las Ciencias del Hombre, de Buenos Aires, considerando que el zodíaco sudamericano era de raíz europea tardía, lo atribuye a los vikingos, los cuales lo habrían llevado en sus viajes, siguiendo las huellas de los irlandeses.² Desgraciadamente para esta teoría —seductora por otra parte—, los escasos signos zodiacales presentes en las piedras grabadas sudamericanas son mucho más antiguos que la hipotética presencia vikinga en el Perú y Brasil. Suponiendo incluso que los vikingos aportaran *signos* con ellos, lo único que habrían hecho sería confirmar y reforzar la existencia independiente de estas nociones y representaciones en el Nuevo Mundo.

Sea como fuere, he aquí el cuadro de estas correspondencias:

<i>Esplendor del Cordero</i>	Aries
<i>Macho potente (brillante e inflamado)</i>	Tauro
<i>Conjunción de los astros</i>	Géminis
<i>La culebra aletargada</i>	Cáncer
<i>Retorno de la lámina del león escondido (y rampante)</i>	Leo
<i>Madre divina</i>	Virgo
<i>Escala</i>	Libra
(desconocido)	Escorpión
(desconocido)	Sagitario
<i>Ciervo ardiente</i>	Capricornio
<i>Época de las aguas</i>	Acuario
(desconocido)	Piscis

Pero si estos datos, concernientes a la existencia, en la América precolombina, de la representación circular del Zodíaco —que debemos a A. Volguine³—, abogan en contra de su invención por los griegos,

1. Cada veinte años (o un katún), los mayas erigían piedras grabadas, para celebrar el cumplimiento del ciclo.

2. Jacques de Mahieu: *La Voyage du dieu Soleil*, edición especial, París, 1971, págs. 142-150.

3. A. Volguine: *L'Astrologie chez les Mayas et les Aztèques*, Niza, 1946, págs. 38 y ss.

queda en pie la objeción de que constituye la Edad más reciente de estos elementos entre los mayas o los mexicanos.

Digamos en seguida —en apoyo de esta hipótesis del Zodíaco, circulares u ovals, mucho más antiguas que las consideradas hasta aquí, por ejemplo, la «Piedra Pintada» brasileña.

En efecto, en la Guayana brasileña, sobre un dolmen de la «Piedra Pintada» —descubierta por Koch-Grünberb y descrita por Homet en 1950—, existe una figura muy rara, que puede considerarse como una representación zodiacal (véase más abajo). Una rápida ojeada al círculo en cuestión basta para reconocer en él «la idea cíclica», pero también para advertir en la figura algunos de los signos del Zodíaco, entre ellos, el de Acuario en su forma clásica. En el interior del gran círculo se advierte, además, la presencia de la serpiente, así como otras figuras relacionadas con la noción de viaje, como el carro con ruedas (¡en Amé-



rica del Sur!), diversos animales más o menos fabulosos (3 y 4), un jinete (7), una barca (10), un caballo muy estilizado (12), un carro, verosíblemente de combate (13), y, en fin, diversos personajes y objetos (6, 8 y 9).

Retengamos, de una manera especial, la imagen de la serpiente «cósmica» —sin principio ni fin—, que no sólo prenuncia el uroburos del Mediterráneo Oriental, que, aun precediendo al cosmograma maya regido por la serpiente, prefiguró, de manera sorprendente, una de las letras del alfabeto griego. Eusebio de Cesarea es el que nos permite establecer esta comparación al escribir:

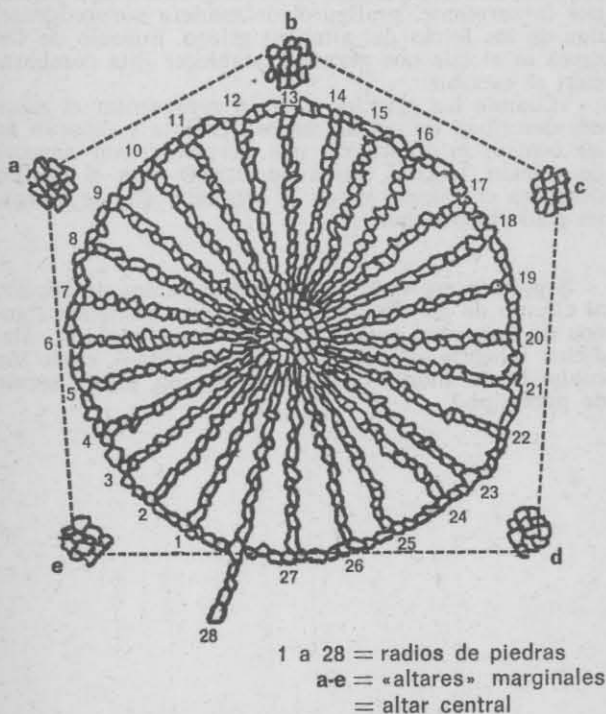
«Cuando los egipcios querían representar el mundo, describen un círculo aéreo ardiente y colocan en su centro, la figura de una serpiente con aspecto de gavián, lo cual forma nuestra Θ . Con el círculo designan el mundo, y con la serpiente que se alarga, un genio bienhechor...»

Seguimos en América, en la que hemos de añadir, al círculo de la «Piedra Pintada», por lo menos algunos de esos poco conocidos, pero muy notables, «Medicine Wheels» —Círculos de la Medicina—, entre los cuales el del monte Crow, en Wyoming, puede servir de prototipo.¹

1. Carling Malouf: *The Tipi Rings of the High Plains*, en *American Antiquity*, vol. 26, núm. 3, 1961, págs. 381-389.

EL CIRCULO DEL MONTE CROW

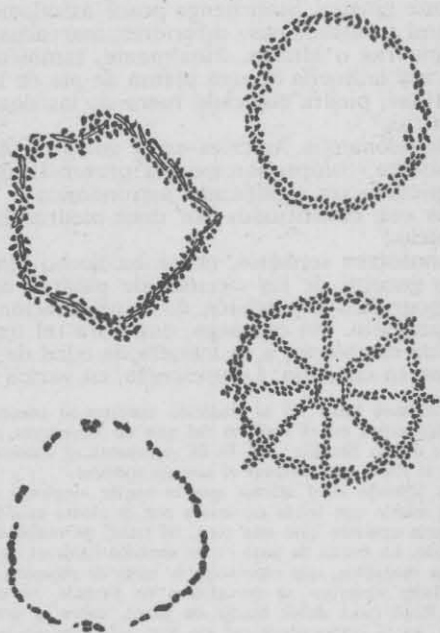
Descubierto en 1887, el círculo del monte Crow, fue sometido a la atención del público, en 1903, por la revista *American Anthropologist*, en un artículo firmado por C. Sims, conservador del Museo de Historia Natural de Chicago. Desde entonces ha sido objeto de estudios e investigaciones que no han conse-



guido arrancarle nada de su misterio, si bien han precisado su descripción y se han descubierto semejanzas con el mismo en tierra americana.¹ Recinto circular, de 24 metros de diámetro, el «monumento», hecho con piedras bastas, tiene 28 radios equidistantes, constituidos, asimismo, por piedras bastas. Uno solo

1. Robert B. Mc Coy: «Mystery of the Medicine Wheel», en *Science Digest*, octubre de 1958, págs. 53-57, y Th. W. Cultra, citado por J. Babb-Taylor, en *The Casper Tribune Herald*, Wyoming, Estados Unidos, junio de 1958.

de los radios rebasa en 3 metros la circunferencia del círculo. Alrededor del círculo, y a distancias iguales, se encuentran cinco montones de piedras. Otro montón, en medio del círculo —de más de 4 metros de diámetro y 90 centímetros de altura—, tal vez sea un viejo altar circular. En una de las piedras —procedente, sin duda, de una *cantera muy cercana*— se ha descubierto un dibujo en el cual suele verse el trazado (¿la marca estilizada?) de la *planta de un pie*. El conjunto, realizado *sin cemento intersticial*, está situado sobre una meseta de 3.300 metros de altura, en un lugar difícilmente accesible y en un espléndido paisaje natural. El nombre «Círculo de la Medicina», que le dieron los indios, se relaciona, verosimilmente, con prácticas de magia médica.



La edad del monumento es superior a la de las más antiguas tribus locales; los indios crow, siux y cheyennes lo heredaron de unos antecesores desconocidos. Sus trazos geométricos y la presencia de los cinco montones exteriores de piedras, dispuestos en los ángulos de un pentágono rectangular, recuerdan, sin duda, los observatorios solares de los antiguos

amerindios, sobre todo aztecas y mayas. ¿Se trataba, acaso, de un emplazamiento sagrado, en el cual los brujos se ponían en comunicación con el Gran Espíritu de los indios, o bien de un calendario cuyos 28 radios corresponderían a los veintiocho domicilios del Zodíaco lunar, que poseían todas las antiguas civilizaciones?¹ No hay que olvidar el pentágono. La adición de los rayos del círculo y de los altares exteriores de «Medicine Wheel» da por resultado 33 (28 + 5), submúltiplo de 99 y múltiplo de 11. Ahora bien, sabemos que, en el simbolismo de los números, esta cifra ha tenido siempre un importante significado místico.

Por otra parte, podemos comparar el círculo del monte Crow con el monumento de Stonehenge. El diámetro del círculo de piedras azules del edificio inglés y el del Círculo de la Medicina tienen medidas sensiblemente iguales. Stonehenge posee asimismo un altar central y «estaciones» exteriores, marcadas por pilas de piedras o altares. Finalmente, también se encuentra allí la huella de una planta de pie en la famosa Helistone, piedra colocada fuera de las dos ruedas concéntricas.²

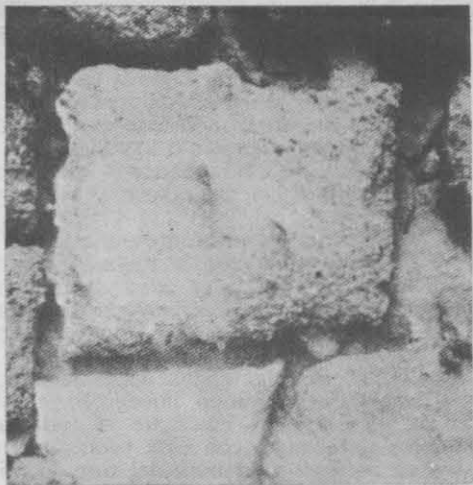
Si abandonamos América para volver a Avebury, en Inglaterra, comprobaremos la presencia de círculos de piedra con significado astronómico y astrológico a la vez, constituidos por doce piedras hincadas en el suelo.³

Que nosotros sepamos, no se ha hecho ningún inventario general de los círculos de piedras con realzado topográfico y precisión de la orientación *exacta* del monumento. Sin embargo, una obra tal tendría la ventaja de establecer, a su manera, la edad de los monumentos en cuestión. La presencia, en varios lugares

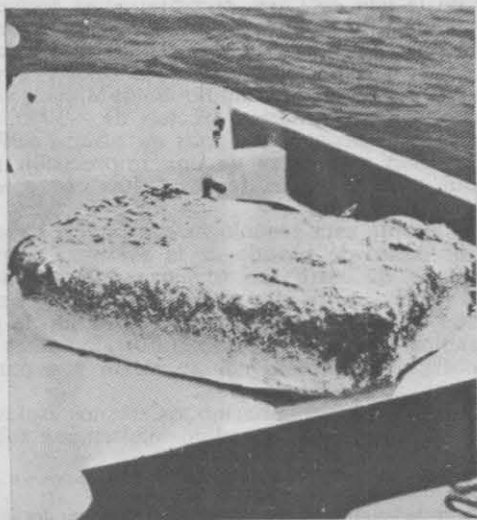
1. El Zodíaco lunar de la tradición europea se encuentra, con ligeras diferencias, en el Zodíaco del año de los mayas, en los 28 nakchatras de los hindúes, etc. El 28 representa el número de días que tarda la Luna en atravesar el círculo zodiacal.

2. Una leyenda local afirma que la huella «inglesa» es la del pie de un monje que había caminado por la piedra cuando el diablo lo quería aplastar bajo una roca. Se trata, en realidad, de algo bien distinto. La marca de *paso* es un símbolo habitual en los hombres de los megalitos, que representa la toma de posesión del lugar sagrado. Tales «huellas» se encuentran en Francia, en el dolmen del Petit Mont (una doble huella de paso), sobre la gran piedra sumergida, en la embocadura del río Vie, así como en la roca sagrada de Zasliai, en Lituania, y en la roca, a pico, de Catateni, en Rumania (dos pares de huellas), en Valcamonica (Valle de las Maravillas, en los Alpes), y en más de noventa monumentos mexicanos atribuidos a los olmecas.

3. De la misma forma, contamos doce piedras en los doce pilares de Gigal, en Palestina. En este lugar fue donde, tras el paso del Jordán, elevó Josué estos menhires, símbolos no sólo de las doce tribus de Israel, sino también de las doce constelaciones del Zodíaco.



Arriba: *Pormenor de una de las formaciones artificiales de Bimini. Gigantesca losa del muelle, vista en el agua.* (Foto Rebikoff.) Abajo: «Elemento» de construcción en Bimini. Piedra regular, procedente de las estructuras. (Foto Rebikoff.)



del mundo, de representaciones zodiacales circulares antes de su reinvención y perfeccionamiento por los mesopotamios y los griegos y, aún más el hecho de que la mayor parte de estos lugares esté situado en las zonas recorridas por los portadores de la idea megalítica, demuestran suficientemente que, en una época comprendida entre el milenio xxv y el final de las corrientes megalíticas, circulaban con estos hombres la concepción cíclica del calendario y el círculo zodiacal.

Si el estudio de la circulación de una idea a través de los vestigios dejados por la misma permite una estimación muy elástica de su edad, se muestra mucho más preciso el fechado con ayuda de los medios que ofrece la Física nuclear. Así, el período que nos interesa podría cifrarse, aproximadamente, entre —5.000 y —1.000. En efecto, las apreciaciones, siempre subjetivas, de otro tiempo, pueden ser sustituidas por indicaciones seguras mediante el radiocarbono. Por ejemplo, el fechado, con este procedimiento, de los restos de madera y carbón, del túmulo Saint-Michel, en Carnac, nos da una antigüedad de 5.000 a 5.500 años. Como escribió Aimé Michel en 1967, «los resultados son asombrosos. Una parte de los vestigios tiene de 5.000 a 5.500 años de edad, y algunos de ellos, de 8.500 a 9.000 años.»¹

Recientemente, Henri de Saint-Blanquat, partiendo de una fecha que se remontaría a —3.390 para un megalito de la isla de Carnac, escribía: «Las fechas obtenidas para los carbones de madera de las antiguas excavaciones del dolmen de Kerkado, en Carnac, han dado asimismo una fecha de 3.850 años.» Y añade: «Para las cámaras del túmulo Saint-Michel, siempre en Carnac, se han obtenido fechas de —3.750, —3.100 y —2.900. En consecuencia, más de 5.000 a 6.000 años de edad. Son resultados de una imprecisión menor, pero que confirman las fechas "altas" obtenidas en otros lugares.»²

Si se adopta esta cronología ¿no podría haber sido el mejor punto de partida de la aventura megalítica este puerto, de entre seis o nueve milenios de antigüedad o más, sobre el cual empiezan a llegarnos las primeras informaciones reales? Sólo se ha de pensar en aquellos hombres de la plataforma de las Bahamas, obligados a abandonar su tierra y a partir en busca de lugares más seguros...

«¡Imposible! —exclamarían los eternos esclavos del raciocinio—. No habrían podido mantenerse sobre las

1. Aimé Michel: «La plus vieille religion d'Europe», en *Planète*, núm. 9, abril-mayo de 1967, págs. 59-66.

2. Henri de Saint-Blanquat: «La Vraie Découverte des dolmens», en *Science et Avenir*, núm. 281, julio de 1970, pág. 572.

olas. Porque, a fin de cuentas, ¿qué podían saber, en materia de navegación, aquellos hijos de Cro-Magnon, aquellos americanos de hace 6.000 a 8.000 años?»

Sin embargo, ellos mismos nos dijeron que navegaron, al esculpir barcas en sus dólmenes de New Grange, en Irlanda. De entre ellos, algunos tenían incluso por animal tótem el pulpo, como el que podemos ver, más o menos estilizado, en Luffang, Le Rocher y otros lugares.

MEGALITOS Y ELDORADO

Si los portadores de la idea megalítica atravesaron el océano para llegar a Europa y África, con mucha mayor razón podrían haber alcanzado la cercana América. De aquí que apenas podamos sorprendernos de encontrar en el Nuevo Mundo monumentos cuyo origen indio es más que indiscutible y respecto a los cuales dicen los arqueólogos que hasta tal punto semejan menhires y dólmenes, que hacen pensar en que, precisamente, *son* menhires y dólmenes (cosa, a todas luces, «inconcebible»).

El gran libro de piedra americano —ante todo, sudamericano— se inicia con el capítulo más sorprendente de la misteriosa arqueología del mundo precolumbino: la civilización de San Agustín. Dejada en la sombra por los grandes cronistas de la conquista española (en este sentido, no dicen ni una sola palabra Juan de Castellanos, ni Cieza de León, ni el padre Pedro Simón), la mostró por primera vez, a la atención del mundo erudito, Carlos Cuervo Márquez,¹ cuyo mejor amigo, el doctor Miguel A. de Velasco, la estudió apasionadamente *in situ*. Luego, la civilización de San Agustín entraría en la Historia gracias a los trabajos del etnólogo alemán Theodore Preuss, quien dedicó al tema una parte de su libro *El Arte monumental prehistórico*.

Las primeras excavaciones propiamente dichas se iniciaron sólo más tarde: en 1935. El Estado colombiano creó en la región el primer parque arqueológico del país, y José Pérez de Barradas se hizo cargo de la dirección de los trabajos. Su libro *Arqueología agustiniana* y los ulteriores trabajos de Luis Duque Gómez revelaron al mundo la existencia de una «cultura megalítica septentrional andina» en el valle superior del río Magdalena, en Colombia.

1. Carlos Cuervo Márquez: *Prehistoria y Viajes*, Bogotá, 1893, págs. 170-171.

Las excavaciones emprendidas y las fechas establecidas hasta hoy nos llevan a tres períodos de expansionamiento de esta civilización, la más antigua de las cuales se extendería desde —555 hasta +425. Pertenecerían a esta época las tumbas de cámaras laterales que se han encontrado, mientras que serían posteriores las gigantescas estatuas monolíticas. Sea como fuere, la civilización de San Agustín, resultado de una corriente cultural originaria de la América Central —verosíblemente, de México—, se halla muy lejos de haber revelado todos sus secretos, ni siquiera en lo tocante a la cronología.

A este respecto, Francisco Fernández Santos escribió recientemente: «En cuanto a las relaciones con las otras culturas americanas contemporáneas, y las mutuas interinfluencias, se trata de un problema *no resuelto aún y, sin duda, difícil de resolver*. Por el momento, apenas es posible adelantar hipótesis...»¹ Sin embargo, resulta incuestionable que lo esencial de esta civilización está formado por construcciones megalíticas, la antigüedad de algunas de las cuales es claramente anterior a las fechas establecidas por Barradas.

Entre estos monumentos hay que citar las construcciones subterráneas y los... dólmenes. Oigamos de nuevo a Carlos Cuervo Márquez: «...en las cercanías de Inza se encuentran extrañas necrópolis y vastas salas subterráneas, que no han sido suficientemente exploradas.»

Además, el doctor Miguel G. de Velasco nos describe así una de estas construcciones: «Al pie de la vertiente oriental de una colina se abre la entrada de una galería subterránea, de tres metros de altura por dos de anchura, tallada en la roca viva... La galería tiene cuarenta metros de largo y encierra, en toda su longitud, tres filas de sarcófagos tallados en la roca y superpuestos... Al final de la galería se encuentra una gran sala redonda (en forma de rotonda), cuyo suelo y paredes están recubiertas de un revestimiento negro, duro y bruñido... En las paredes de la rotonda hay varios nichos...» Y Carlos Cuervo Márquez comenta: «La atención queda forzosamente solicitada por la extraordinaria semejanza entre las viejas esculturas encontradas entre el Nilo y el mar Rojo y descritas por Edoardo Todda en su libro *A través de Egipto*, y las esculturas de las tumbas que existen en toda la Cordillera Central...»²

Como es natural, la comparación con Egipto puede

1. Francisco Fernández Santos: *San Agustín*, en *Arqueología*, núm. 36, setiembre de 1970, págs. 41-43.

2. Carlos Cuervo Márquez: *Prehistoria y Viajes*, págs. 170-172.

llevar muy lejos, pero, a la inversa, para evitar a toda costa caer en el pecado «difusionista» y «fabricar» egipcios «sudamericanos», los arqueólogos parecen taparse los ojos ante la realidad de estas semejanzas. En efecto, es indudable la existencia de un «parecido común» que, por otra parte, se explicaría perfectamente admitiendo que un pueblo —desaparecido hacía mucho tiempo— legara a los indios colombianos —que no sabían nada de estas ruinas, de las cuales no habla ninguna de sus tradiciones— estos vestigios, si no milenarios, por lo menos más antiguos de lo que se cree.

En cuanto a los «dólmenes», citaremos de nuevo a Francisco Fernández Santos: «Por su parte, la arquitectura se limita a los templos y a los sepulcros, formados ambos por enormes losas de piedra. *Cosa curiosa, algunos templos (sic) se parecen, de manera sorprendente, a los dólmenes europeos.*»¹ Y, en efecto, no cabe duda de que son dólmenes. Así lo atestiguan, doblemente, su forma y su modo de construcción —idénticos a los de los dólmenes clásicos— y el anonimato de sus constructores. En consecuencia, y para terminar, nos limitaremos a decir, con Cuervo Márquez, que «probablemente, a una misma época de construcción que los subterráneos pertenecen también las esculturas de *dólmenes* que se pueden encontrar, en abundancia, en las colinas del valle de San Bernardo al este de Ibarque».²

Añadamos que cerca de Cuenco, en Perú, se encuentran menhires, bloques de piedra esculpidos, dólmenes y cámaras subterráneas recubiertas de gruesas piedras análogas a las de Locmariaquer, en Bretaña, fortificaciones que recuerdan las torres corsas y los nuraghis sardos. En fin, los túmulos descubiertos en el valle de la Urubamba (Perú) son prácticamente los mismos que los de Barnenez, en Francia.

En cuanto a los orígenes «geográficos» de esta civilización extraña en el contexto sudamericano —si bien presenta ciertas relaciones con otras culturas precolumbinas³—, no hay nada más simple que establecer su origen septentrional partiendo de las costas de la Colombia del Norte. En efecto, se encuentran ruinas parecidas en toda la región del istmo de la América Central, empezando por Azuero y Chiriquí, en Nicaragua, y por El Salvador, donde el doctor José Antonio Urrutia ha descubierto subterráneos iguales que los de San Agustín cerca del pueblo de Comapa, en las llamadas ruinas de Cinaca Micallo.

1. Francisco Fernández Santos: *Arqueología*, núm. 36, págs. 41-42.

2. Carlos Cuervo Márquez: *Prehistoria y Viajes*, pág. 172.

3. Por ejemplo, la cultura Chavin, en Perú, o la de Tiahuanaco, en Bolivia.

Aparte los que acabamos de mencionar, existen también monumentos tan parecidos a los menhires como para inducir a confusión, así como creaciones artificiales que, para irritación de algunas mentes, imitan los crómlechs o remedan las alineaciones. En este sentido tenemos, especialmente, los círculos de piedras erigidas en la península de Sillustani, en Perú. Por su parte, la famosa Puerta del Sol —que, para los científicos, sólo tiene de megalíticas sus impresionantes dimensiones—, fue, sin duda alguna, un megalito, resto de un conjunto de piedras erigidas y labradas, que recuerda singularmente a Avebury e incluso, por su tamaño, a Stonehenge. Esto, a condición de contemplarla no como una puerta aislada en una meseta desértica cubierta, acá y allá, de ruinas, sino como si hubiese formado parte de un conjunto, que el francés D'Orbigny pudo ver aún a comienzos del siglo pasado. Finalmente, Homet señala la existencia de dos menhires gigantescos en Amazonía, que los indígenas llamaban Keri y Kama —o Kamo— y que representaban para ellos la Luna y el Sol.¹

Dejando aparte las construcciones megalíticas —sobre todo, muros— de Sacsahuamán, en Perú, las de Machu Picchu —que debían de ser preincaicas— o los ciclópeos muros de Cuzco —la antigua capital de los Incas—, no podemos despreciar los vestigios de gigantescas construcciones descubiertas en Caru-Tupera, en la isla de Marañón. Y aún se encontrarían muchos otros ejemplos. También América del Norte posee megalitos característicos. Se encuentran, especialmente, en los Estados de New Hampshire y Massachusetts.

Si queremos abandonar por un momento la Historia para hacer una breve incursión en la leyenda, hemos de citar, entre los vestigios del mundo megalítico americano, la tradición de la más fabulosa ciudad que se haya construido jamás en esta tierra de misterios: la capital del maravilloso reino de Ma Noa, cuyo soberano era *El Dorado*.

En el capítulo CXX de su *Historia General de las Indias*, Francisco López relata ampliamente esta leyenda, que organizaba a los hombres de Ma Noa poco más o menos de la misma forma en que Platón describiera la organización de los reinos y provincias de la Atlántida. Tomada de nuevo, en 1536, por George d'Espera y, más tarde, por Fernand Denis en su *Histoire de la Guyane*, la leyenda hizo fortuna. Alimentada en su punto de partida, por los relatos de los conquistadores menos afortunados, como Orellana y Belalcázar, hizo aún soñar durante los siglos XVIII y XIX, para desaparecer, pura y simplemente, en el siglo XX.

1. Homet: *Die Söhne der Sonne*, Olten, 1950, págs. 246-247.

La lista de locos, de iluminados y de fanáticos que consumieron su tiempo y su energía en la búsqueda de las presuntas ruinas de Ma Noa, es rica en nombres de personajes ilustres, de famosos aventureros. Antonio de Herrera en 1535; Gonzalo Jiménez de Quesada en 1539; don Antonio de Berrio en 1584; Sir Walter Raleigh en 1595; Apolinar Díaz de Fuente en 1760; Bodovilla en 1764; H. Schomburgk en 1840; Theodore Koch-Grümbert en 1908; Hamilton Rice en 1915...

Conquistadores, almirantes piratas, guerreros, sabios, exploradores, todos dejaron sus huesos en la empresa. Siguió luego Fawcett y Maufrais. El primero creyó encontrar Ma Noa, la fabulosa ciudad, en la cuenca meridional del Amazonas. Se perdió en 1925.

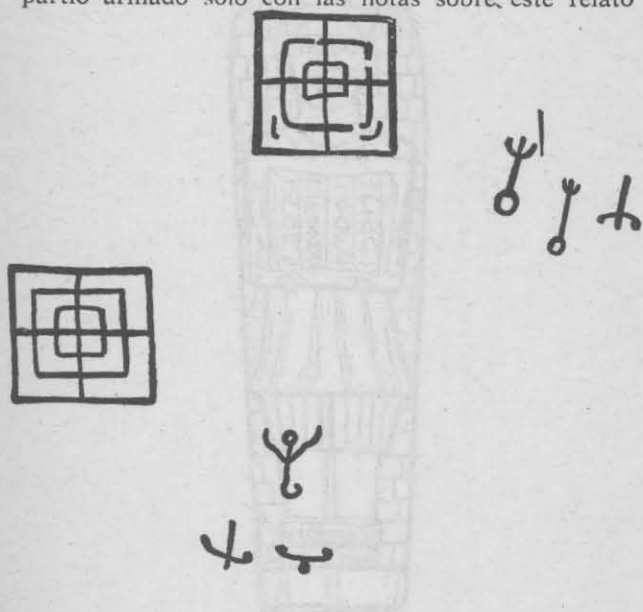


Veinticinco años más tarde, Raymond Maufrais desapareció, a su vez, a miles de kilómetros de allí, cuando buscaba Ma Noa en los montes Tumuc Humac, cerca de la frontera que separa el Brasil de la Guayana francesa.

Buscada durante más de cuatro siglos en tres o cuatro regiones bien distintas de la Amazonía y de la

América Central, Ma Noa negóse a dejarse descubrir. Por lo demás, es muy posible que se trate de una leyenda. Pero si existió, no cabe la menor duda de que sería una antigua ciudad megalítica. Desde este punto de vista nos la describe un documento de 1753. Se trata de un relato de *bandeiristas* —buscadores de oro— que regresan de un largo viaje de prospección. Y este relato fue el que puso a Fawcett sobre la pista de la ciudad perdida.

Pero, ¿y si los *baideiristas* habían tomado por una vieja ciudad «una formación particular de gres corroída por la erosión, que, de lejos, da la impresión de viejas ruinas», e inventaron el resto de su relato? ¿Y si las inscripciones que pretendían haber recogido en los monumentos de esta ciudad, las habían leído en algunas rocas cercanas? Sea como fuere, Fawcett no partió armado sólo con las notas sobre este relato



Grabados rupestres. A la izquierda, representaciones de san Benito, Antioquia y Boyacá, en Colombia. A la derecha, representaciones de Eiras da Seixas en España, en las cercanías de la antigua Tartessos.

y otros parecidos. Llevó consigo una estatuilla de piedra negra bruñida, respecto a la cual opinaba que procedía de una vieja ciudad perdida.

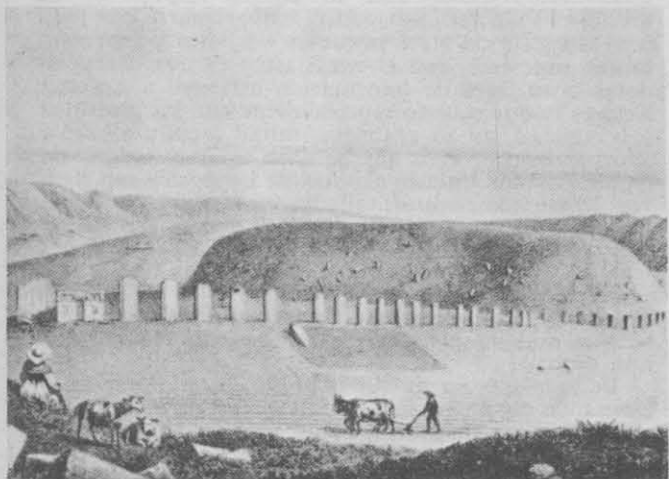
Si se examina detenidamente este objeto —reproducido según Homet—, no puede uno por menos de quedar sorprendido ante su aspecto egipcio. Si, en efecto, es sudamericano, podría emparentarse con toda una categoría de otros pequeños vestigios y representantes rupestres, que el entusiasmo de los descubridores o su falta de información atribuyó a Egipto.¹ Esto es lo que ocurrió especialmente con los grabados (en realidad, mitad grabados, mitad esculturas), que adornan ciertas rocas que bordean el Great Salt Lake, en los Estados Unidos, algunas de las cuales son figuras de tamaño natural, talladas en la dura masa del granito azul, a una altura de 8 a 9 metros del suelo.² den relacionarse con viajes de egipcios a las regiones

En efecto, estas estatuas están realizadas con una técnica que no poseían los americanos procolombinos, pero...

De la misma forma que la presencia, en tierra americana, de dólmenes, menhires, círculos de piedras erigidas y otros megalitos, estas manifestaciones, que recuerdan vagamente a Egipto (pese a lo cual no pueden relacionarse con viajes de egipcios a las regiones interiores del Nuevo Mundo), son, con mucha mayor seguridad, fruto de migraciones más antiguas. Por ejemplo, las de mayor o menor entidad que llevarían a los hombres que abandonaban la sumergida plataforma de las Bahamas, hacia costas situadas, para ellos, al Sudeste y al Oeste, o sea, hacia el Norte y el Este.

1. *Mémoires du colonnel Fawcett*, París, 1953, vol. II, pág. 176.

2. Remi y Brinchley: *A journey to the Great Salt Lake City*, Londres, 1862, vol. II, pág. 362.



La Puerta del Sol, en Tiahuanaco, parte integrante de una alineación de piedras erigidas, tal como la vio Alcide d'Orbigny en el siglo XIX. (Foto del autor.)



Representaciones humanas. Escudo ritual sudamericano de la época preincaica (Chancay, Perú), a la izquierda, y tablilla grabada de Karanowo (Bulgaria), a la derecha. (Fotos del autor y de «Science et Avenir».)

LA ESCALERA DEL PARAÍSO

Estoy convencido de que un día el mundo erudito se dará cuenta de que los hombres de la Edad de la Piedra antigua sabían no sólo vivir en la fantasía de sus sueños, sino también materializarlos, llenando con cuadros compuestos la naturaleza de los lugares que habitaban, mucho antes de haber aprendido a pintar o a esculpir en tres dimensiones...

DANIEL RUZO,
«Carta dirigida al autor en 1970»

El Arte es imaginación restituida. Medio de expresión, la obra de Arte es también una confesión. Cuanto más simple y directa es la sinceridad que motiva esta confesión, más posibilidades tiene la obra de alcanzar lo grandioso. Tal vez sea ésta una de las razones por las cuales el Arte primitivo consigue, ya de entrada, sus más grandes éxitos, para diversificarse a continuación, hasta dispersarse. Esto es, sin duda, lo que valió a la cueva de Lascaux el ser bautizada con el nombre de la «Capilla Sixtina de la Prehistoria», y a Altamira, Niaux, Valcamonina, etc., ser hoy tan conocidas como los museos del Vaticano o del Prado, del Louvre o del Ermitage. Pero no siempre fue así.

ESE MARCAHUASSI QUE NOS INQUIETA

Los descubridores ocasionales de dibujos extraños o de figuras coloreadas en las paredes interiores de ciertas cuevas de Francia que, entre 1841 y 1849, tuvieron el valor de dar a conocer sus hallazgos, en vez de atraerse recompensas o alabanzas, viéronse muy

a menudo tratados de fantaseadores. Lo mismo ocurrió con el asunto del Hueso de la Madeleine, sobre el cual unos «falsarios» —que, por lo demás, no se han descubierto nunca— habían grabado un... mamut. Después de esto, en 1879, estalló la asombrosa «historia» de Altamira. El marqués de Santuola, propietario de aquellos lugares, fue acusado de haber hecho pintar su cueva por unos comparsas, al objeto de sacar provecho de ello. Y podríamos seguir enumerando durante largo tiempo los nombres de estos falsos falsarios.

Ahora bien, he aquí que nos encontramos de nuevo en la misma situación a propósito del Marcahuassi y de las extrañas cosas que pueden verse en esta pequeña meseta andina del Perú. Notables por su gigantismo, las esculturas realizadas *in situ* en las rocas de las cumbres de las montañas, lo son mucho más aún por su continuación espacial. En efecto, aquí se conjugan en la perspectiva «aspectos cercanos», para dar cuadros de conjunto. Ya el propio estilo mismo de estas esculturas revela técnicas particulares, como las que permitieron realizar los ojos de los personajes, regular los juegos de sombras; etc. Finalmente, la utilización de la perspectiva en estos «cuadros» confirma que tales conjuntos artísticos fueron realizados *para ser vistos en cierto momento del año, correspondiente a una de sus secciones solares —equinoccio o solsticio— y desde determinado ángulo.*

Descubierto en 1924, el Marcahuassi sigue esperando que lo tomen en serio. Dos artículos, aparecidos en 1956 y 1959 en la revista *L'Ethnographie*, de París, no han modificado para nada el silencio que lo rodea, y si juzgamos por lo que ha pasado hasta ahora, este estado de cosas tiene todas las trazas de eternizarse; la principal razón de ello la tenemos en un doble bloque de tipo psicológico. En primer lugar, el descubridor, Daniel Ruzo, no es arqueólogo ni historiador. «Sólo» es filósofo, abogado, poeta y fotógrafo. Pero, sobre todo, tuvo la [mala] suerte de caer sobre una cultura característica de un alto nivel de civilización. Por el momento, Ruzo clama contra la injusticia y exhibe fotografías en las cuales se ven no sólo extraños perfiles, sino también cuadrados pintados bajo el mentón de cabezas colosales, cual la «Cabeza del Inca», así como escaleras de peldaños rigurosamente tallados en la roca más dura que pueda haber. Está bien claro que la Naturaleza, que no trabaja con escuadra, no tiene nada que ver con tales resultados. Y, sin embargo, se oye decir incansablemente que todo ello es debido al azar, a bruscas variaciones de temperatura, a la acción combinada de los vientos y la lluvia... Y ello, naturalmente, con una ignorancia

total del clima reinante en la zona en cuestión.

Entre las raras personas que se han atrevido a estudiar el lugar de Marcahuassi figura el profesor ruso N. F. Jirov, quien escribió en 1963: «Sobre esta pequeña meseta, de tres kilómetros cuadrados, situada a unos ochenta kilómetros de Lima, en Perú, Daniel Ruzo descubrió toda una serie de esculturas gigantes cuyas creadores —artistas que han permanecido anónimos en las tinieblas de la Prehistoria— utilizaron las rocas de la montaña para trabajarlas y ajustarlas, en la medida necesaria, a las semejanzas que querían determinar. Algunas de estas “esculturas” representan ya animales —desaparecidos, desde hace largo tiempo, de América (el caballo o el gliptodonte)—, ya bestias que jamás vivieron en el Nuevo Mundo, como el león, la vaca y el camello. Entre las representaciones encontradas en Marcahuassi hay también esculturas *que recuerdan a los dioses del Antiguo Egipto* cabezas de aves o de animales, como entre los egipcios Tot y Anubis). Aparte las esculturas se han descubierto además, en la misma meseta, restos de construcciones ciclópeas. Parece como si la meseta hubiese sido otrora un alto lugar sagrado, donde se llevarían también a cabo sacrificios humanos. Habremos de admitir que esta escultura se extendió ampliamente por América, ya que empiezan a surgir vestigios similares en México, Brasil y otros puntos del Nuevo Mundo...»¹

Jirov calcula la edad de estas esculturas en más de 10.000 años. Este texto fue el que permitió a Daniel Ruzo afirmar: «Estoy convencido de que el mundo científico no tardará en verse obligado a admitir que hombres prehistóricos posteriores a la época de las pinturas rupestres trabajaron las rocas de los altos lugares para expresar en sus obras sus concepciones de orden religioso.»

Los viajes de estudios emprendidos por Daniel Ruzo en Francia, Inglaterra, Grecia, Rumania, Egipto, México o Brasil, lo han convencido de que en tales países existen vestigios del mismo arte. Incluso ha llegado a individualizar dos caracteres fundamentales. El primero es la escultura, «de grandes dimensiones», hecha de rocas *in situ* (valiéndose para ello de rocas que presentaban ya siluetas propicias para este «arreglo»); el otro, la creación de conjuntos de varias esculturas, destinadas a ajustar o incluir en un mismo cuadro, a la manera de los elementos o piezas de un puzzle. Y ello gracias al juego de la perspectiva y a condición de contemplar el «cuadro» desde un punto preciso, habitualmente marcado en el terreno: roca

1. N. F. Jirov: *La Atlántida*, Moscú, 1963.

central, «butaca» esculpida en la roca... Según Ruzo, tales creaciones se encuentran en Francia (Fontainebleau), en Egipto (Nilo), en Rumania (Cárpatos), etc.

Sean cuales fueren las aberraciones de la acusación y —todo hay que decirlo— las exageraciones de la defensa, lo que verdaderamente anonada en este asunto es la obcecación, la falta de curiosidad del mundo erudito respecto a una cultura que cruzaría los océanos hace más de 10.000 años.

Si Jirov —que tampoco es arqueólogo, sino ingeniero químico— se ha interesado por el problema de Marcahuassi, es porque investigaciones emprendidas por otros sabios en la propia Unión Soviética han descubierto, en los Urales, culturas arcaicas basadas en el mismo trabajo, *in situ*, de las rocas, en las cuales se ven figuras grabadas de hombres, con cabeza de ave, que recuerdan el antiguo Egipto.

Más afines aún al tipo de Marcahuassi son las rocas esculpidas *in situ* y descubiertas accidentalmente en los montes Sijoté-Alin, en Siberia, por el cazador Efrén Leshok. En esta cueva, y «sosteniendo» el techo, una «estatua» recuerda el gigante Atlas. Cerca de allí una altiva figura, rodeada de singulares rocas, despliega unas grandes alas azules, mientras contempla a los intrusos con los brazos cruzados. En la sala siguiente, una estatua, delicada y pensativa, de rasgos claramente arcaicos, exhibe en medio de la frente un tercer ojo, el ojo pineal de las antiquísimas representaciones míticas de la divinidad. Este último hecho es particularmente inquietante, ya que tal ojo figura también —y de la misma forma —en algunos grabados rupestres sudamericanos, que jamás se han estudiado ni explicado verdaderamente y que, en todo caso, no tienen nada que ver con las civilizaciones amerindias conocidas, ni siquiera arcaicas.

Por lo que respecta a la estatua siberiana, la inclinación de la cabeza demuestra a las claras que el artista, como en Marcahuassi, siguió a la Naturaleza. Y, ¿qué decir de las esfinges descubiertas en los montes del Kazajstán, rocas esculpidas que también tienen exactamente la misma forma de esfinge de los Cárpatos (en Bratocea, Busteni y Cerna) y que se hallan orientadas de la misma manera? Y, finalmente, ¿qué decir de las grandes representaciones de cabezas de toros descubiertas en los montes del Cáucaso? ¿No nos encontramos, una y otra vez, en presencia de una técnica de trabajo de la roca *in situ*?

¿CUANDO Y CÓMO?

No sabemos nada preciso sobre el hombre de esta cultura de Marcahuassi. Sólo los vestigios de su actividad nos hablan aún de él; pero tales vestigios revelan técnicas y creaciones que tienen sus equivalentes en muchas civilizaciones americanas posteriores.

El doctor Antonio Pompa y Pompa, de la Academia Mexicana, en una comunicación hecha en 1953, declaró que podía establecer una sección de esta cultura arcaica a través de todo el continente americano. Por su parte, el doctor Peter Allan, de la «Smithsonian Institution», escribió, tras haber estudiado sobre el lugar las esculturas de Marcahuassi: «Indudablemente se encuentran en esta meseta esculturas realizadas sobre la misma roca, que representan hombres y animales. Las esculturas revelan una técnica especial de ejecución que permite a ciertas representaciones hacerse visibles para el observador sólo desde una determinada incidencia de luz y, a veces, desde un lugar elegido de antemano por el escultor y manifiestamente señalado en el terreno. En esculturas como la llamada el *León Mexicano*,¹ la representación no puede atribuirse, en ningún caso, a la imaginación o a una erosión fortuita de la Naturaleza. La mano del hombre es bien visible en esa creación...»²

Y el profesor vienés H. S. Bellamy manifestó: «Tales monumentos, únicos por su concepción, sus líneas y su ejecución, tienen como cualidad esencial su plasticidad, ya que, en realidad, no todos están hechos en relieve. De ello resulta, en este caso, que la escultura debe ser contemplada desde un punto definido, por lo general señalado en el terreno y, por tanto, con determinado ángulo de orientación. La mayor parte de las esculturas se beneficia de cierto efecto luminoso...»³

En cuanto a Alexei Okladnikov, de la Academia de Ciencias de la URSS, examinó las esculturas *in situ* en los montes Sijoté-Alin. E incluso las fechó. Para Okladnikov, tales esculturas son anteriores a la cultura de los tchiut-chiens y de los boais y, por tanto, pertenecen a una época situada entre el 700 y el 500 a. de J. C. Por lo demás, estas fechas son controvertidas, y las discusiones continúan. Sea como fuere, la

1. Nombre dado por Ruzo.

2. En *L'Ethnographie*, París, 1959, págs. 78-85.

3. En *L'Ethnographie*, París, julio de 1959.

cultura de los montes de la Serpiente, en Sijoté-Alin, atestigua la existencia de una técnica de escultura *in situ* de dimensiones gigantescas, y los conjuntos que se han descubierto tal vez sean la expresión, relativamente reciente, de una tradición mucho más antigua. Las obras de arte de Sijote-Alin han sido fotografiadas; el lugar, ordenado, mientras prosiguen las investigaciones de Okladnikov.

En lo que respecta a Marcahuassi, si bien el método de construcción apenas plantea problemas (ha «bastado» retocar los contornos de las rocas elegidas precisamente a causa de la predisposición de su forma natural al motivo elegido), no estamos tan seguros sobre la fecha.

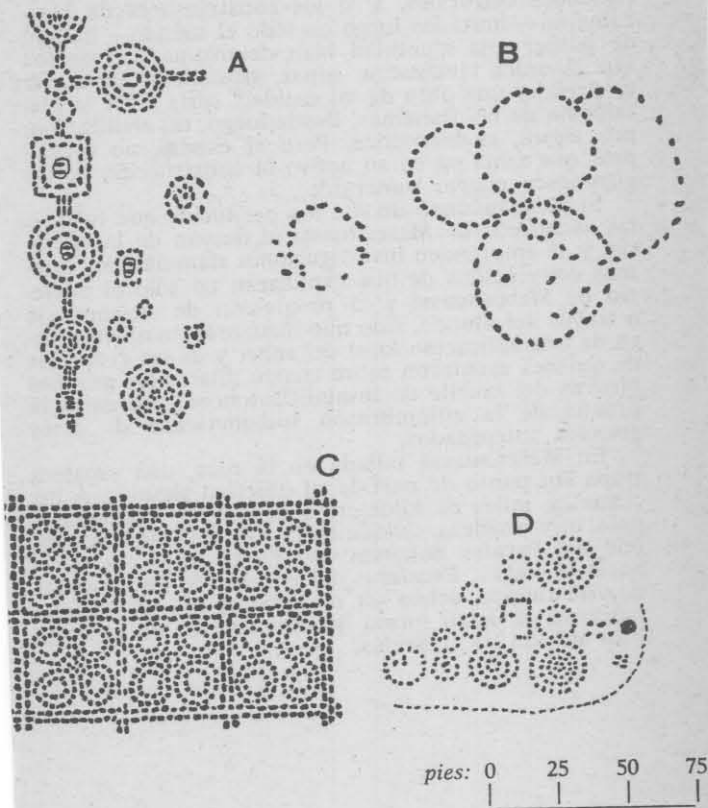
¿QUIEN Y POR QUE?

Muchos de los que han visto fotografías de las esculturas de Marcahuassi (o de otras similares) dudan de la capacidad de los hombres primitivos para esculpir a tal escala. Con motivo de una discusión televisiva que sostuvimos con el profesor Emilio Gandurachi, a la sazón director del Instituto de Arqueología de Bucarest, nos pareció que planteaba ingenuamente el problema de los tinglados, herramientas especiales y otros sistemas mecánicos que los hombres prehistóricos habrían tenido que poseer para tallar y modelar las rocas. Esto es olvidar, por ejemplo, que todavía no se sabe a qué luz trabajaron los pintores de Lascaux, ni con qué «cábrias» movieron sus bloques de piedra los constructores de Stonehenge. Por otra parte, ¿qué podemos pensar del *canal* prehistórico que une el Amazonas con el río Negro a través del río Casiquiare, o de la construcción de las *effigy-mounds*, esas colinas antropomorfas de América del Norte y... de Inglaterra; de las alineaciones del macizo de Nazca; de los bloques, de 1.200 toneladas, de Baalbek, en el Líbano, o de las ciclópeas construcciones de Sacsahuamán, en Perú?

Se habrá de admitir, un día u otro, que las esculturas de Marcahuassi fueron realizadas sin recurrir a «técnicas-milagro». Todo su secreto reside en la acción —por percusión o frotamiento— ejercida por una roca más dura sobre otra menos dura. La utilización de la Naturaleza y el trabajo *in situ*, consistente en mejorar formas ya existentes y en componer conjuntos a partir de piezas esparcidas por el terreno y reunidas gracias a la perspectiva (lo cual reducía a menudo la labor a una juiciosa elección del punto de

observación), hacen que estas obras sean mucho más fáciles de realizar de lo que pretende creerse.

En fin, el cálculo de probabilidades nos dice que es del orden del 1 por 20.000 la posibilidad de que un «americano» del x milenio a. de J. C. realizara el bo-



Formaciones de piedras erigidas

- A) Argelia. B) Inglaterra. C) Livonia.
D) Conjunto ulterior de Escandinavia.

ceto de un camello en una roca. Y la misma probabilidad pasa al 1 por 3.000 millones para que la Naturaleza, con el concurso del viento y de las tempestades, de la lluvia y de las alternancias diarias de la temperatura, esculpiera, una tras otra, dos cabezas

de camello, o dos otarias enfrentadas a 10 metros de un elefante y a 15 metros de una tortuga.¹

En cuanto al porqué, cuanto sabemos de las relaciones del hombre primitivo con las fuerzas naturales nos permite suponer que tales trabajos tenían finalidades culturales. Y si los constructores de Marcahuassi —imitados luego en todo el mundo— habían de poseer una identidad bien determinada, creemos que la única civilización capaz, *en aquella época*, de emprender una obra de tal entidad, sería la de la plataforma de las Bahamas. Desde luego, tal civilización, por ahora, es hipotética. Pero si existió, no olvidemos que tenía ya en su activo la construcción de un gigantesco puerto sumergido...

Si se abandonan un día los prejuicios que relegan las esculturas de Marcahuassi al desván de la Historia, y se emprenden investigaciones sistemáticas, estamos convencidos de que explicarán no sólo el misterio de Marcahuassi y la progresión de su mensaje a través del mundo, sino que ilustrarán también acerca de una aplicación local del saber y de las creencias de quienes asentaron sobre cuatro pilares las grandes piedras del muelle de Bimini. Entonces tendremos la prueba de la enjambrazón sudamericana de estos grandes antepasados.

En Marcahuassi, tallada en la roca, una escalera trepa sin punto de partida ni objetivo algunos. A decenas de miles de kilómetros de allí, en Checoslovaquia, otra escalera, tallada en la roca de Quadersandstein del Paraíso Bohemio —el Cesky Raj—, se eleva hacia el cielo... Escaleras del paraíso de las leyendas de otro tiempo, deben ser reunidas en un mismo interrogante, de igual forma que un dolmen de la India y su afín de las Hébridás.

1. Cálculo efectuado según la distribución de las figuras en 1 km² del macizo de Marcahuassi.

UNA CIERTA ESCRITURA

La escritura forma una parte tan integrante de nuestra civilización, que se teme, si se la quiere definir, caer en perogrulladas. Aceptemos este riesgo. La escritura es un procedimiento del que se sirve uno actualmente para inmovilizar, para fijar el lenguaje articulado, fugitivo por su misma esencia... En realidad, la línea de desarrollo de la escritura no es ni una ni recta. Ha jalonado a la vez una serie de progresos sobre los cuales resulta inútil insistir —ya que son demasiado visibles—, pero también una sucesión de decadencias; de medio de expresión autónoma, la escritura ha descendido a la categoría de simple sustituto de la palabra...

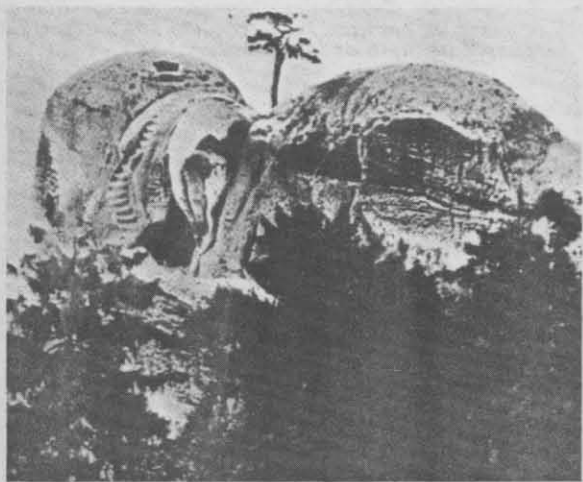
JAMES J. FÉVRIER,
Histoire de l'Écriture

De la misma forma que el desarrollo ideal del hombre, el de la escritura puede representarse mediante un esquema. Pobre acervo de formas más o menos aptas para engendrar futuras expansiones, simple embrión de una posibilidad mayor del hombre, la escritura de los orígenes fue, pese a todo, un medio de expresión autónomo. Luego vino la escritura ideográfica, con sus posibilidades de síntesis. Finalmente, poco después llegó la escritura de las palabras.

Estas tres fases esenciales corresponden también al desarrollo del sistema de comunicación entre los hombres y abarca, en su totalidad, el mundo interior, levantado primero y luego empleado por los ademanes de la vida. Este desarrollo se inicia con la primera delegación del lenguaje a un apunte cualquiera y termina en el manejo cotidiano del alfabeto. Es también el tránsito de lo arbitrario a la regla y a la razón; del valor momentáneo e individual de un signo, a la



Comparación entre dos representaciones antropomórficas; alfarería de Tiahuanaco (izquierda) y de Glozel (derecha). (Fotos, respectivamente, del autor y de R. Charroux.)



La escalera, sin objeto aparente, del Paraíso Bohemio (Checoslovaquia). (Foto del autor.)

utilización racional de las letras. Lógicamente, la evolución de la escritura ha tenido que sufrir los mismos procesos de transformación que el hombre, su artesano. Tal vez por este motivo, el mito de la evolución en catástrofe planea tanto sobre la historia de la escritura como sobre la del hombre.

Hace unos diez o quince años se creía que el lenguaje hizo su aparición en el hombre mucho después de que se le ocurriera la idea de domeñar el fuego, hace unos 100.000 años. Entonces se calculaba la antigüedad del hombre en un millón de años. En consecuencia, los 100.000 años de retórica humana representarían únicamente la décima parte, como máximo, de su existencia cual especie. En la misma cronología, la escritura tendría sólo 5.000 años de edad. Lo cual equivale a decir que el hombre empezó a hablar y a escribir sólo después de haber vivido, respectivamente, las nueve décimas partes y las novecientas noventa y cinco milésimas de su historia.

Ahora bien, este cálculo es falso. Y es falso porque los últimos diez años han retrasado la fecha de aparición del hombre sobre el Planeta en algunos... millones de años. Cinco millones o más, si hemos de creer al profesor Bryan Patterson, quien se refiere a los homínidos de Lotogam Hill, en África. Volviendo al cálculo anterior y aplicando los mismos porcentajes, obtendríamos las cifras de 500.000 años de elocución y 25.000 de escritura. Es, sin duda, excesivo, ya que el mantener sin cambio las proporciones cuando el «adorno» estalla y se multiplica, equivale a adoptar una actitud mecanicista que no puede por menos de entorpecer los progresos del conocimiento. En consecuencia, es importante *abrir* la cronología de la escritura, de la misma forma que se ha abierto la del hombre.

Y esto puede hacerse sólo a condición de «admitir» en el catálogo de las escrituras, algunas de ellas que se hallan hasta ahora fuera del circuito oficial de la historia del pensamiento y de sus medios de expresión. Y para ello nos habremos de ocupar de *otra historia* que, si empieza *con* Sumer, no empieza *en* Sumer.

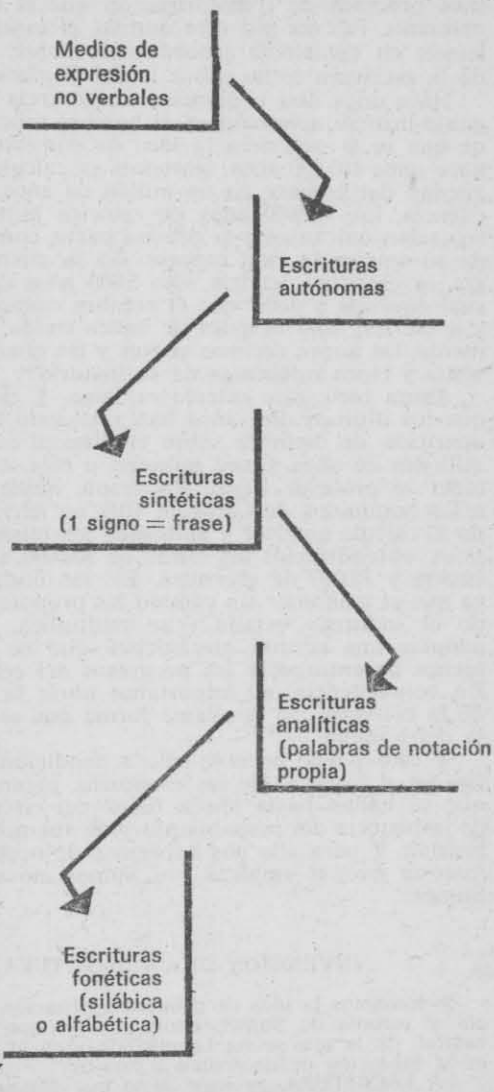
INVENCION DE LA ESCRITURA

Si tomamos la idea de primera civilización que se asocia al estudio de Sumer, comprobamos que la herencia capital, de la que se ha beneficiado toda la Humanidad, es la invención de un lenguaje escrito.

LA ESCRITURA, prólogo de lo que llamamos civilización, apareció, ante todo, como un dibujo que representaba ciertos objetos; pero este sistema comporta límites

TIEMPO

EVOLUCIÓN DE LA CIVILIZACIÓN



de la expresión del pensamiento. Entonces la escritura se hace más abstracta y permite la representación figurada de la idea.

(Fragmento de la enciclopedia *L'Univers de l'Art*, publicada en París en 1967.)

Conocemos el papel que aún se atribuye a Sumer en la historia de la civilización. «Primera civilización», es especialmente a ella a la que se estima debemos la invención de la escritura. Ahora bien, el estudio de las formas embrionarias de escritura nos hace, en realidad, remontar mucho más lejos en el pasado, hasta la Edad de Piedra, el momento en que aparecieron las primeras formas de expresión y comunicación del hombre.

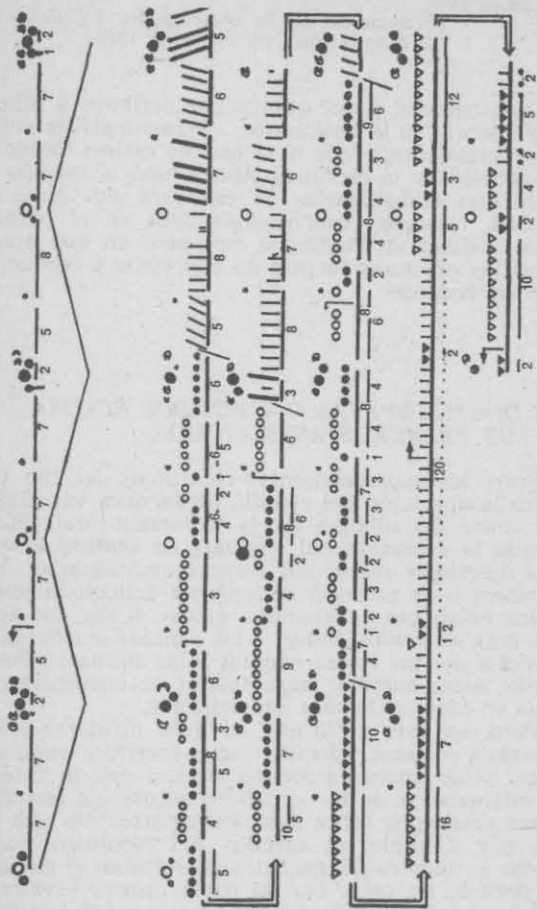
LAS ONOMATOPEYAS O «CRUJIDOS SECOS» DE LOS PRIMEROS ASTRÓNOMOS

Entre los acontecimientos científicos del año 1929 figura la aparición del estudio de Jacques van Ginneken sobre los albores de la expresión oral.¹ Recorriendo la evolución del lenguaje en sentido inverso para investigar mejor sus formas embrionarias, Van Ginneken hace preceder el lenguaje articulado por el de los ademanes y «crujidos secos», o sea, los fonemas más reducidos, afines a los sonidos inarticulados emitidos por los recién nacidos y los animales. Por lo demás, estos sonidos inarticulados se encuentran todavía en algunas hordas sudafricanas.

Pero —y esto es lo que no debe olvidarse— Van Ginneken sostiene, además, que la escritura pudo aparecer, si no antes, al mismo tiempo que la fase de los ademanes y de los «crujidos secos», en forma de trazos realizados sobre diversos soportes. De esta forma, por ejemplo, el cazador del Neolítico podría anotar el número de animales abatidos en el curso de un período de caza. Por su parte, James Favier ha podido escribir: «El signo es propio del hombre... Quizá no se haya prestado la suficiente atención al papel que hayan podido desempeñar desde este punto de vista, en el Paleolítico superior, las huellas sobre la nieve...»

Como es natural, la teoría de Van Ginneken despertó las más vivas polémicas. Sus adversarios se mostraron particularmente irritados por la idea que,

1. Jacques van Ginneken: *La Reconstruction typologique des langues archaïques de l'humanité*, 1939.



Transcripción de las notaciones del hueso de Lartet
 (Los signos realizados mediante el empleo de distintas he-
 rramientas o de los mismos instrumentos cambiando la
 dirección del hendido o de la punta, concuerdan con el
 ciclo lunar. El modelo lunar corresponde a un ciclo bimen-
 sual de 59 días, que muestra intervalos de 7 u 8 días entre
 la Luna llena y el cuarto menguante.) (Según «Science et
 Vie».)

si bien mantenía —como ellos eran los primeros en hacer— la invención de la escritura en una época que se remontaba, inmutablemente, a 5.000 años o más, los sumerios y los egipcios habrían sido sólo «cuasimudos gesticulantes». Como es natural, no hay nada de esto, pero entonces se habrían de admitir que los sumerios y los egipcios *no* inventaron la escritura.

Por otra parte, si se habla de «escrituras» antes de Sumer y aparte la aventura histórica de los indoeuropeos, habremos de aceptar asimismo que tales «escrituras» existieron un poco por doquier en todo el mundo. Hemos de reconsiderar, desde este punto de vista, algunos *huesos* famosos, especialmente la plaquita de hueso del refugio de Lartet, el hueso del refugio de Blanchard y el hueso de águila de la gruta de Placard.

En efecto, considerados durante largo tiempo como triviales piezas de museo, estos tres fragmentos de huesos grabados anulan otro «descubrimiento» sumerio-babilonio: el de los calendarios lunares. Es de todo punto exacto que los sumerios los emplearon con éxito hace unos 7.000 años, pero el investigador americano Alexander Marshack acaba de establecer, a partir de los tres huesos en cuestión, que los hombres del Paleolítico llevaban en ello una delantera, a los sumerios, de... 28.000 años.¹ Ahora sabemos que los «cuasimudos gesticulantes» del refugio de Lartet, del refugio de Blanchard y de la gruta de Placard transcribían, hace 35.000 años, las fases lunares con ayuda de un verdadero código, el cual tuvo una cierta difusión.

Un profundo estudio de los fragmentos de los huesos, realizado gracias a una técnica de investigación especial (microscopio binocular, $\times 10$ a $\times 60$), ha permitido comprobar que las «incisiones» hechas en los mismos constituían, sin duda alguna, un código perfectamente elaborado de transcripción de las fases lunares. El objeto de estas notaciones abstractas nos lo explica el propio Alexander Marshack: «Esta realidad de componente temporal está constituida, necesariamente, por las periodicidades de la flora, de la fauna, de las estaciones y del cielo y, con toda seguridad, también por esas periodicidades más sutiles, pero de igual importancia, de la actividad humana: caza, migración, educación, pubertad, menstruación, nacimiento y muerte. Aparentemente, en el centro de esta conceptualización de la realidad temporal *se encuentran la periodicidad y la notación lunar.*» Y añade: «Esta notación fue posible antes de la aparición

1. J.-O. Sergent: «L'Homme, il y a 35.000 ans était déjà astronome», en *Science et Vie*, núm. 644, mayo de 1971, págs. 71-75.

de la escritura y, tal vez, antes de que existiera un sistema numérico. EN CIERTA MEDIDA, DEBIÓ DE CONDUCIR A LA APARICIÓN DE TAL SISTEMA.»

LA PRUEBA RESPECTO A LOS BALCANES

Por tanto, ya sabemos que Sumer y Egipto deben una parte de sus conocimientos a fuentes tradicionales mucho más antiguas. Y lo que es cierto para la observación astronómica y el calendario lunar, lo es también para la escritura. Por lo demás, descubrimientos hechos en Rumania y en los *Balcenes atestiguan en este sentido*.

El primero de estos descubrimientos —el de Rumania— data de 1961. Se efectuó en las proximidades del pueblo de Tartaria, en Transilvania. Se encontraron allí tres tablillas de arcilla con *signos* que presentan una notable analogía con la escritura sumeria del III milenio, así como con la escritura cretense del II milenio. El fechado por medio del radiocarbono ha dado una antigüedad de 5.500 años, *o sea, 1.000 años más que la primera escritura sumeria*. Naturalmente, algunos seudoespecialistas se han apresurado a discutir estas cifras y han tratado de «rejuvenecer» las tablillas en 1.500 años, de manera que, por su fecha, pudieran situarse junto a las de Sumer. Pero su actitud no serviría de nada.

En efecto, años más tarde —de 1969 a 1971—, las excavaciones realizadas en Karanovo (Bulgaria) sacaron a la luz del día otras tablillas en las que figuraban escrituras locales que permiten ya extraer nuevas conclusiones que empiezan a dejar en algo más que en entredicho el *mito de Sumer*. Los arqueólogos han encontrado en las tablillas y placas de arcilla de Karanovo líneas enteras de signos que constituyen bastante más que un simple esbozo de escritura y que dan también una época anterior, en un milenio, a la de Sumer. Los signos de Karanovo, encontrados en la estrato VI de este lugar, demuestran definitivamente que la invención de la escritura no puede seguir atribuyéndose a Sumer, donde aparecería sólo hacia el —2300.¹

Con estos descubrimientos se derrumba también la idea del papel civilizador primero de las culturas egeas. No sería de Egeo ni de Troya de donde los antiguos balcánicos recibieron su bronce. Lo mismo que

1. Henri de Saint-Blanquat: «Une écriture avant Sumer», en *Science et Avenir*, núm. 284, agosto de 1971, págs. 676-678.

en Bretaña, Inglaterra o España, hubo allí esbozos de civilizaciones autónomas, a las que su «escritura» les pertenece en propiedad.

Finalmente, los descubrimientos de Tartaria y de Karanovo plantean una vez más el famoso problema de la escritura de Glozel. Las circunstancias del asunto de Glozel son ya bien conocidas como para que tengamos necesidad de insistir sobre las mismas. Recordemos, sin embargo, que, al ponerse punto final a la discusión, los defensores de lo «falso» estimaron que su sentencia era definitiva, ya que, para hacerla tambalear, habría sido necesario, a la vez, encontrar otras «escrituras» similares, convenientemente repartidas entre —1000 y —2300, y localizar estas nuevas escrituras en puntos separados de toda influencia oriental. Accesoriamente, era necesario que estos signos permanecieran prácticamente inmodificados desde el Paleolítico magdalenense hasta la protohistoria y el alba de la Edad de los Metales. Era preciso, además, que, en la misma piedra pulida o tablilla procedente del Neolítico, coexistieran dos o tres escrituras de tipo radicalmente distinto y que los trazos simples tuviesen cierto parecido con impresiones pictográficas y signos alfabéticos.

El examen de las tablillas de Karanovo es lo suficientemente edificante en este sentido. En efecto, esta escritura:

- es, como mínimo, un milenio más antigua que las primeras tablillas sumerias.
- ha aparecido en pleno mundo bárbaro, sin justificar ni reclamar influencia oriental alguna.
- incluye figuras esquematizadas (representación humana con el brazo doblado sobre el vientre, los brazos levantados, etc.), trazos rectilíneos o puntillados y otros que recuerdan ciertas letras del alfabeto latino, tales como la A, L, M y Z.

Todos estos caracteres se encuentran asimismo en la discutida escritura de Glozel, la cual —y éste es uno de los principales motivos de las denegaciones que suscita— no puede, en ningún caso, tener menos de 6.000-10.000 años.

SIGNOS VIEJOS EN EL NUEVO MUNDO

La indiscutible semejanza entre los signos de Karanovo y los de Glozel plantea, a su vez, nuevos problemas, entre ellos, el de saber cuál es la difusión de los

signos de tipo «glozeliano» (grabados o esculpidos sobre placas, tablillas y huesos) a través del mundo.

No tardó en advertirse que también presentaban signos alfabetiformes algunas placas y tablillas descubiertas en los estratos arqueológicos de Alvão (Portugal), en Bunesti (Rumania), en Petra Frisgiada (Córcega), en Puygravel (Francia), en Escandinavia, en el Atlas, en las costas del noroeste de África y en Amé-

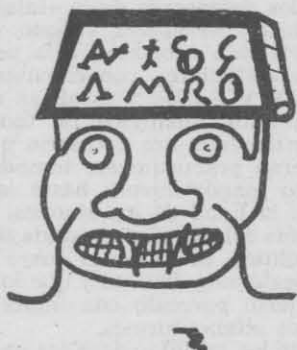


Tabla comparativa de los signos			
Colombia	Glozel	Colombia	Glozel
A	A 37 II	Δ	Δ 17 II
t	t 109 99 II	M	M 35 II
O	O 94 II	R	R 93 II
S	S 72 II	O	O 77 II

(Las notaciones con números representan las posiciones de estos signos en las láminas del «Corpus des Inscriptions» de Glozel, publicado en 1969.)¹

¹ Doctor Morlet: *Glozel, Corpus des Inscriptions*, Ed. de la Somme, 1969.

rica. Más aún: su presencia se halla a menudo claramente relacionada con la de los vestigios megalíticos. Consideremos, por ejemplo, los signos grabados en la pétrea cabeza de uno de los colosos de San Agustín, en Bolivia. Son los mismos que los descubiertos en Glozel por el doctor Morlet.

Podemos ver signos totalmente iguales en Piedra Pintada, en la Guayana brasileña.

En total, en Piedra Pintada encontramos 43 de los 111 signos del «silabario» de Glozel.

Entre las inscripciones brasileñas «discutibles» (todo cuanto no se puede explicar permanece «discutible») se encuentran asimismo las que diera a conocer, hace ya más de veinte años, el inglés Harold T. Wilkins, y que son las siguientes: ¹

Piedra Pintada	T 8 0 + ⊕ ϕ ϑ ρ 0 ◊ Δ R S V = 8
Glozel	$\overbrace{\text{T}}^{\text{XII}}$ $\overbrace{\text{8}}^{\text{XIII}}$ $\overbrace{\text{0}}^{\text{XII}}$ $\overbrace{+ \oplus}^{\text{XIII}}$ $\overbrace{\phi \vartheta \rho \text{0}}^{\text{XII}}$ $\overbrace{\diamond \Delta}^{\text{XIII}}$ $\overbrace{\text{R S V}}^{\text{XII}}$ $\overbrace{= 8}^{\text{XIII}}$ 38 106 - 78 - 49 - 46 98 - 99 94 77 - 19 - 18 - 93 92 7 6 106
Piedra Pintada	↓ ϑ m ⊕ A } X X A M Λ K Y < N R
Glozel	$\overbrace{\downarrow \vartheta m \oplus A}^{\text{XIII}}$ $\overbrace{\} X X A M \Lambda K Y < N R}^{\text{XII, XIII, XII, XV, XII, XIII, XII, XIII}}$ 104 94 92 80 - 31 89 90 50 - 31 - 39 17 - 104 54 - 84 34 - 93

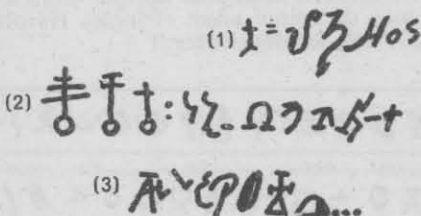
Piedra Pintada	A 7) ϑ ϑ ⊕ ⊕ + Δ 5 S I
Glozel	$\overbrace{\text{A } 7 \text{) } \vartheta \vartheta \oplus \oplus + \Delta 5 \text{ S I}}^{\text{XII, XIII, XIII, XII, XIII}}$ - 31 - 63 66 - 107 - 110 80 93 18 101 - 72 - 9

(Las notaciones en minúsculas representan la posición de estos signos en las láminas XII y XIII del «Syllabaire de Glozel», redactado por el doctor Morlet.)²

1. Harold T. Wilkins: *Mysteries of South America*, Nueva York, 1956, págs. 95 y ss., y *Secret Cities of old South America*, Nueva York, 1956, págs. 52 y ss.

2. Doctor Morlet: *Origine de l'écriture*, Montpellier, 1955, págs. 31 y 32.

Estas inscripciones —descubiertas en un viejo manuscrito procedente de la Biblioteca de los Archivos de Río de Janeiro, que luego se perdió¹— estaban grabadas en rocas de una región situada en el centro del Brasil Oriental, en el sertão, no lejos del río Pequey. El hecho de que el informe burdo y, tal vez, incorrecto, de 1753, incluya signos parecidos a los de Piedra Pintada (descubierta, a su vez, después de 1910 y cuya primera comunicación se publicó después de 1950) y a los de Glozel, así como a otras inscripciones «glozelianas» de Europa, habla, evidentemente, en favor de la autenticidad de estos signos.



Del conjunto de 22 signos de las tres inscripciones, 20 son idénticos a los de Glozel. Añadamos que se han encontrado alineaciones y signos análogos en placas de esquisto, de huesos, de fragmentos de tiestos de barro en muchos otros lugares de Europa y África. En Alvão (Portugal), Escocia, Moravia, Moldavia, Transilvania, Bulgaria, Grecia, Francia, España y países del Maghreb existen estos signos, y si, en ocasiones, han sido olvidados, jamás han sido considerados falsos. Es importante observar que representan, en todos los casos, estadios locales de desarrollo independientes por completo del mundo oriental. Así, el arqueólogo inglés Flinders Petrie pudo escribir que en España y en Caria se han encontrado «ciertos signos desconocidos en el alfabeto grecofenicio». Y añade: «El hecho de que se hayan encontrado en regiones tan alejadas, revela que se remontan a una época muy antigua. Por otra parte, una decena de los signos de España y de Caria se encuentran en los alfabetos norteafricanos ulteriores, mientras que son desconocidos por los fenicios. Por tanto, dicha transmisión no pudieron llevarla a cabo los fenicios.»

Por tanto, y resumiendo, podemos decir que los lugares en que se descubren estas inscripciones se hallan fuera de las corrientes civilizadoras de raigambre oriental y que, por el contrario, se hallan marcados siempre por las huellas de los hombres de los me-

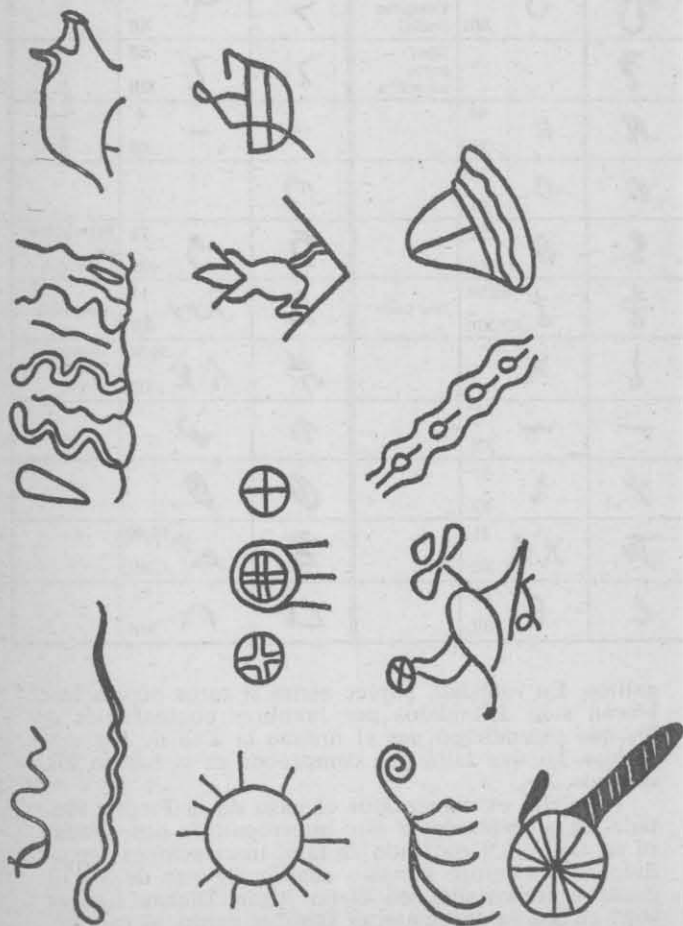
1. *Relação histórica de huma occulta e grande provacao antiquissima seumoradores que se descubrió no anno 1753.*

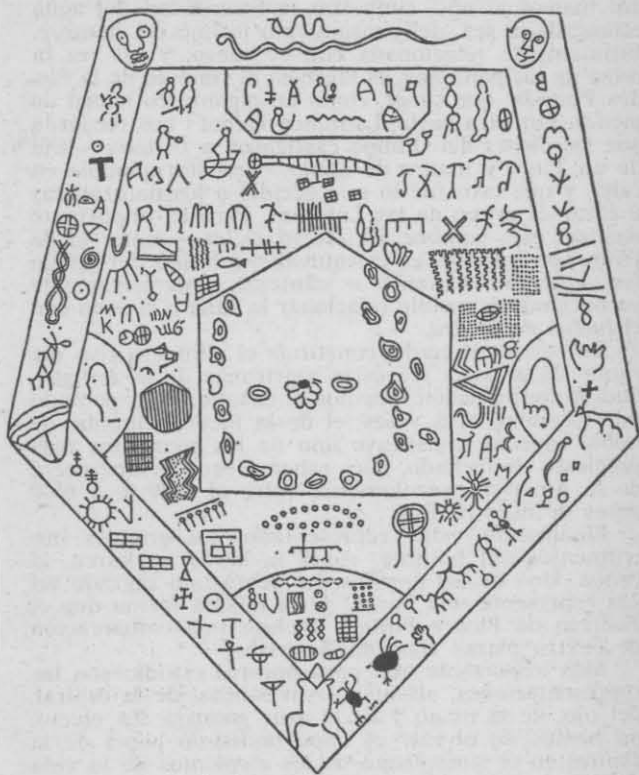
Brasil	Glozel	Otros lugares	Brasil	Glozel	Otros lugares
	 37 XII	Asoka (India) Fenicios		 98 XIII	Brasil
=	= 6 XII		:	:	
	 75 XIII	Sánscrito Kantariva (India)		 30 XII	del
		Tibet proto- sánscrito		 65 XIII	Petroglifos
	 44 XII		-	- 4 XII	
	 77 XII				
	 72 XII			 72 XIII	Petroglifos de Colombia
	 53,98 XII,XIII	Tiro carlo		 17 XII	Colombia
				 59,50 XIII	Titicaca Tiro Ninive
-	- 4 XII				
	 37 XII				
	 31 XII			 18,49 XIII	
	 92 XIII			 79 XIII	

galitos. En realidad, parece como si estos *signos* hubieran sido difundidos por hombres comparables a los que extendieron por el mundo la idea de los megalitos. Lo que falta por comprobar es si fueron los mismos.

Para ello examinaremos el caso de la Piedra Pintada. Para responder a este interrogatorio nos ayudará no tanto el significado de tales inscripciones —perdido para siempre jamás— cuanto algunas de las figuras representadas en dicho lugar. Dichas figuras son: el Sol, la serpiente, el sapo, el cerdo, el caballo,

la barca, el barco, el carro sagrado, la espiral, el ojo, la mano, la cruz gamada —en sus dos formas de esvástica— y, finalmente, el hombre. Si el Sol está representado con sus doce rayos, como una rueda clásica, el mismo Sol, sin rayos, es también la figura que simboliza el año de las cuatro estaciones al que tan aficionados eran los constructores de los megalitos de la Europa Occidental. La serpiente preside el conjunto en sus dos formas, la más estilizada de las cuales recuerda extrañamente el Egipto de los faraones.





*Piedra Pintada (Guayana brasileña)
El doble pentágono, reconstruido por Homet*

El papel desempeñado por la serpiente en la civilización dolménica es suficientemente conocido. Limitémonos a recordar que se encuentra en uno de los estribos del dolmen de Gavrinis, situado en una isleta del Morbihan, así como en un menhir de Manio, en Carnac.¹ Situado en el ángulo del doble pentágono, pintado y grabado en la pared, el sapo —animal sagra-

1. Véanse también los signos serpentiformes de los dólmenes franceses del Petit-Mont, del Mané Lud, del dolmen de Bryn Celli Ddu (isla de Anglesey), etc.

do, señor de la lluvia— evoca la unión entre el hombre y la fertilidad de los campos, el hombre y el buen tiempo. De la misma forma, la rana, que pone diez mil huevos al año, simboliza la fecundidad del agua estancada, o sea, del pensamiento íntimo del hombre. Íntimamente relacionada con el huevo, y tal vez la reina de los pantanos, es también el símbolo de la Piedra Pintada, que surge, como un gigantesco huevo de piedra. Por otra parte, Laurence Talbot¹ nos recuerda que los dioses del Olimpo castigaron a *Latonía* —hija de un Titán y madre de Apolo— transformándola en rana, y que esto fue lo que decidió a los naturalistas a crear el grupo de las Latonias. Pero es importante analizar este nombre. En efecto, si *lat* —como señala Laurence Talbot— es el equivalente latino del griego *las* —piedra— (*latonia* = cantera), progresivamente va haciéndose posible relacionar la rana o el sapo con el *huevo de piedra*.

En cuanto al cerdo, constituía el alimento vivo durante las grandes travesías marítimas de la Antigüedad. A continuación tenemos el caballo. Representado por lo menos tres veces, el de la Piedra Pintada, de noble aspecto, constituye uno de los elementos más preciosos de fechado, pues sabemos que desaparecerá de la América precolombina entre el 8000 y el 6500 antes de nuestra Era.

Finalmente, están representados los grandes instrumentos del hombre, como la barca, el barco, la canoa. Uno de los ángulos del pentágono sagrado tal vez represente una barca, de la misma forma que el Zodíaco de Piedra Pintada incluye una embarcación de cuatro plazas vista desde arriba.

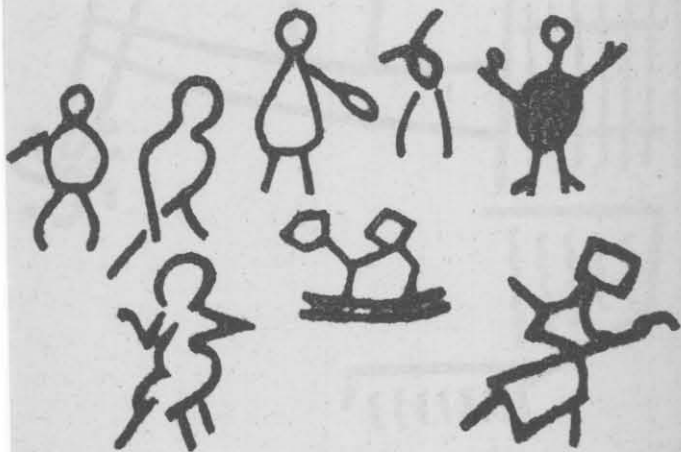
Más importante aún para nuestro estudio son las representaciones, altamente simbólicas, de la espiral, del ojo, de la mano y de la cruz gamada. En efecto, no hemos de olvidar el importantísimo papel de la espiral en el simbolismo de los elementos de la vida del hombre primitivo, que son el agua, la agricultura, los animales domésticos, la vegetación y la propia vida. Al expresar la relatividad y el devenir, la espiral mantiene constantemente presente, en el espíritu del hombre primitivo que la dibuja o la contempla, la idea de repetición en evolución, de perpetuo renacimiento y de renovación de la Naturaleza. En última instancia, es el símbolo del *mito del eterno retorno*. El que adora la espiral diviniza, por lo mismo, a la mujer, en razón de sus ciclos menstruales; a la rana, acuática y terrestre a medias; a la serpiente, que es una espiral viviente y que desaparece en una fecha

1. Laurence Talbot: *Le Souffle du norrois*, París, 1968, páginas 132-133.

determinada (hibernación), etcétera.

Símbolo marino por antonomasia, el huevo testimonia la permanencia *del que vela*. Su presencia junto a la espiral reúne en una misma imagen al que vela y al que *sabe*. La serpiente, depositaria de la astucia, completa el conjunto. La mano representa la participación.

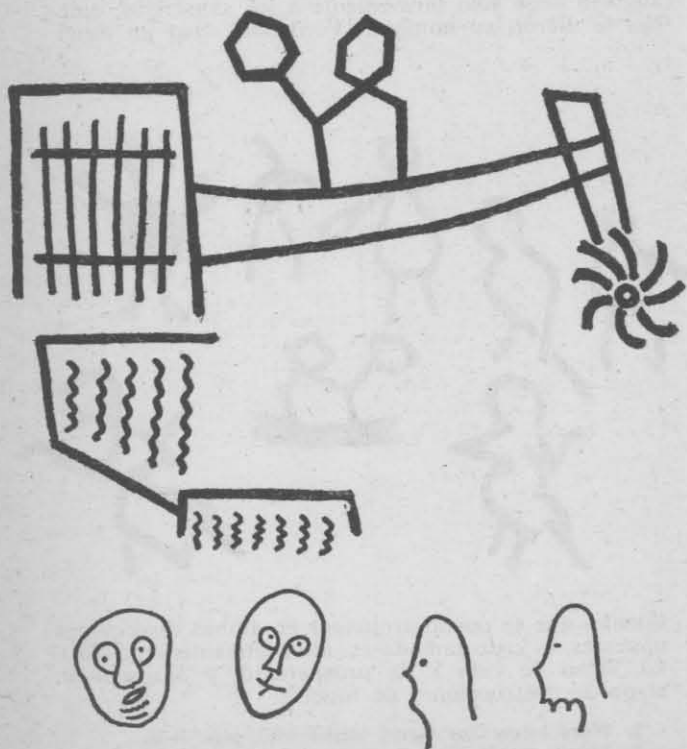
La cruz gamada plantea más problemas. Suele creerse que es una creación de los indoeuropeos. En realidad, si éstos la conocieron en realidad, no la inventaron en modo alguno. Es ya significativo el hecho de que existan dos formas distintas de la misma. Como demuestra bien Pedro Astete,¹ existen dos categorías de esvásticas: lineales y espaciales. Las primeras representan los centros irradiantes del Sol y la Luna: las segundas, sus radiaciones, es decir, sus efectos en tanto que astros que rigen el destino y el comportamiento de los hombres. Este símbolo de buen augurio llegó sólo tardíamente a los sánscritos, quienes le dieron su nombre.² Verdadera cruz en movi-



miento, que se puede prolongar en ambas direcciones opuestas, la cruz gamada es, alternativamente, *Svasti-ka*, signo de vida y de prosperidad, y *Sauvasti-ka*, signo de destrucción y de muerte.

1. Pedro Astete: *Los Signos*, México, 1953, págs. 75-76.
2. *Swasti*, en sánscrito, significa *salud, dicha, felicidad, gloria*.

Siempre que nos referimos a la esvástica, lo hacemos como si se tratase de un símbolo ario, lo cual constituye otra manera de atribuir a la raza aria una realidad histórica que no tiene. Se advierte su presencia como motivo de ornamentación en Egipto y, más tarde, en toda la cuenca mediterránea, desde Creta hasta Cerdeña y desde las colonias griegas hasta las ciudades romanas de Libia. Los especialistas saben que se encuentra asimismo en los productos de la alfarería peruana más antigua, en medio del Pacífico (Nuevas Hébridas e islas Salomón), en el Congo y en toda el África negra, en las escrituras de isla de Pascua, entre los vascos y entre los bretones. Sin embargo, no hemos de olvidar que el hombre de Cro-Magnon figuró entre los primeros que la utilizaron. En efecto, los magdalenenses emplearon este signo en las representaciones que de ellos poseemos en la



Europa Occidental, y todo autoriza a creer que le atribuían el mismo significado que en la India, o sea, el del *movimiento indecible que impulsa a la Humanidad a la alegría de la perfección cumplida*. Por otra parte, si se tiene en cuenta el papel del Sol y de la Luna en las creencias prehistóricas, se ha de considerar la esvástica como el símbolo de la vida misma.

Digamos aún que las esvásticas encontradas en el hueso grabado de Isturitz y de Oxocelhaya, en el País Vasco, podrían sugerir un centro de difusión... europeo. Sin embargo, parece ser que ha de atribuirse esta difusión a los hombres rojos y a los *hombres de los megalitos*. Y esto nos lleva al hombre de Piedra Pintada.

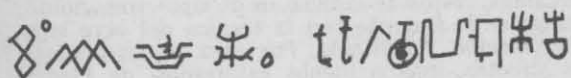
Aún no sabemos muy bien lo que era este hombre, aunque se hayan encontrado, en tumbas situadas en las cercanías, restos de individuos de tipo cromañóide, amortajados de acuerdo con la técnica del ocre rojo y... en posición acuclillada. Por otra parte, además de las siluetas, más o menos estilizadas, de Piedra Pintada, tuvo buen cuidado de dejarnos su retrato. El suyo y, tal vez, el de un pariente muy cercano, al que habría suplantado en la marcha hacia el progreso.

Estas siluetas nos presentan siempre a individuos ocupados en alguna actividad, manipulando herramientas, y cuyos ademanes, ya muy elaborados, apenas pueden asimilarse a los «crujidos» de Van Ginneken. De entre ellos hay uno que se halla en actitud de enfrentarse con una herramienta compleja, que recuerda mucho a una «máquina».

No nos dejaremos llevar por ninguna interpretación, que tal vez se nos reprocharía, pero si estos hombres conocían la rueda y el carro de combate, no vemos por qué no se les podría haber ocurrido la idea de confeccionar dispositivos de irrigación o una especie de molino rudimentario. Pero aún no hemos llegado al límite de nuestras sorpresas. Los cuatro retra-



tos que incluye el doble pentágono nos reservan muchas otras. Los dos pares de retratos representan, indudablemente, dos categorías de hombres. Por lo demás, la economía misma del «cuadro» lo atestigua sin lugar a dudas. ¿Se trata de los hombres que historiaron la Piedra Pintada, o hemos de ver en ellos a neandertalienses? Pero tal vez hayamos de llevar más lejos aún la comparación e imaginar, por ejemplo, una de las cabezas de la página anterior vista de frente y colocada entre dos cacharros de alfarería —el uno, olvidado, y el otro, considerado como falso— de... Glözel.



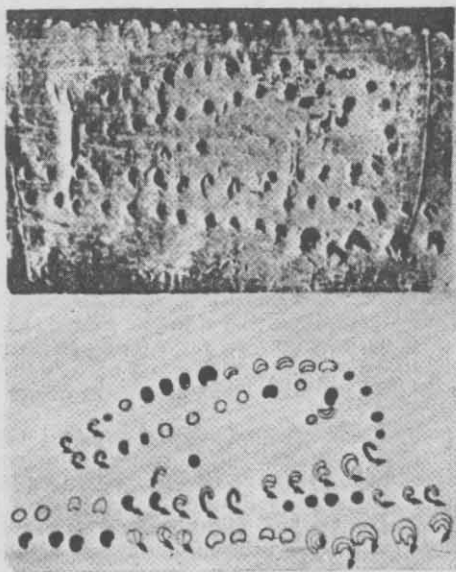
Arriba: *Escritura desconocida, de América del Sur.*

Abajo: *Dibujo de Piedra Pintada.*

Finalmente, la Piedra Pintada presenta admirables figuras de «brujo». Vemos en ellas hombres disfrazados, provistos de máscaras, hechas, tal vez, de pieles de animales y entregados a encantamientos. Estas dos figuras, descubiertas, en 1950, por Marcel Homet,¹ hacen pensar en el hombre de la cueva de los Tres Hermanos (Ariège), el cual se halla representado asimismo en ademán de oficiante.

Tenemos, en fin, los símbolos humanos representados, prácticamente de la misma forma, en un área geográfica muy vasta, precisamente la que conoció el

1. Marcel Homet: *Die Söhne der Sonne*, Olten, 1950.



Descubrimientos de Marshack. Interpretación de los grabados sobre hueso. (Foto «Science et Vie».)

tránsito o la actividad creadora de los hombres de los megalitos.

Si añadimos a ello los conocimientos geométricos atestiguados por la «Piedra Pintada»,¹ vemos que ésta habla muy claramente de los hombres que dispusieron allí no sólo tumbas y vías de comunicación interiores a la roca, sino que dejaron también en las paredes la prueba formal de que poseían ya el medio de *transcribir* sus creencias y sus conocimientos.

En consecuencia, podemos decir, para terminar, que el hombre había iniciado ya el proceso intelectual que desembocaría en la invención de la escritura, aun cuando ésta no tuviese todavía una finalidad práctica y que tal vez el Oriente Medio la *reinventó* partiendo de otras bases. Por tanto, vicisitudes históricas que ignoramos serían responsables de la interrupción de estos primeros esbozos, cuyos autores sólo pudieron ser los hombres pertenecientes a la primera oleada que partió del lejano Oeste para llegar a Oriente.

SE HA HECHO JUSTICIA

La persistencia sin modificaciones, a través de los milenios, de signos idénticos a los de Glozel, ha asombrado, sin duda, mucho más de lo que podría preverse. En efecto, ¿acaso la esvástica no ha atravesado la Historia desde los magdalenenses hasta llegar a Hitler? El signo del Sol como rueda, ¿no ha sobrevivido por lo menos 6.000 años? Es cierto que en 1930 nos encontrábamos todavía en pleno conservadurismo histórico. El hombre tenía, como máximo, 500.000 años de edad; se afirmaba que América había sido poblada sólo por los «asiáticos», que atravesaron el estrecho de Behring en los 5.500 últimos años, etc. Finalmente, era la época de los brillantes comienzos del «sumerismo». El principal artífice del mito de Sumer, el arqueólogo inglés Sir Arthur Evans, declaraba en el *Times*: «En el caso de que se aceptara la autenticidad de los descubrimientos de Glozel, se deterioraría todo el edificio de mis conocimientos.»² Y era completamente sincero. También era sincero el erudito portugués A. Mendes Correa, profesor de la Universidad de Oporto, cuando afirmaba, a disgusto, al hablar del «asunto» de Glozel: «Mañana asombrará la increíble

1. Trazados de óvalos y de pentágonos de lados paralelos, de polígonos regulares, de ángulos iguales, etc.

2. Doctor A. Morlet: *Petit Historique de l'affaire de Glozel*, Marsat, 1970, pág. 12.

ligereza con la cual el misoneísmo y el orgullo se esforzaron en imaginar argumentos contra la evidencia de los hechos.»¹

Considerado como auténtico en 1930, Glozel revolucionaría a la Ciencia y constituiría un acontecimiento en la historia de la cultura europea. Descartado como falso, dejó el camino libre a otros descubrimientos que ponen hoy en entredicho tanto la invención de la escritura por parte de Sumer, como la prioridad egea en el nacimiento de la civilización occidental. Realizaron poco a poco una obra de restitución, dando a la verdad y a la lógica de la Historia los lugares que le son asignados por los hechos y sólo por éstos. *La idea de que la propagación de la cultura haya seguido el carro del Sol debería haber sido también rechazada, y los sabios habrían debido buscar la cuna de la actual civilización mucho más al Oeste*, escribía en 1970, el historiador rumano de la escritura, Serban Andronescu.²

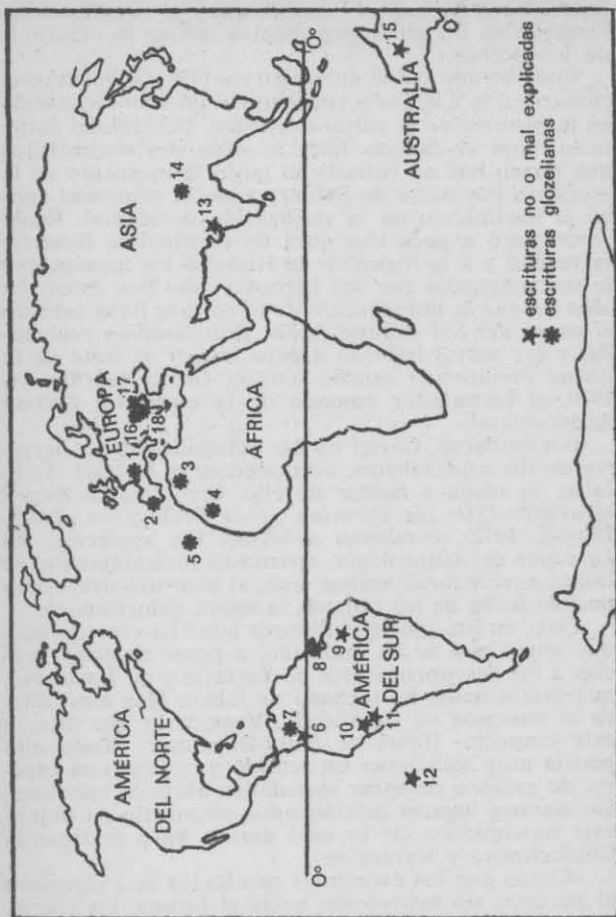
Sin embargo, Glozel no fue rehabilitado. La mayoría de los especialistas, adhiriéndose a la tesis de lo falso, se niega a hablar de ello. Otros, como Pierre Minvielle (*Sur les chemins de la Préhistoire*, París, Denoël, 1972), condenan a Glozel sin apelación. El *Larousse* de Arqueología, aparecido recientemente, se limita a mencionar ambas tesis, si bien subraya, como posible fecha de los objetos, la época galorromana.

Pero, en fin, ¿por qué discutir aún? La «revolución» que anunciaba se ha realizado, a pesar de todo, gracias a los descubrimientos de Tartaria y de Karanovo, que jamás nadie ha tachado de falsos. Más aún: ahora se entiende su significado. Veamos lo que dice, a este respecto, Henri de Saint-Blanquat: «Todo ello podría muy bien tener un sentido y revelar una especie de ascenso de estas sociedades hacia la escritura. En algunos lugares privilegiados alcanzaría su objeto este movimiento, de lo cual darían buen testimonio Gradchnitza y Karanovo.

»Cierto que los excelentes resultados se alcanzaron al parecer, sin proyección hacia el futuro. En efecto, ¿por qué las sociedades del Egeo, respecto a las cuales se reconoce hoy que se pusieron en marcha más tarde, llegaron más lejos? Este primer intento de escritura, este éxito, tal vez demasiado precoz, demasiado aislado, plantea, en su totalidad, el problema del nacimiento de las civilizaciones. Aquí en Europa —en los Balcanes, en España, en Bretaña y en Inglaterra— se dieron extraordinarios esbozos de civiliza-

1. *Archivio di Storia delle Scienze*, vol. IX, pág. 54.

2. Serban Andronescu: *Cine a inventat scrierea? Intrebare care isi asteapta raspunsul*, Bucarest, 1970, págs. 213-226.



Escrituras «no conformistas»

Signos y «escrituras» de: 1, Glozel; 2, Alvão; 3, Montes Atlas; 4, rupestres, Marruecos; 5, Canarias; 6, San Agustín; 7, Piedra Pintada; 8, Marañón; 9, Brasil (sertão); 10, Huari; 11, Callao; 12, Isla de Pascua; 13, Indo; 14, cuevas del Tibet; 15, cuevas de Australia; 16, Tartaria; 17, Bunesti; 18, Karanovo.

ciones, movimientos autónomos que aún sorprenden a no pocos arqueólogos...»¹

Pero, ¿y si estos «movimientos autónomos» hubiesen constituido no ya el comienzo, sino *el fin* de una corriente civilizadora que, falta de conexiones con su base de partida, iba apagándose por sí misma?

Los portadores de la idea megalítica llevaban en sus equipajes cierto número de signos que, más o menos sistematizados y adoptados, con algunas variantes, por las diferentes poblaciones con las que se ponían en contacto, pudieron esbozar un inicio de escritura. De esta misma escritura, que extendieran por el mundo estos mismos nombres, encontramos algunos ejemplos entre los egipcios predinásticos.² Los dispares aspectos de esta «escritura» y su carencia de sistema podrían explicarse entonces, en gran parte, por el desfase de tiempo entre la partida de estos hombres y su llegada a las zonas en que se encuentran, y que desaparecieron junto con sus creadores...»

1. Henri de Saint-Blanquat: «Une écriture avant Sumer», en *Science et Avenir*, núm. 24, agosto de 1971, págs. 674-678.

2. Flinders Petrie: *Origine néolithique des alphabets méditerranéens*, en *Le Mercure de France*, 15, XII, 1926.

LA OLA EN REFLUJO

...A fuerza de buscar mundos imaginarios bajo cielos inexistentes, los soñadores que, a ciegas, se embarcaban en la aventura, acababan por dar un día, sin habérselo propuesto, con un mundo real.

En esta búsqueda a ciegas, los vagos recuerdos de las edades del paganismo se confundían gustosamente con las enseñanzas de la religión. Ésta, en todas las circunstancias, recordaba las pérdidas delicias del paraíso terrenal y certificaba su existencia, aunque sin insistir más de lo conveniente sobre su posición geográfica exacta.

RENÉ THÉVENIN
Les Pays légendaires

A la ola civilizadora durante la cual, y gracias a la misma, el Paraíso entró en la tradición de muchos pueblos, siguió como en todo gran movimiento histórico, la ola en reflujo. Durante milenios, condujo a los curiosos, a los guerreros, a los soñadores y a los mercaderes, hacia las tierras sumergidas de esta primera patria que, para muchas leyendas, fue *el paraíso terrenal*. Información aportada por los servidores de Horus, por los hombres de los megalitos, o incorporada a los relatos de éstos por los pueblos a los que iban llegando y difundida luego, en todo el Oriente Medio, por los antiguos egipcios, la idea del paraíso terrenal fue, durante largo tiempo, el motor de la carrera hacia la civilización.

La amplitud de la leyenda necesitaba héroes de talla para enseñar a los hombres el camino del paraíso y para mostrarles el camino de retorno. Uno de

esos héroes fue Hércules, tal como lo vemos en su última hazaña, la del jardín de las Hespérides.

Personas prácticas, los fenicios —durante un tiempo, dueños de los mares— ornaron la leyenda de oro y metales preciosos, que fueron a buscar al Nuevo Mundo. Ya habían sido precedidos en esto por sus hermanos los cananeos (como lo atestiguan algunas inscripciones encontradas recientemente en América), y posteriormente serían imitados por los cartagineses. A su vez los romanos se lanzarían sobre las huellas de los cartagineses. No obstante la persistente incredulidad, bastan para establecerlo las numerosas monedas romanas descubiertas en la América Central y la extraordinaria estatuilla romana procedente de las excavaciones de Calixthuaca, en México. Siguieron luego los vikingos, que iban en persecución de los irlandeses, a quienes el famoso Brandan *el Navegante* les había abierto la ruta...

Y luego siguieron otros. El sultán de Malí quería saber qué era la Corriente del Golfo. Madoc, príncipe bretón, sólo buscaba la paz. Los hermanos Zeno alababan sus talentos náuticos y militares. El caballero Knutsson quería devolver a la verdadera fe las ovejas descarriadas. Alonso Sánchez, el «piloto anónimo», deseaba abandonar a toda prisa un paraíso que había abordado muy a su pesar. Pero el más grande de estos soñadores fue, sin duda, un tal Cristóbal Colón, que, último héroe de la ola en reflujó, debía, en fin, rizar el rizo.

UN PUEBLO INVENTADO DE ARRIBA ABAJO: LOS PELASGOS

Los pelasgos o cíclopes, tal como los evocan las leyendas grecorromanas, civilizadores y mercaderes (por mar y por tierra), monopolizaron el tráfico del Helesponto; al Norte, con Tracia; al Sur, con los pueblos de Asia Menor...

MADELEINE ROUSSEAU
L'Art et l'Histoire de l'Homme

GARGANTUA EL PELASGO

Al referirse a los pelasgos en sus comentarios sobre la *Eneida*, Servio escribe: *De his varia est opinio* («Las opiniones difieren a este respecto»). Aparentemente derivada, por su carácter de las leyendas relativas a los constructores gigantes de los primeros megalitos, y desarrollada, por así decirlo, a la sombra de los mismos, una técnica arquitectural invadió, a su vez, el mundo, bajo el nombre de «civilización megalítica». Como ya había ocurrido en el caso de los menhires, dólmenes, crómlechs y otras piedras erigidas; se cree que es obra de un pueblo único.

Sus monumentos: fortalezas como las de Sacshuamán, en el Perú; canales de irrigación en las Filipinas; muros de defensa en el mar Egeo; callejas, en gradas, en América; falsas bóvedas en las regiones mediterráneas y en México; extrañas construcciones dotadas de basamentos de piedra de San Agustín (Estados Unidos), en el Asia Sudoccidental, entre los khmers de Camboya y en las islas Marquesas. Más tardíamente, esta técnica se mostrará aún viva en Micenas y en Mohenjo-Daro, en el valle del Indo, y en Biblos, Fenicia. Además, se han encontrado tumbas,

construidas de acuerdo con una misma técnica, entre los dorios, en Egipto y en la India Occidental (Pondichéry), etc. De la misma forma que se atribuyen ciertos dólmenes y menhires a la obra de gigantes,¹ algunos de los megalitos hindúes y coreanos son considerados también obras de gigantes, tales como los pandúes, héroes de la *Mahabharata* india.

Por su parte, Gargantúa nos ha legado su tumba (el dolmen de Corlay, en las Costas del Norte), su piedra-ficha (el menhir de Péronne, en el Somme), su zueco y su cuchara (dólmenes de Saint-Pierre-d'Oléron), y hasta su casco (menhir de Croth, en Eure-et-Loir). Se cree que Hércules, los cíclopes y muchos otros gigantes mitológicos construirían también toda clase de muros y de puertas megalíticos. Por ejemplo, los griegos veían en los cíclopes llegados de Asia Menor ocho siglos antes que los filósofos jónicos (siglo XIV a. de J. C.), los constructores de los muros de Tirinto.

Sea como fuere, hemos de reconocer que esta técnica, sin duda alguna transida de gigantismo, guarda todavía muchos secretos, hasta el punto de que los especialistas no saben siempre restaurar los monumentos megalíticos.²

Naturalmente, se procuró hacer en seguida un retrato-robot de los constructores. Era preciso que hubiesen penetrado, en todas las zonas de construcciones, procedentes del exterior, desprovisto de monumentos, sin dejar huellas en el interior de las tierras. En consecuencia, sólo podía tratarse de un pueblo marino. Debían de ser industriosos y comerciantes, buenos constructores, intrépidos. Finalmente, era preciso que fuesen un pueblo antiguo y periférico. En razón de la presencia en su ciudad de algunos muros enigmáticos, debemos a los atenienses la creación de la leyenda, cuya difusión quedó asegurada por un historiador de Mileto: Hecateo. Esta leyenda da un nombre a los constructores: los pelasgos.

Ahora bien, los pelasgos existieron en realidad. Era un pueblo que vivía en los alrededores de Larissa, en Tesalia, y de Dodoma, en el Epiro. También se encontraban en la costa troyana del Asia Menor y en Creta. Hellanikos afirma incluso que tirsenos descendientes de los pelasgos vivían en Italia, entre la embocadura del Pade y Bruttium. Su situación geográfica condujo rápidamente a estos verdaderos pelasgos a monopolizar el comercio del Adriático entre la

1. El dolmen de Allenc, en Lozère, es llamado *La cama del gigante*; Stonehenge, *El ballet petrificado de los gigantes*.

2. La arquitectura gótica occidental quizá tomara de ellos la costumbre de peraltar las catedrales por medio de atrios de piedra.

vertiente italiana oriental y Epiro, de una parte, y entre Asia y Europa (Tracia), a través del Helesponto, de otra parte. Además de su gloria legendaria —y gratuita—, no tardaron en atraerse también la reservada a los «civilizadores». Considerados como los introductores en Italia de las Artes y de la escritura, como los constructores de «todas» las viejas ciudades griegas y como los marinos que habían navegado por todos los mares del «mundo», los pelasgos tuvieron derecho a seis citas homéricas: cinco en la *Iliada* y una en la *Odisea*.

La idea que tenían los griegos de estos no griegos¹ ha provisto del material necesario a todas las extravagancias de los exegetas modernos. Un erudito como Busolt ve en ellos semitas; Herman-Thumser, eslavos, o sea, polacos. Para Jean Cserep serían húngaros; para Gluje, antiguos fineses, J. A. R. Munro les asigna una patria que, desde el Adriático hasta Crimea y desde los Cárpatos polacos hasta Creta, cubría toda la península balcánica. Aún podemos observar tales lucubraciones... y firmadas por eminentes historiadores. ¿Qué podemos decir, en fin, del pobre E. D. Schneider, de París, que al dirigirse, en 1894, a sus lectores franceses, escribía: «Los pelasgos, nuestros antepasados»?

La realidad histórica de los carios —también pelasgos— viene atestiguada por Tucídides cuando nos habla de su aparición en las Cícladas. Más navegantes que constructores, fueron dueños de las aguas del Mediterráneo oriental mucho tiempo antes que los fenicios y los cretenses.

Añadamos que los relatos de la Antigüedad atribuían a los pelasgos numerosas tradiciones y leyendas, entre ellas, la de la existencia de una *paradisiaca patria perdida, algún lugar en medio de las incansables olas*, que no tardó en convertirse en verdadero paraíso terrenal. Mezclada con las tradiciones del mundo atlántico puestas en circulación por los misioneros de la idea megalítica; con las leyendas ligadas al país del Amenti de los antiguos egipcios; hinchada por cada generación de narradores, la tradición llegó a hacerse tan fuerte como para espolear la imaginación de los más audaces e impulsarlos a emprender un peligroso retorno... Algunos soñaron con regresar allí donde nace el «dragón de los Sargazos», la «gran serpiente de mar», aquel Seth, hermano de Osiris, llamado también Tifón y que, en realidad, es la Co-

1. Por otra parte, los pelasgos fueron aliados de los troyanos contra los griegos. ¿Se trataría acaso de un pueblo indogermánico? Más tarde llevaron el nombre de lelegos, y luego, el de carios, cuando bajaron hacia las islas.

riente del Golfo, o en inglés, Gulf Stream. Soñaron con volver a las verdes praderas de agua que describiera, en 1553, el francés Lery,¹ a aquellas islas paradisíacas, llenas de árboles y ricas en manantiales y en fuentes donde, desplomándose lentamente bajo las aguas y el tiempo, los esperaba un muro gigantesco. Los primeros en tomar la iniciativa del regreso —si no en la realidad, por lo menos en la imaginación de algunos sabios— fueron los carios.

DE CARIA A LAS ANTILLAS

A decir verdad, no es muy grande el crédito del que gozan los carios entre los historiadores modernos. «Los autores antiguos situaban, en el principio, a los pelasgos, carios y lelegos.» *Para nosotros se trata de nombres sin valor.* El primero deriva del nombre, deformado, de una vieja fortificación de la Acrópolis: el *Pelergi-Kon*, o *muro de las cigüeñas*. Los otros dos se encuentran en Asia Menor; sugieren nexos que nada permite autenticar.² Digamos, sin embargo, que esta nueva actitud constituye, de por sí, una prueba de escasa entidad, en la medida en que los carios tuvieron, efectivamente, una existencia histórica.³

Los carios de hace algunos milenios vivían en las Cícladas, las luminosas islas en las que florecía el amor y desde las cuales partían los piratas y los navegantes de largos periplos. En realidad les debemos muchas de las costumbres marítimas atribuidas generalmente a los fenicios. Ellos fueron los que enseñaron a los griegos a pintar y grabar insignias en los escudos. Dícese incluso que fueron los que inventaron la visera de los cascos de guerra. También fueron ellos quienes transmitieron a los griegos la imagen convencional del dios Marte, quienes inventaron las empuñaduras de los escudos y quienes representaron

1. «...De manera semejante, el que escribió la historia de Florida dijo que se le dio este nombre no sólo porque la tierra estaba cargada de flores y de hierbas, sino también porque se comprobó que el mar, en aquel lugar, sin importar la profundidad que tuviese, diríase que era el prado más hermoso y lleno de verdor que pudiera contemplarse en primavera» (citado por Louis Germain: *La Mer des Sargasses*, Mónaco, 1935).

2. *Les Premières Civilisations, Peuples et Civilisations*, Historia general publicada bajo la dirección de L. Halpern y Philippe Sagnac, P.U.F., 1950, vol. I, págs. 310 y 345.

3. Lo mismo podemos decir respecto a los *verdaderos* pelasgos.

por vez primera la cabeza de toro en dichos escudos.

Grandes viajeros, recibieron y retransmitieron las influencias de todos los países conocidos por ellos: Egipto, Sumer y todo el mundo mediterráneo occidental. Más tarde, encontramos en Asia Menor dos países que llevan su marca: Caria —capital, Halicarnaso— y Cara, situada en Cilicia y dominada por Caria. Aliados de Troya, de Creta, de Ion y de los fenicios en la Liga Caria, los carios se pusieron luego al servicio mercenario de los faraones, quienes los instalaron en Egipto, donde desempeñaron un importante papel en la unificación del país y en su organización, tras haber sido liberado del yugo asirio, liberación llevada a cabo, con ayuda de los carios, por el faraón Samético de la XXVI dinastía. Incluso colonizaron algunas ciudades egipcias. En la Biblia (*Segundo Libro de los Reyes*), en tiempo de Atalía, los carios (Car y Carim) se encuentran entre los custodios del templo, y durante el «período santo» los vemos entre los mercenarios reclutados por los faraones. Hacia el 650 a. de J. C., Psamético instaló a aquellos «hombres de bronce» —como eran llamados— en los denominados campos «estratópedos», en el delta del Nilo. Por otra parte, los grafitos grabados en las piernas de la colosal estatua de Ramsés II, en Abu Simbel, atestiguan su presencia en el ejército de Samético II durante la campaña de Nubia (hacia el 570 a. de J. C.).

Hacia el año 1000 —en la época de las migraciones que trastornaron a los Estados mediterráneos de la cuenca oriental—, los carios «enviaron a algunos de los suyos fuera del país del sudoeste del Asia Menor, para fundar Tartessos, entre otras colonias.»¹ Poca importancia tenía el hecho de que los indígenas tudules estuviesen o no de acuerdo. Los carios, que servían como mercenarios en los ejércitos de los faraones, eran guerreros perfectamente capaces de imponer su voluntad. Los pormenores de los conflictos y de las alianzas carioibéricas se han perdido para siempre. Lo que sabemos es que, en el alba de la historia griega —en el siglo VII a. de J. C.— Tartessos se había convertido en la ciudad más rica de Occidente, y que su población, mezclada con anatolios y tudules, entregóse a un comercio literalmente tentacular.

Así, ciertos nombres de lugares injustamente olvidados remiten a un pueblo que contribuyó no poco a la Historia. Gades —la actual Cádiz— figura, por ejemplo, entre el número de las creaciones carias, de la misma forma que todas las ciudades cuyos

1. L. y C. Sprague de Camp: *Les Enigmes de l'archéologie*, París, 1969, pág. 53.

nombres terminan en —*essos* o —*assos*— desde Hali-
carnas[s] o [su] a Tartesos—, lo mismo que Salmi-
dessos y otras. Pero hay más. Los carios han dejado
huella en el mar Egeo, en Egipto, en Creta, en el
Peloponeso —quizás a partir de Tesalia— y más lejos
aún.

Según Diodoro de Sicilia, hombres de lejana pro-
cedencia navegaron por el Atlántico, y *más allá de las*
Columnas de Hércules, mucho tiempo antes que los
cretenses, los fenicios y sus sucesores, los cartagine-
ses. La época a la que se refiere Diodoro se halla
tan alejada de la de los carios del faraón Psamético,
como esta última de los tiempos actuales, lo cual
la situaría alrededor de 5.000 años atrás. Ello no tiene
nada de inverosímil si se piensa que algo más tarde
—hacia finales del II milenio— los pueblos costeros
anatolios, al mando de un tal Arzawa, se entregaban
a la piratería en el sudeste del mar Egeo, a fin de
contrarrestar la actividad comercial de los fenicios.
Y ello empleando técnicas carias y utilizando «conse-
jeros» carios.¹

Entretanto, las navegaciones de los carios de Tar-
tessos —convertidos en tartesios tras su fusión con
los indígenas tudules— los habían conducido hasta las
Islas Británicas, a Bretaña y, tal vez, más lejos, hacia
el Norte. Según algunas interpretaciones modernas,
llegarían incluso hasta América, pero este último pun-
to no puede verificarse.

Vernhagen, Schwenhagen y E. O. de Thoron, en el
siglo XIX, y, más recientemente, G. Barroso, Cándido
Costa, Harold Wilkins y otros se han interesado por
la presencia caria en América, invocando, ora ruinas,
ora inscripciones y argumentos de carácter lingüís-
tico. Thoron pone de relieve el extraño carácter de
algunos dibujos rupestres y de algunas pinturas y
grabados sobre roca. Apoyándose en tradiciones ame-
rindias locales, llega a la conclusión de que una dinas-
tía caria había reinado en las proximidades de la ac-
tual Quito, en Ecuador.² En cuanto a Vernhagen, se
ha ocupado de los vestigios de la isla de Marañón,
situada en la embocadura del Amazonas. Ha estudia-
do particularmente las ruinas de los gigantescos edi-
ficios de Caru-Tupera, prácticamente idénticos a los
de la civilización megalítica colombiana de San Agus-
tín, que se encuentran asimismo hacia el Norte, hasta
Tierra Dentro, y, hacia el Sudoeste, hasta Guayaquil.³

1. Véase *Peuples et Civilisations*, P.U.F., París, 1950, vol. I, pá-
gina 426. Nótese que, para algunos especialistas, el dios fenicio Mel-
kart sería de origen cario.

2. E. O. Thoron: *Antiquidade do Navegação do Océano*, París,
1905.

3. Fr. A. de Vernhagen: *História antiga do Brasil*, Madrid, 1854.

Por desgracia, éstos vestigios —de la misma forma que las grandiosas ruinas descubiertas por H. Lehman en Moscopán, donde otrora se extendiera la civilización indígena de los carachos— ofrece, junto con su «origen cario», sólo algunas ligerísimas semejanzas toponímicas. En cuanto a las «pruebas» de orden lingüístico —a saber, la presencia, inexplicable a menudo, del prefijo *car* en el nombre de muchas tribus amerindias—, son muy discutidas por los lingüistas modernos.¹

Entre los caribes de Honduras figura la tribu de los caras. En el centro y en el sur de una vasta región contigua viven las tribus de los caricos, carihos, caripunos, carayas, caras, caruscaris, carais, caribos, carios, caramas, caribocas, cariocas, cara-toperas, carabascos, cauros, caricoris, cararaporis, carararis, etc. Pero sus nombres provienen siempre de sus orígenes o parientes *caribes*. Por tanto, en este nombre hemos de centrar las investigaciones. Por su parte, Barroso cree que los actuales guaraníes son los descendientes de los caraños, de origen exterior al continente americano y, según Schwenhagen, descenderían de los carios.² Según otros autores, en tales hipótesis habrían de incluirse también los acarís del Brasil.

Si, desde el punto de vista lingüístico, nada de esto tiene valor de prueba, sigue siendo extraño comprobar que en casi todas las lenguas de las tribus amerindias cuyo nombre lleva el prefijo *car*, los blancos (europeos) son llamados *caras*. En el mismo orden de ideas, en su viaje al Brasil, el navegante portugués Cabral comprobaría que los indígenas de la región de Río llamaban *Carioca* a su tierra, voz que, en el lenguaje de los guaraníes, significa *la tierra de los hombres blancos*. Braghine, autor de una obra de éxito sobre la Atlántida, completa la observación de Cabral con una etimología *sui generis*, semigriega, semiamerindia, del término *carioca*. Según dicho autor, *oica* procedería del término griego *oicos*, residencia, y *cari* o *cara* sería la voz india para designar a los blancos. En consecuencia, *carioca* significaría «residencia de los blancos».³

Otra tradición, recogida por Schwenhagen, nos dice que siete de las tribus antillanas, llegadas al continente, fundaron una ciudad en el emplazamiento actual de *Caracas*, y a continuación fueron transportados al Brasil por navegantes llegados de lejos. Otra

1. Vernhagen sostiene que el nombre de Maraón sería también cario. (*Mara Jon* = el Gran Río, en cario.)

2. L. Schwenhagen: *Antigua História do Brasil*, Río de Janeiro, 1928.

3. A. Braghine: *L'Enigme de l'Atlantide*, París, 1939, pág. 182.

leyenda, prácticamente análoga, se refiere a los orígenes míticos de los jefes incas. Según dicha leyenda, misteriosos hombres blancos *llegados de Oriente por las Antillas* —o directamente de las tierras de los caribes del Norte, si hemos de creer una variante de la misma¹— desembarcarían, tras haber franqueado el istmo y navegado por el Pacífico, en el litoral del Ecuador, hasta el emplazamiento de la actual Santa Elena. Su jefe era el cacique Tumbes. Tras la muerte de este último, sus herederos, Quitumbé y Otoya, disputaron entre sí. El primero abandonó a su mujer, Llyra, encinta, y se dirigió hacia el Este a través de tierras montañosas. El hijo de Llyra será Wallanay —*Golondrina*—, antepasado de los héroes peruanos. Tras muchas vicisitudes, Quitumbé fundó la ciudad de Tumbes, llamada así en memoria de su padre. Llyra, siguiendo el consejo de los sacerdotes, se apresta a sacrificar a su hijo sobre el altar del dios Pacha Camac. Salvado en el último instante, el niño se encuentra en una balsa, a bordo de la cual llega a un islote del lago Titicaca. Adoptado por la bella Cíguar, hija del cacique local, Wallanay se convierte pronto en un magnífico joven, sano y robusto, y parte para probar fortuna en el Amazonas. Se casa. Su hijo, Tomé, será, a su vez, padre de Atán y abuelo de Manco Capac, el legendario fundador de la dinastía de los Incas.

Esta leyenda —transcrita por Anatello Oliva en una historia, muy documentada, de Perú, aparecida en Nápoles en 1631— contiene, por desgracia, una grave laguna. Aunque trata de tender un puente entre los fundadores de la antigua Caracas y los primeros incas asociados a éstos unos hombres blancos en los cuales ciertos autores modernos han pretendido ver a los carios (lo cual se ha de establecer aún), la leyenda olvida el número de *generaciones* que separan la época del desembarco, de la de Manco Capac. A fin de cuentas, estas dos leyendas no hacen más que ilustrar los grandes movimientos de los pueblos de rai-gambre caribe a través del norte de América y que constituyen una realidad histórica.

En consecuencia, los carios no llegaron nunca al paraíso terrenal. Entre ellos, el único que pudo efectivamente realizar un viaje de tal índole era cario sólo por un simple juego de palabras. La Historia ha conservado su nombre. Se llamaba Eufemos, era griego y, para evitar ser confundido con sus numerosos homónimos, añadió a su nombre la precisión de «de Caria». En consecuencia, fue Eufemos de Ca-

1. Esta variante fija *Caracas*, en Venezuela, como el primer lugar de desembarco de los «extranjeros».

ria el que —según su biógrafo ocasional, Pausanias— abandonaría el soleado mundo del Mediterráneo para —franqueando las Columnas de Hércules— perderse en las sombrías brumas del océano. Tras un largo y peligroso viaje,¹ este «cario» llegó a una gran isla cuyos habitantes tenían *la piel roja; los cabellos, largos y espesos, peinados en cola de caballo*. ¿Qué tierra de amerindios abordó? ¿Atravesó el «Golfo de las Mujeres»² para llegar a las Antillas y regresar, desde aquí, a Grecia? ¿Y cuándo? La Historia no nos dice nada de esto.

Lo único que podemos afirmar es que si, a comienzos de su existencia —más fabulosa que real— los pelasgos se comportaron como los portadores de la idea megalítica —con los cuales, por otra parte, han sido confundidos—, al término de su aventura histórica, convertidos en carios, realizaron lo que históricamente llevaron a cabo los cananeos y los fenicios, con los cuales han sido también asimilados. Sea como fuere, el hecho de atribuir a pueblos de la cuenca oriental del Mediterráneo viajes, coronados por el éxito, hacia el Oeste, nos muestra, por lo menos, hasta qué punto era grande la tentación en este sentido.

1. Las cosas ocurrieron «en otro tiempo», en la «antigüedad», para Pausanias, que escribía hacia el 170 después de J. C.

2. Parte del Atlántico incluida entre las Canarias y las Antillas, denominada así por la gran facilidad de navegación que ofrece.

LOS FENICIOS, EN BUSCA DEL PARAÍSO

Antes del descubrimiento de Cristóbal Colón, ¿tuvo contactos América con las otras partes del mundo que se encuentran más allá de los mares? Este es el interrogante que se plantea, el cual, a mi entender, debe ser objeto de un estudio serio, intensivo y, ante todo, absolutamente objetivo por parte de los medios científicos más vastos. Para dedicarse a estas investigaciones no es necesario ya tratar de alterar sistemáticamente el juego de las distintas tendencias que pueden surgir, como parece ocurrir, por desgracia, con excesiva frecuencia, incluso en las Escuelas Superiores. Ni las obras atractivas por su aspecto cómico (como la de Robert Wauchope, profesor, bien conocido, de la Universidad Tulane, en Nueva Orleans), ni los trabajos polémicos de sentido único, realizados casi siempre por los apasionados apóstoles de la teoría del contacto, son adecuados —como hace notar, con toda razón, el viejo maestro Paul Rivet— para lograr que progrese la cuestión, aún pendiente, de la historia de las poblaciones americanas.

ALEXANDER VON WUTTENAU,
Terres cuites précolombiennes

TRAS LAS HUELLAS DE HÉRCULES

En el camino del Paraíso era inevitable que el hombre fuese precedido, si no por los dioses, al menos por los semidioses. Paradisiacas antes de convertirse en paraíso, las tierras del lejano Oeste fueron visitadas, al principio, con una finalidad utilitaria. Hércules es el primero en darnos de las mismas un recuerdo, a la vez, exquisito y simbólico: las manzanas de oro del jardín de las Hespérides. Es él el

que, desde el umbral de su leyenda, da a los valerosos marinos del Mediterráneo la idea de una ruta que conduce al paraíso.

Tal vez no sea inútil precisar quién fue este personaje. El hombre Hércules es demasiado tardío. Algunos especialistas lo hacen nacer, en Tebas, en el siglo XIV a. de J. C.; otros, en Esparta hacia —1250. Era un reyezuelo como otro cualquiera, algo pillo, algo héroe, embustero como todos los griegos, burlón como un verdadero mediterráneo, bien parecido, inteligente y astuto. De la realidad al semidiós, el camino pasa por la atribución sucesiva al personaje elegido, de proezas que realizaron, antes que él, diversos héroes —por lo menos media docena— pertenecientes a pueblos y países distintos. Parece incluso —y la mayoría de los especialistas están de acuerdo en este punto— que Hércules fue, en definitiva, una simple alegoría del Sol, y que sus doce trabajos corresponderían a las doce casas del año visitadas por el astro durante su recorrido.¹

El undécimo trabajo del semidiós consistía en llevar a Micenas las manzanas de oro del jardín de las Hespérides. Ahora bien, Statius Sebosus sitúa estas mismas Hespérides a cuarenta días de navegación hacia el oeste del océano, a partir de las Gorgonas, o sea, las actuales islas de Cabo Verde. Por otra parte, está perfectamente claro el sentido de la leyenda.

Las Hespérides —hijas de la Noche según Hesíodo, y de Atlas según otras tradiciones— eran esas encantadoras «ninfas de la noche» que vigilaban un vergel rico en árboles milagrosos, de dorados frutos. Para este trabajo, Hércules recurrió tanto a su astucia cuanto a los amigos que supo hacerse. Nerea le indicó el itinerario. Prometeo —al que libró del buitre que le devoraba el hígado— le recomendó solicitar la ayuda de Atlas, el gigante servidor de los dioses condenado a sostener eternamente el mundo sobre sus hombros, por haberse rebelado contra el Olimpo. Hércules propone astutamente al gigante que vaya a recoger los frutos de oro, y se ofrece a sustituirlo durante su ausencia. Una vez en posesión del botín, Atlas cambia de parecer y decide presentarse él mismo en Micenas con las manzanas. Hércules acepta, aunque pide al gigante que le sostenga el peso durante un momento, a fin de que pueda poner un cojín ente la bóveda celeste y sus entumecidos hombros. Mientras Atlas se carga la bóveda, Hércules le

1. El orden de los doce trabajos varía según las tradiciones a que se refiere. Para el Zodíaco de Hércules hemos escogido las interpretaciones más lógicas. Las manzanas de oro del jardín de las Hespérides figuran, en todos los casos, como el undécimo trabajo.



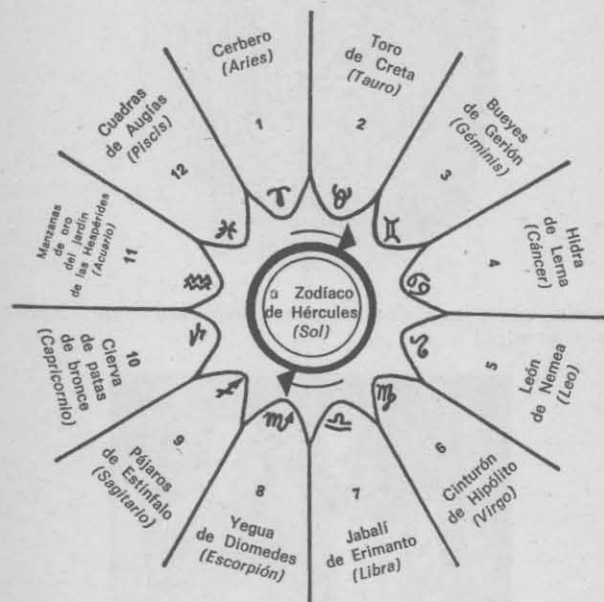
Tablilla con signos, de Karanowo (Bulgaria.) (Foto «Science et Avenir».)



El autor en Glozel, con Mr. Fradin. (Foto R. Charroux.)

quita las manzanas y desaparece, dejando al gigante sometido de nuevo a su condena.¹

Los especialistas se han perdido en conjeturas acerca de la naturaleza de los frutos dorados. ¿Se



Zodíaco de los trabajos de Hércules

1. Al principio, Atlas reinaba en Mauritania. Su hermano Hesper había tenido una hija, llamada Hesperis, que dio nacimiento a las tres Hespérides, Egle, Aretusa e Hiperetusa, cuyo padre no era otro sino el propio Atlas. Por lo demás, era un padre prolífico, ya que tuvo otras muchas esposas e hijas, entre ellas, las Híadas y las Pléyades, es decir, las Atlántidas. A continuación, Atlas fue transformado en una alta montaña, mientras que las Híadas y las Pléyades subieron al cielo para convertirse en estrellas. Por su parte, Hesper se sumerge en el mar, llevando consigo un trozo del cuerpo de su hermano, sobre el cual se había subido para escrutar el horizonte. Huérfanas y atemorizadas por tantas catástrofes, las Hespérides se retiran a un jardín maravilloso, plantado de manzanos de frutos de oro. Este jardín está guardado por un dragón de cien cabezas, en el cual no hay nada que prohíba ver «el Gran Dragón de los Sargazos», nombre que los contemporáneos de Colón emplearon para designar la Corriente del Golfo, o Gulf Stream.

trataba de verdaderas manzanas, o naranjas, o granadas...? Lo que quizá no se haya tenido en cuenta es que no se trata de la única navegación realmente importante emprendida por Hércules. Ya cuando hubo de conducir los bueyes de Gerión, rey de Etruria, al llegar al estrecho que separa Europa de África, elevó dos columnas, Calpe y Abila, en el promontorio de Ceuta, frente al peñón de Gibraltar, conocidas más tarde con el nombre de *Columnas de Hércules*. Recordemos, en fin, que también formó parte de la expedición de los Argonautas.

Por lo demás, este jardín de las Hespérides no puede por menos de hacer pensar en el país situado *al otro lado* del Océano que rodea el mundo, ese país *cuyos árboles eran de lapislázuli, y sus frutos, de coralina*, y en el cual el primero en penetrar después del Sol fue... Gilgamesh, el semidiós babilonio, el Hércules de Mesopotamia. En su leyenda, el Atlas es el monte Mashou, situado frente a escorpiones que guardan la puerta de Occidente. Los guardianes del Mashou desaconsejan al héroe que emprenda este viaje. «No hay camino —le dicen—, y aun cuando consigas hacerte a la mar, ¿cómo lograrás franquearla? Nadie ha franqueado jamás el mar, aparte Shamos, el Sol.»

Y hasta ahora sólo hemos dado dos ejemplos entre la multitud de tradiciones relativas a viajes efectuados hacia lugares milagrosos, verdaderos paraísos terrenales donde todos los frutos son de oro y no cuesta ningún trabajo hacerse con ellos. Además, héroes civilizados partieron un día de este país para extenderse por todo el mundo. Y de esto tenían noticia no sólo los egipcios y los «bárbaros» de la Europa Occidental. Lo sabían todos sus vecinos, en un mundo en que los mitos circulaban en todos los sentidos.

LOS CANANEOS PONEN MANOS A LA OBRA

En tales condiciones, lo único que se necesitaba era ser buenos marinos para recoger el desafío de los semidioses y tomar su relevo. Y esto fue lo que hicieron los *foiniki* —los «rojos»¹—, conocidos, al iniciar sus navegaciones, con el nombre de cananeos.

Prescindiendo incluso de las migraciones de los pueblos semitas del Neolítico, cuyas huellas han encontrado los arqueólogos y etnólogos hasta en el oes-

1. Nombre dado por los griegos a los cananeos de Tiro y Sidón, que no tardó en generalizarse en la forma de «fenicios» (*foiniki* = hombres de piel rojiza, atezada).

te de África y en España, resulta fácil seguir, a los cananeos propiamente dichos, en cada una de sus etapas de este largo viaje.

Recordemos, por ejemplo, lo que decía de ellos el historiador Procopio, en el siglo V de nuestra Era: «Todo el lado del mar, desde Sidón hasta las fronteras de Egipto, llevaba el nombre de *Fenicia*, y todos los autores que han escrito acerca de las antigüedades de esta gran provincia, se hallan de acuerdo en que estaba sometida al gobierno de un solo y único rey. En esta extensión de tierra vivían varios pueblos, muy numerosos, cuyo nombre se encuentra en la historia de los hebreos, los cuales, al comprobar que les era imposible vencer a aquel general extranjero que les hacía la guerra, entraron todos en Egipto, que limitaba con su país; pero al no encontrar lugar lo suficientemente extenso para vivir en él, porque Egipto había estado siempre muy poblado, pasaron a África, que ocuparon enteramente, desde Egipto hasta las Columnas de Hércules; e hicieron habitable aquella tierra construyendo en ella gran número de ciudades, de forma que *todavía hoy los africanos hablan la lengua fenicia*. Construyeron asimismo una ciudadela en Numidia, en el lugar en que hoy se encuentra la ciudad de *Tigisis*. Allí se encuentran, junto a una fuente —cuya agua mana en abundancia—, dos columnas de una piedra muy blanca, sobre las cuales están grabadas estas palabras, en lengua fenicia y en los caracteres de la misma: «Somos aquellos que nos salvamos de la persecución del famoso guerrero Iesus, hijo de Nun.»¹

Entre los pueblos expulsados de Canaán por Josué se encontraban también los hititas y sus hermanos los jeveos y jebuseos, de la vertiente occidental de los montes Hermón. Su nombre hebreo-fenicio era *jivi* o *hiri*. Ahora bien, sabemos por Pedro Mártir que, en Haití, *jivi* significaba, en taino, «hombres». Este parece demasiado bello para ser verdad, pero recordemos el capítulo XXXIV del *Éxodo*, en el cual (versículo 11) Dios, dirigiéndose a Moisés, le dice: «...Yo arrojaré ante ti al amorreo, al cananeo, al jeteo, al fereceo, al jeveo y al jebuseo.»

Dicho esto, examinemos ahora la segunda etapa de los navegantes originarios de Canaán, en la ruta transatlántica. En el siglo XVI, Genebrand² informa acerca de la existencia de una tumba, que lleva una inscripción *hebrea*, en la isla de San Miguel, en las Azores. En efecto, se trata de caracteres fenicios de Canaán, considerados como hebreos por este autor en

1. Nombre de Josué según la Biblia.

2. Primer libro de las *Crónicas*, pág. 159.

razón de la semejanza entre el alfabeto de los cananeos y el de los antiguos hebreos. El descifre del texto —discutido aún— permitió a un sabio judío del siglo XVII, Manasseh ben Israel, dar una interpretación más verosímil del mismo. La inscripción contenía un nombre: el de Mektabel Sual, hijo de Matadiel.

El escepticismo habitual de los teorizantes del aislacionismo precolombino olvida a Procopio, desprecia a Josué y rechaza a Mektabel, pretendiendo que «estas gentes» (y por «cananeos» se entendía sólo hebreos, olvidando a los fenicios) no eran navegantes. Los propios fenicios, según la misma interpretación, se hallarían lejos de poder atravesar un océano. Por desgracia, hoy no es ya tan fácil descartar *a priori* toda presencia cañaneo-fenicia en el Nuevo Mundo. Existen pruebas arqueológicas, que no cesan de acumularse. Por otra parte, no hay nada tan inexáctamente como la supuesta incapacidad de navegar por parte de los antiguos. Como escribía el profesor americano Cyrus H. Gordon —especialista en descifre de lenguas semíticas antiguas—, el hombre de la Edad de Piedra conocía todos los continentes y había penetrado en los mismos, con excepción de la Antártida.¹ Los viajes de los cananeos-fenicios por los mares que rodean Asia² y hacia América constituirían, en consecuencia, sólo una de las peripecias de esta penetración.

Las tradiciones de los pueblos cananeos, confirmadas, hace ya algunos decenios, en Ras-Samra (Siria), asignan a estos mercaderes, aventureros y grandes navegantes, un país de origen que habría de situarse entre el mar Rojo y el Mediterráneo, el Néguev y Egipto. Heródoto y, antes que él, Sofonías (siglo VII a. de J. C.) atribuían incluso a los cananeos, si no un origen común, por lo menos un estrecho parentesco. Pero esto es discutido hoy por la mayoría de los autores modernos. Un especialista como Georges Contenau llega incluso a decir que, ante las divergencias surgidas, es necesario «sobreser todo juicio».³ Pero, ¿se puede sobreser el juicio de los hechos?

En 1958, Madeleine Rousseau escribía que estas «divergencias» eran debidas, esencialmente, a la inquietud despertada ante tantas relaciones nuevas y, en cierta forma, inesperadas, entre Egipto, el mar

1. Cyrus H. Gordon: «Towards a History of Ancient America», en *Journal of Mormon Thought*, vol. IV, núm. 2, verano de 1969.

2. Cary y Warmington, historiadores ingleses de la navegación, mencionan la existencia, hacia el 680 a. de J. C., de una sucursal fenicia en la península china de Chantung.

3. Georges Contenau: *Manuel d'Archéologie orientale*, París, 1927 y 1947

Egeo y Asia Occidental. «He aquí que —escribe— se lanza un nuevo interrogante: Los autores de todas estas civilizaciones, ¿fueron egeos o hurritas...? ¿Quiénes fueron éstos? Se afirma que los mitanios constituyeron uno de sus grupos... Como vemos, sólo en la Arqueología moderna nacen las divergencias. Es necesario, a toda costa, establecer que los aqueos arios son los autores de toda civilización...»¹ Una cosa es cierta: que, tanto geográfica como históricamente, los fenicios eran cananeos. Por lo demás, ellos mismos lo afirmaban cuando escribían en sus estelas o en las rocas: «Nosotros, los cananeos de Sidón, la ciudad del rey-mercader...»

Pero, ¿cuáles eran sus creencias? ¿Cuál su religión? La misma que la de los babilonios y egipcios, ya que eran monoteístas, si hemos de creer a Sanchoniaton. Su ser supremo se llamaba Baal, Bel o El, y personificaba la *energía universal*, invisible en sí misma, pero materializada, para los hombres, en el Sol. Es Amón y es también el Baalim de la Biblia, que incluso los hebreos llegaron a adorar.

Enemigos de los hebreos, rivales de los egipcios y peligrosos para los egeos, los cananeos-fenicios no tardaron en ser víctimas de su propia historia. En efecto, estos hombres, cuya escritura se encuentra, en parte, en las fuentes del Antiguo Testamento, fueron, desde el alba de su historia, objeto de todas las conspiraciones.

Marinos, civilizadores, arquitectos y comerciantes, los cananeos-fenicios —confundidos, al principio, con los griegos y los pelasgos míticos— acabaron por ser designados sólo con el nombre que les valió, a los ojos de los griegos, el color de su piel: *foiniki* = los fenicios. Pero incluso este nombre tiene su importancia, ya que con la denominación de cananeos viajaban gentes que pertenecían a diversos pueblos semíticos: fenicios propiamente dichos (de las ciudades de Tiro y de Sidón), cananeos del interior de las tierras y de las montañas, judíos, edomitas, moabitas, etcétera. En pocas palabras: todos los semitas que vivían en el Líbano, Siria y la Palestina bíblicos. No debe olvidarse tampoco que tres de las doce tribus de Israel —las de Aser, Dan y Zabulón— no eran sólo tribus de pescadores, sino también de marinos.² Y si las inscripciones cananeo-fenicias de América del Norte (piedras esculpidas de Mechanicsburg) son más «fenicias», las de Brasil, debidas a marinos-mercade-

1. Madeleine Rousseau: «Les Phéniciens et la diffusion de la civilisation égyptienne, Quelle était l'origine des Phéniciens?», en *Le Musée vivant*, París, 1953, pág. 190.

2. Génesis, XLIX, 13, y Jueces, V, 17.

res que partieron de Asiongaber, puerto hebreo del mar Rojo, son más «judías».

Por otra parte, hasta ahora no han sido objeto de ningún estudio serio las inscripciones fenicias fuera de Fenicia y de la costa noroeste de África. Bien es cierto que durante largo tiempo han sido consideradas como dudosas. No ocurre lo mismo hoy, y, si bien todavía permanecen oscuros algunos puntos, está claro que lo esencial de la historia fenicia ha llegado hasta nosotros sólo por intermedio de las literaturas de otros pueblos mediterráneos que, por lo general, se limitan a subrayar la habilidad de estos intrépidos marinos.

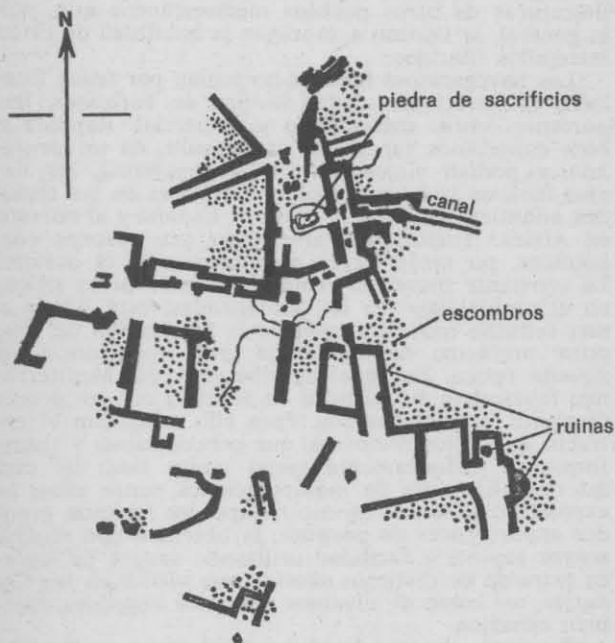
Las navegaciones fenicias no tenían por única finalidad la floreciente ciudad ibérica de Tartessos, importante centro metalúrgico y comercial. Rápidos y bien concebidos (aparte la tripulación, en un *penta-kóntor* podían viajar quinientos pasajeros), los navíos fenicios se harían pronto familiares en las regiones atlánticas situadas al oeste de España y al noreste en África.¹ Impulsados, ante todo, por razones económicas, no tardaron en aventurarse en el océano. La constante presencia fenicia, durante varios siglos, en el archipiélago de las Afortunadas, está ligada a una sensible modernización de la fabricación de púrpura, problema económico de gran importancia en aquella época. Los pueblos ribereños del Mediterráneo fabricaban su púrpura de acuerdo con un procedimiento lento y oneroso. Para ello utilizaban el extracto de ciertos moluscos, que concentraban y transformaban químicamente como punto final de una interminable serie de manipulaciones, entre ellas, la exposición al sol. Al mismo tiempo, los fenicios, grandes exportadores de púrpura, la obtenían con mucha mayor rapidez y facilidad utilizando sangre de lagarto extraída de distintos saurios que vivían en las Canarias, así como de diversos extractos vegetales, también canarios.

Por tanto, lo que decidió a los fenicios a silenciar sus navegaciones no fue sólo la falta de poetas, propia de un pueblo de mercaderes. El emplazamiento y las vías de acceso a las islas en que se hallaban los lagartos y los vegetales raros, constituían para ellos secretos económicos y políticos, que habían de preservar absolutamente.

Aventurándose cada vez más lejos, llegaron a las Antillas a través del Golfo de las Mujeres y, desde

1. Entre el 700 y el 650 a. de J. C., los fenicios habían monopolizado también el comercio y el tráfico del golfo Pérsico. Véase, a este respecto, M. Cary y E. M. Warmingdon: *Les Explorateurs de l'Antiquité*, Paris, Payot, 1932, pág. 87.

aquí, al continente americano. Inscripciones, ruinas y monedas establecen bien esta presencia, tan sensiblemente enojosa para los partidarios del aislacionismo cultural. Si las galerías subterráneas y los silos ventilados de Nichteroy, Campos y Tijuca, en Brasil, no pueden, en ningún caso, ser de origen indio, ya que se confunden, por su gran parecido, con las construcciones similares de fabricación fenicia;¹ si entre



Ruinas de Patte's Cave

las figuras encontradas en las paredes de una gruta artificial de la sierra de Mojado (Guayana brasileña) se encuentran —como señalaba Marcel HOMET²— caracteres de tipo cananeo... tal vez estos datos no nos dejen convencidos del todo. Pero es que se han descubierto vestigios mucho más probatorios aún.

Sobre un inmenso espacio, en una isleta del río

1. L. Schwenhagen: *Antigua história do Brasil*, Río de Janeiro, 1928.

2. Marcel Homet: *Die Söhne der Sonne*, Olten, 1957, pág. 91.

Piauí, en el Brasil, se elevan las ruinas de un edificio único. Algunos muros tienen una altura de más de 25 metros, una de las salas del conjunto mide 150 × 45 metros, y se han encontrado asimismo los restos de una gigantesca estatua.¹

Más asombrosas aún son las ruinas de Pattee's Cave y las del monte Show, en New Hampshire, Estados Unidos. En Pattee's Cave se ha descubierto un edificio cuyo plano en Y es el mismo que el de otros edificios del oeste de Irlanda y de Malta, estos últimos, de indudable construcción fenicia. Añadamos que se han encontrado también en Pattee's Cave dólmenes (de implantación nueva en un lugar mucho más antiguo), rampas y plataformas de acceso, canales subterráneos tallados en la piedras y grandes piedras de sacrificios, lo mismo que en el monte Show. Además, el complejo de Pattee's Cave comprende los vestigios de un cementerio, una empalizada de protección y un conjunto, circular, de casas, y, en su interior, un camino empedrado, de novecientos pies de longitud, el cual conduce a una roca que aguanta las ruinas de un templo megalítico muy deteriorado.

Este lugar, dado a conocer por B. Goodwin, pertenece, muy verosímelmente, a una cultura extra-americana de tipo mediterráneo oriental. El estudio de Pattee's Cave —del que se han ocupado, desde 1956, los arqueólogos F. Glyn en Irving House— ha llevado a la conclusión de que estos monumentos serían realizados por un pueblo del Neolítico que vivía en la Edad del Bronce y a comienzos de la Edad del Hierro, o sea, entre —3000 y 500 antes de nuestra Era.²

Todas las inscripciones y grabados son bien elocuentes. A los vestigios «fenicios» de América pueden adscribirse, con mayor o menor certeza, los grabados de la roca de Guilford (Connecticut) y los de Assamvompsettpond; las piedras grabadas descubiertas por el arqueólogo Beistline cerca de Mechanicsburg; las doscientas cincuenta inscripciones encontradas en 1872, en veinte cuevas de la jungla brasileña, por Francesco Pinto; las descubiertas en Parahíba, en 1874, por W. Netto (y consideradas luego, injustamente, falsas); la encontrada, en 1870, por Ronan, etc.

Algunas, más interesantes que otras, gozan hoy de cierta actualidad gracias a la controversia relativa a su autenticidad. Consideraremos, por ejemplo, la ins-

1. A. Braghine: *L'Énigme de l'Atlantide*, París, Payot, 1939, pág. 198.

2. Cálculo efectuado mediante la comparación del nivel cultural con el de Europa, ya que, oficialmente, la prehistoria americana no conoció la Edad de Hierro.

cripción de Ronan, cuya traducción da el texto siguiente: «Tras un largo y peligroso viaje, efectuado en cuatro barcos, alcanzamos, junto con nuestros compañeros y treinta esclavos, el desembarcadero de... A algunos días de marcha hacia el interior de las tierras encontramos el monte rico en yacimientos de minerales. Trabajamos en él durante dieciséis años y amontonamos oro, cobre y gemas.» La inscripción lleva dos firmas: la del gran jefe Eklton y la de su amanuense Nada.¹

Por así decirlo, esta primera inscripción queda completada con la de Pouso Alto, «releída», en 1970, por Cyrus H. Gordon.² Esta vez, el texto es perentorio: «Somos cananeos de Sidón, de la ciudad del rey-mercader. Llegamos a esta vieja tierra de Montañe. Sacrificamos un adolescente a los dioses y diosas celestiales, en el año decimonono de nuestro poderoso rey Hiram, y embarcamos en Asiongaber, junto al mar Rojo. Éramos diez barcos, y dimos la vuelta a Libia durante dos años, y luego fuimos separados por la mano de Baal, y ya no volvimos a estar con nuestros compañeros. Entonces vinimos aquí, a esta nueva orilla, doce hombres y tres mujeres...»³

Si se admite la autenticidad de estas inscripciones, se advierte en seguida que vienen a corroborarlas todo un conjunto de vestigios, grabados, etc., aportando siempre nuevas pruebas de la presencia fenicia en América. Así, en una roca de Guildford se han encontrado rosetas y una *columna dórica* inacabada, probable resultado de la actividad de los mismos hombres que esculpieron siluetas de navíos en las rocas de Assamvompsettpond. Citemos aún el puñal de bronce, de tipo fenicio, encontrado en Merimackport (Massachusetts); la lanza de bronce, no india, de Brentwood; el escudo, en bronce, de Windam (New Hampshire) y algunos objetos, confeccionados con hierro basto y no identificados, descubiertos en las proximidades de Pattee's Cave.⁴ En fin —y siempre cerca de Pattee's Cave—, en unas cuevas se han descubierto restos de cerámica y de *ladrillos*, respecto a los cuales los especialistas afirman que no son indios. Añadamos, para cerrar esta enumeración, la sorprendente semejanza que existe entre las hachas de ceremonia de los aravacos y las de los antiguos tirios.

1. Jacek Machowski: «Kto odkrył Ameriki?», en *Problemy*, número 6, Varsovia, 1963.

2. Se trata de una inscripción encontrada, en 1872, cerca de Parahíba, en Brasil.

3. Cyrus H. Gordon: *Towards a history of Ancient America*.

4. Ch. M. Boland: *They all discovered America*, Nueva York, 1961, págs. 30 y ss.

En cuanto a los «signos» descubiertos por Beistline, son también significativos. Se trata de *piedras pintadas* cuyos caracteres se encuentran en cualquier alfabeto semita y que servían para designar los pilares de los almacenes. Por lo general se trata de las cuatro primeras letras del alfabeto fenicio: alef, bejt, gimmel y dalet. Los estudios emprendidos a partir de 1948 —año de su descubrimiento cerca de Mechanicsburg— por especialistas de las Universidades de Cornell (Estados Unidos) y Haifa (Israel) han confirmado su tipo fenicio. Schwenhagen considera que las representaciones brasileñas fueron grabadas con ayuda de buriles metálicos más duros que la piedra, y que la incisión hecha en la roca se había colmado con un material rojizo, muy resistente a la acción del tiempo. Por su parte, el químico Juan Fabio ha determinado, mediante análisis, que dicho material contenía resinas vegetales naturales y óxido de hierro. Pero lo que le impuso la conclusión del origen fenicio de estas inscripciones fue, sobre todo, la existencia, en estas rocas, de signos parecidos a los de la escritura sumeria.

Sin embargo, se ha de reconocer que estas inscripciones brasileñas y su historia no inspiran mucha confianza. Y ello en razón de su principal descubridor —un tal Silva Ramos— y de sus hallazgos e interpretaciones. En efecto, antiguo seringueiro autodidacta, Silva Ramos, quizás algo apresuradamente, sacó la conclusión, de sus entrevistas con diversos rabinos, de que tales signos eran... hebreos. Más aún: según la traducción que da él mismo, las dos mil inscripciones eran, en su totalidad, plegarias.

Seguidamente, cuando la frecuencia de los caracteres fenicios impuso la idea de la presencia de este pueblo en América, costó tanto trabajo creerlo, que se prefirió rechazar en bloque todas las inscripciones de Ramos, tanto las verdaderas —muy poco numerosas— como las falsas, que eran las más abundantes. Pero más tarde cambiaron nuevamente las cosas y se examinaron de nuevo unas diez inscripciones, entre ellas, la de Havea.

Cada uno de los signos de esta inscripción (descubierta, en 1836, en el monte Havea, cerca de Río, a 840 metros de altitud) ocupa un espacio de tres metros de longitud como mínimo, lo cual la hace visible desde lejos. Tallada en la pared de una roca vertical, está escrita en caracteres cuneiformes que tienen un sentido en fenicio. Así, se puede leer: «Badesir de Tiro, en tierra fenicia, hijo de Jethbaal.» Ahora bien, este tal Badesir existió en realidad. Fue rey de Tiro entre —855 y —850, como sucesor de su padre Jethbaal (887 a 856 a. de J. C.). En consecuen-

cia, la inscripción de Havea tendría, por lo menos, 2.800 años de edad. Se calcula que fue grabada entre el 887 y el 850 a. de J. C. Subrayemos, por otra parte, que Schwenhagen habla también de inscripciones referidas a reyes tirios y sidonios y cuya realización sitúa en la época comprendida entre el —880 y el —806.

La hipótesis fenicia ha quedado reforzada recientemente con el descubrimiento de una moneda cananea en Tennessee. El doctor Cyrus Gordon, que la ha estudiado atentamente, garantiza su autenticidad. A ello conviene añadir aún los últimos descubrimientos arqueológicos efectuados en el sur de Florida (Kaufman Island) y en la región de las Bahamas. Esta vez se trata de objetos, de alfarería decorada, de hachas de piedra bruñida que, aisladamente, pueden atribuirse al mundo americano, pero que resultan mucho más elocuentes si se colocan en un contexto fenicio. Esto es particularmente cierto para el caso de determinados objetos de alfarería decorados con ojos que miran hacia los cuatro puntos cardinales y en cuyo centro está representado el símbolo típicamente fenicio, de los círculos concéntricos —representación solar del gran dios único—, así como figurillas humanas con el tocado occipital característico de la alfarería fenicia encontrada en Chipre.

A esta serie de descubrimientos se añaden los signos grabados en algunas placas y tablillas, todavía discutidas, pero cuya «aventura» arqueológica no carece de interés. Queremos hablar de la tablilla de Cave Creek (Estados Unidos) y de la placa de piedra encontrada en Quito (Ecuador) y perteneciente a la colección Crespi.

Descubierta el siglo pasado, la tablilla de Cave Creek fue declarada falsa al término de unas largas discusiones. Pero se da el caso de que en los últimos cuarenta años se han descubierto en Siria inscripciones cananeas con los mismos caracteres que los de Cave Creek. O sea, que convendría volver a estudiar esta tablilla. En fin, habría que analizar también científicamente las inscripciones «fenicias» de Davenport (Iowa) y de Taunton River. La primera, grabada en una tablilla de arcilla bituminosa, representa una escena funeraria, bajo la cual hay un texto de varias líneas, que incluye 94 signos, de ellos, 74 diferentes, y 20 que se repiten. La segunda consiste en una confusa mezcla de signos «no indios» grabados en la roca. En cuanto a las piezas de la colección Crespi, son interesantísimas, aunque su historia, no bien conocida aún (no se sabe exactamente el lugar del que proceden, ni su situación en el momento de ser descubiertas), las relega necesariamente a un pa-

յոս և ԲԹԼԻԿԵՄ ԼԹԼԻԿԵՄ ԵՆԵԻ ՔԵՄ
 ԶԿԵԿԵ ԹՔՄ ԼԿԵԹԵՅԿԵ ԶՆԶՔՄ
 ԹԵՅԵԿԵ ԹԵՅԵԿԵ ԹԵՅԵԿԵ ԹԵՅԵԿԵ
 ԹԵՅԵԿԵ ԹԵՅԵԿԵ ԹԵՅԵԿԵ ԹԵՅԵԿԵ
 ԹԵՅԵԿԵ ԹԵՅԵԿԵ ԹԵՅԵԿԵ ԹԵՅԵԿԵ
 ԹԵՅԵԿԵ ԹԵՅԵԿԵ ԹԵՅԵԿԵ ԹԵՅԵԿԵ
 ԹԵՅԵԿԵ ԹԵՅԵԿԵ ԹԵՅԵԿԵ ԹԵՅԵԿԵ

ՈՅԻՎ և ՕԿԵ ԶԿԻՅՈՅԻՆ ԵՆԵԻ և ՄԿԵՄ
 ԿԻՎ ԿԿԿԿ ԿԿԿԿ ԿԿԿԿ ԵՆԵԻ ԵՆԵԻ
 ԿԿԿ ԵՆԵԻ ԵՆԵԻ ԵՆԵԻ ԵՆԵԻ ԵՆԵԻ
 ԵՆԵԻ ԵՆԵԻ ԵՆԵԻ ԵՆԵԻ ԵՆԵԻ ԵՆԵԻ
 ԵՆԵԻ ԵՆԵԻ ԵՆԵԻ ԵՆԵԻ ԵՆԵԻ ԵՆԵԻ
 ԵՆԵԻ ԵՆԵԻ ԵՆԵԻ ԵՆԵԻ ԵՆԵԻ ԵՆԵԻ
 ԵՆԵԻ ԵՆԵԻ ԵՆԵԻ ԵՆԵԻ ԵՆԵԻ ԵՆԵԻ
 ԵՆԵԻ ԵՆԵԻ ԵՆԵԻ ԵՆԵԻ ԵՆԵԻ ԵՆԵԻ

Comparación entre dos «escrituras fenicias»: de Fenicia (arriba) y de América (abajo)

pel subsidiario.

Antes de concluir hemos de mencionar aún que el autor escandinavo del siglo XVII, Olaus Rudbeckius,¹ recordó la importancia concedida por el griego Focio a su compatriota del siglo I a. de J. C., el escritor Antonios Diógenes, autor de una obra titulada *Las*

1. Olaus Rudbeckius: *Atlantica*, Upsala, 1685.

increíbles cosas que se ven más allá de Thule, en la cual relata que, *durante su vida*, se habían descubierto, en algunas tumbas de Tiro, inscripciones relativas a los viajes emprendidos por los tirios hasta Islandia (Thule)...

Así, navegando hacia las regiones situadas al oeste del océano, los fenicios traían de sus viajes descripciones de las tierras exploradas. Y ello —no lo olvidemos— entre —2000 y —300. Evidentemente fueron ellos quienes acentuaron el carácter semítico de las tradiciones concernientes a la Fuente de la Juventud. Ellos, que, más temerarios aún que el héroe babilonio Gilgamesh, se atrevieron, en efecto, a atravesar el «gran mar».

Mas para permanecer en el terreno del juego del ingenio, añadamos otro detalle.

Sir Robert Marx, famoso investigador submarino americano, informó, en noviembre de 1971, acerca del descubrimiento de una moneda fenicia en las cercanías del muro de Bimini. La pieza databa del siglo v antes de nuestra Era. Afirmando que no se había de asociar obligatoriamente el descubrimiento de esta moneda con las ruinas del lugar, publicaba, sin embargo, su foto (*Argosy*, núm. 373, noviembre de 1971, pág. 46). ¡Vivan las coincidencias!

EL VERDADERO SECRETO DEL REY SALOMÓN

Propongo que, de cuando en cuando, dejemos de lado nuestras dudas, nuestras angustias, nuestras inquietudes de etnólogos, y nos busquemos un refugio en este mundo artístico de la América precolombina. Manos creadoras se tienden hacia nosotros desde el fondo de las edades. Gracias a ellas podremos tener una mayor comprensión y, sobre todo, adquirir nuevos conocimientos sobre este mundo precolombino en el que, desde tiempos inmemoriales, no sólo Oriente, sino, a decir verdad, hombres del mundo entero se dieron cita.

ALEXANDER VON WUTTENAU,
Terres cuites précolombiennes

BIBLIA + IMAGINACIÓN = AMÉRICA

Uno de los más famosos actores reales de la historia del paraíso terrenal no es otro sino el gran rey Salomón, amante de la reina de Saba. Ahora bien, quien dice Salomón piensa inmediatamente en la Biblia, en esa Biblia de la cual decía Paracelso que, para respetar la lógica, debería hablar de dos creaciones de Adán: una, para el Viejo, y otra para el Nuevo Mundo. Sin embargo, durante mucho tiempo no tuvo eco la irónica observación del sabio suizo, y desde el siglo XVI hasta el XIX, desde Arias Montano¹ hasta Lord Kingsborough,² siguióse impertur-

1. Autor de una Biblia poliglota publicada entre 1569 y 1573 en Amberes y de un mapamundi realizado en 1571, en los cuales exponía los «orígenes adámicos» del hombre americano.

2. Célebre «iluminado» inglés del siglo XIX, muy aficionado a las antigüedades americanas, que se arruinó al editar una obra en la cual «se demostraban» los orígenes bíblicos de los indios de América.

bablemente queriendo meter a los americanos en el esquema bíblico.

Para Arias Montano, los primeros descubridores de América fueron dos de los hijos de Jectán, el cual era bisnieto de Sem, hijo de Noé. El primero, Ofis, desembarcó al noroeste del continente y llegó en seguida a Perú.

El segundo, Jobal, alcanzó directamente Perú. Ello explicaría, de un modo especial, el nombre de Yucatán: Jectán = Yoctán = Yucatán. En cuanto a Perú, tomaría no menos directamente su nombre del segundo *Libro de las Crónicas*, o *Paralipómenos*, de la Biblia, en cuyo capítulo III, versículo 6, se lee que Salomón «recubrió, además, la casa con piedras preciosas de adorno; y el oro era de *Parvaim*», Parvaim y Perú, serían, evidentemente, el mismo nombre, y el propio Salomón ¡habría descubierto América!

Lo extraño es que Colón había tenido ideas semejantes, veía en las minas de Veragua el venero de oro del rey Salomón y consideraba a los haitianos como a los últimos descendientes de Noé.

A partir de aquí —y con algunas variantes (población de América por las diez tribus israelitas desaparecidas tras la conquista de sus tierras por los asirios; establecimiento, en el Nuevo Mundo, de los cananeos expulsados por Josué, los cuales emigrarían hacia el Oeste, como certifica Procopio, quien menciona su presencia en los alrededores de Tánger)— se pusieron en circulación las ideas más peregrinas, firmadas tanto por Lord Kingsborough como por el vizconde Onffroy de Thoron.¹ Hacia 1900, B. de Rooreia vuelve a ocuparse de los descendientes americanos de Moisés, y en 1907, en su *Origen de los Indios del Nuevo Mundo*, Gregorio García se esfuerza por demostrar, a toda costa, el origen judío de algunas tribus amerindias.

Sin embargo, tales ideas, que desafiaban todo rigor científico, hubieron de tener su origen en alguna parte. Y lo tuvieron, en efecto, en las informaciones de los cronistas de la conquista. Por lo demás, ello se explica si pensamos en la gran fe religiosa de la época y en que la Biblia constituye la fuente de toda verdad revelada. Por tanto, creemos que vale la pena hojearla:

1. Onffroy de Thoron: *Voyage des flottes de Salomon et de Hiram en Amérique*, París, 1896.

I Libro de los Reyes (capítulo X, versículo 11 y 22):

«Las flotas de Hiram, que traían el oro de Ofir, trajeron también de Ofir gran cantidad de madera de sándalo y de piedras preciosas.»

«Porque el rey tenía en el mar naves de Tarsis con las de Hiram, y cada tres años llegaban las naves de Tarsis trayendo oro, plata, marfil, monos y pavones.»

II Libro de las Crónicas, o Paralipómenos (capítulo III, versículo 6; capítulo VIII, versículo 17 y 18, y capítulo IX, versículo 10 y 21):

«Recubrió, además, la casa con piedras preciosas de adorno; y el oro era de Parvaim.»

«Entonces partió Salomón para Asiongaber y Elat a orillas del mar, en tierra de Edom.»

«Pues Hiram, por medio de sus siervos, le había enviados navíos y marineros diestros, conocedores del mar. Fueron éstos con los siervos de Salomón y Ofir, y trajeron de allí cuatrocientos cincuenta talentos de oro, que entregaron a Salomón.»

«También los siervos de Hiram y los de Salomón, que habían traído el oro de Ofir, trajeron madera de sándalo y piedras preciosas.»

«Pues tenía el rey naves de Tarsis que navegaban con las de los siervos de Hiram; y llegaban cada tres años las naves de Tarsis, trayendo oro, plata, marfil, monos y pavos reales.»

Se añaden a ello las informaciones contenidas en el capítulo IX del primer *Libro de los Reyes*, según las cuales Salomón habría hecho construir en Asiongaber, cerca de Elat, en el mar Rojo, «una flota», enrolando en ella como marinos a los hombres de Hiram *el Fenicio*, que conocían las cosas del mar y que le trajeron de Ofir cuatrocientos veinte talentos de oro.

Tarsis, Ofir, Parvaim, nombres mágicos que han hecho caer en lo fabuloso a todos cuantos han tratado de identificarlos... Los partidarios de la ubicación peruana de Ofir han llegado a hacer guanajos de los pavos reales de la Biblia y a transformar los monos koph (monos traídos de lejos) en monos amazónicos de cola prensil: kapi, en lengua quechua, etc. En nuestros días se ha llegado a mejores resultados aún, ante todo, en lo que concierne a Ofir.

No cabe la menor duda de que Ofir era un país muy rico, ya que 420 talentos de oro —450, si hemos de creer la cifra de las *Crónicas*— representan sus buenas quince toneladas de este precioso metal. El

I Libro de los Reyes (X, 13) nos dice incluso que el peso del oro que llegaba cada año a manos de Salomón alcanzaba los 666 talentos, o sea, veinte toneladas de oro. En cuanto a la localización de este pozo de oro, son varias las tesis que se enfrentan. E. Har-ton sitúa Ofir en Sopara, India (Ofir = Sofir); W. F. Albright lo coloca en África (Ofir = Afir). Por lo demás, parece que los partidarios de la tesis africana están en lo cierto a condición —como escribía recientemente François Balsan¹— de transportarlo de Somalia o de Rodesia hasta la región etiope de Sidamo, en Adolla.

Tenemos aún el Parvaim... Releyendo atentamente los textos de la Biblia, se comprueba que Asiongaber es citada *siempre* junto con Ofir, lo cual no ocurre con Tarsis. Por lo demás, este último lugar ha sido reconocido formalmente como Tartessos, la floreciente ciudad iberoatlántica. Por otra parte, el hecho de que el nombre de Ofir no figure en el capítulo X del *I Libro de los Reyes*, indica que existía otra región proveedora de oro. Ello equivale a decir que si el problema de Tarsis está resuelto y el de Ofir aclarado, el de Parvaim, en cambio, sigue en pie en su totalidad.

Pero aun cuando no fuese cuestión de volver sobre el nombre-sentido que constituye la asimilación Perú-Parvaim, se ha de notar una cosa. Desde 1969 disponemos de la traducción (realizada por Cyrus Gordon) de un texto cananeo, descubierto en Brasil en 1874 y «rehabilitado» recientemente. Se habla en él de navegantes y mercaderes que partieron de Asiongaber y llegaron a Brasil. Si dicho texto es auténtico —lo cual no ofrece dudas—, habrá que reexaminar entonces la cuestión de Parvaim, en la cual es ya posible ver, por lo menos, una región, un país, en cuyo camino, Tartessos sólo habría sido una etapa.

De esta forma, pasa por los fenicios la respuesta a la pregunta que plantean las navegaciones realizadas bajo el pabellón del más grande rey de Israel. La Biblia lo afirma, y la Historia lo prueba. Sin embargo, antes de seguir hacia América a los marinos fenicios contratados por Salomón y cedidos por su poderoso Hiram, conviene descartar cierto número de falsas pruebas, que oscurecen el problema.

Entre las mismas tenemos, en primer lugar, las «pruebas de índole lingüística». Así, según algunos, el nombre de la ciudad de Tutoya, situada en la desembocadura del río Parnaíba, derivaría de Toor Troia (ciudad de Troya, en fenicio y en hebreo anti-

1. François Balsan: «Adolla, clarté sur le mystère», en *Atlas*, núm. 7, 1971, págs. 72-83.



Estos rasgos no son negroides. Cabeza de una de las momias encontradas en la tumba de Amenofis II (XVIII dinastía, 1435-1410 a. de J. C.) (Foto Archives Photographiques.)

guo). Henos aquí, pues, en presencia de troyanos refugiados entre los fenicios después de la destrucción de su ciudad por los griegos y que llegarían con aquéllos hasta Brasil. Los propios «historiadores» citan asimismo las ciudades de Torre y Turros, en Brasil, que habrían sido fundadas por hebreos o fenicios, ya que en sus nombres figura la raíz... Toor. Se trata de una interpretación particularmente fantástica de un texto de Diodoro de Sicilia, según el cual los troyanos —recogidos, en efecto, por los fenicios— fundarían a la sazón algunas localidades con nombres troyanos. Por lo demás, se puede «hacer decir» cualquier cosa a textos antiguos. Basándose en los *Diálogos* de Platón y en las *Historiae Variiae* de Elien, Onffroy de Thoron, por ejemplo, hace de los merope, míticos descendientes de la hija de Atlas, Mérope, nada menos que antepasados de los indios sudamericanos.

También existirían huellas cananeo-fenicias, descubiertas por el lingüista inglés Mac Donald, en las lenguas de las actuales poblaciones oceánicas. El historiador de las *Antigüedades judaicas*, Flavio Josefo, escribió que los navíos del rey Salomón habían recorrido la parte oriental del «mar indio», es decir, al otro lado de la isla de Ceilán. Algunos autores, como el ruso Alexandr Gorbovski, sostiene incluso que habrían alcanzado las orillas de Malasia.¹ Ahora bien, todas las dotaciones de estos navíos estarían compuestas por cananeo-fenicios; de aquí la hipótesis de Mac Donald, el cual «explica» el hecho de que los primeros navegantes europeos que atravesaron el Pacífico encontraron poblaciones de piel clara.

Preguntándose si los fenicios no alcanzarían América siguiendo la ruta del Pacífico, A. Gorbovski escribe: «De acuerdo con su comportamiento en otros lugares, estamos en el derecho de preguntarnos si no proseguirían su ruta de isla en isla, siempre hacia el Este, en busca de oro —especialmente de oro—, y si, al no encontrarlo, no acabarían su navegación hacia el Nuevo Mundo.» Todo esto es muy bonito, sí, aunque conviene recordar que *las únicas pruebas auténticas de la presencia fenicia en América se encuentran, en su totalidad, en la costa atlántica de este continente.*²

1. Alexandr Gorbovski: «Viejos problemas de la Historia y nuevas hipótesis», en *Nauka i Yizni*, núm. 2, Moscú, 1963.

2. Cuando el navegante griego Piteas llegó, cuatro siglos antes de Jesucristo, a las islas Shetland, los indígenas le hablaron de una misteriosa «última Thule», situada —decían ellos— a seis días de navegación en dirección Norte. V. Stefansson ha demostrado que se trataba, en realidad, de Islandia, la cual se encuen-

TIPOLOGIA E HISTORIA

No obstante, hemos de examinar más detenidamente otros argumentos, entre ellos, las terracotas precolombinas encontradas en Guerrero (México), así como en otros puntos de América Central y cuyo examen ha sugerido al profesor Alexander von Wuttenau, de la Universidad de las Dos Américas, en México, consideraciones sobre el tipo semítico de numerosas cabezas de personajes representados en estos productos de alfarería.

«Está claro —escribe el profesor Von Wuttenau— que los resultados, verdaderamente inesperados, de estas investigaciones, pueden arrojar nueva luz sobre nuestros conocimientos relativos a los procesos etno-lógico-históricos y a las grandes migraciones, ya que el rostro humano, con todos los elementos distintivos que caracterizan a una raza, constituye algo que nada puede inventar o encontrar por azar. Y si existe algún problema que siga transido de misterio en nuestros días y, *a fortiori*, durante los periodos prehistóricos, no cabe duda de que tal problema es el de las razas. Incluso la lógica más elemental y la experiencia humana en su totalidad vienen a confirmar nuestra tesis, que es la siguiente: No es posible imaginar que un indio reproduzca, de forma magistral, la fisonomía de un negro o la de un blanco, con todas las señales distintivas de la raza, sin haber visto jamás a un negro ni a un blanco. En consecuencia, hemos de admitir que los tipos humanos representados por él se encontraban en suelo americano, en el cual se propagarían. Ahora tenemos ante nosotros un material arqueológico en el cual vemos los signos distintivos de las razas humanas. El análisis de este material reviste un extraordinario interés y, por otra parte, es más rico en enseñanza. Empieza a abrirse ante nosotros un nuevo mundo, del que no sospechábamos nada hasta ahora.»

Precisamente este análisis del material tipológico reunido en los museos fue el que impulsó aún más las investigaciones del sabio americano y lo llevó a la conclusión de la necesidad de reexaminar ciertos

tra a unas 600 millas de distancia del lugar en que desembarcó Piteas. Los navíos griegos de aquella época recorrían unas 100 millas por día. Por tanto, la información que recogiera Piteas es exacta. ¿No es posible que los fenicios oyeran decir lo mismo a los indígenas? Una vez en Islandia, la ruta de América vía Groenlandia quedaría ampliamente abierta para ellos, lo mismo que más tarde para los vikingos.

elementos descartados de antemano. Y añade:

«En el curso de los últimos años, los arqueólogos han descubierto, en número cada vez mayor, terracotas en las cuales aparecen, de forma constante y convincente, los rasgos distintivos de la raza semítica. He aquí por qué me parece difícil clasificar ya de entrada, entre las fantasías, ciertas indicaciones contenidas en el *Libro de Mormon*,¹ o las reflexiones, muy precisas, hechas por observadores de los siglos XVI y XVII, relativas a los primeros habitantes de América. Así, el padre Diego Durán (dominico), nacido en Texcoco (México) hacia 1540, dedica el primer capítulo de su crónica —redactada hacia 1580— al problema planteado por la presencia de elementos judíos en la América precolombina. Por otra parte, a este respecto da toda una serie de informaciones sobre las técnicas culturales y sobre la historia de las religiones. En razón misma de nuestros conocimientos recientes, ello debería más bien incitarnos a reflexionar. Asimismo, deberíamos estudiar los escritos del dominico español Gregorio García (1554-1627), que, para nosotros, están llenos de interés y son sustanciales y seguros.

»Injustamente, Paul Rivet ve en él a un hombre carente de profundidad. Cosa extraña, apenas es conocido su libro titulado *Origen de los Indios del Nuevo Mundo*. Sin embargo, constituye una obra de primera mano, que procede de un testigo ocular inteligente y disciplinado. Por lo demás, fray Gregorio, que, como sabemos, había tenido dificultades con la Inquisición, en razón de su actividad literaria, conocía México (igual que Perú), sin duda, mejor que Paul Rivet. Pero, sobre todo, lo conoció tres siglos antes.

»En todo caso, estos primeros observadores nos dan informaciones sobre los problemas históricos y étnicos. Asimismo, nos alegraríamos de que, en lo por venir, se pudiera evitar oponerles un rechazo categórico, como han recibido de inmediato, o acogerlos con una miserable sonrisa de compasión, *siempre que se trate de investigaciones científicas, realizadas con un espíritu de libertad o de progreso y de la forma más moderna*. No cabe la menor duda de que en este terreno se ha de ir con extrema prudencia, pero los sabios no deben considerar en ningún caso una tesis como errónea sin tener contra ella sólidos argumentos, aunque las perspectivas abiertas parezcan absurdas *a priori*. Por otra parte, estoy convencido de que un cercano porvenir nos reserva numerosas sorpresas, tan pronto como se excaven y clasifiquen

1. Fabricado en el siglo XIX, si bien tomando algunas de sus informaciones de la realidad de las cosas.

mejor las extraordinarias riquezas de América.

»A título de ejemplo, podemos aún citar el descubrimiento hecho hace poco tiempo en Tlatilco. Esta vez se trata de una pequeña escultura con la representación de un personaje barbudo. Esta cabeza (de 4 centímetros de altura solamente), muy antigua, es de origen griego o fenicio. En cierta medida, hace juego digamos con la figura de un magnífico pebetero, procedentes de Guatemala, que se conserva en el Museo del Hombre, en París. Más sorprendente aún es el descubrimiento de la "máscara de Sileno", negroide, realizada magistralmente por un artista olmeca. Sé, de fuente bien segura, que esta pieza proviene igualmente de Tlatilco... Señalemos, finalmente, la pequeña terracota descubierta, en 1933, en la pirámide de Calixtlahuaca (cerca de Tlollula), por el arqueólogo mexicano José García Payón, y que representa asimismo a un personaje barbudo. Ahora bien, según el profesor Boehringer, este objeto debe ser considerado, desde el punto de vista tipológico, como un trabajo romano que data de los alrededores del 200 a. de J. C. En consecuencia, pertenece a esa categoría de hallazgos misteriosos que nos obligan a buscar una explicación científica sobre su origen.»

Por lo que respecta al tipo semítico, recordemos que, desde hace diez años, los museos de América exponen piezas indígenas que se podrían calificar fácilmente de «fenicias».

En octubre de 1960 se organizó en Mechanicsbourg (Estados Unidos) el primer seminario científico consagrado a los vestigios, encontrados en América, de las navegaciones cananeo-fenicias y cartaginesas. Han trabajado en esta dirección hombres como Alfredo Brandan, Frederick J. Pohl, Alexandr Gorbovski, Charles M. Boland, W. B. Goodwin, V. Stefansson y Cyrus Gordon. Pero lo que se ha de poner de relieve es que cualquiera nueva prueba de estas navegaciones confirma, por sí misma, el viaje de hombres de raza semítica hacia las fuentes de las leyendas que ellos tanto contribuyeron a divulgar.

Congéneres y aliados, reunieron sus esfuerzos para construir uno de los más fabulosos templos de la Historia —el de Jerusalén—, así como para consolidar una de las más inquietantes leyendas de todos los tiempos.

Para acabar, preguntémosnos quiénes eran los soberanos a los que aludía Jeremías¹ al dirigirse «a todos los reyes de Tiro, a todos los reyes de Sidón y a los reyes de las islas que están pasando el mar.»

¿Qué isla? ¿Qué mar?

1. Capítulo XXV, versículo 22.

SOBRE LAS HUELLAS DEL RELEVO SIN FIN

No podemos rebasar la Historia, pero al atravesarla, por así decirlo, vemos cómo se va haciendo transparente, al recibir una luz llegada de otra parte.

KARL JASPERS,
Iniciación al método filosófico

LOS CARTAGINESES DESEMBARCAN EN AMÉRICA

Continuaron las navegaciones. Después de los fenicios y sus compañeros —entre los cuales figuraban, tal vez, los egipcios—, los cartagineses tomaron el relevo de una manera natural.

En la primavera de 1963, la revista moscovita *Vokrug Sbeta* informó acerca de los montes de Virginia Septentrional, en Estados Unidos. Las opiniones se dividieron inmediatamente, y la presencia de algunos caracteres no cartagineses hizo concluir, inmediatamente, que se trataba de algo falso. Ahora bien, tan pronto como se empezó a investigar acerca de lo falso en aquel descubrimiento, llenó de inquietudes la evolución de los descubrimientos de inscripciones similares hechas en Fenicia a partir de 1932. Por otra parte, no tardaría en saberse que los signos discutidos pertenecían a una variante de la lengua silábica utilizada entre los siglos VII y IV a. de J. C. y que se encontrarían igualmente en el Viejo Mundo. Nótese que jamás se ha llevado a cabo la rehabilitación oficial de esta inscripción.

Desarrollada a partir de una vieja colonia fundada hacia —814 por la legendaria Dido, la «Ciudad» —que así la llamaban los cartagineses— no tardó en afirmar su poderío marítimo. Importante centro del

comercio mediterráneo, Cartago fue también la más celosa propietaria de las vías marítimas de la Antigüedad, que recorrían sus galeras a la velocidad diaria de 90 a 100 millas (8 a 10 km/h.) Los famosos viajes de Hannón y de Himilcón bastan para mostrar la excelencia de la navegación cartaginesa. Si algunos historiadores atribuyen al primero un carácter mítico, la realidad histórica del segundo —una larga travesía atlántica— no es discutible.

Hacia el 320 a. de J. C., los cartagineses habían abordado ya las Azores. Sin duda, los arqueólogos modernos que han encontrado monedas cartaginesas en la isla de Corvo pueden hablar de este viaje más ampliamente de lo que lo hicieron sus propios actores. Sin embargo, el silencio que rodeó este viaje durante siglos tiene una explicación, explicación que encontramos ya en un texto antiguo, el *De Mirabilis*, atribuido a Aristóteles. «La isla estaba situada a algunos días de distancia del continente. Pero... los sufetes¹ de Cartago prohibieron el viaje hacia la isla bajo pena de muerte, a fin de que no se supiera la existencia de esta tierra insular.» Por otra parte, fuentes históricas auténticas mencionan la existencia, en una de las Canarias, de un templo dedicado a la diosa Tanit.² También en el *De Mirabilis* se habla de navíos que navegaban, lejos, hacia el Oeste, a partir del «puerto de Gades», la actual Cádiz.

Lejos —*al otro lado del océano*—, si hemos de creer lo que dicen los textos—, los cartagineses encontraron *aguas cubiertas de algas*. Inmediatamente se piensa en el mar de los Sargazos, y tanto más cuanto que numerosos autores latinos escribieron acerca del *Mare Vadosum*, que, según algunos autores, es sólo este mismo mar de los Sargazos. Por el contrario, Richard Hennig opina que, como quiera que las extensiones marinas recubiertas de algas se hallaban más cerca, por aquella época, de las costas afroeuropas, las navegaciones en cuestión no habían penetrado profundamente en el océano. Ello no le impide concluir, en el capítulo XIX de sus *Terrae incognitae*, que, «en principio, no podemos negar la posibilidad de que ciertos mediterráneos hubiesen podido llegar, en la Antigüedad, a América, y ejercer en la misma una influencia cultural».

Por lo demás, desde el momento en que se ha aceptado la navegación fenicia hasta América, la de los cartagineses se da por sobrentendida. Para que no dudáramos de ello, tuvieron buen cuidado de de-

1. Magistrados.

2. Charles de La Roncière: *Histoire de la découverte de la terre*, París, 1938, pág. 15.

jar allí huellas, casi siempre, en forma de inscripciones. Así, en los Estados Unidos se han encontrado inscripciones cartaginesas en Pensilvania, cerca de la ciudad de Harrisburg, en los distritos de York y de Cumberland, en rocas de Virginia y en los distritos de Mecklemburg y de Brunswick. La pátina de los trazados practicados en la roca (incisiones de 1,5 a 3 cm. de profundidad), una diabasa triásica muy dura, revela una antigüedad de 1.800 a 2.700 años. El feniciólogo aficionado J. C. Ayoob, que ha descifrado estas inscripciones de acuerdo con las escrituras cartaginesas de África del Norte, afirma haber leído allí nombres de centros cartagineses mediterráneos,¹ así como dos dioses o diosas y de jefes cartagineses.² Sin embargo, aún se ha de comprobar todo esto.

Por lo demás, estas inscripciones son increíblemente numerosas. Sólo en Pensilvania, el doctor W. W. Strong ha encontrado más de cuatrocientas. Las de Virginia han sido estudiadas por especialistas tales como el profesor George C. Cameron, de la Michigan University de Yale. Todos han confirmado el carácter *extranjero, no americano*, de estas inscripciones. A petición de C. M. Boland, miembro de la Sociedad arqueológica de Massachusetts, el arqueólogo G. Radan, especialista en escrituras semíticas, han intentado traducir estos textos y, en lo esencial, ha salido airoso.³

Aunque en América del Norte se descubrieron inscripciones cartaginesas sólo a partir de 1940, su existencia en el subcontinente era conocida muchísimo tiempo antes. Por ejemplo, L. Schwenhagen había ya descubierto inscripciones de este tipo en Campos (Brasil). Asimismo, desde 1837 habían empezado a aparecer en Canadá algunas perlas de vidrio coloreadas y de cerámica esmaltada, que no podía ser de origen indio. En 1843, el historiador americano H. R. Schoolkraft establecía un paralelismo entre estas perlas y las encontradas, en 1817, en una tumba, más antigua, localizada cerca de Harrisburg, en el Estado de Nueva York. ¿Habremos de recordar que los americanos procolombinos no conocían el vidrio ni el esmalte? Más tarde, en 1862, A. Morlot demostró que una minúscula perla del collar encontrado poco an-

1. Idaleón (Chipre), Cassira o Arvad, Leptis, Cition (Chipre), Tiro, Cerna, Sige, Útica, Lixos, Cartago, Corcira, etc.

2. El nombre de la diosa Tanit se encuentra unas 90 veces. Figuran también nombres de Rb (Rab o jefe), como Rb MZR, Rb OMR, Rb HMICON, el príncipe Brca de Cartago, Rag Mago, etcétera.

3. C. M. Boland: *They all discovered America*, Nueva York, 1961, pág. 38.

tes cerca de Estocolmo¹ era exactamente idéntica a las perlas «americanas» y a otra procedente de la Jutlandia danesa. Ahora bien, las perlas de Dinamarca y de Suecia son reconocidas formalmente como de origen fenicio o cartaginés. Proviene de las relaciones comerciales establecidas desde el Neolítico entre Escandinavia y los mediterráneos que recorrieron Europa siguiendo las «rutas del ámbar».

Schwenhagen sostiene que los fenicios emprendieron sus primeras navegaciones a América hacia el 1100 a. de J. C., y que el objeto de su viaje era la búsqueda de metal precioso. Afirma incluso haber encontrado huellas de estas explotaciones mineras en los Estados brasileños de Serra y de Bahía. En cuanto a las «rutas» cartaginesas propiamente dichas, C. M. Boland propone una explicación que no carece de originalidad. Para él, los cartagineses viéronse forzados a dispersarse tras haber sido vencidos por los griegos de Agatocles en —310. Algunos barcos llegarían entonces al Mediterráneo, para dirigirse luego hacia el Norte, seguir las costas del Labrador y llegar, finalmente, al golfo de Chesapeake. Una vez allí, remontarían la corriente del río Susquehanna, dejando a su paso las inscripciones encontradas cerca de Harrisburg.

Tal vez los cartagineses fueron perseguidos por la flota de Escipión Emiliano. El historiador alemán Paul Hermann sostiene incluso que la única finalidad de Escipión fue la de precipitar a los cartagineses en los abismos oceánicos, a fin de que no volvieran a aparecer por el Mediterráneo. Y esto, según Charles Michael Boland, explicaría por qué los propios romanos se adentraron tanto en el océano, persiguiendo a sus enemigos. Arrastrado por las corrientes, uno de sus barcos llegaría incluso a embarrancar en las costas venezolanas; de aquí los clavos de navío, de tipo romano, y las monedas romanas encontrados en estas costas. Todo ello, respectivamente, en —260, —200 y —146.

MISTERIOS ETRUSCOS, REVELADOS

Portadores de influencias semíticas y asiáticas, los etruscos viajarían también mucho más lejos de lo que se cree. Tras examinar figuras de terracota, las divisiones del gran Templo de Ifé y algunos otros vestigios del país de Yoruba, cerca de Dahomey, el

1. Pieza número 12.390 del Museo Nacional de Copenhague.

sabio alemán Frobenius llega a la conclusión de que constituyeron el fruto de una influencia cultural extraafricana, consecutiva a los viajes de navegantes no fenicios (y que, verosíblemente, eran etruscos) durante el siglo XII a. de J. C. Los trabajos de R. Berthelot tienen la misma finalidad.¹

Hoy se considera posible la participación de las tribus etruscas en las expediciones de los pueblos del mar contra Egipto, que se desarrollaron hacia el —1200. Por otra parte, en una sola ciudad etrusca (Volschi) se han encontrado más de 22.000 piezas de alfarería griega, lo cual basta para establecer los intercambios comerciales «intereuropeos», en los cuales los etruscos eran la parte «que cobra», y, por lo demás, casi siempre, con el tristemente famoso nombre de *piratas tirrenos*. Sin embargo, su dominación en el Mediterráneo Occidental es muy tardía, ya que se sitúa entre 535 y 477 años de nuestra Era. Mas precisamente en esta época conocieron las navegaciones su mayor desarrollo. Diodoro, Timeo, Aristóteles y otros numerosos autores de la Antigüedad nos dicen que, entre la batalla de Atalía y la de Cumas, la Flota etrusca hizo numerosas incursiones a las orillas oceánicas del África del Norte, y de la península Ibérica. Pero, ¿hacia América o hasta América?

Ha sido muy precipitada la conclusión de que los etruscos realizaron viajes hasta el Nuevo Mundo. Bien es cierto que no faltan los elementos para ello: idéntica cimentación de un muro en la Italia prerromana y en Tiahuanaco, en Bolivia; relaciones entre el dios etrusco Charu y algunos dioses de Chavin, en Perú; análogas entre las gorgonas etruscas y algunas representaciones mayas; el mismo significado simbólico del gallo en México y entre los etruscos en Etruria y en Perú; parecida utilización de la falsa bóveda en ciertas construcciones de Italia y América, etc.

Pero la falsa bóveda se encuentra en muchos lugares, y corresponde, simplemente, a determinado estadio de desarrollo de la civilización, lo cual puede decirse también de la mayor parte de estas pretendidas semejanzas. Sin embargo, es cierto que se puede comparar —como hiciera Frobenius— la técnica del trabajo de los metales entre ciertas tribus amerindias y los etruscos, o el método de fabricación de la cerámica. La última comparación llevaba a la factura no amerindia de los productos de alfarería encontrados en las más extrañas ruinas de la isla de Marañón. Por desgracia, en realidad son fenicias,

1. R. Berthelot: *La Pensée de l'Asie et l'astrobiologie*, Paris, 1938.

lo cual no excluye, en modo alguno, cierto «aire» etrusco.

Lo que hubo en realidad de común entre los etruscos y los indios fue, en realidad, algo bien distinto, que tiene su explicación. Se trata de correspondencias lingüísticas, bastante sorprendentes, entre el etrusco y los distintos idiomas del México y del Perú precolumbinos. Debemos este descubrimiento al profesor Licinio Glori, de Milán, quien lo llevó a cabo al descifrar las ciento treinta palabras de una inscripción etrusca encontrada en Perugia, Italia. Prosiguiendo sus investigaciones, Glori llega a formular una audaz teoría. Afirma tener la prueba *del origen común de toda una parte de las poblaciones de América y de Europa*. Para él, los iberos y los etruscos, los aztecas y los antiguos peruanos tienen (íntegramente o en parte) *un mismo lugar de nacimiento*. Sin embargo, en ningún momento nos da el nombre del antepasado de estos pueblos.

Ahora bien, cuando se comprueba que todas las palabras y expresiones que muestran este inexplicable parentesco son de orden cultural o iniciático, las cosas adquieren en seguida un aspecto distinto. En tales circunstancias no hay necesidad alguna de transportar artificialmente los etruscos a América, tal como hacía Roderico de Castro o, a la inversa, como intentaron hacerlo Lewis Spencer y Thajer Ojeda.¹ Basta recordar a los hombres que partieron de la plataforma de las Bahamas, en curso de hundimiento y que, sin duda, transmitieron algunos de sus términos religiosos o conceptuales a las poblaciones con las que se encontraron.

1. Para Lewis Spencer, los etruscos serían americanos emigrados a Europa. En su libro *Problem of Atlantis* (Londres, 1924), Spencer concede una importancia realmente excesiva a lo que decía un personaje mítico (Sileno), a Midas, otro personaje legendario. En efecto, Sileno explica que en otro tiempo, en una época que había terminado hacía mucho tiempo, unos pueblos habían atravesado el océano para establecerse en Europa. Y... ¡he aquí a nuestros etruscos! En *La Geografía premediterránea* (Valparaíso, 1927), el arqueólogo chileno Thajer Ojeda se esfuerza por demostrar la existencia de migraciones de pueblos prehistóricos de América hacia Europa. Tenemos aquí un eco de la teoría monogenista lanzada por Amenghino y, según la cual, la Humanidad habría tenido un solo origen. El hombre procedería de las pampas de Argentina. Desde aquí se extendería por todo el mundo. Por lo demás, nunca han logrado imponerse estas teorías.

EL SECRETO DE LA FLOTA PERDIDA

Se dice que también los griegos habían intentado la aventura americana. Hemos de confesar que para convencernos de ello se necesitan unos argumentos bien distintos de los avanzados por Roderico de Castro. Es cierto que la leyenda de Xolotl —el dios, de cabeza de perro, de los aztecas, que transportaba a los muertos y a quien se le introducía en la boca una hoja de oro o de cobre, en las regiones inferiores del mundo— recuerda a Caronte, el barquero de los muertos; a Cerbero, *el Tártaro* y la Estigia. Pero, ¿qué más podemos decir?

La presencia de los prefijos *theo-*, *thia-* y *tia-* en nombres como Tiahuanaco o Teotihuacán no es mucho más elocuente,¹ ni ciertas semejanzas toponímicas referidas a los ríos, en las cuales figura el prefijo *poti-* (Poti, Potijuaró, Potiguera), que, entre los prehelenos de Grecia, significaba «arroyo». Finalmente, las habituales citas de Claude Ellien referidas a las máximas explicadas por Sileno a Midas, no nos hacen salir del terreno de la anécdota. Plutarco habla mucho de una tierra gobernada por Mérope, pero sin precisar cuál. Podemos ver en la misma aquella en que Hércules había encontrado el uso del griego, pero cuyos habitantes no conocían el fuego. Y las eventuales alusiones a América hechas por autores griegos son demasiado oscuras para que valga la pena detenerse en ellas, y tanto más cuanto que se trata, verosímelmente, de informaciones llegadas a Grecia por medio de los cartagineses.

No obstante, en la época de la 113.^a Olimpiada ocurrió algo que llamaría poderosamente la atención con el tiempo. Sabemos que Alejandro Magno, hacia el año —323, concentró una nutrida flota en la región del golfo Pérsico. Algunos autores hablan incluso de 800 navíos y de una dotación de 5.000 hombres. Pero también sabemos que dicha flota desapareció inmediatamente después de morir el gran rey. La víspera de la muerte de Alejandro, los navíos habían sido prepa-

1. También encontramos *teotl* en México; *theos* en el Orinoco; *thios* entre los tarascos; *theot* en Nicaragua; *tiosí* en Perú, etc. Nótese que se ha pensado también en el griego *theos*, en el sánscrito *daván* y en el chino *tien*. Finalmente, *teocalli* significa «templo sobre la pirámide» en México, y *teocalia*, «casa del dios», en griego, casa cuyo mítico constructor es Deucalión.

rados para zarpar hacia un destino desconocido. Sea como fuere, es poco probable que los pilotos hubiesen puesto marcha hacia el Sudoeste para contornear la península Arábica. En efecto, encontrarían en el litoral árabe algún puerto, al que se acercarían para reponer sus provisiones de agua. Por tanto, es mucho más verosímil que la Flota partiera en dirección a Oriente, para llegar a los ricos puertos de las Indias, o bien a Indonesia y, desde aquí... «¿No habría que ver aquí el origen de las velas latinas triangulares, específicas del Mediterráneo, y que el capitán Cook descubrió entre los indígenas de las islas del océano Pacífico y del oeste del océano Índico?», pregunta el historiador ruso A. Garbovski.¹ Pero el área de difusión de este tipo de vela se extiende mucho más allá de Indonesia, hasta las Américas, siguiendo una línea que pasa por las islas de la Sonda y por la Columbia británica, antes de llegar a Perú.

En su libro *As Duas Américas*,² Cândido Costa nos dice que, en 1893, un granjero encontró en Doris, cerca de Montevideo, una tumba muy antigua cubierta con una losa de piedra sobre la cual entreveíase aún los trazos, casi borrados, de una inscripción. Bajo la losa se abría una sepultura subterránea, y, en ésta, una jarra contenía cenizas. Cerca de la jarra, armas y un casco metálicos completaban el conjunto. El sabio uruguayo R. P. Martins estableció que la inscripción había sido escrita en griego y descifró un comienzo de frase: «Alejandro, hijo de Filipo, era rey de Macedonia durante la 113.^a Olimpiada. Así, Ptolemaios...»

Al publicar la descripción de estos objetos encontrados en la tumba, Martins precisa que una de las espadas estaba adornada con una efigie de cabeza humana, y que el casco llevaba representada una escena de combate. En esta escena vio Martins el episodio de la guerra de Troya durante el cual Aquiles arrastra el cuerpo de Héctor alrededor de los muros de la ciudad. Luego los objetos tomaron el camino de una colección privada, antes de someterlos a un verdadero estudio científico.

A continuación, el profesor Schwenhagen concedió demasiada importancia a este descubrimiento, del que, a fin de cuentas, se sospechaba aún mucho en cuanto a autenticidad. Desde luego, si existió dicha tumba, debió de estar relacionada con la aventura de la Flota perdida. Pero ello significaría que este

1. Nótese que, gracias a estas velas, los indígenas navegaron contra el viento a una velocidad superior a la de las pequeñas chalupas del explorador inglés.

2. Cândido Costa: *As Duas Américas*: Río de Janeiro, 1925, pág. 46.



Ptolemaios estuvo a punto de realizar el viaje de Magallanes a la inversa. Esto apenas puede sostenerse, y para establecerlo no bastarán las velas latinas del Pacífico ni esta hipotética tumba.

Seguidamente, el americano Lothrop y el ruso Guleaiev se preguntaron por qué no se había encontrado huella alguna de este viaje en las islas del Pacífico que jalonan el trayecto seguido por la Flota. Nunca escasos de argumentos, los partidarios del viaje griego hacia América han provisto de un elemento de respuesta. Se trata de la presencia del casco griego entre los guerreros del Pacífico, principalmente de Hawai, y en la alfarería peruana mochica.

El argumento es pobre y no tiene en cuenta la más elemental cronología, que basta para arrojar luz sobre este punto. En efecto, los mochicas utilizaron este motivo de ilustración en el momento de la mayor expansión de su cultura, en los siglos IV-VIII de nuestra Era. Lo recibieron de insulares del Pacífico que habían navegado realmente hacia América. Por tanto, si habían que preguntarle sobre algo, sería sobre la presencia del casco griego en Hawai, no en Perú.



Alfarería mochica: guerreros

Pero si los griegos no navegaron jamás hacia América, queda en pie el hecho de que llenaron el mundo de mitos que —desde los trabajos de Hércules, y, especialmente del del jardín de las Hespérides, hasta las más pequeñas leyendas concernientes a los Campos Elíseos— han puesto de nuevo en marcha, mantenido y amplificado una tradición que impulsa a la cristalización de los más fantásticos sueños.

LOS CELTAS, EN EL PAIS DEL GRAN SUEÑO

Tras los cartagineses, los celtas. El problema celta, independientemente de las crisis cíclicas de «celto-manía», está planteado hace largo tiempo. Ya Milius, Charon y Postel —autores citados por Hornius en sus *Orígenes de los americanos*— se habían convertido en partidarios de los viajes de los celtas a América. En sus comentarios sobre la lengua «bélgica», Milius sostiene que toda una serie de supervivencias célticas en la toponimia americana¹ atestiguan el establecimiento precoz de los celtas al otro lado del océano donde incluso fundarían un reino. En su *Histoire universelle*, Jacques Charon afirma que los antiguos galos llegarían a América antes de nuestra Era y fundarían la ciudad de Temistitanam. Para dicho autor, el nombre de Venezuela proviene del de los antiguos vénetos, viejo pueblo galó que abordaría a dichas tierras americanas. Por desgracia no es así, ya que el nombre de Venezuela deriva de Venecia. En efecto, los indígenas del litoral vivían en casas de tipo lacustre, y Venezuela significa «pequeña Venecia». Finalmente, Guillaume Postel habla de una «colonización» celta del Nuevo Mundo.

¿Quién está en lo justo? Lo que *sabemos* es que entre los siglos III y I antes de nuestra Era, las robustas embarcaciones de los vénetos se dirigían frecuentemente hacia la costa británica de Cornualles y llegaban incluso a los puertos, más alejados, de la península Ibérica.² Por otra parte, se ha establecido, hace largo tiempo, el descubrimiento y utilización por los celtas de las rutas marítimas del Atlántico Oriental. A partir de aquí, Alexandr Gorbovski considera que los celtas fueron acercándose cada vez más a las costas norteamericanas desde el siglo III antes de nuestra Era. Así, llegarían, primero, a navegar a lo largo de estas costas, y posteriormente, a abordarlas. No conocemos con toda certeza el punto en que desembarcaron, mas, por lo menos, sabemos su nombre: *Huitramanaland*, o sea, la «tierra de los hombres blancos».

1. Algunos nombres de localidades, como Pagod, Papos, Popa, Guaira, etc.

2. G. Bailloud y P. Mieg de Boofzeim: *Les Civilisations néolithiques de la France dans leur contexte européen*, Picard, Paris, 1955.

En cuanto a los motivos de estas navegaciones, hemos de buscarlos en las tradiciones y creencias de los celtas, profundamente impregnadas del gran mito de las islas de los bienaventurados, situadas en algún punto al otro lado del océano. El paraíso, el *paraíso terrenal*, debía de ser, necesariamente, una región lejana y difícilmente accesible, fuera de un mundo conocido y separada del mismo por un formidable obstáculo natural, montes u océano. Y, ¿qué podía indicar mejor su camino que el curso de esa estrella que preside la actividad de los hombres y de la Naturaleza: el Sol? En consecuencia, todo concordaba: tradiciones y lógica. El paraíso podía encontrarse sólo en ese lugar mágico en que se pone el Sol: *el Oeste*.

Esta búsqueda de un paraíso que se aleja a medida que se esfuerza uno en alcanzarlo, explica en gran parte la larga carrera de los griegos hacia la Península Ibérica, y luego, siguiendo las huellas de los cartagineses, hacia las Islas Afortunadas. Y esto fue lo que hicieron también los celtas, quienes pasaron desde las Islas Británicas a las Hébridas, a través de las Orcadas y las Shetland, hacia Islandia, en vista de que el maravilloso lugar (denominado, más tarde, Flaith Innis en gaélico) retrocedía cada vez más en dirección al Oeste.¹

Isla sagrada al principio, Irlanda desempeñó en seguida el mismo papel de etapa que correspondería luego a Islandia, y ello tanto más cuanto que era «una tierra en la que el Sol se levanta y se pone a la misma hora».² Esto equivale a decir que los celtas habían localizado el paraíso terrenal en las islas septentrionales del oeste oceánico. De esta forma, la propia Thule fue denominada la *Ogigia del Norte*, nombre del cual Eugène Beauvois da la siguiente interpretación: *Ogh-* significa «santo», pero *og* = joven, *oige* = juventud. De otra parte, *oig* se traduce por «héroe», y *oighe*, por «helado». Esto explica que en lengua céltica una misma voz baste para designar las islas (de hielo) de los héroes que han permanecido eternamente jóvenes.³

1. Según el cronista de los godos, Jordannes, Irlanda era «una isla en la última orilla occidental». Estaba situada «al Oeste y hacia el Norte», y se consideraba como «la más lejana de las islas jamás conocidas».

2. Los bretones consideraban a los insulares como gentes inviolables y sagradas, al vivir en las proximidades de los grandes espíritus y muy cerca de una tierra que guardaba la gruta en la cual el propio Cronos había estado prisionero del gigante Briareo (Plutarco: *Scripta Moralia*). El griego Eumenos nos dice que los propios romanos consideraban a «Britania» como una isla sagrada entre todas.

3. En los poemas osiánicos, las islas de los héroes eran llamadas *Tir-Na-Ogon* o *Tir-Nahog*, lo cual significa lo mismo que *Ogigia*.



*Cabeza semítica del México precolombino (Chimaltenango, Guatemala, época preclásica). (Foto Alex. v. Wuthe-
nau.)*

Los relatos de los griegos concernientes a los celtas —tal como los encontramos, principalmente, en Euforo de Cumas— sostenían no sólo que éstos adoraban al dios Cronos, al cual le sacrificaban jóvenes precipitándolos en el mar desde lo alto de los acantilados, sino que también habían atravesado el océano y fundado establecimientos tan alejados los unos de los otros como la *Ogigia de las Islas Británicas*. Algunos autores celtizantes —entre ellos, Eugène Beauvois— han lanzado incluso la idea de que los celtas poseerían tres colonias: una, en Groenlandia; otra, en la tierra de Baffin o en Labrador y, finalmente, la tercera más al Sur, en el litoral de un golfo más grande que la *Meótida* europea y que formaba parte del continente norteamericano.

Según estos mismos autores, la tradición antigua habría dado indicaciones sobre la legendaria existencia de esta *Meótida americana céltica*, así como detalles sobre su organización. De esta forma, cada treinta años, los habitantes del país harían una peregrinación a la isla de Cronos, para consultar su oráculo. De entre ellos, algunos llegarían hasta el Mediterráneo. Se pretende incluso que uno de ellos llegó a África, cerca de Cartago, cuando Sila gobernaba en Roma, y presentó un informe al dictador, el cual no tardó en arrojarlo de su presencia, convencido de que se hallaba ante un fantaseador. Digamos, finalmente, que la descripción dada de esta *Meótida* americana concuerda bastante bien con la del Canadá actual.

Si examinamos las tradiciones de estas distintas regiones descubriremos, además, dos leyendas griegas —la de Hércules y la de las Amazonas—, verosíblemente llevadas por los celtas. En ambos casos, la tradición americana se nos muestra como un pálido eco de su modelo mediterráneo. Existía incluso al norte de los Estados Unidos, en la región de los *mounds* (el país de los oteros) —donde se encontrarán más tarde los *tuatha dé dannan*, originarios de Irlanda—, una secta de fieles de Hércules. La existencia de estas tradiciones basta para establecer la presencia de los celtas en América, lo cual abrió el camino de su implantación, a partir del siglo VII de nuestra Era, de sus descendientes irlandeses en los mismos establecimientos. De la misma forma, las influencias griegas sobre la cultura céltica permitieron que numerosas leyendas mediterráneas atravesaran el océano.

Por otra parte, es posible que los celtas siguieran una sola ruta en sus viajes hacia la tierra de los bienaventurados. Se trataría entonces del gran itinerario nórdico que, pasando por las islas atlánticas, bordea Escocia, las Orcadas, las Hébridas, las Shetland, Islandia, la costa de Groenlandia, el litoral oriental del La-

brador, Terranova y, para terminar, el país de los Oteros, la gran *Celtia* de allende los mares. Esta corriente de circulación quedó interrumpida por la conquista romana de las Galiás. Desde entonces, los «colonos» perdieron todo contacto con su país de origen y se fundieron con las poblaciones indígenas.

Sin embargo, nos quedan numerosas huellas de su presencia. Entre ellas tenemos, especialmente, las construcciones de tipo megalítico cuyos vestigios se encuentran en Estados Unidos (en New Hampshire y Massachusetts) y que son comparables a las de Cuenca, en Perú. De la misma manera, ciertas construcciones primitivas situadas en la proximidad de North Salem recuerdan las habitaciones rupestres de la Irlanda Occidental. Algunos autores han creído incluso encontrar huellas parecidas entre los mayas de Yucatán, cuyos anales nos dicen que, «habiendo salido de su país de residencia en Nonoval, los cuatro Tutulxín [llegaron] al oeste de Zuiva, viniendo juntos de Tulaán, su patria».¹

Sea como fuere, nada nos permite aún determinar el emplazamiento de Huitramanaland, punto que, siempre por vía hipotética, iría de Virginia a Massachusetts, aun cuando a los indicios ya mencionados añadamos algunas tradiciones que comparten sólo los celtas y amerindios. Así, tanto para los algonquinos como para los celtas, la Historia se divide en cuatro grandes períodos, de los cuales, el primero y el último están representados por los mismos colores: el *blanco* y el *negro*. Claude Lévi-Strauss fue el que señaló la similitud de los mitos de los indios que viven en los bosques del centro y el este de América del Norte con *las leyendas célticas del ciclo del Grial*, y el que los explicó mediante una filiación común procedente de una antigua cultura subártica. Claude Lévi-Strauss considera que todas las poblaciones septentrionales, desde Escandinavia hasta el Labrador y desde Siberia del Norte hasta Canadá, *sostenían relaciones muy estrechas, y que los celtas comunicaron algunas de sus leyendas a esta cultura subártica, de la cual no sabemos prácticamente nada*. Las semejanzas existen entre los «documentos» arqueológicos del Asia del Sudeste y de la Escandinavia protohistórica lo llevaron incluso a escribir que las tres regiones de *Indonesia, noreste de América y Escandinavia* constituían, en cierta forma, «los puntos trigonométricos de la historia del Nuevo Mundo».²

1. Dan Brighton: *The Maya Chronicles*, Filadelfia, 1882. Compilación de leyendas mayas y toltecas, según los relatos de la época de la conquista.

2. Claude Lévi-Strauss: *Tristes Tropiques*, París, 1955, págs. 220 y ss.

En consecuencia, de uno a otro de estos puntos, los celtas habrían actuado como agentes de enlace. Los celtas, que no ahorraron sus imágenes para describir *la llanura de la alegría, el país de la juventud, la tierra de las promesas*. Los celtas, que alcanzaran un día su Huitramanaland de un solo golpe de remo —si hemos de creer la leyenda—, aunque en verdad llegaron a ella tras largas etapas y siguiendo la ruta del Norte, después de pasar por Thule la Última.

DE ROMA A MÉXICO

En persecución de los cartagineses, y dejando en tierra a los navegantes celtas, los romanos, a su vez, habían de poner fatalmente el pie en el suelo del Nuevo Mundo.

No obstante, cuando, en los siglos XVI y XVII, autores como Hornius, Torrielli, Acosta, Goropius y otros avanzaron la idea de una antigua presencia romana en América, chocaron contra el escepticismo general. Se fundaban, en primer lugar, en la naturaleza y calidad de la red de comunicaciones inca, que no contaba menos de 6.600 kilómetros de carretera bien conservadas y que, a veces, cubrían largas distancias, así como en numerosos trabajos de arte, túneles, rampas de acceso, escaleras de gradas, etc. Por su parte, Cieza de León no quedó menos sorprendido al encontrar la balanza «romana» entre los Incas.¹ En nuestros días, especialistas como Maudsley Osborne y J. A. Joyce han insistido acerca del extraño aspecto del personaje representado en la estela de Quiriguá, que tiene una faz rubicunda y lleva indumentaria en forma de toga romana. También se ha tenido cuidado de subrayar la existencia, en el México antiguo, de una «casa de las vírgenes», la cual habría desempeñado el mismo papel que la institución romana de las vestales.

Conviene dejar bien sentado que, desde un punto de vista científico, todo esto no significa, estrictamente, nada. Y ello aunque incorporemos la información de Statius Sebosus, reproducida por Plinio, sobre el número de días de navegación que separan las Gorgonas (islas de Cabo Verde) de las Hespérides (Antillas); aunque se recuerde que Cicerón afirmaba que el Imperio romano era sólo una islita comparado con el *continente occidental*. De la misma forma, a partir

1. E. Nordenskjöld: *Emploi de la balance romaine en Amérique du Sud avant la conquête*, Paris, 1921.

del siglo XVIII se rechazó la hipótesis de un viaje romano a América.

Parece de todo punto necesario reconsiderarla de nuevo en nuestros días. Ya en el siglo XIX descubrióse una moneda romana en una de las Antillas. A comienzos de nuestro siglo se encontró en el istmo de Darién, en Panamá, *un vaso de terracota lleno de monedas romanas* procedentes de los siglos III y IV de nuestra Era. La situación del vaso en el estrato arqueológico al que pertenecía, así como el hecho de que se trate de piezas de emisión ordinaria, en bronce, excluye la posibilidad de un transporte poscolombino. Huelga decir que estas piezas son totalmente auténticas.¹

Siguieron otros descubrimientos. El número de estas monedas, su emplazamiento, así como su procedencia de estratos arqueológicos vírgenes, imponen que se les preste la mayor atención, lo cual se halla bien lejos de haber hecho siempre los arqueólogos oficiales. En 1918 se encontró en Tennessee, a dos metros de profundidad, otra moneda romana que, esta vez, databa del siglo II de nuestra Era. Al año siguiente aparecieron otras en Venezuela. Habían sido depositadas entre los siglos I y IV de nuestra Era. Finalmente, en 1943, James V. Howe descubrió un viejo horno a orillas del río Roanake, cerca de Jeffries (Virginia). Las escorias esparcidas por los alrededores revelarían *el trabajo del mineral de hierro*. Tras largas discusiones se quedó de acuerdo en que tales vestigios se remontaban a catorce o quince siglos antes de la llegada de Colón.

Prosiguen las investigaciones, aunque de una manera dispersa. En la misma región se han encontrado unos 300 kilos de material ferroso con huellas de siderurgia y dieciséis emplazamientos de hornos para la fundición de hierro, entre ellos, un horno metalúrgico rudimentario construido en tierra arcillosa. El profesor R. W. Brekenridge, tras su análisis, llegó a la conclusión de que dicho metal tenía la misma microestructura que el hierro trabajado en la Antigüedad por los herreros griegos. E. P. Best ha determinado la estructura química del metal, tras haberlo microfotografiado. Se ha puesto de relieve que el hierro encontrado es un metal de tipo antiguo obtenido mediante el procedimiento directo, en el cual no hay separación entre la primera reducción del mineral en el horno, y la formación y el trabajo del metal mediante el martilleo; el mineral y el combustible se introducirían en el horno y se someterían a una agitación e insuflado de aire continuos. La masa esponjosa que quedaba en el fondo del horno se recogía enton-

1. A. Braghine: *L'Enigme de l'Atlantide*, pág. 50.

ces, para ser trabajada inmediatamente y forjada a mano. Las excavaciones en el río Roanake sacaron también a la luz del día trozos de bronce y una copa metálica perfectamente conservada, que se mostró idéntica a otras seis copas encontradas en... Pompeya, las cuales se pueden ver en el Museo de la Antigüedad, en Nápoles.¹ Entre los objetos procedentes de estas excavaciones figura también un fragmento de huso antiguo, de tipo romano. El análisis químico del bronce revela una estructura no americana y muy afín al bronce mediterráneo de los últimos años antes de nuestra Era.

A este conjunto conviene añadir las inscripciones rupestres encontradas en Dolphin (Virginia) sobre dos grandes rocas separadas entre sí 1,6 kilómetros. Estos signos guardan un sensible parecido con los monogramas de Cristo² que datan de los comienzos de la difusión del cristianismo en el Imperio romano y que han sido estudiados por el sabio alemán Rudolf Koch en su *Libro de los Signos*. De ellos, cinco son particularmente notables: un octograma, muy utilizado, pero de origen precristiano (a); una doble cruz encerrada en un rectángulo, en el que vemos el antiguo simbolismo del número 4 (b); un monograma cuyos compartimientos encerraban, en el Viejo Mundo, las iniciales de la voz *Ichtys*, santo y seña de los antiguos cristianos (c), y otros dos signos, uno de los cuales es de origen típicamente griego.³

Los profesores G. C. Cameron, Nelson Glueck y Michael Rostovtzeff han estudiado estos anagramas de Cristo. Sus conclusiones difieren sensiblemente. Para Cameron se trataría de incisiones burdas e indecifrables; para Glueck es imposible compararlos con ninguna escritura semítica, y, en fin, para Rostovtzeff carecerían de todo significado. Sin embargo, se hallan de acuerdo en afirmar que no pueden tener un origen indio. Aunque, hablando con toda propiedad, estos americanos anagramas de Cristo no bastan para probar una presencia romana en América del Norte, existen otros indicios mucho más significativos y reveladores.

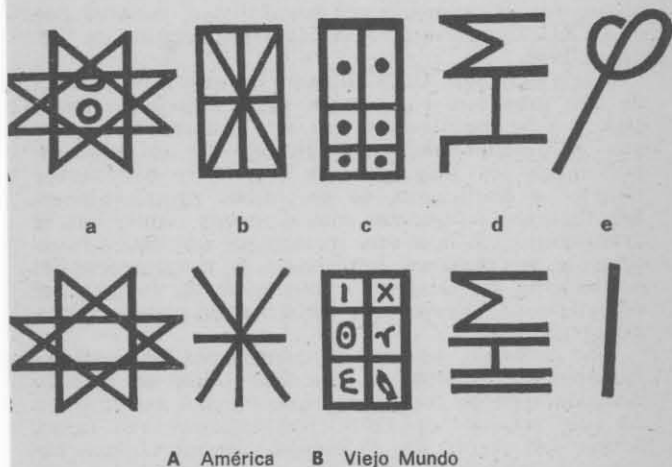
El más elocuente es, sin duda, el descubrimiento

1. C. M. Boland: *They all discovered America*, Nueva York, 1961, págs. 57-58.

2. Monogramas simbólicos cristianos que servían como signos de reconocimiento.

3. Este último signo está presente, por lo menos, en cinco alfabetos griegos. Utilizado como equivalente de la letra Q en las inscripciones de Thera (siglo IX a. de J. C.), evolucionó hasta que la línea vertical, primero en el centro, se volvió parecida a la cola de la q moderna, para desaparecer, posteriormente, del griego actual. En el siglo V a. de J. C., el signo correspondía a la letra H.

de Clarksville, en el río Roanake. En 1951, con motivo de la construcción de un dique, encontré, a algunos kilómetros de la ciudad, una necrópolis que contenía setenta y ocho esqueletos humanos. Mezclados con los huesos se encontraron diversos objetos no indios y trozos de hierro parecidos a los descubiertos por Howe al iniciar sus excavaciones. Según los es-



Monogramas de Cristo (según Ch. M. Boland)

pecialistas consultados, este hierro posee también una estructura idéntica a la del hierro utilizado por los griegos. Por desgracia, la explotación arqueológica del lugar sufrió impedimentos, y cuando se dispuso de los medios y de las autorizaciones necesarias, era demasiado tarde. La necrópolis había quedado cubierta por las aguas del nuevo curso del río.

El inventario está lejos de haber terminado, y aún hemos de mencionar los clavos y fragmentos de herramientas de hierro fabricados de acuerdo con el mismo método que los utensilios europeos correspondientes al siglo I a. de J. C.-IV de nuestra Era. En el distrito de York, en Pensilvania, se ha encontrado un amuleto, de origen indeterminado, pero que revela una indiscutible influencia romana.¹ Citemos también los

1. C. M. Boland: *They all discovered America*, Nueva York, 1961, pág. 357.

tres silbatos —idénticos a los silbatos romanos— procedentes de Missouri, de Virginia y de Carolina del Norte. Los tres llevan grabadas representaciones de insectos.

Tenemos, finalmente, el «arma» de tipo romano encontrada en Perce y citada por Homet y, sobre todo, la estatuilla, en terracota, de Calixthuaca, en México, que data asimismo de un período comprendido entre los siglos IV a. de J. C. y el I de nuestra Era. Este objeto fue oficialmente reconocido como romano por el XXXIV Congreso de Americanistas, reunido en Viena en 1960.

Recientemente, C. M. Boland ha avanzado la idea de una presencia romana en suelo americano en el siglo I, y ha manifestado que está convencido de ello por los descubrimientos de Howe —de un modo especial, por los anagramas de Cristo— y por ciertos rituales y tradiciones de los indios precolombinos, que incluyen referencias más o menos numerosas al cristianismo.¹ Boland cree incluso que un pequeño contingente de cristianos, informados de la existencia del «continente del Oeste» por medio de los fenicios, se refugiaría en América tras embarcar en navíos comerciales romanos.

Sin embargo, téngase en cuenta que los vestigios romanos en América se extienden sobre un período demasiado largo como para que puedan atribuirse a un solo viaje de un grupo restringido y, por tanto, a una sola fecha. Por lo demás, algunos objetos encontrados son dos o tres siglos más viejos que el cristianismo. De otra parte, la «huellas» de cristianismo que cree descubrir Boland entre los precolombinos existen en realidad, pero son debidas a una causa bien distinta, de la que nos ocuparemos más adelante.

Digamos aún, antes de terminar, que, en los frescos de Pompeya pintados el siglo I a. de J. C., están representados el *ananás* y frutos de *Ananas squamosa*, exclusivamente originarios de América. En consecuencia, podemos afirmar, con toda tranquilidad, que si los romanos fueron a América, sus viajes no tuvieron relación alguna con el cristianismo ni con su propagación.

Sin saberlo, los escasos marinos y soldados que desembarcaron en el Nuevo Mundo desempeñarían, respecto a los cartagineses fugitivos, el mismo papel que los vikingos respecto a los irlandeses diez o doce

1. Algunos amantes del sensacionalismo, como L. Taylor Hansen (*He Walked the Americas*, Londres, 1961) han firmado incluso, sin contar con la más mínima prueba, que hubo misiones de evangelización en América en tiempo de los Apóstoles.

siglos más tarde: el de perseguidores. Pero incluso en estas condiciones, una navegación tan sólo podía fortalecer las leyendas que corrían sobre las maravillosas tierras del Oeste.

BRANDÁN, EL SANTO DE LOS HORIZONTES PERDIDOS

Si queremos saber lo que se ha de pensar de este libro, informémonos de la opinión de los sabios.

SIGISBERTO DE GEMBLoux, *el Lotaringio*
(sobre el manuscrito de las *Peregrinaciones de san Brandán*)

De entre todos los buscadores del paraíso, Brandán es, sin duda, uno de los que inspiran la más vivaz leyenda, extendida durante siglos por varios países occidentales y que ha alimentado incansablemente cuentos, relatos, poemas y canciones populares. Cier to que el paraíso de que se trata es muchísimo más terrenal. Pertenece a esa vieja «tierra de los antepasados» que, tras haberlos inspirado y estimulado, arrancó generosos esfuerzos a aquellos que tanto lo habían buscado. Pero sigue siendo *el Eliseo transatlántico, el Edén Occidental*. Soñada desde siempre, esta tierra debía de situarse allende el Atlántico, llamado a la sazón el «mar Croniano», y hallarse en ella, si no los dioses, por lo menos los héroes, cuyas felicidad e inmortalidad preservaría.

Para Demetrio de Tarso —gran viajero, del que nos habla Plutarco—, los celtas de la Bretaña insular serían los primeros en localizar la «tierra de los bienaventurados» en la isla de Saturno, situada en alguna parte del mar Croniano. En esta isla, el dios Tiempo, Cronos, rodeado por sus genios y servidores, era retenido prisionero por Briareo, el gigante de los cien brazos. Por tanto, aquí es donde hemos de situar, para la tradición céltica, el *origen geográfico* de la más fértil de sus leyendas.

LA HUIDA DEL EDÉN

A decir verdad, al principio de este origen milenario el paraíso estaba situado *al Norte*. Píndaro —poeta del siglo v a. de J. C.— lo veía en las tierras de los «hiperbóreos». De aquí que su compatriota Teopompo considerase a estos hombres como los más felices mortales. Y aun cuando, más tarde, celtizantes como Eugène Beauvois vieran en ello una influencia demasiado precoz de los celtas sobre los antiguos griegos,¹ es forzoso comprobar que el paraíso no permanece mucho tiempo «anclado» en el noroeste de Europa.

Cierto número de autores romanos clásicos convirtieron en los cronistas del perpetuo cambio que seguiría a continuación. Si Tácito y Claudio sitúan aún este paraíso a orillas del Rin, Solin lo emplaza ya en los alrededores de Caledonia, y Estrabón —exegeta en materia homérica—, en alguna parte del océano Atlántico. En consecuencia, he aquí el paraíso instalado en la más lejana de las islas que visitara Ulises, isla que abordó veinte días después de su partida del litoral de los feacios.

Menos observadores que los antiguos y dotados de una imaginación más viva, los gaeles, cuyas creencias muestran a la vez la herencia céltica y la tradición medieval oriental, mezclada con vagas reminiscencias de fuente judeocristiana, conocieron, a su vez, el Paraíso terrenal. Lo situaron en varios lugares distintos y le dieron diversos nombres. Fue, sucesivamente, la Tierra de la Juventud de los poemas de Ossian titulado *Tir nan-Og* o *Tir nag-Oge*; la Tierra de las Promesas (*Tir Taingire*); la Isla de los Héroes (*Flatihon Flaith Innis*); el Llano de las Delicias (*Mag Mell*); la Tierra de los Vivos (*Tir na-m Beo*) y la Gran Playa (*Traig mar*). También se identifica a veces con la Tierra Elevada, en la que reinaba el mejor rey del mundo y hacia la cual, según algunas leyendas irlandesas del siglo ix, navegaron Snegdus y Macriagla.

Quizá nada sea tan apasionante como seguir, a través de los viejos manuscritos, estos viajes hacia un paraíso que siempre se aleja. Uno de estos manuscritos

1. Eugène Beauvois: «L'Élysée transatlantique», en *Revue des Religions*, vol. VII, núm. 3, mayo-junio de 1883, págs. 273-318, y vol. VIII, núm. 5, noviembre-diciembre de 1883, págs. 672-727, Leroux Ed., París.

tos es el famoso *Leabharna h-Uidtri*, transcrito, en el 1100, por Maelmuir, hijo de Ceile Achairmacc Conn, según los relatos de los bardos galos. Por lo menos una de las leyendas de esta compilación merece ser contada. Es la que nos habla de las hazañas de Condla *el Hermoso*, rey de Irlanda —se dice— entre el 123 y el 157 de nuestra Era, época en la cual los insulares se hallaban tan alejados del cristianismo como de América.

Y un buen día, cuando el joven Condla Ruad Cain —Condla *el Rojo y el Hermoso*— se encontraba, en compañía de su padre, en las vertientes del monte Usnech, fue abordado por un hada, que se dirigió a él en estos términos: «Vengo del país de los vivos, en el que no hay ni muerte, ni vejez, ni falta contra la ley; donde todo el mundo es virtuoso sin esfuerzo,¹ donde la fiesta es perpetua. Allí vivimos nosotros, los hombres y las mujeres del pueblo de los Oteros... Ven, Condla, mi bravo pelirrojo de cuello jaspeado, de hermosa figura y encarnadas mejillas, pues si me acompañas, conservarás la juventud y la belleza hasta el juicio final...» Pese a los consejos de su padre y los intentos de «embrujo desembrujador» por parte de los bardos, el hada acabó por llevárselo. El héroe decidió seguirla y partió en su *curagh* —frágil esquife de cristal— *para la tierra de Bradagh, situada en el extremo oeste al otro lado del océano*. Condla no regresaría jamás.

Si, en el manuscrito, el paraíso es, en ocasiones, el *Dintsid*, florida sede de las hadas, o bien se encuentra, simplemente, en la hermosa llanura de Trogaigi, cuando es necesario cantar la paradisíaca naturaleza del Mag Mell —el Llano de las Delicias—, el bardo dice que cada uno de los árboles que se encuentran allí puede alimentar con sus frutos a trescientos hombres hambrientos, y la vegetación se halla eternamente en flor. Además, tras haber colocado al Sol en la copa del árbol de plata, describe con amplitud *la fuente de la abundancia, inagotable cuba llena de hidromiel, el néctar de los dioses, su agua de la Juventud*. Alternativamente van apareciendo muchachas de encantadora belleza, entre las cuales se encuentra la mujer de Labraid, el gobernador de la isla. Por cierto que este nombre, *Labraid*, ha sido asimilado al del futuro *Labrador*.

Protegido por el océano, el Edén se ocultaba siempre a sus más cercanos vecinos europeos, y ello, para mejor tentarlos. Y las tentaciones adquirirían casi siem-

1. Tal vez haya que ver aquí, en la época en que fue redactado el manuscrito, una maligna alusión al futuro cristianismo de los irlandeses.

pre el aspecto de un eterno *cherchez la femme*. En efecto, abandonada por Man Annan Mac Lir, el dios de la Navegación (alusión tardía al Neptuno de los antiguos), la bella Fand decide tomar un consorte más fiel en la persona de Cuchulainn, príncipe de Cualilgua, en el actual Ulster. Para conseguirlo, la bella trama todo un complot, poniendo en juego aves maravillosas, signos mágicos y astucias amorosas. Cuchulainn sabe que es esperado *al otro lado del océano, en Innis Labrada*, para la que se embarca y de la que regresa. Fand lo sigue. Cuando llega a su casa con su nueva esposa, las cosas se complican para Cuchulainn, quien había dejado en su tierra a otra esposa. Inmediatamente se enfrentan ambas mujeres. Sus armas son la astucia y la inteligencia, y el combate se desarrolla a golpes de mutua generosidad; cada una de ellas alaba a la otra y le ofrece su lugar. Al fin, la que cede es Fand —la «americana»—, y Cuchulainn, que se queda solo con su primera mujer, Emer, vuelve a encontrar la felicidad bebiendo con ella el brebaje del olvido preparado por los druidas.

El fabuloso viaje de Cuchulainn es preparación de otro: el de Loegaire. Este hijo de rey, casado con la hija del señor de los Sidhs (otros de las hadas), va a vivir a la Dun Mag Mell —el antiguo Llano de las Delicias—, rodeada de un muro de protección.¹ Lo mismo que la *Innis Labrada* de Cuchulainn, la Dun Mag Mell de Loegaire se encontraba allende el Atlántico. Viene luego ese misterioso pueblo de dioses —los tuatha dé danaan—, con quien el famoso Oisín (Osián) embarca hacia el más lejano de los países, a bordo de un barco que zarpó no lejos de Ben-Edar, antigua localidad situada en las proximidades de Dublín. A continuación siguieron otros, entre ellos, Fionn u Osk'ar, el hijo de Oisín. Más afortunado que otros, Fionn fue admitido, finalmente, a vivir en las *islas de la Juventud*, llamadas también *las islas siempre verdes*, en razón de los magníficos frutos que ornaban los árboles durante todo el año...

EL EVANGELIO DE LAS BRISAS MARINAS

Se comprende perfectamente que tales tradiciones hicieran hervir la imaginación de los jóvenes guerreros y marinos irlandeses; pero, ¿acaso no se necesitaba algo más para que también intentaran la aventura unos hombres santos dedicados a la vida monás-

1. *Dun* = lugar fortificado.

tica? En realidad, bastó para ello que el doble sello del saber y de la fe quedara grabado sobre el fondo mítico irlandés. Y esto es lo que le ocurrió a un tal Brandán.

Conocido con diversos nombres en Inglaterra, Bretaña e Irlanda, este personaje —que, sin duda, fue abad de Clonfert, en Irlanda—, nacido en el 484, navegó y evangelizó antes de morir, en mayo del 578. Venerado aún en nuestros días en las regiones que conocieron su vida y su leyenda, lleva en ellos, alternativamente, los nombres de Brennain Mac Finnloga, Brandanes, Brendan, Brandan, Brenan e incluso Brevalla, Brevara y Blevara. La capilla de Botsorhel se llama capilla de Brevaro, y en Lanvellec (Costa del Norte) existe un lugar llamado Crec'h [de] Blevara. Tanto en Ille-et-Vilaine como en Jersey, el santo es famoso con el nombre de Broladre, y en Finisterre se convierte en san Brevalare. Y ello sin olvidar apelativos tales como Brangualadre, Brevalarv, Bran-valath o Brevala. Pero de cuantos nombres recibe en tierra céltica, el de Bredanos (o Brandanos) permanece, con mucho, el más extendido.¹

Modesto y piadoso, Brandán había recibido una buena instrucción religiosa, lo cual le permitió conciliar sus aspiraciones y conocimientos celtoirlandeses, con la tradición judeocristiana de un paraíso puramente imaginario y sin embargo, situado en este mundo. Al confundir estas nociones, Brandán actuaba lo mismo que sus compatriotas, quienes, convertidos en cristianos, *adaptaban las tradiciones del país de los Sidhs*, de la tierra de la Juventud y del Avalón, confundiéndolas con el paraíso hebreo del Antiguo Testamento. Y ello les resultaba tanto más fácil cuanto que los antiguos hebreos no se hallaban muy lejos de la concepción irlandesa. Como subraya el historiador del siglo I, Flavio Josefo, la secta de los esenios fue la que más influyó sobre la concepción judía del paraíso. Ahora bien, los esenios tenían sobre esto las mismas opiniones que los antiguos griegos. Este paraíso estaba situado *allende una vasta extensión marina*, en un lugar sin lluvias, ni nieves, ni calores excesivos, y *agradablemente arrullada por una perpetua brisa marina*.

Pero los irlandeses —lo mismo que los gaeles, los bretones y los galos—, aun aceptando la celestial esencia del paraíso, rechazaron las precisiones geográficas de la Biblia, que, en el *Génesis*, sitúa el Edén en alguna parte *de Oriente*. Con la mayor seguridad, siguieron colocándolo *al oeste del Atlántico*. Por lo demás,

1. Véase «Les Saints bretons d'après la tradition populaire», en *Les Annales de Bretagne*, vol. XIII (1897), pág. 114.

en la Edad Media se hallaba tan extendida la idea de un paraíso terrenal atlántico, que san Isidoro de Sevilla viose obligado a criticar ásperamente a cuantos colocaban el Edén en las Islas Afortunadas, las actuales Canarias.

Pero no consiguió nada. Los irlandeses estaban tan convencidos de la posición «transatlántica» del paraíso, que uno de sus misioneros, Virgilio —quien predicara el cristianismo en Baviera en el siglo VIII—, no dudó en difundir una teoría relativa al origen y situación occidental del Edén, que le valió el ser «sometido a investigación», por el Papa Zacarías, en el año 748. Uno de los principales argumentos de Virgilio era precisamente «la autoridad y las proezas, los relatos y las observaciones de san Brandán.¹ Precisamente esta controversia suscitada por Virgilio —promovido a obispo de Salzburgo y canonizado en 1923— fue lo que valió a Brandán su gloria póstuma. Por lo demás, esta gloria implica cierta subestimación de los descubrimientos geográficos del santo navegante. La Iglesia dice que no ha existido nunca ningún santo llamado Brandán, con lo cual niega la realidad de los viajes, realizados en el siglo VI, por un monje irlandés llamado Brennan.² Parece que lo mejor sería buscar la verdad en alguna parte entre el altar y el mapa, la fe y la geografía. Brandán existió en realidad, y viajó hacia su paraíso y el de sus antepasados. Marino y monje, fue a reconocer las tierras cuya ruta había descifrado en el evangelio, siempre abierto, de las brisas marinas.

MONJES, PRECAUCIONES E ICEBERGS

Es posible que entre las tradiciones intuitas por Brandán en su juventud figurase la que cultivaban con fervor los monjes del monasterio de San Mateo, en la Baja Bretaña. En efecto, estos monjes situaban el paraíso terrenal al otro lado de Bretaña, en la extremidad del mundo, en la «tierra del Edén». Allí, en una isla situada al oeste del Gran Océano, vivían los profetas Enoc y Elías, rodeados por algunos ángeles fieles. Por lo demás, tales «informaciones» se hallaban

1. Digamos, de pasada —porque no deja de hacer pensar—, que el «asunto» Virgilio se pondría nuevamente sobre el tapete con motivo del proceso de Galileo...

2. René Thévenin: *Les pays légendaires*, P.U.F., París, 1961, pág. 60.

muy extendidas en Irlanda desde el siglo VI, y serían consignadas al siglo XII en un manuscrito de los Hechos de los Apóstoles, que llegaría a convertirse en el tesoro del monasterio de San Mateo, tal como nos dice Godofredo de Viterbo.

Como es natural, había poderosos motivos para que los monjes impulsaran a embarcar, a su vez.¹ Brandán —cuyos méritos «científicos» son conocidos— era el más ilustrado de los monjes de Irlanda y llegó a ser abad del monasterio Llancarvan (Vallis Carvanna), en el canal de Bristol, donde no tardó en animar una auténtica escuela literaria y religiosa. Aquí se dedicaba al estudio de la tradición y a la transcripción de las más modernas glosas.² Pese a ello, la vida del sabio Brandán era demasiado monótona. Así, grande fue su regocijo al recibir cierta visita que, despertando su vocación de marino, le abrió de par en par las puertas de la gloria. El visitante era un tal Mernoc, también monje y piadoso discípulo de su maestro no sólo en cosas religiosas, sino también en la travesía del Atlántico; san Barint, el *piloto* del rey Arturo. Bajo tal patrocinio, Mernoc no dudó en abandonar su monasterio para marchar a vivir en la *Isla de las Delicias*, seguido por un pequeño grupo de monjes y discípulos, de los cuales se separaba a menudo para estar ausente, en ocasiones, hasta tres semanas.

Y cada vez regresaba con las ropas saturadas de un perfume tal, que los suyos creían que había bajado del cielo. El propio Barint se interesó por el fenómeno. Mernoc le hizo entonces un relato tan sorprendente, que el santo lo apremió diciéndole que lo llevara consigo. El otro no se hizo rogar mucho, y ambos embarcaron en dirección *Oeste*. Una vez llegados al lugar, caminaron, al principio, a través de un paisaje *árido*, para llegar, tras quince días de marcha *al centro* de la tierra que habían abordado, cerca de un río que corría *de Oeste a Este*. Este último detalle permite imaginar que navegaron de las Antillas a México, donde debía de encontrarse el río en cuestión y donde la cresta de las dos vertientes del país se halla, en efecto, a quince días de marcha de la playa más cercana. Considerando que acababan de alcanzar el límite del paraíso terrenal, retrocedieron, y luego

1. Es probable que los monjes de San Mateo hubiesen explorado ya al océano y conocido la tierra «hasta sus extremidades», antes de relatar lo que habían visto. Por lo menos, esto es lo que da a entender Godofredo cuando escribe: *Qui marium fines scrutantur et ultima terrae Ut valeant populis post tempora longa referre.*

2. Montalembert: *Les Moines de l'Occident*, Paris, 1868, vol. III, pág. 59

Barint volvió a Irlanda. Tan pronto como llegó, buscó a Brandán para explicarle detenidamente lo que había visto y hecho.

No bien hubo escuchado el relato de su visitante, el joven monje embarcó a su vez, seguido de varios cenobitas, para la *Tierra de las promesas*. No tardó en mostrarse como un hábil navegante; él mismo dibujó el plano de un pequeño barco, llamado *curragh*. Era una embarcación cuyo casco de madera había sido recubierto con pieles de bueyes curtidas e impregnadas previamente de grasa. Se llevaron víveres *exactamente para cuarenta días*, como si Brandán hubiese leído a Plinio y supusiera que su ruta sería sensiblemente igual a la indicada por Statius Sebosus. Partieron a las diecisiete, el 22 de marzo de 551. En el mar vieron el Monte de Cristal —probablemente, un iceberg— y fabulosos monstruos marinos, que debían de ser ballenas o morsas.

LA FLORIDA ANTES DE LA FLORIDA

Sin embargo, para ser exactos conviene hablar de este viaje llamándolo el *segundo* gran viaje de Brandán. Pero ello se explica por las numerosas variantes de la historia de Brandán. Unas presentan el *curragh* del santo como una nave construida de madera de encina, cuyo empalmetado estaba hecho de planchas sujetas con ayuda de tornillos de madera y cuya vela había sido confeccionada con tiras de lana, trenzadas a la manera de las futuras velas vikingas. Otras, que dicen se trataba del *curragh* de pieles de bueyes, hablan de una tripulación de sesenta hombres... Finalmente, la propia tradición quiere que Brandán haya hecho por lo menos dos viajes, el primero de ellos, en 543. Duraría siete años y estaría lleno de las más inverosímiles aventuras. Si se analizan los distintos relatos, parece como si Brandán se hubiese propuesto en este primer viaje, alcanzar sólo las islas Shetland. El segundo viaje, emprendido con una finalidad bien distinta, tendría por objetivo llegar a las *Islas de los Bienaventurados*, que los irlandeses de la época llamaban la tierra de *O'Brasil*.

Se dice aún que, en el último momento, Brandán tendría la corazonada del itinerario seguido por un tal Fionn-Bar, que habría navegado hacia el Oeste y

encontrado a Mernoc en una isla del Océano.¹ Sea como fuere, es verosímil que Brandán, el cual partió con rumbo Oeste, llegara a la actual Terranova. Renan —que no duda del viaje del santo— subraya las informaciones reales contenidas en el relato de Brandán: «En medio de estos ensueños —escribe— aparecía, con una sorprendente verdad, el pintoresco sentimiento de los navegantes polares: la transparencia del mar; los aspectos de las banquisas y de las islas de hielo fundiéndose al sol; los fenómenos volcánicos de Islandia; los juegos de los cetáceos... el mar como la leche; las islas verdes coronadas de hierbas y azotadas por las olas... Extraña topografía, que a la vez deslumbra de ficción y habla de realidad.»²

Por su parte, René Thévenin precisa: «No cabe duda de que los detalles dados por Brandán —incluyendo la parte humorística, el encuentro con algunos gigantescos cetáceos polares— concuerdan para demostrar que el santo se adentró mucho en los mares del Norte, bastante más allá del Círculo Ártico, hasta el grado 72 ó 73, y que, casi con toda seguridad, descubrió la isla de Jan Mayen en el momento de una erupción.»

Uno de los compañeros de Brandán murió y fue enterrado en este extraño país del Oeste o del Norte. Luego los monjes tomaron el cabo hacia el Sur, navegando a lo largo del litoral, y llegaron a las proximidades de una isla cuya descripción permite sospechar que se trataba de una de las Bahamas. A continuación abordaron la costa cercana de la Florida, probablemente no lejos de la actual ciudad de San Agustín. Encontraron *una tierra magnífica y muy florida*. Téngase en cuenta que aquí se trata de identificaciones contemporáneas, sobre las cuales volveremos. Pero sigamos con la lectura de los manuscritos. Tras un periodo de vientos favorables, los monjes llegaron a una zona de calma chicha, que los dejó prácticamente inmovilizados. Cuando, al fin, pudieron reemprender la marcha, fue para abordar la *isla del Demonio*. Este último se les apareció en forma de un «etíope» —es decir, *un hombre de color*—, cuya magnífica morada visitaron los monjes. Algo más lejos encontraron la isla de las Ovejas Blancas, tan gordas como bueyes. Finalmente, después de otro contratiempo marino,

1. Héroe legendario, Fionn, que había luchado junto a los fianns (los suyos) en la sangrienta batalla de Gabhra, como recompensa por sus hazañas habría sido admitido a vivir en la isla de la Juventud (Ant-Eilean raine = las islas Verdes), famosa por su caucho. No es del todo inverosímil relacionar a Fionn con Hércules y su hazaña del jardín de las Hespérides.

2. Ernest Renan: *Essais de Morale et de critique (La poésie des races celtiques)*.

desembarcaron en una isla herbosa y arbolada, en medio de la cual brotaba una «admirable fuente», de cuya agua llenaron en seguida los odres; el líquido resultó *soporífero*. Zarparon a continuación para la isla de Albaeus y, tras muchas peripecias, llegaron, finalmente, a Irlanda.

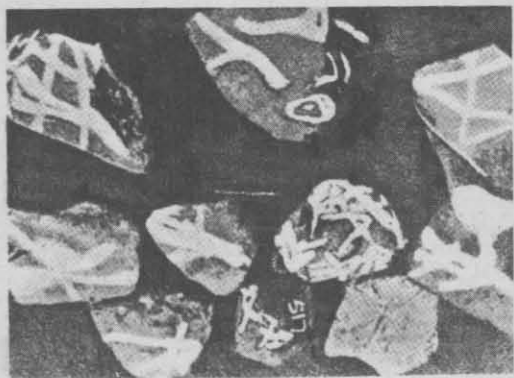
Interminablemente se discuten y analizan los detalles de este viaje, cuyo itinerario coincide, en gran parte, con el de otra celebridad de la Iglesia céltica de la Edad Media: san Malo. Algunas tradiciones irlandesas quieren incluso que el santo bretón ocupara un lugar en el barco de su homólogo irlandés, lo cual no se hizo sin desacreditar aún más a Brandán ante los ojos de los historiadores. Por lo demás, aunque el viaje de este último se hubiera llevado a cabo efectivamente, se necesitaría un profundo estudio para separar el mito de la realidad.

El primero en arriesgarse a ello fue el profesor George A. Little, de Dublín. Siguieron a continuación Charles M. Boland, W. B. Goodwin y otros autores más o menos cualificados. Little llegó a poner en claro muchas cosas en cuanto a la realidad de las peripecias de Brandán. En el centro de sus investigaciones —como las de Boland— figura, de manera necesaria, una *fuentes*, que —conviene decirlo— parece asimilarse a la *Fuente de la Juventud*, que las leyendas colocaban en Bimini, así como —por ciertos detalles— en el lago de Florida, de milagrosas aguas: el lago de Ponce de León.

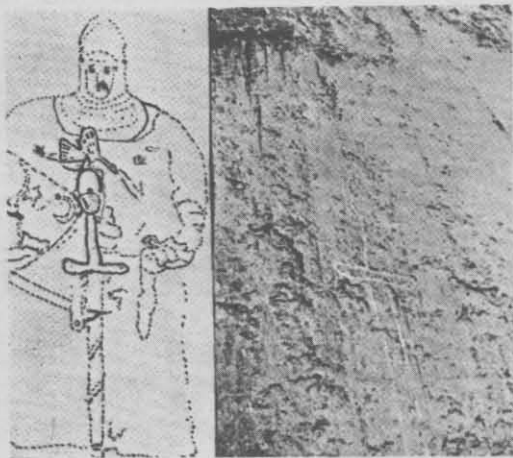
En fin, la descripción de las tierras visitadas por Brandán y los suyos hace pensar, irresistiblemente, en los paisajes y en el clima de Florida. Y así se tiene en cuenta que las viejas historias marítimas irlandesas compiladas en el *Imramas* —especies de sagas locales— tomaron forma hacia el año 700, llega uno a persuadirse de que el relato en cuestión pudo haber tenido muy bien por autor a alguien que hiciera realmente este viaje *antes del año 600*. A partir de esta comprobación, Boland —el cual admite que los monjes hicieran escala en Terranova— descarta la estancia de los mismos en las Bahamas. Para él, el texto establece con toda claridad que los navegantes pasaron desde Terranova hasta las Bermudas y, desde aquí, hasta Florida, ya que el itinerario descrito corresponde a los ocho días que los monjes dicen haber tardado en ir desde Terranova hasta San Agustín.¹

Por el contrario, según Little —y creemos que es el que tiene razón—, la fuente de la que habla estaría situada en una de las Bahamas, es decir, según noso-

1. C. M. Boland: *They all discovered America*, Nueva York, 1961, págs. 106 y ss.



Piedras señaladoras en Mechanicsburg (Estados Unidos), con signos fenicios. (Foto Ch. M. Boland.)



La pictografía de Westford, o «el indio del tomahawk», que no es sino un caballero europeo con armadura. (Foto Ch. M. Boland.)

tros, en Bimini. Es notable, a este respecto, el hecho de que la tradición de san Brandán armonice tan perfectamente con las viejas leyendas toltecas recogidas cerca de Veracruz, en México, Yucatán y Guatemala.¹

UN ULISES IRLANDES

Divulgada por su compatriota Virgilio (obispo de Salzburgo), la aventura del santo irlandés llegó hasta Cristóbal Colón, a título documental, por dos conductos distintos. Recogida y anotada por la cartografía medieval, la navegación de los monjes figura en todos los portulanos y mapas concernientes al Atlántico y levantados antes de 1500. Figura también en el globo terráqueo de Martin Behaim, que data de 1492. En efecto, junto a una isla, colocada de la manera más arbitraria, se lee: «En el año 565 después de Jesucristo, san Brandán llegó a esta isla, que exploró y en la cual vivió siete años, antes de volver a su tierra.» La segunda prueba del conocimiento que tenía Colón del viaje de Brandán es el famoso mapa trazado en 1513 por el almirante turco Piri Reis.

El almirante otomano —cuya obra cartográfica es, según sus propias palabras, «el producto de estudios deductivos y comparativos hechos sobre veinte mapas y mapamundis, entre ellos, un mapa levantado en la época de Alejandro Magno»— declara haberse inspirado también en un mapa tomado a los españoles en 1501 y levantado por Colón. Piri Reis reproduce de este último una ilustración en la cual figuran *un barco y un pez grande*. Dicha ilustración va acompañada por la anotación siguiente, escrita por el propio almirante turco: «Se dice que un sacerdote llamado *Sanvolrandan* dio en el pasado la vuelta a los siete mares. Habiendo llegado junto a un pez, el sacerdote lo tomó por tierra firme y encendió fuego. Cuando el dorso del pez empezó a arder, se hundió en el mar, y nuestros hombres, saltando a una canoa, huyeron hacia el barco. Estos hechos están probados en los viejos mapamundis...»

Esto es suficiente para establecer el conocimiento que tenían los geógrafos del siglo XVI respecto a las diversas transcripciones de las hazañas de Brandán y el crédito que se les daba.

No contento con habernos dejado una teoría cohe-

1. G. A. Little: *Brendan the Navigator*, Dublin, 1947, págs. 90 y ss.

nte del viaje de su compatriota en 551, George A. ttle reconstituyó también su itinerario. Hoy aparece n claridad que Brandán —el cual no fue ni el priero ni el último de los irlandeses que abordaron Nuevo Mundo— marcó realmente un punto esencial a la larga historia de la ola en reflujo. Ya nos había omunicado antes su secreto en forma de poemas. ueremos hablar de todos los que cantan su leyenda, saber, un poema latino en tetrámetros arcaicos; un poema francés muy tardío; un poema inglés; poemas n medio y bajoalemán; un poema holandés e innuerables relatos y canciones populares gaélicos, galos, etones...

«¡Exactamente! —se exclamará—. ¡Se trata sólo de poesía!» Pero, ¿acaso la poesía no es el último refugio e la verdad cada vez que ésta es expulsada de la istoria?

RELEVOS VIEJOS, NUEVA SERIE

Los hombres que exploran la tierra y el mar obedecen a tres imperativos:

— *en primer lugar, el ansia guerrera y de renombre;*

— *en segundo lugar, el deseo de conocer;*

— *finalmente, la codicia.*

Extracto del manuscrito

El espejo del rey

redactado en Escandinavia hacia 1250.

LOS DRAKKARS ATRAVIESAN LA BRUMA

Cazando a los cazadores de paraíso, acechando a los acechadores, los vikingos sucedieron a los irlandeses, quienes habían fundado, en América del Norte, una «Gran Irlanda». Aunque, con el tiempo y la evolución material de la sociedad europea, fue apagándose cada vez más el sentido espiritual de un paraíso sobrenatural, y aunque entre los nórdicos, las motivaciones de orden económico predominarían sobre las otras en la aventura transatlántica, subsiste, subyugante, la imagen del paraíso terrenal.

Una leyenda escandinava —narrada por el famoso cronista Saxo Grammaticus— nos dice que los irlandeses describieron un día al rey danés Gorm las fabulosas riquezas acumuladas en el palacio del rey Geruthus —en danés, Giröd o Geirröd—, cuyo luminoso reino estaba situado *allende el océano*, en una región a la que sólo se podía llegar después de *haber dejado detrás de sí todos los astros del cielo* y atravesado el «caos de las grandes tinieblas».

Gorm hizo construir en seguida tres sólidas naves que podían transportar trescientos hombres con ar-

mas y equipajes, y tomó dirección oeste. Rebasada Noruega, al término de su viaje llegaron a un país mágico, poblado por gigantes, pero que, por una inversión propia de la leyenda, no se trataba de unas tierras en las cuales florecía una eterna primavera, sino del país del frío eterno, el paraíso *polar*, que corresponde a las comarcas del extremo Norte navegable del Atlántico.

La aventura de Erik —que partió en busca de la tierra de Odín, el más grande de los dioses— tal vez sea más demostrativa aún, si bien se presente en forma de un cuento de enigmático desarrollo. Valeroso y pagano, Erik marcha a Constantinopla, donde sus empresas guerreras habían llevado a menudo, anteriormente, a los vikingos. Allí, a instancias del emperador, abraza la fe cristiana, al tiempo que él recibe el consejo de hacer una peregrinación al paraíso terrenal. Cuando se informa acerca del sitio en que se encuentra este santo lugar, se le dice que debe de estar *en alguna parte más allá de la India*. País exótico por excelencia, el paraíso únicamente podía estar «más allá» que el más exótico de los países conocidos.

En consecuencia, partió Erik, seguido de sus hombres. Atravesaron, en primer lugar, un bosque, *sobre el cual las estrellas brillan incluso de día*, y luego un río, cuyo único puente está guardado por un *dragón*. Erik y los suyos *se precipitaron entonces en la sima del monstruo* y salieron, al fin, a *la Llanura de los Bienaventurados*, por la que corren ríos de miel.¹ Aquí, el aire está perfumado, los objetos no tienen sombra, y el Sol lo domina todo *desde el centro del cielo*. Entonces se le apareció a Erik, en sueños, su ángel de la guarda y le explicó la verdad. Erik y sus compañeros no estaban en el verdadero paraíso, sino en *la tierra de los vivos*, otro nombre de *la tierra de las promesas* de sus predecesores irlandeses.

Tratemos de aclarar esto. Las estrellas que brillan en pleno día nos remiten al cielo nórdico, y el dragón es, evidentemente, el Gulf Stream. Por su parte, las tierras que se extienden cuando se ha atravesado la corriente del Golfo corresponden, a la descripción irlandocéltica de las Bahamas y de la Florida.

Pero, dejando la leyenda, volvamos a la Historia. Hacia el año 1000, habiendo seguido a los irlandeses en todas las etapas de su viaje transatlántico, los vikingos llegan a América. En lo tocante a este punto, es formal el texto de la historia de los reyes de No-

1. No olvidemos que en las leyendas vikingas relativas al océano Atlántico, el *Gran Dragón*, o *Gran Dragón de la Mar*, suele ser la Corriente del Golfo y, a veces, la corriente fría que pasa ante las costas de Groenlandia cuando se dirige al Oeste.

ruega, *Heims Kringla*: «Leif, hijo de Erik, pasó este invierno (el invierno de 999-1000, *N.D.L.A.*) en la Corte del rey Olaf, como maestro de ceremonias, y se hizo cristianizar. Pero el verano, cuando Gizur partió para Islandia, el rey Olaf envió a Leif a Groenlandia, al objeto de difundir en ella la religión. Partió inmediatamente... Durante el camino se desencadenó una tempestad... y vio en las olas hombres que nadaban sobre trozos de madera procedentes de los barcos, y les prestó ayuda. Y entonces fue cuando descubrió la rica Vinlandia...»¹

Descubierta por Leif, la América de los vikingos fue bautizada por un alemán llamado Tyrker, compañero de aventuras de Erik *el Rojo*. En efecto, declaró haber encontrado «viñas y uvas», y Erik «dio a esta tierra un nombre apropiado a las cualidades del lugar y la llamó la Tierra del Vino: *Vinlandia*». Leif regresó a Groenlandia la primavera siguiente.

Siguieron otras expediciones. En 1002, el hermano de Leif, Thorwald Eriksson, se instaló, junto con treinta hombres, en Leibudhir —el establecimiento abandonado por Leif—, al objeto de invernar allí. En la primavera de 1003 efectuó un reconocimiento hacia el Sur, y luego regresó a Leifsbudhir para pasar un nuevo invierno. Mientras efectuaba una de sus expediciones hacia el cabo Kjalarnes (nombre vikingo), Thorwald fue muerto por la flecha de un indígena. Fue enterrado en el cabo Crossanes («de la cruz»), otro ejemplo de toponimia vikinga en América del Norte. En 1880, en pleno centro de la pequeña ciudad americana de Fall River, se descubrió una tumba que contenía el esqueleto de un hombre de fuerte complexión, junto al cual había armaduras metálicas. El poeta Longfellow le dedicó un poema,² y, en 1839, el americanista Charles Rafn declaróse convencido de que se trataba del cuerpo de Thorwald.

Los vikingos regresaron a Groenlandia en 1005. Seguirían luego nuevas expediciones. Durante una de ellas, Gudrida, esposa de Thorifin Karlsefni, trajo al mundo el primer vikingo americano: Snorre. A continuación se espaciaron los viajes y, a partir de 1050, las sagas se olvidan de la fabulosa Vinlandia (o Vinland). Sólo de cuando en cuando se lanzan aún al océano algunos individuos temerarios. Pero éstos han olvidado la búsqueda del paraíso, y el océano se venga mostrándoles su rostro infernal. Esto fue lo que le ocurrió, especialmente, a Trond Halfdarsson, de Ringrike...

1. E. F. Gray: *Leif Eriksson, Discoverer of America*, Oxford, 1930.

2. Henry W. Longfellow: *The Skeleton in Armor*.

Ut ok vit ok thurba
Therrn ok ats
Vinlanti a Isa
i ubygd at komu
And ma ilt Vega
(at) dövi-ar.

A lo largo y a lo ancho
han sido arrancados
de las orillas de Vinlandia
y apresados entre los hielos.
El diablo ha conseguido
atraparlos de tal forma,
que fue él (Halfdarsson) el
que murió primero.¹

Finalmente, hacia 1121, Erik Gnuþsson fue nombrado obispo de Groenlandia y Vinlandia, *in partibus infidelium*, por el Papa Pascual II, y partió a vivir en su diócesis.

Indudablemente, fueron los vikingos los que dejaron más vestigios de su paso por América. En unas excavaciones, bastante recientes, efectuadas en la ensenada de Meadows, en Terranova, se han descubierto cimientos, una forja, un horno para mineral de hierro y un volante de huso que se remontan a más de 950 años (según el fechado con el radiocarbono), es decir, probablemente, a la presencia de Leif y de sus hombres.² Este descubrimiento completa el de las hachas de hierro encontradas en Tor Bay (Nueva Escocia) en 1886; en East Orleans (cabo Cod) en 1914; en Saundertown (Rhode-Island) en 1899 y en Republic (Michigan) en 1878. A ello hemos de añadir aún los hornos de mineral de hierro de Climax (Minnesota) y de los alrededores de Detroit; las fundaciones, de origen misterioso, de Provincetown (Chapel Hill) y los restos de embarcaciones vikingas encontradas, en 1958, en Procasset (Massachusetts).

En una conferencia de Prensa celebrada el 18 de noviembre en la Fundación América-Noruega de Nueva York, el doctor J. B. Brønstedt declaró: «El descubrimiento hecho por James E. Dodd, prospector de metales en Port-Arthur, de los restos de un sable de tipo nórdico cerca del lago de Nipigon, así como de otros objetos, se refiere, evidentemente, a vestigios dejados por los vikingos de objetos de metal confeccionados hace poco más de 950 años.» A continuación no ha dejado de incrementarse la lista de estos descubrimientos.

A partir de 1921 entra en el silencio la historia sobre Vinlandia y sobre la suerte de los hombres que

1. Epitafio (descubierto, en 1823, en Ringerike) del único vikingo cuyo cuerpo fue trasladado para enterrarlo en el lugar en que había vivido. Citado en Hjalmar Holand: *Exploration in America before Columbus*, Nueva York, 1962, pág. 81.

2. Marianne Mahn-Lot: *La Découverte de l'Amérique*, París, 1970, pág. 14.

se establecieron en ella. Sin embargo, un mapa vikingo de América atestigua formalmente dicho establecimiento. En efecto, en octubre de 1965, los investigadores de la biblioteca de la Universidad de Yale dieron con una mapa, 40 × 27 cm, procedente de un manuscrito del *Speculum Historiale*, de Vincent de Beauvais. Este mapa representa las costas de Groenlandia y de Vinlandia —en las cuales se reconocen fácilmente los contornos del golfo de Hudson y el estuario del San Lorenzo— y precisa que Vinlandia es una isla «descubierta por Bjarni y por Leif». Confeccionado entre 1431 y 1439 según informaciones más antiguas, suscitó la cólera de los sabios italianos, guardianes de la gloria de Colón. Como es natural, fue tachado de falso. Ello suponía olvidar que había sido objeto —antes de su publicación— de un profundo estudio científico, y que lo que se da por falso sin haberlo examinado suficientemente, acaba casi siempre por revelarse como auténtico.

LA TRAVESÍA DE «LA CHIRRIANTE»

Inaugurada con el viaje de Leif en el año 1000, la historia de la América vikinga acabó con la travesía de *La Chirriante*, realizada en los años 1354-1362. Ya no se trata de ir en busca de un paraíso cualquiera, sino de llevar a la Iglesia las ovejas descarriadas.

»Deseamos daros a conocer que el caballero Paul Knutsson escogerá los hombres que embarquen en *La Chirriante*, nuestro barco mercante.

»Tiene derecho a reclutar hombres de nuestra guardia personal y entre las demás gentes libres que desee llevar consigo en su viaje más allá del océano, teniendo pleno derecho a enrolosarlos como hombres de a bordo, servidores u oficiales.

»Os pedimos que accedáis a nuestro buen deseo con toda la complacencia necesaria, en consideración a la mejor de las causas posibles, ya que nos movemos en aras de la gracia de Dios, en el alto recuerdo de nuestros predecesores, que han llevado la palabra de la religión a Groenlandia, la han mantenido hasta nuestros días y no la abandonaremos jamás.

»Tomad conocimiento de todo ello con la fe en la verdad de las cosas, y todo aquel que se atreva a desobedecernos, caerá en desgracia y será objeto de castigo.

»Escrito en nuestra ciudad de Bergen el día de hoy, lunes siguiente al Día de los Santos Simón y

Judas, en el XXXVI año de nuestro reinado, 1354, por Omar Oestersson, nuestro regente.»¹

Tal es la carta dirigida por el rey de Noruega, Erik Magnusson, a sus notables, para anunciarles esta expedición, que se proponía llamar «a la razón» a los súbditos de los «establecimientos del Oeste», primer nombre de Groenlandia. La causa primera de ello fue el naufragio de una nave que pasaba, en 1347, entre el Markland (Labrador) y Groenlandia, y que un cargamento demasiado pesado, de madera de construcción, había hecho encallar en las costas de Islandia. Citado en la monografía de Thorfaeus sobre Vinlandia,² el acontecimiento demuestra que existían aún contactos entre Islandia y Groenlandia por aquella época.

Al regresar de su aventura, los marinos noruegos informan al regente de Islandia, Jan Guthorsson, que los «hombres» han desertado de los «establecimientos del Oeste». El regente avisa en seguida al rey Magnus, el cual encarga a Knutsson que vaya a comprobarlo *in situ*. Administrador de los dominios de la Corona noruega y de los bienes de la reina Dowagen, de Suecia, miembro del Consejo Real y gran juez de Gulathing —uno de los distritos más importantes del país—, Knutsson era el hombre de confianza del rey. Siguiendo sus órdenes, se reclutó rápidamente una tripulación entre los jóvenes soldados de la Guardia Real, originarios de Gothland. Algunos adoptan aún cierto aire dubitativo ante esta expedición, pero nosotros mostraremos rápidamente que, en realidad, se llevó a cabo y que incluso se transformó en la *primera exploración seria y geográficamente extensa de la América del Norte*.

En 1363, los anales noruegos registran la muerte de un tal Arni, obispo de Groenlandia Oriental. Como quiera que la única navegación *fecha* —según veremos más adelante— es la efectuada en este mismo año de 1363 por Knutsson, forzoso es concluir que fue éste quien dio la información. Por lo demás, no conocemos ninguna otra navegación, y ni siquiera proyecto de navegación, en la ruta de Groenlandia, entre los años 1355 y 1380. Por otra parte, al recordar esta época en su *De Gentibus septentrionalibus*, publicado en Roma en 1555, Olaus Magnus escribe que «en Groenlandia viven piratas que atacan los barcos mercantes, que tratan de hundir reventando sus fondos». Ahora bien, como quiera que el único barco mercante del

1. Hjalmar Holand: *Exploration in America before Columbus*, Nueva York, 1962, pág. 157.

2. Th. Thorraeus: *Historia Vinlandiae Antiquae*, Copenhague, 1705.

que se habla en este momento y que sigue tal itinerario es el de Knutsson, no cabe la menor duda de que fue éste el que relató los hechos.

Pero, ¿qué ocurrió con el viaje propiamente dicho? Todo induce a creer que, en efecto, no encontró absolutamente a nadie en los establecimientos del oeste de Groenlandia. Holand cree incluso que los habitantes de los establecimientos debieron de poner a su disposición un piloto para proseguir su viaje hacia el Oeste. Decidido a resolver el enigma, Knutsson pasó una parte del invierno en Groenlandia, y luego se lanzó hacia el Sur. Iba en busca de los «cristianos desaparecidos» en Groenlandia y en Vinlandia, o sea, se dirigía a América.

Ignoramos con exactitud adónde llegó. Lo único que sabemos es que el 8 de noviembre de 1898, Olaf Ohman, granjero de Kensington (Minnesota), descubrió en su jardín, bajo las raíces de una encina que acaba de abatir, una piedra de talla, de forma paralelepípedica, que pesaba 90 kilogramos, cubierta de inscripciones. En la famosa *piedra rúnica de Kensington*, que hoy puede verse en el Museo Nacional de Washington. En una de sus caras podemos leer:

Ocho godos y veintidós noruegos en camino de búsqueda, partidos de Vinlandia hacia Poniente, nos detuvimos en las cercanías de dos rocas, a la distancia de algunos días de esta piedra. Partimos a pescar a un día de distancia, y cuando regresamos, encontramos a diez de los nuestros enroen medio de su sangre y muertos. A.V.M. [jericidos ¡Salvadnos!

Y en otra:

Tres de nuestros hombres se encuentran en el litoral. Guardan nuestro navío a catorce días de esta isla. El año 1362.

El hecho de que cinco de las palabras empleadas tengan cierto carácter «anglosajón alterado», así como el azar que hizo que la piedra —la cual atestigüaba el descubrimiento de América por «suecos»— fuese encontrada por un americano, de origen sueco, en su propio jardín, y, en fin, que este «sueco» tuviese un hijo que estudiaba filología escandinava, incitó al mundo erudito a concluir que se trataba de algo «groseramente falso». Cansado de luchar, Ohmar utilizó su hallazgo para hacer el porche de su granja. Sólo tras haber demostrado su autenticidad, al cabo de veinte años de trabajo, el filólogo americano de ori-

gen escandinavo, Hjalmar Holand, fue a buscar la piedra para que ocupase el lugar que le correspondía en el Museo Nacional americano.

Las voces discutidas procedían de un dialecto del Gothland sueco. Lo que ocurría era que los sabios ignoraban la existencia de esta lengua. El aspecto exterior de la piedra y la talla de las letras revelan una antigüedad de cuatro a cinco siglos, y las runas de la inscripción son *runas en puntillado*, empleadas corrientemente en las inscripciones sepulcrales escandinavas de los siglos XIII y XIV. Por tanto, la piedra confirma, sin lugar a dudas, la expedición de Knutson en 1354-1362. Más aún: ahora hemos de admitir que, ciento treinta años antes de Colón, unos treinta escandinavos recorrieron los 1.500 kilómetros de tierra americana.

Pero la expedición dejó, además, otros vestigios. Así, en el siglo XIII, el francés Pierre Gautier de Varennes de la Verrandrye descubrió, en el centro de Dakota del Norte, una inscripción que figuró en la colección del ministro Maurepas y que luego se perdió. Citemos asimismo las «alabardas» encontradas en Minnesota en 1870 —minúsculas armas o, más exactamente, signos honoríficos de los oficiales de la guardia de los reyes escandinavos en el siglo XIV—; la piedra rúnica de Tholef, descubierta, en 1922, en Martha's Vineyard; los hornos *para mineral de hierro* de la región de los Grandes Lagos, y los *Mooringsstones*, piedras que servían para amarrar las embarcaciones ligeras.

Pero la más interesante es, sin duda, la famosa torre, en ruinas, de Newport Harbor, en la cual contra toda verosimilitud, los defensores de la virginidad precolombina se esfuerzan en ver una torre de molino de viento construida (¿por quien?) en el siglo XVIII, «cuando los blancos no habían ocupado aún toda la región». En verdad, construida en el estilo romano tan frecuente entre los siglos XII y XIV —que es notorio mucho más que en cualquier otra parte—, la torre de Newport recuerda la rotonda interior de una iglesia escandinava.¹ Por lo demás, se ha descubierto una inscripción rúnica y —en el interior del cemento de una juntura entre dos columnas— la huella, cuadrada, de una bota de militar sueco de la época de 1280-1330.²

1. En Cambridge (Inglaterra) existe una torre sorprendentemente parecida a la de Newport. El mismo plano, el mismo alzado, los mismos basamentos, las mismas dimensiones (diámetro general, 7,92 m, y diámetro de las columnas, 1 m). La torre de Cambridge data del siglo XIV.

2. Fecha obtenida mediante el estudio de la moda militar escandinava.

A título complementario citaremos también los pavos. En efecto, en la catedral de Schleswig (Alemania) hay una pintura que representa ocho pavos, dibujados con el mayor realismo. La catedral fue construida en 1280, y la pintura, ejecutada *antes* de 1380. Ahora bien, como sabemos, el pavo es un animal de origen exclusivamente americano, y sus primeros ejemplares fueron introducidos en la Noruega Meridional por los navegantes escandinavos.

De esta forma, todo induce a creer que la torre de Newport vigilaba, de alguna forma, la llegada, a buen puerto, de *La Chirriante*. Cerca de allí, en el viejo puerto sumergido de Ocean Drive, se encontró, en 1886, un barco nórdico de ocho metros de longitud. La incuria de los descubridores impidió que llegara hasta nosotros, por lo cual Holand sólo pudo dar una descripción de segunda mano en su libro sobre la travesía de *La Chirriante*.

MADOC, EN BUSCA DE LA PAZ

Sin embargo, parece ser que la expedición de Knutsson fue sólo un eco tardío de las grandes navegaciones escandinavas,² y que le relevo de los marinos del año 1000 tomóse mucho más pronto de lo que se cree.

Uno de los que aseguraron este relevo fue el príncipe gael Madoc.

Yo soy Madoc, hijo de Owinn Gwin Ed.

Soy de fuerte contextura y de rostro agradable.

*Ni las riñas domésticas, ni los bienes del mundo
pudieron apartar mi espíritu de las cosas escondi-
[das por el océano.*

Estos escasos versos, escritos, hacia 1477, por el bardo galo Meredith, hijo de Rhesus, dan buena cuenta de las razones que impulsaron a otro de sus soñadores, despierto, a embarcarse para América. Mejor

1. También se adscribe a estas navegaciones escandinavas el nombre de Norumbega (ciudad de los normandos). En sus *Investigaciones sobre los viajes y descubrimientos de los navegantes normandos* (escritas en 1539, pero publicadas, por primera vez, en 1832), el francés Pierre Crignon escribe que los indígenas designaban con este nombre la región que se extiende desde Terranova hasta la Florida, en la costa descubierta por Verrazano, el cual, al encontrar las impresionantes ruinas, las bautizó con el nombre de «La Ciudad Normanda». En el mismo lugar sitúa Champlain en su mapa, en 1612, la ciudad de Norumbega.

informado, sin duda, que Meredith, el bardo Jevam Brechua nos dice que Madoc, «príncipe de Gales», descubriría en algún lugar, muy lejos allende el océano, una tierra rica en praderas y bosques, y que regresaría para establecerse definitivamente allí, con algunos compañeros y animales domésticos.¹ En el siglo XVI, Llwyd pretendía incluso que el «príncipe navegante» —como era llamado también Madoc— había llegado hasta Florida. Madoc realizaría su viaje hacia 1170.

La duda que aún subsiste sobre la realidad del viaje de Madoc no impidió que determinados autores, tanto antiguos como modernos, expusieran la argumentación de la piel clara de los indios mandanos² y de los relatos que afirman la existencia de gaeles americanos hasta en la segunda mitad del siglo XVIII. Estos relatos habían sido puestos en circulación por un capitán del Ejército inglés llamado Abraham, el cual explicaba, a quienes querían escucharle, que dos de sus soldados, de origen gaélico, podían hablar en su lengua con los indios kaskasi. Un tal Filson, autor de una historia del Estado de Kentucky, precisa incluso que Abraham encontraría, durante la guerra contra los indios, vestigios de fortificaciones y de tumbas de tipo gaélico.

Puestas en duda por el conde Carli en sus *Cartas americanas*, las teorías sobre los gaeles americanos tuvieron más suerte gracias a un artículo publicado por el periódico inglés *The Journal of Two Months*. El artículo relataba la aventura de un metodista, Benjamin Beotty, quien, prisionero de los indios de Kentucky, salió bien parado al poder hablar gaélico con ellos. El propio Benjamin Beatty declara haber visto, en un pueblo indio, un *viejo manuscrito cristiano gaélico*, conservado en un estuche de cuero. Tan pronto como apareció el artículo, los ingleses Oliver Humphreys y Thomas Herbert comunicaron, a su vez, la existencia de indios que hablaban una lengua afín al gaélico. A esta categoría pertenecería, especialmente, la tribu de los doegs, próximos parientes de los tuscaroras, que vivieron, en el siglo XIII, en las cercanías del cabo Fair, en Carolina. Una vez hecha la verificación, comprobóse que, en total, había *once palabras* comunes a las dos lenguas, lo cual, evidentemente, no basta para establecer tanto el viaje de Madoc como el origen gaélico de los mandanos.

Más que basarse en tan débiles argumentos, convendría preguntarse acerca de un descubrimiento ar-

1. Th. Stephens: *Madoc, An Essay on the Discovery of America by Madoc Owen Gwynned in the 12th century*, Londres, 1893.

2. Los mandanos tenían también los ojos azules. Desaparecieron en el siglo XIX, como consecuencia de una epidemia.



«Codex Borbonicus». El brujo se aleja, llevado por la corriente del océano que se escapa de la base del trono del dios Atlanteotl. (Biblioteca Nacional de Francia. Foto E.R.L.)

queológico que, *con la reserva de su autenticación*, sería infinitamente más demostrativo que todas las coincidencias lingüísticas o fantasías de metodistas que propugnan por lo maravilloso. En efecto, Reuben F. Durret, decía, en 1908,¹ que el siglo anterior se había descubierto en Sand Island, en el territorio de Louisville (Kentucky), un sarcófago que contenía huesos y armas. Éstas, de factura europea de los siglos XII y XIII, llevaban escudos en que estaban representadas una sirena y un arpa. *Ahora bien, estos elementos heráldicos figuran asimismo en el blasón de Madoc.* El sarcófago llevaba, además, una inscripción, fechada en 1186. Dado a conocer en siete publicaciones de la época, el descubrimiento de Sand Island no despertó prácticamente interés alguno, y el sarcófago y su contenido no tardaron en desaparecer, sin dejar rastro. Sin embargo, ya sólo dicho sarcófago tal vez habría podido decirnos si Madoc fue o no a América.

ALMIRANTES POR CONTRATAR

En la *Gran Enciclopedia americana* se puede leer, en la voz *Zeno*: «Niccolò Zeno, noble veneciano que navegó en dirección a las costas de América hacia el año 1380... La honestidad del relato de Zeno es cierta. Lo que se ha de establecer aún es si los pescadores vivieron en verdad, en la región de Drogio, los acontecimientos explicados en el relato y, sobre todo, si este último término geográfico pudo o no ser identificado con América.»

El asunto Zeno fue revelado al mundo en 1558. Fue el año en que empezó a circular por Venecia un relato del descubrimiento de las islas Frislandia, Islandia, Engronelandia, Estotilandia e Icaria por los dos hermanos Zeno, Niccolò y Antonio, en 1390. El relato había sido publicado gracias a las diligencias de un bisnieto de los Zeno, que había descubierto el manuscrito, acompañado de un mapa, en los papeles de su familia.

Por él sabemos que, después de la guerra que opuso Venecia a Génova por la posesión de la isla griega de Tenedos, Niccolò Zeno, hermano del jefe de los venecianos, armó un navío para ir a Inglaterra. Pero una tempestad decidiría otra cosa. El navío se estrelló contra las rocas de la isla de Frislandia, ocupada, en aquella época, por Zichini, que era también señor feu-

1. Reuben F. Durret: *Tradition of the Earliest Visits of Foreigners to North America*, Louisville, 1908.

dal de las islas Shetland y Orcadas bajo su verdadero nombre de Henry Sinclair. Puesto en contacto con él, Zeno pasó a su servicio con todos sus hombres y se convirtió en el almirante en jefe de las fuerzas de Sinclair. En compañía de su hermano Marco Antonio, al que había hecho venir de Venecia, dirigióse entonces hacia Islandia y Groenlandia; mas pereció antes de llegar a ellas. Le sucedió su hermano con el título de almirante y prosiguió el viaje. En primer lugar recorrió el brazo de mar que separa Groenlandia de Estotilandia o Labrador y, siguiendo las huellas de los escandinavos, continuó en dirección a... *Drogio*. Y ello siguiendo órdenes expresas de Sinclair, el cual había sido informado por unos pescadores acerca de la existencia, en estos lugares, de tierras insulares muy ricas y pobladas. En efecto, le habían comunicado lo siguiente: «Veintiséis años antes, cuatro barcos, arrancados de sus lugares de pesca por una tempestad, fueron impulsados muy lejos, hacia las tierras occidentales situadas a más de mil millas. Uno de los navíos llegaría a una tierra muy rica, que poseía fabulosos tesoros, estaba muy poblada y presentaba magníficos edificios... Un país muy grande y como un verdadero Nuevo Mundo. Las gentes tienen piel rojiza y viven de la caza. Más al Sur es mayor la civilización, a causa del clima, más suave; hay ciudades, templos, hombres que adoran ídolos. Los habitantes saben trabajar muy bien el oro y la plata.»

Si algunos de estos rasgos parecen retratar muy bien América, el mapa que acompaña el relato es de una rara confusión y refleja una toponimia aberrante, derivada directamente de los libros de oraciones cristianas. Evidentemente, era falso lo que tenía entre manos el nieto de Zeno, el cual quería incorporar un «documento» al relato que publicaba. Por tanto, se inspiró en el mapa de Claude Niger, pero, al no saber danés, inventó de arriba abajo su propia toponimia. Por el contrario, el texto sería redactado, sin duda, por alguien que viajó, al menos, hasta Groenlandia.¹

1. Henry Sinclair no es el único pretendiente anglosajón al título de precursor de Colón. Se han encontrado huellas de otro viaje en un manuscrito de la Edad Media, que se ha perdido, pero del cual se encuentran reflejos en los mapas del holandés Reis y del alemán Mercator (1507 y 1567). Por ejemplo, se leen en ellos notas como ésta: «Esto es una isla flotante constituida por escorias» (las escorias provenían de erupciones volcánicas submarinas), o *Aquí no funciona ya el compás*, lo cual se refiere, evidentemente, al desarreglo de la brújula a causa de la aproximación al polo magnético, lo cual permite situar el lugar frente a la costa septentrional del Labrador. Poseemos asimismo reproducciones de un «mapa desconocido» de estos parajes que representa, manifiestamente, fragmentos del litoral americano. Los especialis-

Por otra parte, un reciente descubrimiento viene a ligar aún más este relato al suelo americano. Se trata de una pictografía encontrada en una roca situada en la proximidad de la ciudad de Westford (Massachusetts) y en la cual ciertos arqueólogos han querido ver a un «indio con tomahawk». En realidad, en tal figura hemos de ver algo muy distinto. Los indios precolombinos de hace 550 a 600 años (edad atribuida unánimemente a esta pictografía) no utilizaron en modo alguno tomahawks idénticos al largo sable de los caballeros europeos del siglo XIV, de la misma forma que no llevaban casco de visera móvil ni cazaban con halcón. Y no se acaba de comprender por qué habrían de enarbolar el blasón del duque de Shetland y de Orcadas, Henry Sinclair. Por tanto, hemos de concluir que los Zeno fueron a Groenlandia y que, tras la muerte de su hermano, Marco Antonio llegaría a América.

EN PERSECUCIÓN DEL ARENQUE

De la misma forma que para otros las riquezas y la gloria, el bacalao y el arenque fueron los que lanzaron a las rutas oceánicas a los pescadores de las costas de Bretaña y del golfo de Vizcaya,

*Lástima es en verdad que San Arenque
sufra el pobre un martirio tan frecuente,
pues en el santo tiempo de Cuaresma,
desde aquí hasta la tierra de Angulema,
el santo mártir es martirizado
y por doquier se puede ver asado.*

Un mapa de pesca publicado en 1143 por Thierry, conde de Flandes, indica que el bacalao fue buscado, al principio, en la Mancha. Desapareció progresivamente de la proximidad de las costas europeas, y los pescadores no tardaron en ser arrastrados por sus propias proas hasta las lejanas costas del Nuevo Mundo. A. Thomazi nos describe así este proceso: «Como quiera que traían de sus viajes únicamente pescado

tas han atribuido este viaje al sabio de Oxford Nicholas Llyn. La fecha sería entonces la de 1360 y, de acuerdo con el profesor ruso S. Warsvarski («Viajeros polares de hace seiscientos años», en *Vorug Sbeta*, núm. 2, Moscú, 1964), podemos afirmar que «ya no se puede dudar de que Llyn y los suyos navegaron efectivamente por la ruta marítima septentrional entre Europa y América». En 1956, E. G. Taylor había establecido ya la realidad del viaje de Llyn.

salado, aceite y barbas de ballena, en vez de perlas y polvo de oro, y como, por otra parte, no daban a conocer los lugares en que hacían tan estupendas pescas, por temor a ser sorprendidos y seguidos por muchos otros, los vascos guardaron silencio, y su descubrimiento permaneció ignorado durante largo tiempo.»

Una vez en las orillas americanas del Noroeste, los vascos y bretones levantaron establecimientos en las islas, donde almacenaban el pescado, aunque la pobreza y la aridez de las costas descubiertas no los estimulaban a permanecer largo tiempo en ellas. En su *Histoire du port de Bayonne*,¹ Croisier informa que, según una crónica holandesa de la época, veinte barcos vascos y bayoneses, equipados para la pesca de la ballena, llegaron, en 1412, a Grunderfiord, en el golfo de Grunder, lo cual no deja de causar cierta sorpresa. La presencia de los vascos en Terranova ha dejado huellas en la vieja toponimia local, que incluiría nombres como Ulycicho (el Orificio de las Moscas), Oporportu (el Bote de Leche), que se ha convertido hoy, por semejanza fonética, en Port-au-Port; Portuchua (el Pequeño Puerto), actualmente Port-au-Choix, etc. De la misma época data la penetración de ciertas voces vascas en el lenguaje de los indios mimacs, que viven en la embocadura del río San Lorenzo, como ha podido comprobar el historiador alemán E. Gelchich.²

Igualmente antigua es también la presencia de los bretones en las aguas y el suelo de Terranova. El historiador francés L. Vitet cita numerosos ejemplos de ello en su *Histoire de Dieppe*, publicada en París en 1844. Y Clérac, al hablar de los marinos de Capbreton, escribe: «Buscando el refugio ordinario de los monstruos, descubrieron, cien años antes de las navegaciones de Cristóbal Colón, el grande y el pequeño bancos de los bacalaos, las tierras de Terranova, el Cap Breton y la tierra de Baccaleos (lo cual quiere decir bacalao en su lengua). Por lo demás, conviene subrayar que el propio John Cabot, en una carta dirigida, en 1497, al rey de Inglaterra, Enrique VII, habla de las islas de los *Baccaleos* utilizando un nombre que le dieron los vascos, muchos años antes.»³ Y cincuenta

1. Tesis doctoral defendida en Burdeos en 1905.

2. Citado en el artículo «Der Fischfang des Gasconnen und die Entdeckungen von Newfoundland», aparecido en el *Zeitschrift der Berliner Gessellschaft für Erdkunde*, 1883, pág. 249.

3. Clérac: *Us et coutumes de la mer*, París, 1647, pág. 326. Sin embargo, de esta tierra de Baccaleos —por la cual se interesaba también Colón— fue de la que partió la leyenda del piloto Alfonso, el cual habría sido arrojado, por una tempestad, a las costas de Santo Domingo, cuando venía de Madera. Masein sitúa el acon-

años antes de que levase anclas la *Santa María*, un privilegio del rey de Francia otorgaba al abad de Kérity, cerca de Paimpol, el derecho a percibir un diezmo, en especie, sobre todos los productos del mar y de las regiones de ultramar.

Hemos de añadir aún que, en los primeros mapas «norteamericanos», se representó, *en el interior* de una tierra cercana a Terranova, el río San Lorenzo, y que figuran también en él *nombres ya consagrados*, como Cap-Breton, tierra de los Bacalaos, bahía de los Bretones, etc. Tal vez sea esto, más que las consecuencias del viaje —siempre discutido— de Madoc, lo que pueda explicar verdaderamente las palabras de resonancia céltica (es decir, aquí, bretón) que se encuentran en algunos idiomas indios de la época.

Véanse a continuación dos ejemplos de todo ello:

Español	Gaélico	Dakota	Osage	Quappe	Narrangaset	Bretón
		Amerindio				moderno
casa	Ty	ti	Tea	Tea-tith	tiah	tih-tiah
hueso	askorn	askourn	okan	ocheguer	uskon	uskon

En una obra, publicada en 1582 y titulada *Les Trois Mondes*, puede leerse: «Los franceses, sobre todo normandos y bretones, aseguran haber sido los primeros en descubrir estas tierras y en haber traficado, ya de antiguo, con los salvajes del Brasil, junto al río San Lorenzo, en el lugar que se llama desde entonces Puerto Real. Pero, como en otras cosas, mal avisados sobre ello, no tuvieron la habilidad o la discreción de dejar un solo relato publicado que garantizase los hechos.»¹ En otro lugar, el texto hace alusión a Messire

tecimiento en 1448 (*Essai historique sur la ville de Bayonne*, París, 1792), y Marmontel, en 1488... El hecho fue relacionado con la visita de Colón a Bretaña antes de su descubrimiento. Sin embargo, Charles de la Roncière subraya, con toda razón, que el pensar que un bretón pudiera «vender» a Colón su itinerario constituye, a todas luces, una fantasía.

1. David Asseline: *Les Antiquités et chroniques de la ville de Dieppe*, Dieppe, 1874.

Jean Coustin, famoso navegante francés del siglo xv, respecto al cual se ha sostenido que había navegado hacia la India siete años antes que Vasco da Gama. Natural de Dieppe y audaz pirata, Cousin fue impulsado, por las corrientes ecuatoriales, hacia una tierra desconocida. Echó el ancla y pasó algún tiempo ante el estuario de un gran río. Antes de zarpar nuevamente, dio, a la tierra que tenía frente a sí, el nombre de... Marañón.¹ Por tanto, se ha de admitir que Jean Cousin llegó a Brasil en 1488. Sin entrar en más detalles, nótese que el jefe de la tripulación de Cousin era *español*. Se trataba de un tal Pinzón. Quizá no Martín Alonso Pinzón, futuro piloto de Colón, pero, al menos, uno de sus parientes cercanos.²

Aunque los archivos de Dieppe, Brest y Saint-Malo resultaron esencialmente destruidos por las sucesivas guerras, quedan suficientes documentos indirectos sobre las navegaciones de Cousin y de sus hombres, como para afirmar que Cousin fue sin duda alguna, después de Knutsson y Llyn, uno de los predecesores de Colón. Ya no es posible discutir que, en el gran vivero natural de peces que rodea Terranova, allá donde se mezclan las corrientes frías que bajan del golfo de Baffin y las aguas cálidas del Gulf Stream, escandinavos, bretones, vascos, gascones e ingleses de Bristol, aun llenando de pesca sus barcos, concurren, sin saberlo, a abrir las rutas de América.

Sin embargo, aún se han de precisar ciertas cosas sobre las relaciones de los vascos con el Nuevo Mundo. La supuesta presencia de palabras vascas en ciertas lenguas amerindias, y particularmente mexicanas, se ha recordado a menudo como prueba de contactos precolombinos entre los vascos y las poblaciones de América Central. Y es cierto que la lengua vasca no tiene parentesco alguno con ninguna lengua europea viva o muerta, por lo cual constituye un impresionante enigma la existencia de expresiones de dicho idioma en México y Guatemala antes incluso de las primeras navegaciones vascas del siglo xiv hacia Terranova. Pero se comprueba que el estudio profundo de la cuestión invalida tales coincidencias lingüísticas.

1. H. Desmarquets: *Mémoires chronologiques pour servir à l'histoire de Dieppe et de la navigation française*, París, 1875, y C. F. Duro: «Jean Cousin, verdadero descubridor de América según el capitán inglés Gambier», en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Madrid, 1894.

2. C. F. Duro: «La leyenda de Cousin y de Pinzón como descubridores de América», en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Madrid, 1896.

LA EXPEDICIÓN MIXTA

Tras los pescadores, y beneficiándose de su experiencia, los daneses y los portugueses emprendieron también la travesía del océano y, por primera vez, *en colaboración*. Mucho antes que Colón, los hombres de Dom Enrique —Enrique *el Navegante*— cruzaron el mar hacia América, poniendo así en marcha la fabulosa carrera oceánica a la que se entregarían España y Portugal.

Según los especialistas, esta carrera se desarrolló en dos períodos. Los viajes del primero —que duró unos sesenta años— casi no han dejado huellas. Sin embargo, nos quedan numerosas pruebas indirectas. Por ejemplo, se comprueba, al examinar los dos mapas del veneciano Bianco, que si el primero —fechado en 1436— representa sólo el Viejo Mundo, el segundo, que es de 1448, registra, aparte las costas africanas más allá de Cabo Verde, *el trazado de una costa allende el océano*. La leyenda india que se trata de una «isla auténtica, distanciada 3.500 millas hacia el Oeste», *la cual es, en efecto, la distancia que separa la costa africana del litoral brasileño*. El mapa fue levantado *en Lisboa* en 1447, y la única explicación de este trazado es una relación, hoy perdida, de un descubrimiento portugués.

Conocemos mejor el segundo período, por lo menos en lo que se refiere a tres expediciones. La primera es la de Diego de Teive. Explorando el Atlántico septentrional entre 1452 y 1472, Teive alcanzó, al principio, tierras situadas al oeste de Islandia. Sólo durante el camino de regreso advirtió la presencia de una tierra que, según las descripciones que hizo de la misma, sería Terranova. El segundo viaje lo haría en 1472, veinte años antes que el de Colón. Se han encontrado huellas del mismo en un manuscrito redactado por un cronista que vivía en las Azores: Gaspar Fructuoso. Titulado *Saudades de Terra*, esta obra fue conocida sólo en 1590, y publicada por primera vez en 1931. Se lee en ella, especialmente: «Llegamos [de regreso a las Azores, N.D.A.] tras el descubrimiento de la Nueva Tierra del Bacalao por João Vaz Cortereal, nombrado después, por orden del rey, gobernador de la ciudad de Agra, en la isla de Terceira.»¹

Por otra parte, la *Istoria Insulana*, publicada por

1. F. D. Almeida: *La découverte de l'Amérique — Les voyages des Portugais vers l'ouest au XVe siècle*, Coimbra, 1913.

Antonio Cordeiro en Lisboa (1717), nos dice que «dos nobles han llegado a la isla de Terceira, de regreso de la tierra del Bacalao, que habían descubierto. El uno se llamaba Jão Vaz Cortereal; el otro era Alvaro Martínez Omen». Ahora bien, el tal Jão Vaz Cortereal fue nombrado gobernador de Agra el 2 de abril de 1474, lo cual revela que la tierra del Bacalao debió de ser descubierta mucho antes de esta fecha, como, por lo demás, demostró L. Cordeiro en 1876.¹ Sea como fuere, el hecho de que Labrador figure en un mapa marino procedente de una biblioteca de Florencia y fechado en 1534, con el nombre de *Tierra de Jão Vaz*, encaja bien en lo tocante a una identificación de la Nueva Tierra del Bacalao con el Labrador.

Lo que no se sabe tan bien es que esta expedición fue muy poco portuguesa. Se trató, en realidad, de una expedición danesa que comportó, en todo y para todo, sólo *dos observadores portugueses*. Fruto de un acuerdo entre los reyes Alfonso V de Portugal y Cristián I de Dinamarca, tenía por misión descubrir un paso hacia la India por el Norte.² Las gentes del Norte conocían o pretendían conocer este paso. Por otra parte, sostenían que el Atlántico se unía a *otro océano, situado hacia el Oeste*, a través del «Ginmungapap» (el Golfo de Hudson).

Por aquella época, los lusitanos trataban de abrirse un camino hacia la India. Los daneses se unieron a ellos. Sabemos esto gracias a la carta enviada en 1551 por Carsten Crip, alcalde de la ciudad de Kiel, al rey Cristián III. Carsten Crip hacía saber en ella al rey que acababa de ver en París un mapa en el que estaban representados todos los países *desde Islandia hasta Italia* y consignados todos los descubrimientos efectuados en los años anteriores por los dos navegantes, Pinning y Pothorst, que habían participado en una expedición hacia las nuevas islas y el *continente septentrional*, patrocinada por los reyes de Dinamarca y de Portugal.³ Se trata, con toda evidencia, de América, correctamente situada por el autor del mapa en cuestión.

En su libro *El descubrimiento de América del Norte veinte años antes de Colón*, aparecido en Londres en 1924, Sophus Larsen aporta argumentos decisivos en cuanto a la condición de simple invitado de Jão Vaz en esta expedición, cuyos verdaderos jefes

1. L. Cordeiro: *De la part prise par les Portugais dans la découverte de l'Amérique*, Lisboa-París, 1876.

2. Louis Bobe publicó todos los detalles de su organización en la *Danska Magazin* de Copenhague, en 1909.

3. Saxo Grammaticus habla igualmente de esta expedición en su *Gesta Danorum*, publicada de nuevo en Estrasburgo en 1902.

eran los noruegos Pinning y Pothorst. Antiguo comandante de la Flota noruega, del mar del Norte, gobernador de Islandia y enemigo jurado de la Liga Hanseática, Didrik Pinning era un excelente navegante;¹ Pothorst era un famoso piloto, que conocía mejor que cualquier marino de su tiempo las costas septentrionales del Atlántico. Ya de por sí, ambos formaban un excelente equipo, cuyas hazañas no fueron bien conocidas durante largo tiempo a causa de la confusión introducida por un tercer personaje: el «danés» John Skolp.

Se decía de Skolp —convertido, a su vez, en gobernador de Islandia— que, «en el año de gracia de 1476, trató de navegar allende Groenlandia».² Detenido por los hielos, hubo de hacer el camino a la inversa. Mencionado como *piloto* de la expedición danoportuguesa, su función fue ortografiada por error (en latín) como *pilonus* en vez de *pilotus*. Desde entonces no tardó en ver en este Johan Skolp, de nombre báltico, un *polnus*, es decir, un polaco. Y no tardó en correr la tinta para describir la prodigiosa aventura de un polaco que fue a descubrir Groenlandia en el siglo xv. Sin embargo, Skolp era un escandinavo puro, originario de Sondmöre (Suecia Occidental), emparentado con la familia real a través de sus antepasados Simar y Jon Skolp, yerno del rey Harold. Pero, sobre todo, no existió. Johan Skolp y Johan Pothorst fueron una misma persona. En efecto, en el momento de la expedición, nuestro hombre no era aún el famoso Johan Skolp Pothorst o Von Pothorst, título que se dio para agradar al rey, muy germanizante, que quería concederle un título nobiliario.³

Por tanto, bajo la doble dirección de Pinning y de Skolp-Pothorst (en latín, simplemente Scolvus), la expedición —en la cual iba Jão Vaz a título de observador— puso proa hacia el Norte, alcanzó Labrador y penetró en el golfo de Hudson.⁴ En su libro sobre las explotaciones de las regiones septentrionales, F. Nansen cita un documento inglés de la época en el cual se indica que «para pasar de las aguas del océano nórdico a las del océano meridional hay que navegar de 66-68" hacia 60" de latitud Norte. Un piloto danés, Johan Scolvus, navegó, al sur de este paso, en 1476». Asimismo, el globo terrestre que Gemma Frisius

1. L. Daae: «Didrik Pinning», en *Nordisk Historisk Tidsskrift*, segunda serie, vol. III, Oslo, 1882.

2. A. A. Björnbo: «Johannes Scolvus», en *Berlingske Tidende*, 7 de julio de 1909.

3. Algunos autores, como H. Erkes, han llegado a la conclusión de que Pothorst era alemán.

4. H. R. Holand: *America 1354-1362*, Nueva York, 1958, pág. 300 y ss.

realizó en 1537 en colaboración con el geógrafo Mercator, lleva, al norte de un estrecho bautizado con el nombre de «Fretum Trium Fratrum»,¹ la inscripción: *Quij populi ad quos Johannes Scolvus parvenit circa annum 1476*, es decir, «los quij (¿los indios cree?), pueblos entre los cuales llegó Johan Scolvus hacia el año 1476».² Hay, por lo menos, doce mapas con indicaciones similares, la última de las cuales datan del siglo XVII.

Si los resultados de esta expedición no han llegado hasta nosotros, hay que imputárselo a los dos reyes asociados. Ellos los rodearon de un silencio total, y todo cuanto sabemos es que las nuevas tierras quedaron colocadas, por un acuerdo, bajo jurisdicción danesa.³ Sin embargo, y de una u otra manera, estos descubrimientos se encontrarán en el globo terráqueo de Martín Behaim, del que Colón tuviera conocimiento antes de su partida.⁴ En efecto, se encuentran en él, representados con toda precisión, los contornos de Nueva Escocia, de Terranova y del golfo de San Lorenzo. Y Hjalmar Holand subraya que *el globo de Behaim penetró en los escritorios de los sabios en los primeros meses del año durante el cual Colón descubriría América...*

EL HOMBRE QUE HUYÓ DEL PARAISO

El paraíso para sí, la primera estancia de Haití: tal fue la suerte de un joven piloto español: Alonso Sánchez, al que la Historia relega, en la sombra de Colón, como el «piloto anónimo». Héroe de una aventura fantástica, fue también el protagonista de una fábula, que circulaba aún en vida de Colón, sobre la presencia de los españoles en América antes del descubrimiento oficial.

En su *Historia de las Indias* —escrita en el siglo XVI—, Las Casas explica que en 1480, época en la cual Colón vivía en Madera, una embarcación llegó a este

1. El actual golfo de San Lorenzo.

2. Pedro Aspiano: *La cosmografía por Gemma Frius y el sitio y descripción de las Indias y Nuevo Mundo*, Amberes, 1575, y Ringmann Philesius Mathias: *De ora antarctica per regem Portugalliae pridem inventa*, Estrasburgo, 1505. En cuanto a los quijs, debe de tratarse de los indios cree.

3. J. de Torres: «Memória...», en *Revista de Açores*, núm. 1, 1851.

4. La mujer de Behaim estaba emparentada con los Corte Real. Véase Harrise: *Les Corte Real et leurs voyages au Nouveau Monde*, París, 1883.

puerto, al término de una increíble aventura marcada por dos terribles tempestades. La primera lo había arrancado a su itinerario habitual, que iba desde España hasta las islas del Atlántico Oriental, para conducirlo hasta las Antillas; la segunda, en el camino de regreso, lo había arrojado sobre las islas Madera. El piloto —único superviviente de la tripulación— murió en brazos de Colón, dejando a éste sus notas de viajes, su itinerario y un mapa. Nótese que el propio hijo del Almirante (don Fernando Colón), que fue también su biógrafo, registra asimismo esta historia.

Por lo demás, el «piloto anónimo» no fue la única fuente de la que Colón tomó sus informaciones durante el período preparatorio de su viaje. En primer lugar... se trasladó a Bretaña, para entrevistarse con el viejo navegante Coatelem, quien había participado en las expediciones del dieppés Cousin.¹ En Andalucía, en el monasterio de La Rábida, sostuvo largas charlas con un tal Pedro de Velasco, portugués de Moguer, para informarse del viaje que había hecho a las órdenes de Diego de Tieve, viaje durante el cual se dirigieron hacia el Norte, dejando «a su derecha» la tierra de Irlanda.² Había sondeado a un simple marino andaluz de El Puerto de Santa María para saber cuáles eran las tierras que pretendía haber visto en alguna parte al Oeste, durante su viaje por el océano. En fin, interesóse vivamente por las intenciones de Vicente Díaz, portugués de Tavira, quien afirmaba haber entrevisto la sombra de una costa en dirección Oeste, cuando navegaba entre la Guinea y Terceira.³

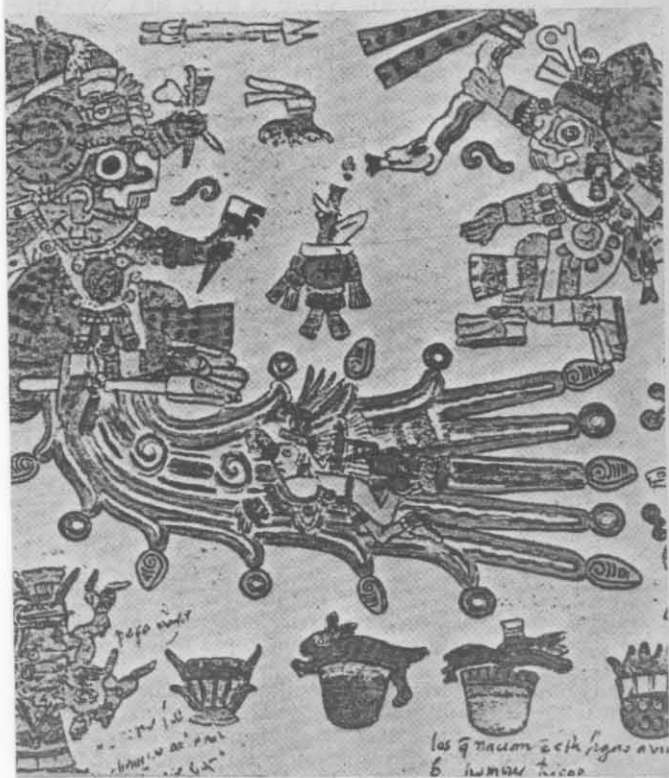
«Muy altos y muy poderosos señores, [yo], Alonso Sánchez, [de la ciudad] de Huelva, jefe de tripulación de la carabela que Dios preserve y que lleva el nombre de *Atlante*... voy a informarles sobre las tierras descubiertas por mí en el viaje que emprendí por la mar océano... Desembarqué en una isla nombrada por los indígenas con el nombre de Quisquei... que se encuentra en las extremidades del océano occidental, rodeada por gran número de islas, que no son conocidas y descritas por los cosmógrafos que se han ocupado de este océano... Añado que me enteré por los indígenas de esta tierra de que más allá, hacia Poniente, se encuentra una gran extensión de tierra firme...»

Si esta carta —publicada en 1962 por Manuel Ló-

1. G. Massadié: «Mais qui a donc découvert l'Amérique?» *Science et Vie*, París, marzo de 1963.

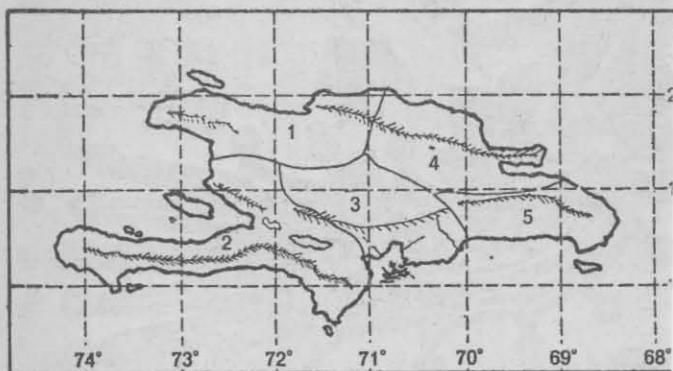
2. Diego de Lollis: *Christoforo Colombo nella legenda e nella Storia*, Milán, 1892.

3. Díaz había obtenido del rico mercader Luca de Cuzzano un navío, con el cual había recorrido 130 millas hacia el Oeste, antes de abandonar, espantado por la inmensidad del océano,



«Codex Borbonicus». El brujo regresa, nadando contra la corriente. (Biblioteca Nacional de Francia. Foto E.R.L.)

pez Flores¹— es auténtica, constituye pura y simplemente el relato del verdadero descubrimiento de América por los españoles. Sin embargo, permanecen oscuras las condiciones de este descubrimiento, y conviene observar la mayor reserva en lo tocante a este documento. Sólo es cierta la navegación de Sánchez. No faltan las referencias a este último. Treinta y siete autores españoles, cuatro portugueses y cinco de diversos países escribieron sobre él en el siglo XVI. Originario de Huelva, transportaba mercancías hacia las Canarias cuando fue apartado de su ruta y arrastrado por las corrientes oceánicas, que lo llevaron, tras diecisiete días de navegación, a las costas de una tierra desconocida que, verosímilmente, era Haití.



Mapa llamado «de Sánchez», con la representación de la isla de Quisqueia. (Según López Flores)

Hombre de buen juicio y marino de corazón, Sánchez no se abandonó a las delicias de una estancia que no pretendía eternizar. Tan pronto como pudo, hizo reparar su navío y se puso de nuevo en camino para regresar a España. Llevaba consigo no sólo el itinerario de una nueva ruta, sino también un mapa de esta isla, que los indígenas llamaban *Quisqueia*.²

La dotación de la carabela de Sánchez, *el Atlante*, contaría con diecisiete hombres. El navío desplazaba

1. En efecto, éste es el nombre que los navegantes de 1492 recogieron de labios de los habitantes.

2. Manuel López Flores: *El piloto anónimo*, Clásica, Madrid, 1962.

veinticinco toneladas métricas. Nótese también que —tal como ha mostrado Luis Astrana Marín—, Sánchez se hallaba relacionado con Martín Alonso Pinzón, el piloto de Colón. Por lo demás, Las Casas alude, sin duda, al viaje de Sánchez cuando informa que, entre las sorpresas que esperaban a los españoles cuando su primer desembarco en Cuba, la menor no fue el relato que le hicieron los indígenas de la costa oriental respecto «a la presencia, anterior en algunos años, de hombres blancos y barbudos en el suelo de una isla vecina».¹

¿Tuvo conocimiento Colón del mapa de Sánchez? No existe prueba formal alguna de ello, pero todo inclina a creerlo; en primer lugar, la navegación misma del Almirante, quien tomó sin titubeo, tanto para la ida como para la vuelta, las dos únicas rutas posibles —precisamente las que el juego de las tempestades habían revelado a Sánchez de una manera fortuita—, como si hubiera seguido un itinerario establecido de antemano.²

Uno de los primeros cronistas que empezaron a levantar el velo en este sentido fue un mestizo hispanoindio: el inca Garcilaso de la Vega, quien subrayaría, en su célebre *Primera parte de los comentarios reales...*,³ publicada en Lisboa en 1609, que «hombres blancos y barbudos» habían desembarcado, en una isla cercana a Cuba, en 1481, supuesta fecha del viaje de Sánchez.⁴ En consecuencia, todo ocurrió como si el descubridor oficial de América hubiese sido ayudado directamente por el último de sus precursores. Con este encuentro se levantaba el telón sobre la última escena del gran relevo de la ola en reflujó.

1. La historia de Sánchez puede estudiarse a fondo a partir de la obra de Núñez de la Vega sobre el obispo de Chiapas, aparecida en Roma en 1702.

2. C. F. Duro: «La tradición de Alonso Sánchez, descubridor de tierras incógnitas», en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Madrid, 1893, vol. XXI.

3. El mérito inicial se debe a Francisco López de Gómara, como vemos en su *Historia General de las Indias*, aparecida en Madrid en 1553.

4. Es posible que Gómara, Vega y Las Casas tomaran sus informaciones de las declaraciones de los primeros españoles desembarcados en Cuba. En su obra *El descubrimiento del Nuevo Mundo*, Lope de Vega establece las mismas relaciones entre Colón y Sánchez (escena II) y hace declarar al Almirante que había albergado a un piloto moribundo, cuyos papeles heredó.

LOS NEGROS DEL NUEVO MUNDO

Guiado por este deseo y animado por la voluntad de demostrar cuánta razón tenía, nuestro gran maestro y predecesor ordenó armar algunos centenares de barcos y, proveyéndolos de oro, de alimentos y de agua dulce, para asegurar durante largo tiempo las necesidades de las tripulaciones, pidió a todos los jefes que no regresaran antes de haber llegado a los límites del gran océano... Partieron y nadie regresó, salvo uno solo de los jefes...

Informe del sultán de Malí, Muza, transcrito por el cronista Ibn Fadlallah el-Omari, de El Cairo (siglo XIV).

TRAS LAS HUELLAS DE LAS MIGRACIONES

Uno de los frescos del templo de los guerreros en Chichén Itzá incluye representaciones típicas de cabezas de negros. Paul Rivet fue el primero en señalar este detalle.¹ Por su parte, el etnólogo alemán Max Schmidt había comunicado el descubrimiento de dos objetos de barro en Chimbote y Trujillo, en Perú, cuyos dibujos recordaban ásperos combates entre blancos y negros.² Finalmente, a partir de 1880, Charles Wiener había observado, en objetos de alfarería encontrados en Puno y en Santiago de Cao, en Perú, y pertenecientes a la cultura mochica, albañiles negros y blancos construyendo juntos una casa.³

Hablando con toda propiedad, no constituye ninguna revelación la presencia del elemento humano

1. Paul Rivet: *Les Origines de l'homme américain*, Gallimard, París, 1957.

2. Max Schmidt: *Kunst und Kulturen von Peru*, Berlín, 1929, págs. 194 y 201.

3. Charles Wiener: *Pérou et Bolivie*, París, 1880, págs. 401 y 481.

negroide en suelo americano antes de Colón. Los trabajos del profesor Von Wuttenau nos han mostrado ampliamente su realidad histórica. Algunos antropólogos ortodoxos han tratado de hacer valer la idea de que existirían *en germen* factores genéticos negroides en el patrimonio cromosómico de los «asiatos» llegados al Nuevo Mundo a través del estrecho de Behring. Sin embargo, la teoría clásica de la migración procedente del Asia del Noreste, e incluso las concepciones nuevamente formuladas sobre la travesía del Pacífico por parte de hombres de tipo australiano, no pueden, en ningún caso, explicar cómo pudieron llegar los negros a América. Y pensar que tales «gérmenes» hayan podido determinar —a través de no se sabe qué mutación antropológica— que los «asiatos» convertidos en mexicanos concibieran auténticos negros, equivale poco más o menos a aceptar la población de América por marcianos negros.

Pero volvamos a los vestigios existentes. Alexander von Wuttenau ha examinado centenares de estatuillas pertenecientes a culturas precolombinas clásicas y encontradas, esencialmente, en las cercanías de la ciudad de Veracruz.¹ Habríamos de mencionar otros muchos vestigios, entre ellos, el gran bajorrelieve maya de Tikal, en Guatemala, que data de los alrededores del 750 de nuestra Era y que representa un tipo humano perfectamente negroide. O bien la máscara, singularmente africana, descubierta en Tlatilco (México) y que se remonta a —800; o las figuras negroides representadas en los muros del templo maya de Copán (Honduras), que son del año 500 de nuestra Era.

Cuando, hace algunas décadas, sabios más o menos conocidos, como Le Plongeon o Bancroft, demostraron no sólo la presencia en América de estas poblaciones negras, muy antiguas, sino también sus representaciones en los más viejos monumentos precolombinos, como de costumbre, el mundo erudito limitóse a encogerse de hombros. Apuntóse únicamente que aquello era correr demasiado. El fechado entre 1600 y 300 a. de Jesucristo de la mayor parte de estos vestigios negroides aboga, en efecto, en favor de lo que se creía era una afirmación aventurada del sabio alemán Leo Frobenius, quien escribió: «América debió de ser descubierta [*también, N.D.A.*] por hombres que partieron de África.»²

1. Alexander von Wuttenau: *Terres cuites précolombiennes*, Albin Michel, París, 1969.

2. En Tlatilco y muy cerca de la misma, en Tlapacoya, a orillas del lago Texococo, han aparecido, desde 1962, numerosos objetos de madera, obsidiana, hueso y arcilla, cocida o seca, con la

En Palenque y Teotihuacán, entre los mayas, así como en el sur de México, se han encontrado también estatuillas de tipo negro e incluso una cabeza «africana» gigante, tallada en una roca en Taxila (México). A partir de esta última, el etnógrafo americano M. Stirling ha podido establecer un nexo entre las cabezas de bronce descubiertas por Frobenius en Benin (África) y las inmensas cabezas de piedra esculpidas por los olmecas.

Por lo demás, no ofrece duda alguna, desde hace largo tiempo, la presencia de poblaciones negras en América antes del viaje de Colón. Los propios conquistadores pudieron comprobarlo tanto en América Central como en el noreste de la América del Sur. En cuanto al origen que se le atribuye, puede tratarse ya de elementos negroides de raigambre australiana o melanesia, cuyos antepasados atravesarían el Pacífico —como ha mostrado Rivet—, ya (y ello no es sólo una alternativa, sino también un segundo origen) de elementos llegados simplemente de África. Este es el caso, por ejemplo, de los «indios» negros saramaka, que viven en la Guayana francesa. Los antepasados de esta muy antigua tribu de hombres libres llegaron de África mucho antes que Colón, por lo cual hablan una lengua muy afín a la de sus hermanos de la Costa de Oro.¹ El historiador ruso S. Warsavski da una hipótesis bastante verosímil de su llegada a América. «Tras haber desembarcado en la costa oriental del continente americano —escribe—, es probable que las poblaciones negras penetraran en el interior del subcontinente y que, en busca de una vida más tranquila, a cubierto de los peligros, algunas tribus llegaran hasta las vertientes orientales de los Andes.² Recordemos, finalmente, que, al desembarcar en Cuba, Colón encontró allí perros mudos pertenecientes a una raza específicamente africana.

Sin embargo, subsiste una incógnita respecto a esta presencia africana en la América precolombina. Hasta ahora no se ha podido determinar con exactitud la época de esta travesía, ni si los negros precolombinos llegaron allí por sus propios medios, o bien asociados a otros navegantes.

representación de figuras humanas de tipo netamente negroide, que parecen asegurar la transición entre este tipo y el de los futuros olmecas de México.

1. H. Vignaud: «Le Problème du peuplement actuel de l'Amérique et l'origine ethnique de sa population indigène», en *Journal de la Société des Américanistes de Paris*, nueva serie, vol. XIV, 1922, págs. 1-63.

2. S. Warsavski: «Los petrificados. Enigmas del Nuevo Mundo», en *Vokrug Sbeta*, núm. 9, Moscú, 1958, págs. 54 y ss.

MUZA, EN BUSCA DE LA CORRIENTE DEL GOLFO

Por el contrario, se sabe con toda certeza la historia de los marinos —negros y árabes— que intentaron efectivamente llegar a América. La primera de estas expediciones fue la del sultán de Malí, Muza. Atestiguada por un fragmento de relato escrito en nombre de este sultán, cuyo reino se extendió, en la Edad Media, por la cuenca del Níger, debe de situarse entre el 1200 y el 1300. Debemos tal relato al cronista árabe Ibn Fadlallah el-Omari (1301-1348).

Por un superviviente de una flota que se había aventurado lejos en el océano, Muza se había enterado de la existencia de una gigantesca corriente, verdadero río en el interior del mar —que, dicho sea de paso, fue la responsable del naufragio de la citada Flota—. No cabía la menor duda de que tal corriente era el Gulf Stream.¹ Inmediatamente, el sultán equipó dos mil barcos y partió hacia el Oeste a la cabeza de su nueva Flota. Jamás regresaría. Por otra parte, apenas resulta posible imaginar cómo podían haber resistido el océano las frágiles falúas del sultán. Lo importante es que, antes del 1300, el sultán de Malí pudiese considerar que el Atlántico tuviese una orilla occidental y hubiese tratado de llegar a ella.

Falta aún por saber de dónde sacó sus informaciones. Lo más probable es que los africanos conocieran ya desde hacía largo tiempo la existencia de un continente occidental, hacia el cual sus antepasados tal vez habían podido navegar en las mejores condiciones. Analizando recientemente las coordenadas geográficas atribuidas a las ciudades por el sabio, de origen azerbaijano, Mohamed Nasredin, en un manuscrito de 1271, el investigador ruso J. Mamedbeili comprueba, con sorpresa, que el primer meridiano utilizado por Nasredin pasaba exactamente por el punto más oriental de la América del Sur.²

Por tanto, es normal que algunos historiadores, como el egipcio Zeki Bajá, consideren la expedición del sultán Muza como el *segundo* intento islámico

1. La corriente que atraviesa el *Al-Muhit* (nombre árabe del Atlántico) está descrita con gran exactitud en el texto del relato, tal como lo muestra E. Zechlin («Das Problem der vorcolumbische Entdeckung Americas», en *Historische Zeitschrift*, Munich-Berlín, 1935, vol. 1, pág. 152).

2. S. Warsavski: «Los enigmas del Nuevo Mundo», en *Nauka i Jizn*, núm. 9, Moscú, 1958, pág. 54.

para descubrir el Nuevo Mundo.¹ Y si hemos de creer al gran geógrafo árabe Abu Abdullah el-Edrissi (1099-1164), ocho jóvenes árabes partirían de Lisboa, en una improvisada nave, en dirección al Oeste, en 1125. Poseemos incluso el relato de uno de ellos. Después de veintitrés días de navegación, encontraron una primera isla. A diez días de ésta, desembarcaron en un suelo fértil, cerca de una ciudad resplandeciente, en la cual vivían hombres de tez cobriza. Pero si la descripción de los lugares puede aplicarse, rigurosamente, a América, la duración de la travesía (23 + 10 días) no corresponde a ningún dato real.

Actualmente circulan no menos de cuatro hipótesis sobre las relaciones precolombinas entre África y América. Sin embargo, no hay más remedio que admitir que, aparte los indicios de orden etnográfico sobre la presencia de negros africanos en América, no existe fundamento sólido alguno para apoyar ninguna teoría. Por su parte, el profesor americano Clifford Evans cree en una migración de poblaciones negras que navegarían desde las costas de Guinea hasta la isla de Marañón y atravesarían la península mexicana después de desembarcar en América. Esta migración terminaría, hacia el 100 a. de J. C., en la región de Guerrero, cuyos productos de alfarería antiguos representan, en efecto, hombres de aspecto negroide.

Antes de acabar este capítulo subrayemos que el *Popul-Vuh*, la «biblia» de los mayas-quichés, habla de un país de los antepasados situado fuera de América, donde viven «juntos, en buena armonía, hombres blancos y hombres negros». Si el carácter legendario de este texto impide esgrimirlo como una auténtica prueba, en todo caso es cierto que la ola en reflujo se llevó también consigo, diez o doce siglos antes de nuestra Era y en condiciones no bien determinadas aún, a hombres pertenecientes a las poblaciones del África negra.

1. A. Zeki Bajá: «Une seconde tentative des musulmans pour découvrir l'Amérique», en *Bulletin de l'Institut d'Égypte*, vol. II, 1919-1920, pág. 57.



LA PRUEBA A LA INVERSA

¿Volverá el alba...?

...Porque ellos se han marchado llevándose la tinta roja y negra.

Y los pueblos, ¿cómo se entenderán?

¿Y qué le pasará al país?

¿Y a la ciudad?

¿Qué ocurrirá?

¿Quién será nuestro jefe?

¿Quién será nuestro guía?

¿Quién nos mostrará el camino?

¿Quién nos dará las instituciones y la medida?

¿Quién será el ejemplo viviente?

¿De dónde seremos obligados a partir y quién nos servirá de antorcha y de luz?

CÓDICE AZTECA RAMÍREZ

También los americanos atravesaron el océano. Navegaciones fortuitas, estas últimas no constituyen por ello un argumento de los menos sorprendentes en favor de las relaciones directas entre los Mundos Viejo y Nuevo.

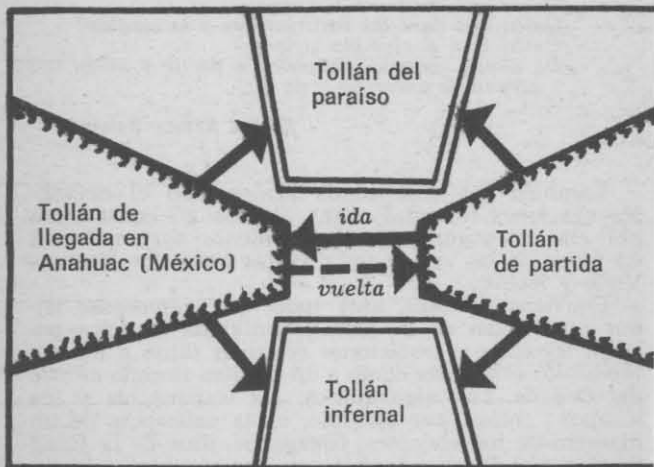
Conviene precisar, ante todo, que numerosas tribus que vivían en la costa oriental de América poseían leyendas y tradiciones relativas tanto a los *antepasados orientales* como a un paraíso situado *al este del Océano*. Los algonquinos, los wapanachis y los lenapos¹ creían, por ejemplo, en la existencia de un maestro de los vivientes, Glusgahbé, dios de la Edad de Oro, que llegó a América en una gigantesca barca de piedra recubierta de enormes árboles, para iniciarlos en las técnicas de la caza, de la pesca y de la gue-

1. Dan G. Brinton: *The Lenapes and their legendes*, Filadelfia, 1865, pág. 19.



rra, así como en las costumbres sedentarias. A semejanza de Quetzalcóatl, el rey-dios de los toltecas y los mayas, Glusgabhé era originario del este del Océano.

Para los micmecas de Terranova y de Nueva Escocia, el mismo dios se llama Glooskap y viene de una tierra oriental habitada por blancos. Las creencias de



Tollanes reales

Tollanes míticos

La cruz de los Tollanes

los lenapos se encuentran asimismo entre los menominis, una tribu de indios de los pantanos que esperaban el retorno de un dios blanco y barbudo llamado Manabuch. Llamados aún los «grandes blancos», los menominis tenían por tótem un conejo blanco. Entre ellos apareció en primer lugar la «asociación médica» de los chamanes, cuyo papel iniciático recuerda extrañamente a las costumbres análogas de los primitivos del Viejo Mundo. Finalmente, cuando Manabuch —irritado por el comportamiento de sus hijos espirituales— decidió regresar a su casa, atravesó el gran océano en dirección al Este, hacia un país rocoso, que podría ser las Orcadas, Islandia, Irlanda Occidental o el país de Gales inglés.¹

Los indios ojibos poseen tradiciones parecidas. Para ellos, los que se habían mostrado virtuosos y valientes en vida, eran recompensados con una estancia en el paraíso terrenal, situado en el lejano Este, al otro lado del océano, en el país de los antepasados superiores. Una creencia tal, a la vez inversa y simétrica de las tradiciones célticas, pudo muy bien servir de motor común a viajes en ambos sentidos. Incluso esta inversión muestra la validez del esquema como referencia legendaria de una situación geográfica real.

Entre los lenapos y los lekilenapos encontramos, además, la tradición de un blanco bienhechor que subiría al cielo después de su muerte. Los propios indios tenían una noción muy precisa de la existencia de un lejano país de origen, situado en una gran isla en el centro del océano, al Este. Daban a esta isla el nombre de Wak-an-da. Si no parece que se haya de ver en ella la legendaria Atlántida, el *Atzlan* de los aztecas y de los nahuas, podría muy bien tratarse de dos tradiciones superpuestas y alteradas por el tiempo. La primera sería la de la plataforma de las Bahamas sumergida; la segunda, el origen irlandés de una parte de los celtas que llegaron a América y que fueron asimilados por las tribus indígenas.

Eugène Beauvois hace notar que en el *Waham Ohim* —es decir, el conjunto de figuras pintadas realizado según las tradiciones de los lenapos del siglo XVIII— se hace alusión a una isla misteriosa situada ora al norte, ora al noreste de la antigua tierra de los delawarenses, o sea, en dirección a Irlanda. Esta tierra lleva el nombre *Tula*, y se recuerda que Islandia era precisamente, para los antiguos navegantes griegos y romanos... *la última Thule*. Por otra parte, *Tula* es, para los lenapos, la tierra de los antepasados que, ex-

1. W. J. Hoffmann: «The Menominis Indians», en *Fourteenth Annual Report of the Bureau of Ethnology*, Washington, 1896, página 3-328.

pulsados por la serpiente, llegaron al país antes de atravesar el océano. Probablemente se confunden aquí la vieja tradición difundida por los celtas y la más reciente aportada por los irlandeses perseguidos desde las Orcadas hasta Islandia por los vikingos y, desde aquí, hasta Groenlandia y, luego, hasta América, donde ocuparon los antiguos establecimientos celtas de Huitramanaland. En cuanto a la serpiente, tal vez hayamos de ver en ella el recuerdo de la figura de proa de los drakkars vikingos.

El *Popul-Vuh* de los mayas-quichés, como ya hemos visto, precisa que los antepasados eran originarios de una región del otro lado del océano en la cual hombres blancos y negros vivían en casas (en oposición a las cabañas de los indios). En determinada época, estos antepasados partieron hacia Tulán-Zuira, Vukub-Pek (las Siete Cuevas) o Vukub-Cirán (los Siete Acatilados), en busca de sus dioses.

Para los cakchiquels de la región de Texpán, en Guatemala, emparentados con los quichés, Tula o Tollán significaba también fuente de luz y, por extensión, *Levante*. De aquí que intervenga la confusión de los cuatro Tollán. Porque no existían sólo el Tollán de partida y el de llegada (Quetzalcóatl —el hombre— fue rey de los toltecas en Tollán o Tula), sino también el Tollán del paraíso y el del infierno. Extrañamente parecido al mundo céltico, el Tollán de partida ejercerá durante largo tiempo una gran atracción sobre los antepasados de los aztecas, los pueblos nahuas del México primitivo.¹

LOS NAUFRAGOS DE CORNELIO NEPOTE

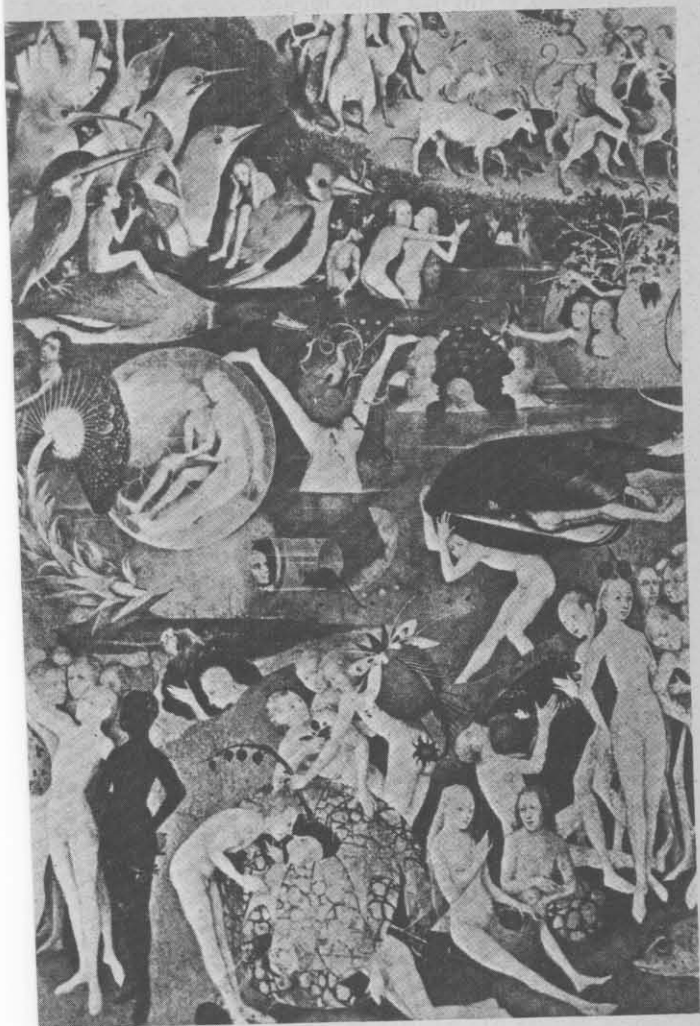
El historiador romano Cornelio Nepote informa que, durante su proconsulado en las Galias, Quinto Metelo Celer recibiría en ofrenda, por parte del rey de los boetos, algunos *indios* arrojados por la tempestad sobre el litoral de Alemania en el año 62 a. de J. C. Plinio² y el geógrafo Pomponio Mela³ relatan igualmente esta anécdota.

Durante largo tiempo se siguió al pie de la letra el texto y se consideró que se trataba, efectivamente, de «indios», es decir, de habitantes de la India. La

1. Eugène Beauvois: «La Thulé primitive, berceau des peuples du Nouveau Monde», en *Muséon*, núm. 3, 1891, págs. 211-215.

2. Plinio: *Historia Naturalis*, libro XI, 67.

3. Pomponio Mela: *Descripción de la Tierra*, libro III, caps. V y VIII, y Cronología.



Fragmento del tríptico del «Jardín de las Delicias», de Jerónimo Bosco. Representación del paraíso en el siglo XVI. (Foto Giraudon.)

confusión se explica tanto mejor cuanto que entonces se creía que existía una *ruta directa* entre la India y Alemania, pasando por el... mar Caspio. Esta creencia subsistía aún en la Edad Media y fue la causa de las aberraciones de ciertos mapas levantados por aquella época. Mas, para los antiguos —quienes cultivaban la idea de que un mismo océano bañaba las costas de la India y de Ceilán, del África «exterior» y de las Islas Británicas—, era lo más natural del mundo. Por otra parte, no hemos de olvidar que tanto para Cornelio Nepote como para los geógrafos de la Baja Edad Media, la palabra «India», lejos de designar un área geográfica determinada, era un *nombre colectivo* en el cual se englobaba, indiferentemente, todo cuanto presentaba un carácter más o menos exótico. En fin, no fueron las tribus germánicas —entre las cuales habían ido a parar estos malaventurados náufragos supervivientes— las que los definieron como indios, sino los romanos, a quienes les fueron ofrecidos.

En realidad, tenemos dos posibles explicaciones. La primera es la de que se tratara de esquimales o de indios de América del Norte. En efecto, si los «indios» propiamente dichos no se arriesgaban, habitualmente, a pescar en mar abierto, existen, sin embargo, algunos ejemplos de navegaciones amerindias hasta Europa. Así, en 1153, durante el reinado de Federico Barbarroja, una tempestad empujó hasta Lübeck una canoa de amerindios que se decían llegados de un «gran país, rico en peces» —probablemente, la futura «Tierra de Baccalaos» de los portugueses, Terranova y Labrador actuales, que se encuentran a la misma latitud que la costa alemana del mar del Norte.¹

Por lo demás, era frecuente que indígenas de Groenlandia, de Labrador o de otras regiones de América del Norte —situadas, en general, más arriba del cabo Hatteras— naufragasen en aguas europeas. De esta forma se registraron treinta y siete casos de travesías atlánticas entre 1150 y 1700, que, en su mayor parte, se tradujeron en descubrimientos de kayaks vacíos o portadores de cadáveres de indios o de esquimales en las costas de Noruega, islas inglesas, oeste de Escocia, Nuevas Hébridas, Islandia o Canarias. Aún pueden verse restos de estas embarcaciones —algunas de las cuales son, sin duda, precolombinas— en el Museo Etnográfico de Munich, en el Museo de Historia Natural de Edimburgo, en el Museo de Aberdeen, en la catedral de Trondheim (Noruega) y en la iglesia de Bourre (Orcadias).

Primero en 1506 y luego 1509, piraguas monóxilas

1. Véase P. Bembo: *Historia Venetae*, Basilea, 1576.

esquimales remontaron el curso del Sena, hasta Ruán. En la segunda de las embarcaciones descubriose un indígena aún vivo y otros seis muertos. El único superviviente fue presentado al rey Luis XII, que, casualmente, se encontraba en el Maine.¹ En 1562, otros indígenas fueron empujados hacia las costas de Bretaña, y en 1577, un kayak esquimal vacío chocó contra el litoral holandés. Humboldt cita aún otros casos, uno de los cuales se produciría en 1682, y otro, en 1684. En esta ocasión menciona incluso el kayak esquimal *intacto* que se exponía aún, en su tiempo, en la sede de la Sociedad de Pescadores de Lübeck.

Los cadáveres de amerindios descubiertos en las costas occidentales de las Azores, antes del viaje de Colón, y de los cuales había oído hablar el Almirante, atestiguan también que eran posibles tales navegaciones. Por otra parte, el historiador español Antonio de Herrera informa de numerosas aventuras de este tipo.² Pero si los hombres arrojados a las costas de Alemania, Holanda, Noruega o el estuario del Sena eran, en su totalidad, esquimales, los cuerpos encontrados en las costas canarias eran, sin duda, de auténticos *pieles rojas*, y lo mismo podemos decir de los naufragos de Cornelio Nepote.

En efecto, el «desembarco» del 62 a. de J. C. tuvo no sólo historiadores —entre ellos, Cornelio Nepote y Plinio—, sino también su ilustrador, en la persona de un artista anónimo que realizó, para tal ocasión, una *situla*³, de rasgos extremadamente característicos. Por lo menos resulta difícil explicar para algo distinto de este acontecimiento la extraña forma del objeto que lleva el número 826 de la colección Edmond Durand, adquirida, en 1825, por el rey Carlos X para el Museo del Louvre. Citaremos la descripción que nos da del mismo A. de Longpérier: «Busto de esclavo enteramente rapado, de orejas grandes y colgantes. La parte alta del cráneo se abre en medio de una charnela en forma de tapa. Bajo las orejas lleva dos anillos, en los cuales se ajusta un asa móvil que representa una rama de árbol, con sus nudos. Altura del objeto: 19,5 cm.»³

Por su parte, Émile Egger⁴ y Ceuleneer,⁵ que se

1. Alexander von Humboldt: *Examen critique de l'histoire et de la géographie du nouveau continent*, París, 1836.

2. Antonio de Herrera: *Historia general de las Indias Occidentales*, Madrid, 1728-1730.

³ Latín: *urna, cubo*. — (N. del T.)

3. A. de Longpérier: *Notice sur les bronzes antiques exposés dans les galeries du Musée Impérial du Louvre*, París, 1868, pág. 143.

4. E. Egger: *Mémoires de la Société des Antiquaires de France*, 1859, págs. 83-89.

5. Ceuleneer: *Type d'Indien du Nouveau Monde représenté sur un bronze antique du Louvre*, París, 1890.

interesaron por este bronce, sacaron las conclusiones lógicas. Especialmente Ceuleneer escribe: «Si se examina (este cráneo), queda uno sorprendido de los caracteres especiales que lo distinguen. El cráneo es dolicocefalo; la frente, huidiza; las orejas, grandes y bajas, y el lóbulo de la oreja se halla inclinado hacia dentro; tiene las cejas intensamente arqueadas, la nariz es aguileña, las comisuras de la boca están realzadas, y los labios son gruesos. El maxilar inferior se ve muy curvado y, bajo la región del occipital, se comprueba un saliente muy notorio. Varios de estos caracteres llaman mucho más la atención cuando se examina la cabeza de perfil...» La idea que tuvieron Egger y Ceuleneer de comparar este objeto con los indios representados al natural por el pintor y etnólogo americano del siglo pasado, S. Catlin, permite establecer el parecido con mayor seguridad aún.

Sin embargo, el inventario definitivo de todas estas travesías nos dice que fueron completamente fortuitas. No obstante, existe en América un documento —uno solo— que habla, a su manera, de una navegación voluntaria hacia el Este. Queremos hablar de las hojas 5 y 6 del *Codex Borbonicus* de los mayas-quichés, que muestran, en dos secuencias sucesivas, el *vaivén transatlántico del «animoso brujo»*. Pese a los símbolos y las representaciones coloreadas que sobrecargan estas dos figuras, se ve con toda claridad la gran corriente que brota de debajo del trono del dios oceánico Atlántéotl. En la primera figura, el héroe, desnudo (es decir, no adornado aún con las insignias a que se hará acreedor por su hazaña) se deja llevar por la corriente. En la segunda, remonta dicha corriente, y esta vez lleva todas sus insignias. Ahora bien, bajar con la corriente y remontarla luego —lo cual indica que hay ida y vuelta— equivale a utilizar la Corriente del Golfo. El nombre del héroe es Chalcuilticué, *el Brujo*.

Tal vez hayan de considerarse bajo esta luz ciertos esbozos de descubrimientos, como aquel del que se hizo eco la Prensa, por un momento, en 1965. Este año, el americano Howard Sandotform se había esforzado por demostrar que los nahuas, antepasados de los aztecas, habían abordado en distintas ocasiones las costas escocesas hacia el siglo VII de nuestra Era. Pero las ruinas de Strechford —en las cuales basaba él su teoría— revelaron que habían de ser atribuidas, en realidad, a los hombres de los megalitos.

Sin embargo, estos viajes transatlánticos tuvieron, de por sí, sus contrapartidas: travesías, fortuitas e intencionadas, del Pacífico.

HURONES DE OCASIÓN E INCAS VOLUNTARIOS

En sus *Lettres américaines*,¹ el conde Carli cita una nota publicada en 1774 por el *Journal des Sçavans* cuyo autor, el padre Charlevoix, incluía las declaraciones del abate Crillon. Este último afirmaba haber visto en el Tíbet una india hurón de América del Norte, que había atravesado el Pacífico. Había embarcado en una canoa junto con dos compañeros, indios como ella. Se desencadenó una tempestad, que los arrojó a las orillas de una isla lejana, al oeste del Pacífico. Tras múltiples aventuras, esta mujer habría llegado, finalmente, al Tíbet.

Por inverosímil que, de momento, puede parecer esta historia, se ha de tener en cuenta que los anales chinos dan noticia de muchas otras semejantes, con gran lujo de detalles. Así, en el capítulo IX del *Y chien tchen Y* podemos leer que, en el séptimo mes del año 1150 del calendario europeo, llegó a Fukien una embarcación extranjera. Su dotación estaba compuesta por tres hombres y una mujer, únicos supervivientes de un naufragio ocurrido lejos, en el océano. A bordo de una improvisada balsa lograron llegar a una isla situada al oeste del océano, en la cual permanecieron trece años. Entonces se hicieron de nuevo a la mar a bordo de una nueva embarcación que les llevó hasta Fukien, ciudad que conocía uno de los tres hombres, de origen chino. Muy joven, este chino había sido arrastrado por una tempestad hasta la orilla occidental del Pacífico, que, de esta forma, acababa de atravesar. Su mujer y sus dos amigos eran indios de América. Habían necesitado sesenta días para llevar a cabo la travesía, como es natural, independientemente del citado paréntesis de trece años.

La embarcación, tal como se nos describe (monóxila, sin balancín); la indumentaria de los cuatro viajeros (simple trozo de ropa que cubría el cuerpo); su tocado (los cabellos aprisionados por una cinta que les ceñía la frente); la costumbre de andar descalzos; el color de la piel... todo, en fin, parece asignar como punto de partida de la expedición el litoral del Canadá, la isla de Vancouver o la costa sur de Alaska. Por lo demás, las gentes de Fukien, que navegaban corrientemente en dirección a Nueva Guinea, Hawai o

1. J. R. Carli: *Lettres américaines*, Buisson, París, 1788.

Carolinas, jamás habían encontrado, en el curso de sus viajes, «hombres como aquéllos».¹

Aunque estas dos travesías fuesen puramente accidentales, la Historia ha conservado el recuerdo de otra travesía del Pacífico. Ésta completamente deliberada, y que hubo relaciones marítimas entre los incas y los polinesios. El primer vestigio que nos queda es una ceremonia ritual, a la que aún es posible asistir hoy en la isla de Mangareva, del archipiélago de las Gambier. En el curso de esta ceremonia guerrera, el legendario rey Tupa baila, con la cabeza tapada por una máscara de madera, en medio de hombres disfrazados, enmascarados y armados con lanzas.² Según los ancianos, esta danza conmemora la llegada, *hace mucho tiempo, del gran rey Tupa y de los suyos, en sus fabulosas balsas de madera ligera*, dirigidas con ayuda de planchas, que les servían de timón.³

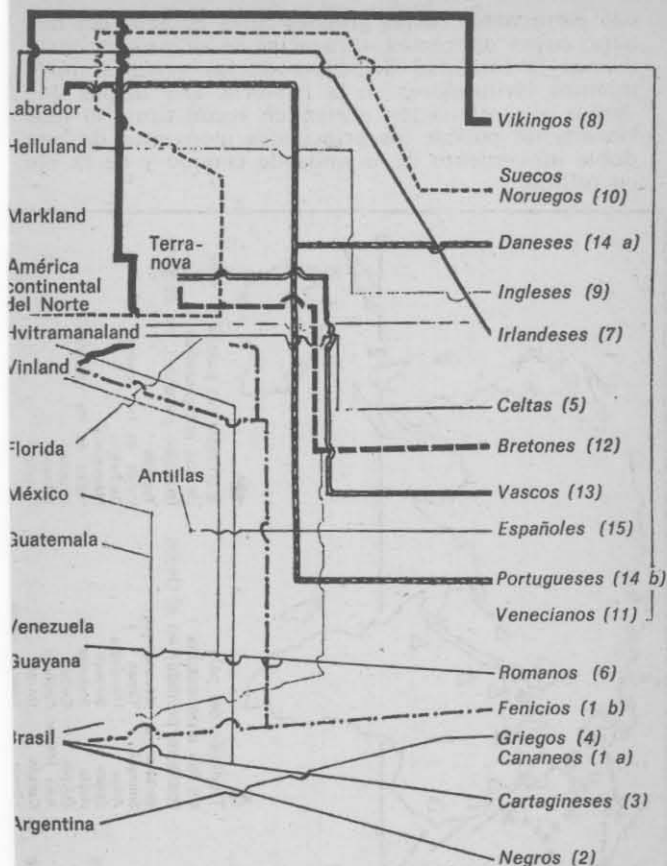
Comparando la ceremonia de Mangareva con ciertas leyendas peruanas, se ha llegado a reconstituir el gran periplo inca. Así, tenemos que el dios Tupa era, en realidad, el Gran Inca Tupa Yupanqui (1450-1485), que, maravillado por los informes de los «mercaderes y viajeros respecto a los viajes hechos por mar», montó una flota de cuatrocientas naves y se embarcó con algunos miles de hombres para un viaje oceánico de nueve meses. La tradición inca nos da incluso los nombres de las islas que sirvieron de escala: Acha o Achachumbi, Haguachumbi y Ninochumbi. Los incas tomaron de estas islas prisioneros de color, oro, plata, un trono de bronce, una piel y una quijada de caballo. El trono y los restos del caballo permanecieron expuestos en un templo de Cuzco, hasta la conquista.

Existen muchos otros vestigios de navegaciones amerindias hasta Polinesia. Por ejemplo, en la isla de Rapa, en las islas Marshall, Swallow, Marquesas, Mangareva e incluso Marianas Occidentales se encuentran

1. Sin embargo, es cierto que los antiguos chinos conocían la ruta de Vancouver, ya que recientemente se han descubierto monedas y una tumba chinas de la Baja Edad Media. R. Hennig recuerda que, en el siglo XIX, diez juncos japoneses habían sido desviados de su ruta y empujados hacia América. En 1813, Kotzebue oyó decir a los indígenas de las Carolinas que algunos de ellos habían ido a la deriva, durante más de ocho meses, antes de llegar, finalmente, hasta la isla de Rabae.

2. F. W. Christian: *Early Maori migrations evidence by physical geography and language*, Wellington, 1923.

3. Estos timones de planchas se llamaban, en Perú, *guarras*. Girolamo Benzoni (*La historia del Mondo Novo*, Venecia, 1572) describe también embarcaciones de este tipo. Estas balsas han sido reconstituidas en nuestros días por Eric de Bishop. Son muy marineras e incluso maniobran perfectamente contra el viento.



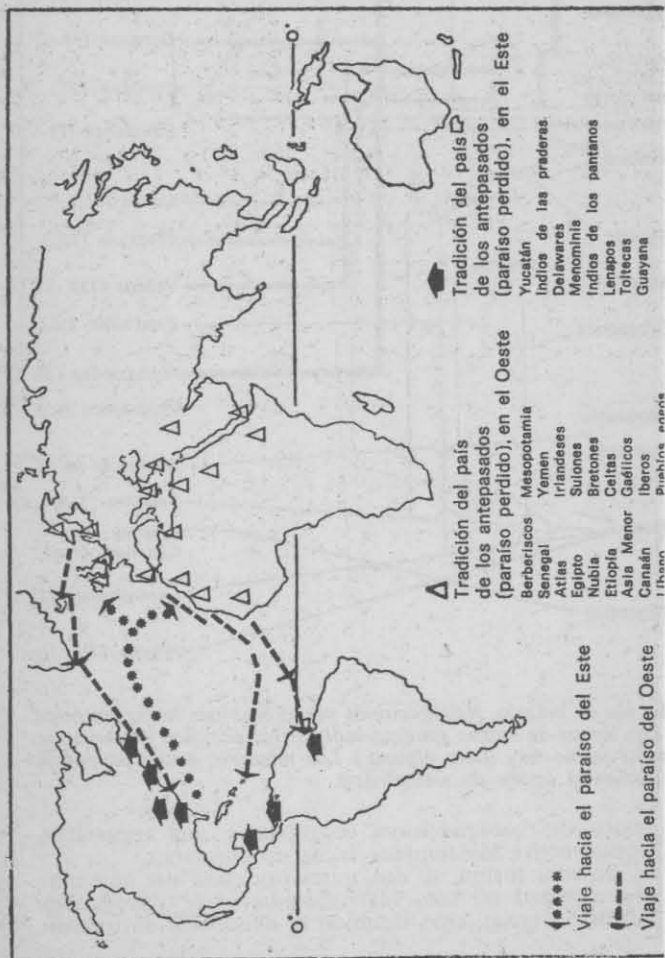
La ola en reflujó. Navegaciones precolombinas hacia América. Las líneas de trazos gruesos indican los periplos de cuya realidad ya no hay duda alguna.) Los números entre paréntesis señalan el orden de antigüedad.

restos de construcciones en terrazas, que recuerdan singularmente los templos incas en escalones.¹

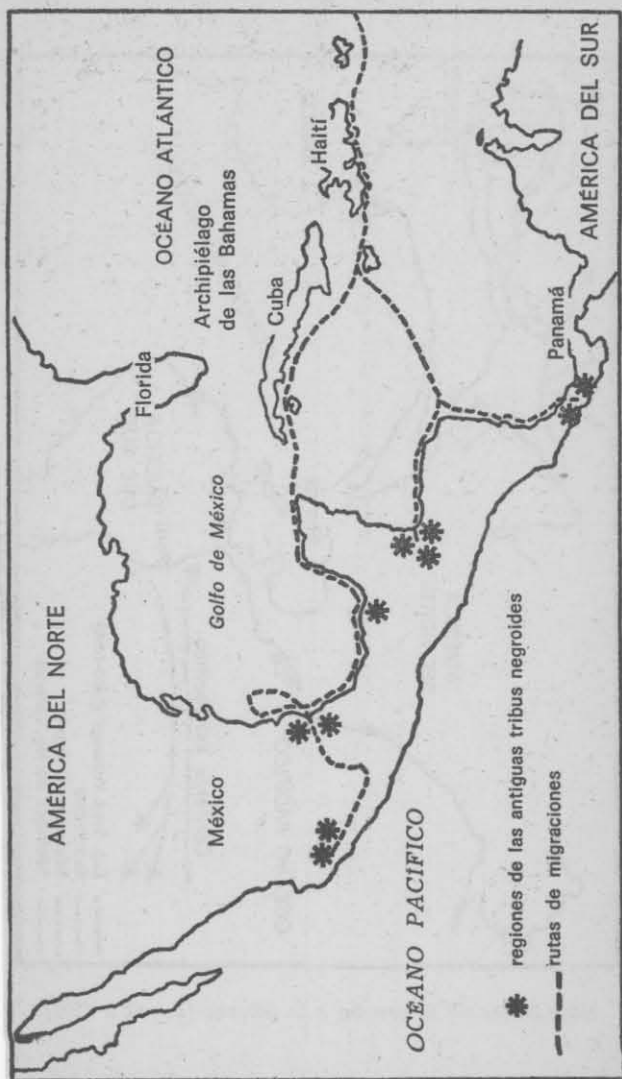
De esta forma, se nos muestran cada vez con mayor claridad no sólo las capacidades de navegación de los antiguos, sino también la existencia de un vai-

1. Thor Heyerdhal ha publicado recientemente un notable estudio a este respecto.

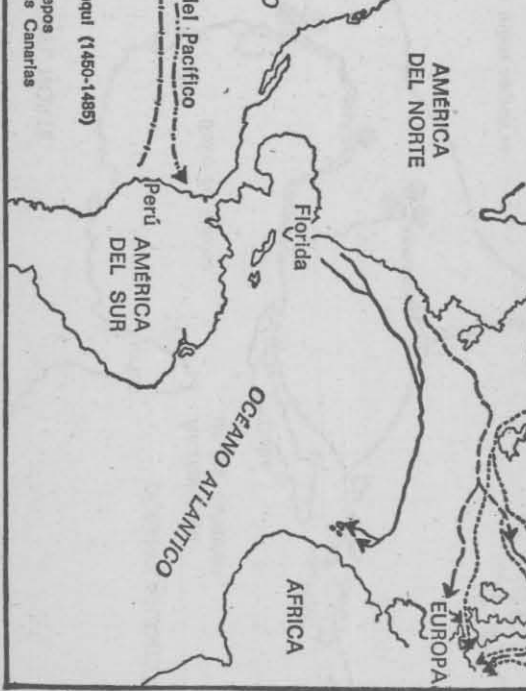
vén permanente en las grandes rutas de agua del Planeta, cuyas diferentes secuencias se organizan hasta darnos la totalidad del filme de los grandes movimientos civilizadores de la Historia. Los mapas que damos a continuación pretenden reconstituir lo más claramente posible los principales momentos de este doble movimiento de la onda de choque y de la ola en reflujó.



El hombre y el paraíso



Los negros en la América precolombina



AMERICA
DEL NORTE

Florida

Perú
AMERICA
DEL SUR

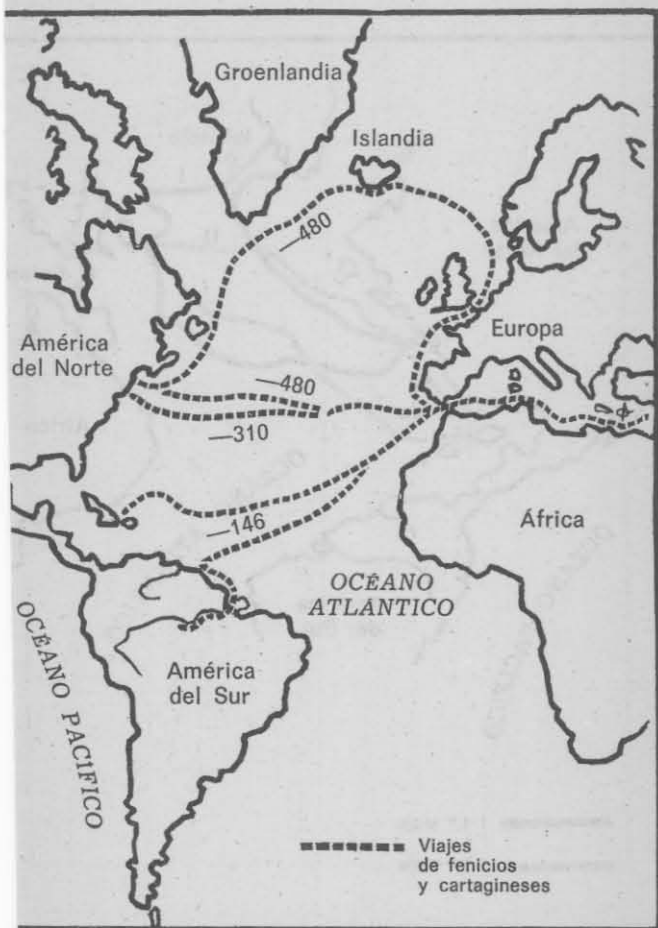
OCEANO ATLANTICO

AFRICA

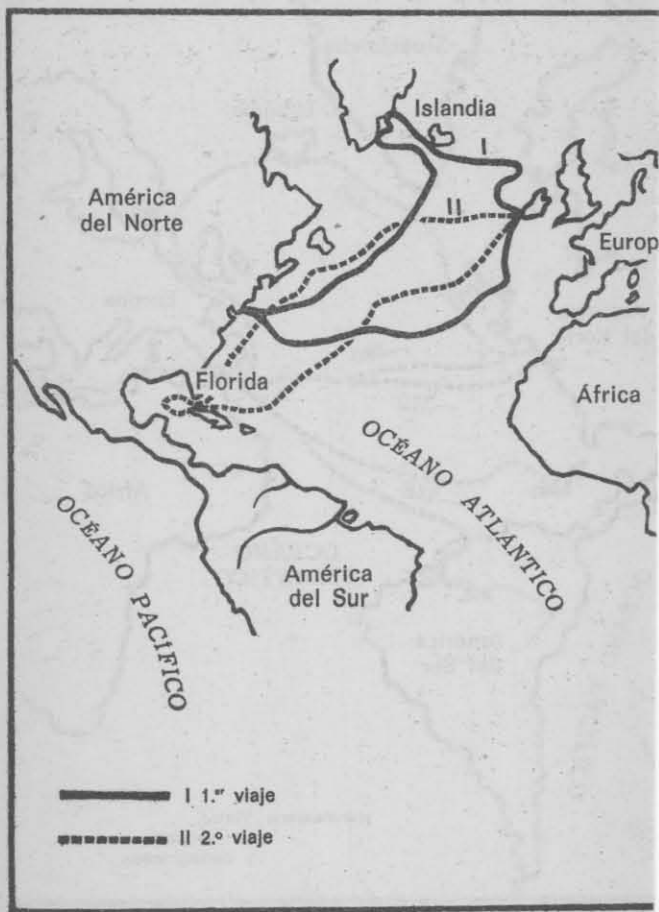
EUROPA

el Pacifico

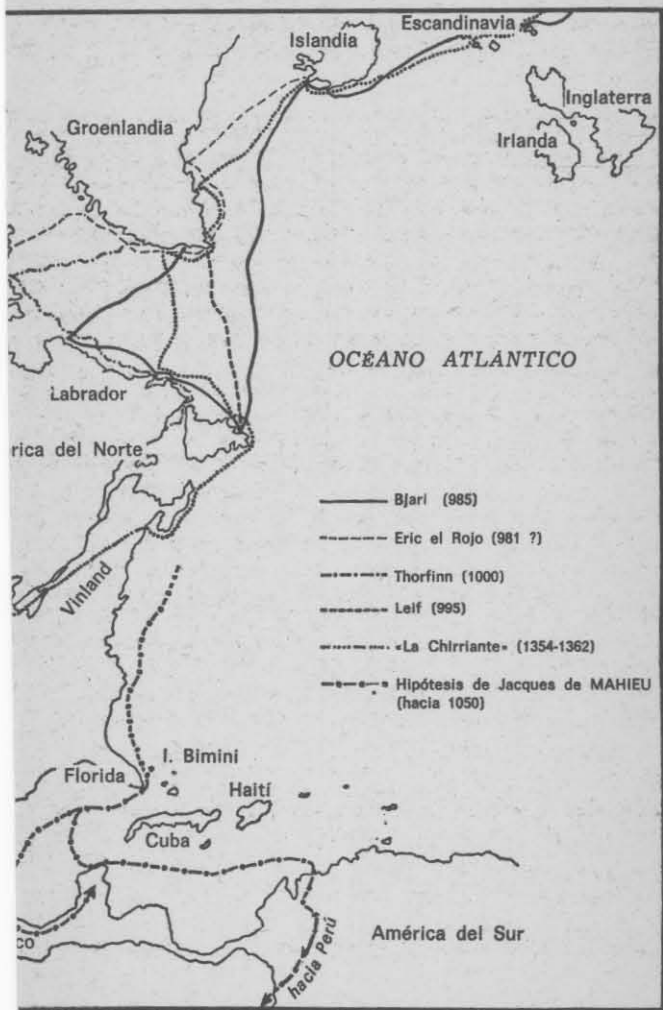
pos
Canarias
qui (1450-1485)



*Los «rojos» en América
Hipótesis de Ch. M. Boland*



Presuntos viajes de Brandán (siglo VI)



Los vikingos en América

LA REALIDAD SURGE DEL SUEÑO

Todo ello es cierto. Dios, Nuestro Señor, me ha dado la victoria, como a todos los que siguen sus caminos, en esta empresa que parecía imposible. Aunque otros hayan hablado de estas tierras, siempre lo hacían por conjetura, sin haberlas visto; y la mayoría de los que oían hablar de este asunto, lo tenían por una fábula.

CRISTÓBAL COLÓN, *Carta a Luis de Santángel, del 14 de febrero de 1493.*

Leyendas y tradiciones, relatos o testimonios directos, no conseguían nada. América seguía sin existir en la conciencia científica de los hombres. Aunque esta ausencia impedía la realización de la unidad geográfica del mundo, el pensamiento de los europeos seguía regido por una falsa unidad de principio, que los llevaba a ver en las regiones exploradas por ellos, como la Vinlandia vikinga, sólo una prolongación de su propio mundo hacia el Noroeste, y no un continente separado, radicalmente distinto.

La separación pudo imaginarse sólo después de la integración de América al mundo conocido y, especialmente, gracias a las observaciones de Vespucio. Mas para transformar un conocimiento teórico en otro práctico, para hacer surgir la realidad del sueño que la aprisionaba desde hacía milenios, era necesario que un hombre viviese ese sueño con los ojos abiertos y lo introdujese en la realidad de los demás. Elegido por la Historia y sabiendo imponerse a ella, Cristóbal Colón se convirtió en ese hombre.

COLÓN, EL 23.º PROFETA MAYOR DE ISRAEL

No he utilizado ni razón, ni cálculos, ni mapas mundis. Simplemente se ha cumplido lo que dijera Isaías.

CRISTÓBAL COLÓN,
Carta a los soberanos de España

*Colón (Cristóbal), navegante genovés (1451-1506);
llegó a América el 12 de octubre de 1492.*

Larousse de bolsillo

LA TARJETA DE IDENTIDAD DE UN DESCONOCIDO

Navegante, si no mediocre, por lo menos discutido, el hombre que, el 12 de octubre de 1492, alcanzó no ya América, sino una isla del Atlántico situada a más de 500 kilómetros del continente, no deja de sorprender a todos cuantos tratan de penetrar en el increíble laberinto de su biografía.

Verosímilmente, podemos creerlo cuando escribe: «Encontré al Señor muy favorable a mi designio, y, a tal fin, me dio ánimo e inteligencia. Hizo de mí un hombre muy instruido en Astrología. Me dio conocimientos suficientes tanto en Geometría como en Aritmética, y habilidad en el alma y en las manos para diseñar esta esfera y, sobre ella, las ciudades, los ríos y las montañas, las islas y los puertos, todo en su verdadero lugar. En este tiempo he leído y me he aplicado a estudiar toda clase de escritos de los cosmógrafos, de las historias, de las crónicas, de las obras de filosofía y de otras artes...» En realidad, no nos da absolutamente ningún dato de él. De aquí que nos

atrebamos a confeccionar una «tarjeta de identidad» de este enigmático personaje.

Nacido en el seno de una familia humilde, el descubridor de América fue ennoblecido por los Reyes Católicos, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, a los cuales debe el nombre con el que entró en la Historia. En el informe relativo al descubrimiento que dirige a los soberanos, el Almirante precisa: «Este mismo mes de enero, Vuestras Altezas me ordenaron ir a las citadas Indias con una flota suficiente; y, para este fin, me hicieron grandes favores y me ennoblecieron, autorizándome desde entonces a hacerme llamar Don.» Don *Cristóbal Colón*. Ahora bien, jamás ha habido un genovés llamado *Colón*. El hombre que *nació* en Génova —y sus admiradores están dispuestos a cruzar las espadas para sostenerlo— se llamaba *Colombo*, *Christoforo Colombo*. Por otra parte, autores de la época como Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés¹ o el portugués Barros lo llamaban exclusivamente *Colom*. De este último nombre, el gran biógrafo moderno de Colón, Salvador de Madariaga, cita la forma italianizada *Colomo*. Nos encontramos, pues, frente a cuatro nombres para un solo hombre: Colón, Colombo, Colom y Colomo.²

Si consideramos ahora al más autorizado de sus biógrafos, su hijo don Fernando Colón, nos enteramos de que: «Para adaptarlo a la patria en que vivía y tomar un nuevo estado, modificó el nombre respecto a su grafía original y se hizo llamar Colón. Ello me inclina a creer que, lo mismo en que casi todo lo que hacía estaba rodeado de misterio, en lo que concierne a su cambio de nombre y apellido debió seguramente de haber misterio.» De todas formas, sólo podemos registrar el nombre con que era conocido al morir: Don Cristóbal Colón.

Sin embargo, al llegar a este punto surge otra cuestión. Desde el momento en que se trata de un nombre «prestado», conviene preguntarse, en efecto, si tiene algún significado y cuál puede ser éste. Ahora bien, el cronista de la época Bartolomé de las Casas³ escribe, a este respecto que «a fin de cumplir la divina voluntad, el Almirante llevaba un nombre que indicaba a él solo su misión». En efecto, *Christoforo* significa *Christo Foros*, o sea, «el portador de Cristo», en consecuencia, el introductor del cristianismo en las

1. Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés: *De la natural historia de las Indias*, Madrid, reimpresión, Ediciones Summa, 1942.

2. Confusión que pusiera de relieve por primera vez Salvador de Madariaga en *Christophe Colomb*, París, Calmann-Lévy, 1952, págs. 79-95.

3. Bartolomé de las Casas: *Historia de las Indias*, Madrid, 1952.



Signos alfabéticos y antiguas escrituras: tablilla de Karanowo (Bulgaria) (arriba, a la izquierda); antigua escritura siria de tipo cananeo (arriba, a la derecha); inscripción descubierta en Cave Creek, Estados Unidos (arriba, en el centro); inscripción glozeliana (abajo). (Fotos «Science et Avenir» y del autor.)



nuevas tierras, y Colón = el colonizador. Por otra parte, Colón firmaba, en latín, *Christum ferens*. Notemos, de pasada, que Colón «diose» este nombre *antes de su partida, incluso antes de establecer contacto con los soberanos españoles*, lo cual revela una ciega fe en sí mismo y en su misión.

No menos enigmática es la fecha de su nacimiento. Andrés Bernaldez, amigo de Colón, capellán de la expedición y, más tarde, su cronista, a quien el Almirante confiaría su Diario de a bordo, se inclina por la más vieja de las *diecisiés* fechas posibles cuando escribe: «El cual almirante, Don Cristóbal Colón, de maravillosa y noble memoria, nacido en la provincia de Milán, cuando estaba en Valladolid en 1506, en el mes de mayo, murió *senectute bona*, descubridor de las Indias, a la edad de setenta años aproximadamente.» La sustracción da: $1506 - 70 = 1436$.¹

De las afirmaciones del propio Colón en su Diario de a bordo en 1492, así como de una carta de 1501, resulta que su primera navegación se remontaría a 1461 aproximadamente. Pero en otra carta escrita a Fernando e Isabel desde Jamaica el 7 de julio de 1503, declara que tenía veintiocho años cuando entró a su servicio, en 1483. Ello nos daría como fecha de nacimiento el 1455. Pero como sus comienzos cual navegante se sitúan hacia los catorce años, tenemos también: $1461 - 14 = 1447$. Fecha que volvemos a encontrar si nos remitimos a las propias afirmaciones del Almirante, según las cuales en 1484 hacía ya veintitrés años que navegaba, sin olvidar que se embarcó por primera vez a los catorce años. En efecto, $1484 - 23 = 1461$, y $1461 - 14 = 1447$. Sin embargo, otros extractos de su correspondencia establecen que tenía justamente treinta años cuando llegó a España. Por consiguiente, $1483 - 30 = 1453$. Otros cálculos han permitido igualmente obtener la fecha de 1451, a la cual se ha atendido la mayoría de sus biógrafos.

Tal confusión nos lleva a preguntarnos si, a semejanza de lo hecho con su nombre, la fecha de su nacimiento no sería elegida con una finalidad demostrativa o mágica. Esto tendría especialmente significado en el caso de la fecha más generalmente admitida, o sea, entre el 26 de agosto y el 31 de octubre de 1451... y, verosímelmente, hacia finales de setiembre de 1451. El Almirante pertenecería entonces al signo zodiacal de Libra, que en aquella época era interpretado de la manera siguiente: «Los nacidos entre mediados de setiembre y mediados de octubre serán muy poderosos. Serán tomados y honrados al servicio

1. Más tarde se creyó que se trataba de una falta de imprenta. Setenta en lugar de sesenta, lo cual daría 1446 para el nacimiento.

de los capitanes. Caminarán por varios lugares desconocidos y llegarán a países extranjeros...»¹ En consecuencia, Colón tendría la ventaja de haber sido designado por el propio cielo para llevar a cabo esta misión. Además, la fecha de nacimiento del navegante sería colocada de esta forma en posición de balanza * —exactamente en el medio— entre las fechas de nacimiento de los señores que lo emplearon: Isabel (22 de abril de 1451) y Fernando (2 de marzo de 1452)...

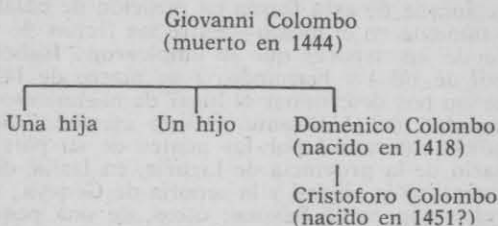
Quedan por determinar el lugar de nacimiento y la nacionalidad del Almirante. Oviedo escribe: «Según he podido enterarme por las gentes de su país, era originario de la provincia de Liguria, en Italia, donde se encuentran la ciudad y la señoría de Génova; unos pretenden que es de Savona; otros, de una pequeña ciudad llamada Nervi, que se halla del lado de Levante, junto al mar, a diez leguas de la costa de Génova, pero se cree más seguro que sea de un lugar llamado Cugureo...» En las cartas de Pedro Mártir, publicadas en España poco después del descubrimiento, se habla de «Christoforo Colombo, genovés...» Y Las Casas dice no estar seguro del lugar en el que nació el Almirante. *En cuanto al propio Colón, jamás escribió de su puño y letra nada que pudiera hacer pensar que era originario de Génova. Y su hijo, don Fernando Colón, no puede ser más equívoco en este sentido. «Hay personas —escribe— que, de una cierta forma, quieren oscurecer su fama y, así, dicen que es de Nervi; otros, de Cugureo; otros, de Bugiasco, pequeños pueblos costeros situados en las proximidades de Génova; otros, deseosos de realzarlo más, dicen que era de Savona; y otros, genovés; y otros, que le temen aún menos a la inexactitud, lo quieren nacido en Placencia, donde hay personas muy honorables de su familia y tumbas con armas y epitafios de los Colombo...»*

Seis nombres en cinco líneas, y ello tras investigaciones *in situ*, y ninguno en el que poder detenerse, ni en Génova ni en la región, hacen más que improbable poder descubrir hoy la verdadera patria de un hombre cuyo propio hijo ignoraba dónde había nacido su progenitor.

1. *Calendrier et Compost des Bergiers*, Guido Marchant, Paris, 1491.

* En francés, *balance* significa balanza y Libra. — (N. del T.)

Sin embargo, a primera vista parece bastante clara la genealogía genovesa del Almirante:



Giovanni Colombo era oriundo de la ciudad de Moconesi, en el valle de Fontavabuona, y vivió en Quinto, arrabal de Génova. Domenico Colombo, primero aprendiz y luego maestro tejedor, fue luego guardián de la torre de la Puerta Dell'Olivella, en Génova. Si Colón no era genovés, es preciso convenir en que los documentos referentes a su familia son apócrifos —lo cual no es imposible—, o bien que el Colón nacido en Génova no tiene nada que ver con el que descubrió América.

Incluso se han emitido hipótesis resueltamente antigenovesas sobre el nacimiento del Almirante. Según Lorenzo de Bradi, sería corso. Se ha visto en él hasta el hijo ilegítimo del almirante-corsario francés Case-neuve-Coullon.¹ En fin, el estudio de sus documentos ha permitido comprobar que escribía muy mal el italiano y redactaba casi siempre sus notas en latín, a la manera de alguien que pensara en castellano, lo cual hace que se le haya atribuido incluso origen español. En realidad, todo cuanto puede afirmarse en este sentido es que la hipótesis comporta más contradicciones de las que puede soportar.² En efecto, henos aquí en presencia de un italiano que —como ha mostrado Salvador de Madariaga— lee italiano, pero prácticamente no lo escribe; que sabe español mucho antes de su llegada a España y cuyo latín, aprendido antes de su estancia en Portugal, es el de un español autodidacta.

¿Cabe imaginar a un Colón italiano cuya lengua materna había sido el español, a un Colón español na-

1. El propio Colón escribió, en una carta dirigida a la nodriza del príncipe don Juan de Castilla: «No soy el primer almirante de mi familia.»

2. Para su amigo Bernáldez, Colón estaba dotado de la más viva imaginación. Menos complaciente, el portugués Ruy de Pina lo describe como aquel que «iba siempre más allá de los límites de la realidad al explicar sus cosas».

cido en Italia? ¿O bien estaríamos ante *dos Colón*, o ante un hombre que se rodea de misterio porque desea ocultar *su origen judío*? M. Gaya y Delrue —que lanzó, con su correspondiente escándalo, la primera de estas hipótesis— subrayó que «todos los biógrafos de Colón han observado que el Almirante, a partir de 1485 y, más precisamente aún, después de 1492, da la impresión de *no conocer bien su propio pasado*, sobre el cual explica una especie de fábula muy mal aprendida». En efecto, esto podría sugerir la idea de un origen genovés endosado por alguien que no tenía nada de italiano. De esta forma podría explicarse la ignorancia de su «lengua natal» manifestada por el Almirante, y las groseras contradicciones entre los distintos recuerdos que evoca, sin la menor preocupación de coherencia.

La articulación entre los dos Colón nos la podría proveer la historia de un naufragio. Siendo aún muy joven, el que con el tiempo descubriría América, participó en una escaramuza naval. Promovido a almirante, la explicaría en estos términos a los soberanos españoles: «Cierta día, el rey Renato, al que Dios ha llamado ahora con él, me envió a Túnez para apoderarme de una galeaza llamada *Fardinandine*; pero cuando nos acercábamos a la isla de San Pietro, en Cerdeña, me enteré de que había allí dos naves y una carraca con la galeaza. Entonces se sublevó la tripulación y decidió no continuar el viaje... Al ver que no podía cambiar la voluntad de mis hombres, accedí a sus demandas y, cambiando la atracción de la aguja (es decir, trucando la indicación de la brújula), me di a la vela a la caída de la noche, y al llegar al alba nos encontrábamos cerca del cabo de Cartagena...» El hecho es no poco instructivo, y nos muestra a un Colón astuto, buen marino, que, algunos años más tarde, a las órdenes de Caseneuve-Coullon, luchará *contra Génova*. Cerca del cabo San Vicente se desencadena luego una tempestad, de la cual es *o no* uno de los raros supervivientes.

Entonces sería cuando el falso Colón, que se encontraría en la misma nave, remplazaría al verdadero —el genovés—, de cuya confianza gozaría, y se apoderaría de sus documentos, mientras que el verdadero Colón moriría o desaparecería de una u otra forma. En este caso, el hombre que se llamaba efectivamente Cristóbal Colón moriría el 13 de abril de 1476, dieciséis años antes del descubrimiento de América. En cuanto al Almirante, sería un impostor, cuyo origen permanecerá desconocido para siempre. Por lo menos cincuenta historiadores que han escrito sobre Colón en los últimos cincuenta años, han considerado esta explicación de la doble personalidad de Colón.

La otra hipótesis —que Salvador de Madariaga considera mucho más seria y que propuso por primera vez el historiador español don Vicente Paredes— es la del origen judío del Almirante. En esta interpretación, habría pertenecido a la ilustre familia de judíos conversos de la *Santa María*, a la que aludiría el nombre de su futura nave almirante. Para García de la Roega, Colón habría sido incluso un judío gallego perteneciente a la familia de conversos Colón, que había abandonado España hacia el 1444 y cuyo patriarca se llamaba Domingo —como el italiano Domenico Colombo—, y sus dos hijos, Cristóbal y Bartolomé Colón...¹ Se ha pretendido incluso que la familia Colón abandonaría España mucho antes, en 1391. Madariaga hace notar, a este respecto: «Un Colón judío resuelve el problema. Nótese su extrema movilidad y la de su hermano Bartolomé. De por sí, este hecho constituye sólo una simple indicación. A la sazón, España y Portugal estaban llenos de genoveses que seguían siendo genoveses. Colón fue portugués en Portugal y castellano en Castilla... Bartolomé, su hermano, mostrará las mismas facultades de adaptación...»²

Algunos escritos del Almirante, algunas notas, al margen, en sus lecturas, nos permiten, sin embargo, ver con mayor claridad en este sentido. El más importante es el *Mayorazgo*, de 1498, en uno de cuyos pasajes Colón habla sobre su firma: «Don Diego, mi hijo —escribe—, o el que fuere el heredero de este mayorazgo, tras haberlo heredado y haber obtenido la posesión del mismo, firmará con la firma que yo utilizo en el presente, que consiste en una X, con una S encima, y una M, con una A romana encima y, encima de ésta, una S, y luego, una Y con una S encima, con sus rasgos y trazos, como yo hago al presente... Y firmará sólo con la palabra *el almirante*, aun cuando el rey le dé o él merezca otros títulos.»

Los historiadores cristianos del Almirante han transcrito muy incorrectamente la posición de estas letras y han añadido algunos puntos. La finalidad de esta falsificación era la de establecer qué significaban las abreviaturas.

1. Recientemente, el historiador argentino R. Pineda Yáñez ha creído encontrar una explicación del origen genovés atribuido al Almirante en una observación de orden lingüístico. Colón sería un judío converso (*ginovés* en gallego), hijo de un marino gallego. Ahora bien, *ginovés* se parece bastante a la voz española para designar a los *genoveses*...

2. Salvador de Madariaga: *Christophe Colomb*, Paris, 1952, página 82.

.S. Señor
.S.A.S. Su Alta Señora
.X.M.Y. Excelente, Magnífico e Ilustre.¹

esta sucesión de letras era la de los títulos honoríficos en los documentos de la época, y no dice nada en absoluto de la representación *triangular* que se encuentra en el *Mayorazgo*, ni de su texto (una M con una A romana encima y, sobre ésta, una S para la línea vertical del centro).²

En realidad, pocas dudas caben aquí. En la disposición que les daba el Almirante, estas letras representaban *la estrella de David*, y, en cuanto al sentido, constituían, como lo ha demostrado bien Maurice David,³ un *kaddish*, inscripción benéfica que el desconocido llamado Colón utilizaba, quizá, para desahogar sus remordimientos de converso. El profesor de Historia judío, J. R. Marcus, propone, para este *kaddish*, el texto siguiente:

SHADAI
SHADAI — ADONOI — SHADAI
YAHWH — MALE — CHESED

que es una invocación guerrera al Dios santo y único, al Dios de los Ejércitos del Antiguo Testamento.

Lo mismo que en sus cálculos sobre la edad del mundo Colón se remitía únicamente a la antigua tradición judía, así también jamás dejaba de trazar en cada página de las cartas que enviaba a su hijo, y *siempre en el mismo lugar*, un monograma formado por el entrelazamiento de las letras hebreas beth y hai, que no es sino *borush hashem*, vieja fórmula de saludo y bendición judíos. Nótese que el Almirante empleaba dicha fórmula únicamente en las cartas de carácter confidencial.

Veamos todavía un detalle, antes de acabar, puesto de relieve por el doctor Cecil Roth. La flota de Colón zarpó el 3 de agosto de 1492, antes del alba. Ahora

1. Abreviaturas españolas de la época.

2. Un buen estudio de la cuestión es el del doctor Cecil Roth, «Who was Columbus?», aparecido en el *Menorah Journal*, vol. XVIII, octubre-diciembre de 1940. Antiguos autores pretendieron ver en estas letras una fórmula de bendición cristiana o de invocación de la misericordia divina. El carácter artificial de esta interpretación resulta, particularmente, del significado prestado a las letras X, M e Y, que serían, respectivamente, las iniciales de Cristo (Jesús), María y José.

3. Maurice David: *Who was Columbus?*, Nueva York, 1933.

bien, en el calendario hebreo, esta fecha corresponde a la de la noche del 9 ab, día de duelo y de ayuno, aniversario de la toma de Jerusalén por el emperador Tito. Y si la flota no partió el 2 de agosto, aun cuando todo estaba preparado, fue, sin duda, porque el que trabaja el 9 ab no tiene derecho a la bendición y, por tanto, no puede esperar ningún éxito. Y el almirante tenía gran necesidad de esta bendición, él, que, en una carta a los reyes de España, y por un extraño lapsus, hacía coincidir el asentimiento dado a su viaje, con la expulsión de los judíos de España.

De Amp. el qual dadas el año 1492 a los 9 de agosto
 De Amp. fize y mandas a los 9 de agosto de 1492
 A los reyes de España
 Juan de Almirante

Con frecuencia se ha querido ver en el profundo conocimiento que tenía Colón de las Escrituras y, particularmente, de los textos hebreos apócrifos, así como en su excesiva admiración por la cábala, los signos de un ferviente cristianismo, que haría de él un franciscano después de su retorno a Cádiz.¹ Pero esto representa sólo una parte del saber de Colón, que proviene también de fuentes típicamente judías y no exclusivamente religiosas, como demuestra su conocimiento de la *Historia de los judíos*, de Flavio Josefo, que cita hasta en sus cartas a los soberanos.

Recordemos, para terminar, el orgullo con que el Almirante recalca una y otra vez que —de igual forma que David, quien fue servidor del mismo Dios—, habiendo partido de la más humilde situación social, había adquirido títulos que sólo los reyes podían conceder, y se convendrá que difiere singularmente de lo que dicen de él las noticias biográficas corrientes.

1. Por otra parte, es posible que la elección, por parte del Almirante, del hábito de los discípulos de san Francisco, correspondiese a la liquidación de una deuda de reconocimiento. Colón habría dado las gracias de esta forma a la Orden, por haberle entregado, mucho tiempo antes de su partida —en la época en que él compilaba su documentación—, *cartas marinas* en las cuales figuraba el trazado del «camino perdido» hacia el Nuevo Mundo. Debemos esta observación a C. Bessonnet-Favre, quien, en su libro *Jeanne d'Arc, tertiaire de Saint-François* (París, 1895), nos dice que, en «sus archivos, los franciscanos habían encontrado las cartas náuticas que fueron confiadas a Colón algunos años más tarde».

LOS VIAJES

Suele afirmarse que Colón realizó cuatro viajes transatlánticos, escalonados entre 1492 y 1504. Incluso éste es inexacto. En realidad fueron *cinco* los viajes que llevó a cabo el Almirante, y precisamente el primero de ellos es el que se pasa por alto. En efecto, antes de navegar hasta las Lucayas, en 1492, Colón llegó casi a Groenlandia, siguiendo las huellas de los hermanos Zeno.

La historia oficial se limita a señalar que, en 1476, Colón partió de Lisboa para Bristol, en Inglaterra, puerto enlazado, por medio de viajes regulares, con el puerto irlandés de Gallway. A su vez, los pescadores de Gallway iban frecuentemente hasta Islandia. Don Fernando Colón y Las Casas citan esta afirmación del Almirante: «En febrero de 1477 navegué 100 leguas más allá de la isla de Thule. La parte meridional de esta isla se encuentra a 73° de latitud Norte, y no a 63°, como algunos pretenden. Esta isla no está situada, en modo alguno, en el meridiano que le asignó Tolomeo y que cierra nuestro Occidente, sino mucho más al Sur. A esta isla, tan grande como Inglaterra, los mercaderes ingleses, y especialmente los de Bristol, se dirigen habitualmente. En el tiempo en que estuve en ella, el mar no estaba helado.»

No cabe duda de que las cosas habrían seguido como estaban si, en 1961, A. Bernardini-Sjoestdt no hubiese decidido prestar una atención mayor de la que se le había concedido hasta entonces al ejemplar de Colón de la *Historia rerum ubique gestarum* de Piccolomini (el Papa Pío II), aparecida en Venecia en 1477. En efecto, en ella encontró escrita, de puño y letra del Almirante, y en uno de los márgenes, una nota relativa a los chinos (en latín, *seres*):

Nota et de Seres multa nobis spectantibus

$$P \uparrow 7 \varphi \div 78 = 849 \gamma 8,$$

cuya traducción y descifrado darían:

Hemos visto muchas cosas entre los chinos

P = posición,
↑ = longitud,
÷ = latitud.¹

1. Nota publicada, en facsímil, en *Raccolta Colombiana*, vol. III.

El lugar en el que Colón ha «visto muchas cosas entre los chinos» estaría situado, por tanto, a 7° de longitud Oeste de la isla de Hierro, en el archipiélago de las Canarias, tomado como meridiano cero, y a 78° de latitud, lo cual corresponde, efectivamente, a 849 y 8 u 849,8 gnomones.¹ En cuanto a los «chinos», serían, simplemente, esquimales.

Tal fue el primer viaje de Colón y uno de sus secretos. Incluso es posible que fuese su encuentro con los esquimales lo que reforzara su idea de que encontraría chinos si navegara, casi en línea recta, desde España hacia el Oeste. En este viaje, sólo la ida suponía no menos de 6.500 kilómetros (de ellos, más de 3.800 desde Bristol hasta Groenlandia), es decir, más que el viaje del descubrimiento y por aguas mucho menos seguras.

Para conocer al Colón *marino*, lo mejor es dejar hablar de nuevo a él mismo, así como a algunos de sus contemporáneos. En una carta dirigida a los soberanos en 1501, escribe: «He leído todos los libros de Cosmografía, de Historia, de Filosofía y de otras ciencias, a fin de que Nuestro Señor abra mi inteligencia con una mano tangible para que pudiese navegar desde aquí hasta las Indias, y he puesto toda mi voluntad en ponerlo en ejecución...» Y Miguel de Cuneo, compañero del segundo viaje: «Desde que Génova es Génova, no ha nacido un hombre tan magnánimo y tan pronto como veía una nube o una estrella nocturna, indicaba la ruta que se debía seguir; cuando el tiempo era malo, mandaba personalmente y dirigía incluso el timón.» Sin embargo, según la opinión de uno de sus pilotos, Martín Alonso Pinzón, Colón fue sólo un mal marino y un cartógrafo muy mediocre. Y es cierto que a menudo se muestra un croquis autógrafo del Almirante representando la costa septentrional de Haití, dibujado de manera bastante poco rigurosa incluso para la época.

No obstante, Samuel Eliott Morisson está convencido del «alto» saber del Almirante en materia de navegación astronómica. Mas para ello se basa en el Diario de a bordo de Colón, en el cual no parece haber sabido determinar con precisión la simple latitud, sirviéndose, como solía hacerse, de la observación meridional del Sol, practicada desde hacía siglos por los árabes. En sus dos últimos viajes, Colón realizó observaciones polares correctas, pero no ocurrió lo mismo durante el viaje del descubrimiento. En fin, numerosos autores, como Pereira de Silva, Lawrence Wroth,

1. El gnomon es una especie de gran estilete del que se servían los astrónomos para conocer la altura del Sol y que se utilizaba también para calcular la latitud.

Alberto Magnani, Chrichton Mitchell, S. de Ispizúa, A. F. de Costa, E. D. Alberts, etc., comprueban la misma ausencia de conocimientos marítimos en Colón. No obstante, dicha ausencia concierne principalmente al sentido práctico de la navegación.

Ninguna de estas críticas es de tal naturaleza como para inquietar al Almirante. ¿Acaso no descubrió América navegando «a su manera»? Y entonces se comprende que, para Colón, la inspiración procedía menos de los cálculos o, por ejemplo, del mapa trazado en 1480 por Toscanelli —y del cual tenía conocimiento, por lo menos, desde 1480—, que de la... Biblia, y, más particularmente, del libro apócrifo del profeta judío Esdras, que sabía casi de memoria y que fue el verdadero guía de sus navegaciones.

Esdras había escrito:

41. El segundo día creaste el firmamento y le ordenaste que se separasen las aguas de las aguas, de forma que se elevasen una parte de las mismas por encima del firmamento y que la otra parte se colocara por debajo del mismo.

42. *El tercer día ordenaste a las aguas que se reunieran en la séptima parte de la tierra, dejaste en seco las otras seis partes y destinaste algunas de ellas a ser cultivadas por tus propias manos.*

Y Colón, que tenía una fe ciega en este texto, había basado todo en la idea de que, al estar repartida equitativamente la séptima parte del agua entre las dos mitades del Globo, la distancia que separaba España de la India constituía una séptima parte de la circunferencia de la Tierra, es decir, $360^{\circ}/7$, teniendo en cuenta que un grado mide 50 millas, ello daba:

$$51 \times 50 = 2.550 \text{ millas, ó } 6.375 \text{ leguas.}$$

Ahora bien, por una increíble coincidencia, y partiendo de un cálculo falso, Colón llegó a determinar exactamente una distancia real. Añadamos que incluso cometió un segundo error al contar en millas italianas, que eran inferiores a las millas árabes de Toscanelli, lo cual había hecho pasar la longitud del grado de 56,66, a 55 millas a la altura de las Canarias. «El final de España y el comienzo de la India no se hallan demasiado alejadas entre sí», escribió ateniéndose a la distancia determinada de tal forma. Y, en realidad, daría con islas *exactamente* allí donde pensaba encontrar la India.

Los miembros de la Comisión real reunida para examinar la proposición de Colón le habían impuesto

ciertas dilaciones, en razón, justamente, del carácter poco científico de su demostración. Y no podemos por menos de admitir que, al mezclar, de manera tan ininteligible como apasionada, a Toscanelli y Edras, Marco Polo e Isaías, podía perfectamente pasar por un iluminado. Sin embargo, al descubrir el Nuevo Mundo sólo con ayuda de Esdras, Colón haría la prueba del error de los sabios. Tomaba sus propios errores como cosas de lo alto, él, que escribía a los soberanos españoles: «Me habría gustado verlos en este viaje. Creo que los espera otro viaje, que exige conocimientos diferentes. *Para los de nuestra fe no existen.*» ¿Cómo no ver en una declaración tal, la fuerza indomable del que sabe, la verdadera fuerza de los profetas?

«PORTADOR DE CRISTO» ENTRE JAQUIN Y BOAZ

Suele pensarse en el descubrimiento de América como en una conquista española. También esto es simplificar demasiado la verdad. Para convencerse de ello basta considerar la lista de las tres tripulaciones y el documento oficial relativo a la suscripción necesaria para el armamento de la flota. Reunidas con grandes trabajos, las tripulaciones eran profundamente dispares. Incluían vascos, andaluces, algunos conversos y cierto número de extranjeros; gentileshombres arruinados, y condenados a muerte indultados a condición de enrolarse a las órdenes del Almirante. En total, ochenta y siete hombres, de ellos, treinta y nueve en la *Santa María*, veintiséis en *La Pinta* y veintidós en *La Niña*. Todo inclina a creer que ni siquiera el número era producto del azar, teniendo en cuenta la afición del Almirante por la cábala y la navegación astronómica. Colón llevó consigo a un intérprete, también judío converso, Luis de Torres, que hablaba hebreo, caldeo y árabe.

El buque almirante era el viejo *Gallega* del capitán Juan de la Cosa, rebautizado. El capitán permaneció a bordo, a título de oficial, y Colón salió fiador de la restitución del navío. Se ignora el nombre primitivo de *La Pinta*, cuyo comandante era Martín Alonso Pinzón. *La Niña*, el más pequeño de los tres barcos, con el nombre de *Santa Clara* había pertenecido a los hermanos Niño, de Palos; de aquí su nuevo nombre. Uno de sus antiguos propietarios participó también en la expedición a bordo de su propio barco, como segundo de Vicente Yáñez Pinzón. Estos detalles nos dan la medida de hasta qué punto la flota merecía, efectiva-

mente, el nombre de «Flota Aventurera».

La financiación de la expedición planteó asimismo problemas y necesitó numerosos esfuerzos individuales, buena parte de los cuales recayeron sobre los Pinzón. Finalmente, los gastos se repartieron entre la Corona española y la ciudad de Génova. Pero aquí, como en otros puntos, las cosas fueron menos simples de lo que parecen. En cierta manera, no estaba nada mal que los reyes servidos por un «genovés» se asociasen a la patria de éste con objeto de pagar los dos millones de maravedís necesarios para el armamento de los tres navíos.

En realidad, la parte correspondiente a la ciudad de Génova había sido suscrita por banqueros italianos conversos establecidos en España. Ello daría al Almirante la ocasión de escribir, el 2 de abril de 1502: «Muy nobles señores: aunque mi cuerpo se encuentre aquí, mi corazón estará continuamente allá abajo.» «Allá abajo», es decir, en Génova.¹ La otra mitad, la «de la Corona», fue adelantada por el banquero Luis de Santángel, reciente converso, miembro de una gran familia judía de España y que ocupaba el cargo de secretario del rey de Aragón. Y este benefactor —lo cual es notable— impuso a los soberanos el interés excepcionalmente bajo del 1,5%. ¿Hemos de ver en ello una coincidencia, o el fruto de una connivencia más profunda entre conversos?

Naturalmente, entre los bastidores de la expedición circularon las más novelescas leyendas. Según una de ellas, la propia reina había dejado sus joyas en prenda para encontrar el dinero que requería equipar los barcos. En realidad, la Corona española hizo con ello un magnífico negocio. El poco dinero que comprometió en la expedición le valió, a la vez, entrar en su Siglo de Oro y convertirse en un gran país civilizador, sean cuales fueran las reservas que puedan oponerse respecto a los métodos empleados para este fin.

Cuando, después de 1515, los españoles midieron la amplitud de este beneficio, se entregaron a celebrar de diversas maneras el descubrimiento del Nuevo Mundo. Así, en 1520 ofrecieron a su joven y poderoso soberano, el emperador Carlos V, un escudo que representaba este descubrimiento en una alegoría cuyo personaje no era sino Hércules llevando sus dos columnas. Colón, sin duda, sonreía al contemplar el espectáculo de aquel escudo, hecho con oro americano, pues

1. Esta declaración «genovesa» del Almirante es, a la vez, demasiado tardía y demasiado circunstancial para poder servir de prueba del origen italiano del que la firma. De la misma manera, el acta redactada en Sevilla el 22 de febrero de 1498 y que incluye las palabras «habiendo nacido en Génova», suele considerarse apócrifa.

sabía que, según la tradición, aquellas columnas eran las llamadas *Jaquín* y *Boaz* y que habían pertenecido *al Templo*, aquel Templo que para Colón se había de liberar, de reconstruir. Por lo demás, el artista no habría tenido que representar a Hércules, sino al propio Colón, en actitud de remplazar las dos columnas.

SHADAI, SHADAI, ADONOI

Generalmente se atribuye a Colón dos descubrimientos: el del Nuevo Mundo (en realidad, islas situadas relativamente lejos del continente) y del fenómeno de la declinación magnética. Este último descubrimiento es de una gran importancia científica. Comprobar que la brújula, la cual suele indicar una dirección ligeramente hacia el Este del polo, señala hacia el Oeste cuando se cambia de rumbo, constituía una observación extraordinaria. El explicarlo era algo audaz. Para calmar la inquietud de sus hombres, Colón hubo de recurrir a todo su ingenio. Les explicó que la culpa la tenía la estrella polar, que era ésta la que se movía, no la brújula. Lo esencial es que él comprendió claramente que la aguja imantada se dirige hacia el polo magnético, no hacia el polo geográfico. Historiadores y geógrafos quedaron largamente extasiados al leer la nota del Diario de a bordo fechada el día 30 de setiembre de 1492, que relata este descubrimiento. Al actuar así, tales historiadores y geógrafos olvidaban, simplemente, que los portugueses conocían ya este fenómeno y disponían incluso de un pequeño instrumento que servía para hacer la corrección.¹

El verdadero descubrimiento de Colón fue algo bien distinto. Lo que él encontró, y esto sí que se le ha de atribuir como cosa propia, fue *el camino de regreso*, que, añadido al itinerario de las Canarias a las Lucayas, *representa la clave de la navegación atlántica*. Gonzalo Díaz diría a este respecto: «Sin el Almirante, las Indias no habrían sido descubiertas. Él fue quien dio con el camino de regreso por el Norte.» Subrayando que Colón había realizado en algunas semanas, y al primer intento, lo que los españoles tardarían cuarenta y cinco años en hacer (escalonados entre el viaje de Magallanes y el de Urdaneta) respecto al Pacífico, M. Nunn escribió: «En realidad, Colón no hizo

1. Marianne Mahn-Lot: *La Découverte de l'Amérique*, Payot, París, 1970, pág. 51.

un descubrimiento, sino tres. Pero el descubrimiento de las dos rutas del océano pasó inadvertido, al quedar eclipsado por el descubrimiento de la tierra.»

Consagrado a las grandes empresas, el Almirante supo elegir a un Dios capaz de guiar sus pasos hacia una gloria eterna. Y este Dios había de ser no sólo santo y único, sino también poderoso. Fue el Dios de los Ejércitos.

EL TEMPLO Y EL PARAISO

Una vida «trucada» hasta tal punto, en la que tantos detalles esenciales no se conocen aún bien, explica que no hayan sido registrados debidamente por la Historia los verdaderos objetivos del viaje de Colón. Sin embargo, es posible descubrir tales objetivos en las *Capitulaciones* del 17 de abril de 1492, que estipulan las condiciones de la empresa.

Conocido con el nombre de *Capitulación de Santa Fe*, este documento lleva dos firmas: la de Colón y la de Coloma, el alto funcionario de la Corona que, en el mes de marzo del mismo año, había firmado el acta de expulsión de los judíos españoles. Auténtico documento legal, que precisa los derechos y deberes de ambas partes y punteado, al final de cada párrafo, por la fórmula «tal es el buen agrado de sus altezas», el texto habla, desde luego, de «islas y continentes por descubrir», pero tal vez no se haya subrayado suficientemente *que en ningún momento se dice nada de las Indias*. Por otra parte —como ha hecho notar Salvador de Madariaga—, se habla de recompensas debidas al Almirante «por lo que ha descubierto en los mares océanos y por el viaje que emprende ahora...»

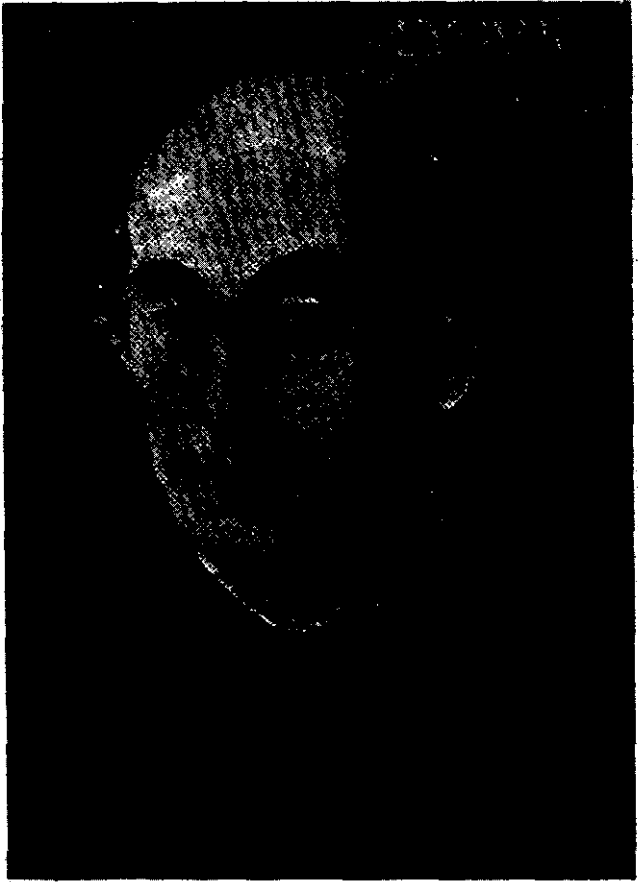
En consecuencia, se plantea la cuestión de saber lo que el Almirante pudo haber descubierto *antes* de su partida. Desde luego, él repetía por doquier —en primer lugar, a los oficiales españoles, a fin de convencerlos mejor— que, navegando siempre hacia el Oeste, llegaría, necesariamente, a las Indias; pero —como hemos visto— su «contrato» no hace alusión alguna a las mismas. Por lo tanto, hemos de llegar a la conclusión de que lo que entrevió fue menos la fabulosa India, que obsesionaba a la época, que el propio *paraíso terrenal*, esa tierra de los bienaventurados de la que hablaban siempre las viejas leyendas.

¿Y la prueba?, se preguntará. Oigamos, ante todo, al Almirante, y sigámoslo en la génesis de su inspiración, ya que refirióse obsesivamente el paraíso antes de su viaje de 1492 y después del mismo. Los primeros

indicios que encontramos son sus anotaciones marginales en la *Ymago Mundi*, del cardenal D'Ailly (Petrus Alliacus), incunable impreso en Lovaina entre 1480 y 1483. En el pasaje en que D'Ailly describe la que debía de ser la tierra ideal, precisando que «es probable que el paraíso terrenal sea una región de este tipo, y ése debe ser igualmente el caso de ese lugar que los autores llaman las islas Afortunadas», leemos, escrito de puño y letra del Almirante: «El paraíso terrenal es, sin duda, el lugar que los antiguos llaman las Islas Afortunadas.» Y más adelante, cuando el cardenal muestra que no puede haber identificación entre islas y el Edén, Colón escribe, con pesar: «Error de los gentiles, quienes afirmaban que las Islas Afortunadas eran el paraíso, en razón de su fertilidad.» Y en otro lugar, a propósito de un comentario de D'Ailly sobre los cuatro ríos del paraíso mencionados en la Biblia, Colón escribe: «Una fuente en el Paraíso.» Era un punto de partida para su fuente de la juventud. Pero más adelante, cuando D'Ailly habla de las fuentes del Eufrates —que, según él, también saldrían del paraíso—, Colón se abstiene de hacer comentarios. No escribe nada.

En consecuencia, Salvador de Madariaga pudo subrayar, con toda razón: «El silencio de Colón sobre este punto de divergencia crucial entre los hechos y la fe puede ser interpretado como sobresalto de su sentido crítico.»¹ Pero es más probable aún que la reacción de Colón se explique por el hecho de que D'Ailly sitúa el paraíso en Asia, cuando él, Colón, sabía que se hallaba al otro lado del mundo, en el Oeste. ¿Cómo explicar de otra forma el hecho de que al margen de otro pasaje que trata de regiones situadas más allá del Trópico de Capricornio, escribiera: «Más allá del Trópico de Capricornio se encuentra la más hermosa morada, ya que allí está la más noble y la más alta parte del mundo, es decir, el Paraíso terrenal.»? Este paraíso insular debía de resurgir en la visión de Colón para confirmar la profecía de Séneca en *Medea*, según la cual «llegará un tiempo, en los siglos futuros, en que la mar dejará caer las cadenas que cierran sus pasos; una vasta tierra se abrirá ante nosotros; la mar dejará ver mundos nuevos y, entre los países conocidos, el último no será Thule». Siempre han sido asimiladas la «vasta tierra» de Séneca y la Atlántida. Para Colón, que marchaba a descubrir islas conocidas de antemano, algunas de ellas sumergidas, esta profecía tenía un sentido mucho más preciso. Estas islas

1. Salvador de Madariaga: *Christophe Colomb*, París, 1952, página 141.



Uno de los retratos más verosímiles que poseemos de Cristóbal Colón. (Colección Gioviana de Como.)

que hizo figurar en su blasón antes de descubrirlas eran su *Atlántida particular*.

Y entonces llegó el viaje. El conocimiento manifestado a la sazón por el Almirante de las islas que costó en las aguas de los caribes, no puede sorprender a quienes lo imaginan entregado más a su pasión que a la necesidad de efectuar, para sus Señores, descubrimientos más prosaicos. Así lo confesará más tarde, al escribir a los monarcas: «Digo aún sinceramente que he puesto más diligencia en servir a vuestra Alteza que en ganar el *paraíso*...»¹ Es poco verosímil que hayamos de ver aquí sólo un juego de palabras. La habitual seriedad de Colón cuando habla del paraíso terrenal, excluye toda posibilidad en este sentido.

El viaje y sus descubrimientos no pondrían fin a su búsqueda, como revela esta carta, dirigida a los soberanos de España y escrita desde Jamaica: «Y el mundo es pequeño, seis partes del mismo están secas, y la séptima solamente está cubierta de agua; la experiencia lo ha probado, y yo lo he escrito en otras cartas con el apoyo de las Santas Escrituras, al mismo tiempo que he escrito el *Paraíso terrenal*, que la Santa Biblia aprueba.» Añadamos que, en realidad, Colón se hallaba siempre más inquieto por su sueño que por una realidad que él mismo había pintado cuidadosamente, ya que, con el pretexto de ir a Asia y a las maravillosas tierras de Catay y de Cipango, navegó sólo hacia las islas cuya posición conocía de antemano.

Bien es cierto que nada de esto nos dice adónde debía de conducir esta famosa ruta del paraíso. Sin embargo, tenemos un elemento de respuesta. Aparentemente engañosa, se halla, no obstante, muy de acuerdo con la lógica propia de Colón. Para él, el camino del paraíso lleva, naturalmente, al... Templo de Jerusalén: Imbuido por los textos bíblicos, el Almirante, si bien es cierto que quería llegar al Paraíso terrenal, quería también —y mucho más de lo que se piensa— encontrar oro. Y con ese oro... Pero veamos lo que él nos dice: «Serenísimos, altos y poderosos príncipes, rey y reina, nuestros soberanos. Desde Cádiz fui a la Canaria en cuatro días, y, desde aquí, fui a las Indias. Mi intención era la de acelerar mi viaje, ya que mis na-

1. Estas preocupaciones lo perseguirían también en su segundo viaje. Al abordar una de las islas Vírgenes, bautizada por él con el nombre de «Archipiélago de las once mil vírgenes», para conmemorar el recuerdo de santa Ursula, el Almirante declararía a sus compañeros: «Este es el lugar de donde viene uno de los tres reyes magos» (según Cuneo). Era menos —como se ha creído— una alusión a la India propiamente dicha, que a una tierra fabulosa cuyo suelo creía hollar, al fin. Como siempre, esta vez Colón vivía también su sueño.

víos se hallaban en buen estado... Escribo esto en la isla de Santo Domingo...

»Cuando descubrí las Indias, definí que constituían la posesión más rica y más grande del mundo. Hablé de oro, de perlas, de piedras preciosas, de especias, de comercio y de ferias, y como esto no ha aparecido en un abrir y cerrar de ojos, me ha dado vergüenza.

»Esta lección me obliga a decir sólo lo que he oído por parte de los indígenas. Únicamente hay una cosa de la que me atrevería a hablar, porque hay numerosos testimonios de ella, y es que en esta tierra llamada de Veragua he comprobado más signos de oro en los dos primeros días, que en España en cuatro años...

»Vuestras Altezas son tan Señor y Señora de este país como de Jerez o de Toledo; cuando vengan las naves, estarán en su casa. Traerán oro de allí...

»Salomón recibió en una sola vez seiscientos sesenta y seis quintales de oro, aparte del que los mercaderes y marinos le llevaban y del que se le entregaba en Arabia.

»Con este oro fabricó trescientos escudos, y el escanario que debía ser erigido encima de ellos lo hizo también de oro y lo adornó con piedras preciosas, e hizo otros numerosos objetos de oro, y numerosos vasos, y muy grandes y muy ricos en piedras preciosas. Josephus,¹ en su crónica *De antiquitatibus*, nos explica todo esto. También se encuentra en los *Paralipómenos* y en el *Libro de los Reyes*.

»Josephus pretende que se había encontrado este oro en Aurea; si fue así, yo pretendo que estas minas de Aurea son las mismas que las de Veragua, que, como ya he dicho, se extiende durante más de veinte días hacia el Oeste y están a la misma distancia del polo y del ecuador.

»David, en su testamento, dejó mil quintales de oro de las Indias a Salomón, como contribución a la construcción del templo y, según Josephus, era oro de estas tierras...»

El Almirante se embriaga visiblemente con las precisiones que da sobre la cantidad y calidad del oro de estos países, pero sobre todo, formula indirectamente el verdadero objetivo de su aventura, de la que da a entender algo cuando añade:

«Jerusalén y el monte Sión deben ser reconstruidos por manos cristianas, como Dios lo predijo por boca del profeta en el salmo catorce.²

»El abate Joaquín dice que esta persona vendrá de

1. Flavio Josefo, historiador de la revuelta de los hebreos contra los romanos.

2. Se trata de un salmo de David en el que se ven fácilmente las resonancias que podía despertar en Colón. Pero se harán más claras aún si pensamos que se creía investido de una misión

España. San Jerónimo le indicaba el camino a la santa mujer. Hace tiempo, el emperador de Catay envió a buscar sabios para instruirlo en la ley de Cristo.

«¿Quién será el que se ofrecerá para una misión tal? Si Nuestro Señor me lleva a España, me comprometo a conducirlo hasta allí sano y salvo...»

Está claro que se trata, aparte la búsqueda del paraíso terrenal, de ir por oro que permita reconstruir el Templo de Jerusalén. Y esto —que era el verdadero objetivo de Colón— explica el que, mucho tiempo después de su primer viaje, no dejara de informarse de todo lo concerniente a Jerusalén. Así, frecuentaría la cartuja de Las Cuevas, cerca de Sevilla, donde trabó amistad con el padre Gaspar Gorricio, que se convirtió en su consejero espiritual, y donde acometió la tarea de aprehender en la Biblia y en sus comentarios todas las alusiones a la «recuperación de la santa ciudad de Sión» y a «la conversión de las islas de las Indias». Sin embargo, no parece que el Templo que obsesionaba a Colón fuese el templo cristiano. El codicilo de su testamento, el conjunto de siete cartas que transmitió a su hijo para que quedase constancia de cuál había de ser su única firma auténtica, era, como ya hemos dicho, un *kaddish*, cuya abreviatura simbolizaba la estrella de David. Quiérase o no, ello bastaría para establecer que el «genovés» de origen judío, Cristóbal Colón, volvió en espíritu, antes de morir, no a su primera fe, sino a la de algunos de sus antepasados.

Para terminar con este aspecto poco conocido de la vida del Almirante, cedamos una vez más la palabra a su mejor biógrafo moderno, Salvador de Madariaga: «Así, el viejo marino volvía a su fe original en el momento en que sentía que se acercaba la muerte. Sus sueños realizados y su vanidad revelada; sus esfuerzos condenados al fracaso y destrozados como espadas contra el inmovible muro del Estado Real español. La liberación de Jerusalén, por la que clamaba siempre con los brazos abiertos, seguía esperando y esperando que otro se dedicase a ella. ¿Qué podía hacer un viejo almirante que habría deseado poner en pie a diez mil caballeros y cien mil infantes para liberar la Ciudad Santa, cuando el oro que habría podido dedicar a tan noble causa había sido despilarrado?»²

divina, consistente en utilizar a los españoles para realizar, a través de ellos, los designios divinos.

1. Marianne Mahn-Lot: *La Découverte de l'Amérique*, París, 1970, pág. 57.

2. Salvador de Madariaga: *Christophe Colomb*, París, 1952, página 595.



Descubrimiento de La Española. Según la carta de Colón a Gabriel Sánchez, conservada en la Biblioteca de Milán

Aún hemos de considerar dos elementos distintos: el descubrimiento de América, por una parte, y el Cristóbal Colón hombre, por otra. Un nuevo mundo, un doble continente entregado al conocimiento de la Humanidad, pero también al pillaje de los europeos. Tal vez sea significativo que la expedición con la cual terminó la ola en reflujó fuese realizada por un hombre cuyos origen, lugar y fecha de nacimiento, edad, lazos familiares, aprendizaje profesional e incluso toda su juventud permanecerán para siempre como elementos de duda e indecisión. Todo ha ocurrido como si, para poner mejor de acuerdo al hombre con su descubrimiento y al descubrimiento con el hombre, se hubiese dado libre curso a todos los juegos del azar y de la necesidad.

¿Habremos de ver, pues, en Colón, una especie de profeta? Hay algo muy poco conocido: escribió un *Libro de Profecías*, que se guardó muy bien de publicar.¹ En esta obra se proponía reunir todo cuanto, en las profecías, concierne a la liberación de Jerusalén y a la reconstrucción del Templo. Evidentemente, su finalidad era la de establecer que ello debían de hacerlo los españoles gracias al oro traído de América. Finalmente, Colón predecía incluso el fin del mundo, hecho que situaba en 1666. Se reconocía a esta cifra (666, el del Apocalipsis, unido al 1000, el año del gran miedo) su plena posesión de la magia de los números. Este detalle, unido a otros, inscribe resueltamente a Colón en el linaje de los profetas.²

1. Véase Angel Ortega, en *La Rábida*, Madrid. Añadamos que el Almirante había incluido en este libro la carta en la cual se vanagloriaba, ante los soberanos, de no haber tenido más inspiración geográfica que las palabras de Isaías (véase HARRISSE: *Christophe Colomb devant l'histoire*, París, 1892, pág. 114).

2. Un dibujo de la época —atribuido en ocasiones al propio Colón— representa a la Santa María en forma de un navío musulmán del Mediterráneo Oriental. Las indumentarias de los personajes, y particularmente sus tocados (turbantes y gorros puntiagudos) son característicos de los judíos de las regiones mediterráneas de África y de España en los siglos xv y xvi. No es imposible que el dibujante hubiese querido llamar con ello la atención acerca del origen del Almirante.

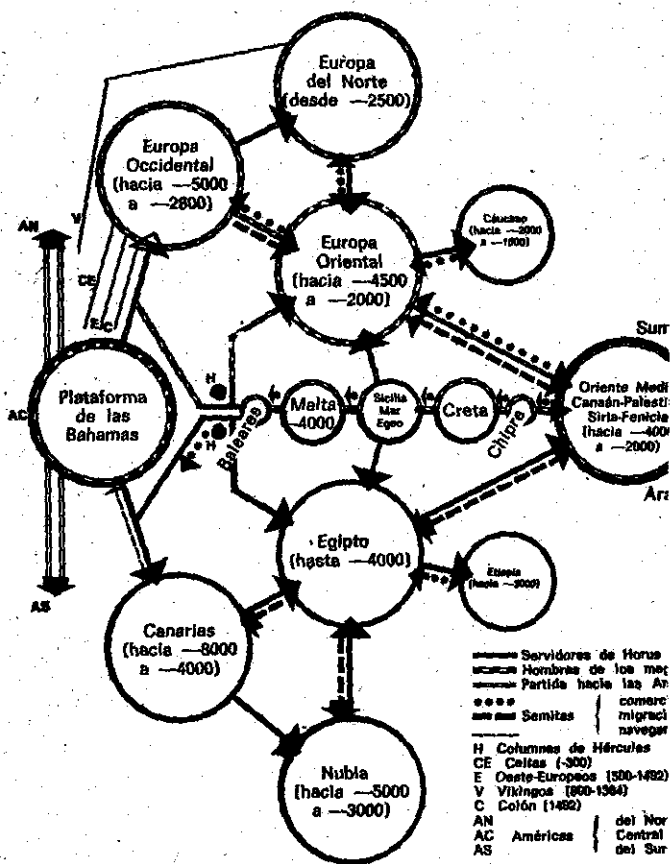
CONCLUSIÓN

La Ciencia, cuando va demasiado lejos; cuando persigue a la realidad en sus últimos reductos; cuando no se limita a compilar documentos, sino que trata también de comprenderlos, alcanza a la Metafísica.

R. P. LEROY,
Science et Synthèse

En la historia del hombre hubo una época que se puede llamar la Era del origen, o de los orígenes, inmediatamente posterior a la desaparición del hombre de Neandertal. Uno de estos hogares, del que partió la llamada rama de Cro-Magnon, está unido, de una u otra forma, al océano Atlántico. En el terreno de las hipótesis, el abandono, por sus habitantes, de la plataforma de las Bahamas sumergida, nos parece de tal naturaleza como para colmar un hiato que hasta ahora ha permanecido sin explicación. Por lo menos nos ha permitido «rodar» algunas secuencias de un filme que tal vez pueda realizarse en su totalidad de aquí a unos cincuenta años. Sin embargo, nos es lícito imaginar ya el comentario del mismo...

Sobre esta plataforma, condenada a una lenta aniquilación —se dirá—, los hombres hubieron de decidirse a abandonar la tierra que vio nacer su raza. Entonces se embarcaron y navegaron siguiendo las grandes corrientes atlánticas. Alcanzaron, en primer lugar, África, tras una larga etapa en las Canarias, y luego, cuando lo permitieron las condiciones climáticas, se dirigieron hacia el oeste y el norte de Europa. Más «civilizados» que los autóctonos, se comportaron, ante todo, como iniciadores, y luego, como misioneros de determinada idea. Fueron ellos los que se convirtieron, en Egipto, en los shemsu-hor —los servidores de Ho-



*Resumen gráfico del gran movimiento
Hipótesis de trabajo y cronológicas*

rus— y a continuación, en la Europa Occidental y Septentrional, en los portadores de la idea megalítica. Por la misma época, y partiendo también de las Bahamas, migraciones semejantes ganaron las dos Américas. En el Viejo Mundo, al encontrar posiblemente una tercera ola que partiría en dirección al Este y que visitaría, sucesivamente, las islas sagradas del Mediterráneo —desde las Baleares hasta Chipre—, estas corrientes civilizadoras terminarían su curso en el Oriente Medio mediterráneo, que desde entonces actuaría en función de crisol.

Algunos milenios más tarde, las poblaciones semitas de este mismo Oriente enjambrarían, a su vez, en el mundo, para dirigirse, a la manera de una verdadera ola de reflujo, hacia un Oeste que se había hecho legendario. Entonces asistimos a la segunda etapa de este inmenso movimiento humano cuya primera fase hizo latir el corazón de la Historia. Sus motores fueron diferentes. Civilizador sobre todo para los shem-su-hor, espíritu «misionero» entre los hombres de los megalitos, económico para los fenicios... Sin embargo, el principal, el que determinó a todos los demás en el camino de la ola en reflujo fue, sin lugar a dudas, el intento de volver a encontrar un paraíso perdido, de mágico ornato, rico en fuentes de juventud y en metales preciosos...

EPÍLOGO

Cierto día fui a casa de Einstein para leer con él un estudio en el que su teoría era sometida a múltiples objeciones... De pronto interrumpió la discusión, cogió un telegrama..., y me lo tendió, con estas palabras: «He aquí algo que tal vez le interese. Es un cable de Eddington...» Como quiera que le hiciese copartícipe de mi alegría al ver cómo los resultados coincidían con sus cálculos, me aseguró, imperturbablemente: «¡Yo estaba seguro de que la teoría era justa!» Entonces le pregunté qué habría dicho si su predicción no hubiera sido confirmada. Me respondió: «Pues bien, me habría sentido enojado por el buen Dios: la teoría ES justa.»

ILSE ROSENTHAL-SCHNEIDER,
Science et Synthèse

Ya lo dijimos al principio: este libro se apoya en una hipótesis: la de la artificialidad de las estructuras sumergidas de Bimini. Pero —se nos dirá— si esta hipótesis resultara falsa, si se tratase, a fin de cuentas, de algo natural, ¿qué quedaría de nuestro desarrollo?

Aunque pudiera sorprender, responderíamos que las cosas no cambiarían profundamente. En primer lugar, porque sostener una hipótesis es sólo un juego de imaginación, y que cuando un juego de imaginación llega a hacer revivir la Historia y las viejas tradiciones y logra seguir la huella de los viajes, no hay por qué lamentar que se trate de un juego. Por otra parte, estamos convencidos de que hay una gran parte de verdad en lo que hemos establecido. Bimini pesa

sobre nuestras reconstituciones con toda su carga de realidad. En presencia de los descubrimientos y de los filmes producidos por los especialistas que trabajan en ello, tenemos la casi certeza de que el tiempo arrojará la luz necesaria y llevará a cabo su obra de verdad.

FIN

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
EL FIN DE UN MITO	9
LA HISTORIA, ¿EMPIEZA EN BIMINII?	11
Al principio era la fuente de la juventud..., 11. — ...Y luego fue el Jordán, 16.	
CABALA, COLÓN Y BIMINI	25
¿Quién dio su nombre a las Bahamas?, 25. — Sobre el mapa de Colón, 26. — Extrañas coincidencias, 30.	
CUANDO EL AVIÓN VUELA A TRAVÉS DE LAS AGUAS	33
Empieza la verdadera exploración, 34. — Descubrimientos en las Bahamas, 37. — Harrisson se va a la guerra, 42.	
LA MORADA INVADIDA POR LAS AGUAS	47
...Llevados por la corriente del Golfo y la corriente de los Caribes, 49. — El hombre fósil de Florida, 49.	
EL MITO DE OSIRIS Y EL LIBRO DE LOS MUERTOS	57
Un mito que sobrevive a las edades, 57. — El paraíso del <i>Libro de los muertos</i> , 60. — El viaje de los maestros divinos, 66. — Cronología y Shemsu-hor, 73.	
PLATÓN A LA HORA DE LA VERDAD	75
Releyendo a Platón, 75. — Recordando la catástrofe, 78.	

LOS ENTRAMADOS DE LAS FICHAS DE PIEDRA	83
Sobre el mapa de los megalitos, 83. — Los hombres del pulpo, 91. — En busca del tiempo perdido, 103. — El círculo del monte Crow, 110. — Megalitos y Eldorado, 114.	
LA ESCALERA DEL PARAÍSO	123
Ese Marcahuassi que nos inquieta, 123. — ¿Cuándo y cómo?, 127. — ¿Quién y por qué?, 128.	
UNA CIERTA ESCRITURA	131
Las onomatopeyas o «crujidos secos» de los primeros astrónomos, 135. — La prueba respecto a los Balcanes, 138. — Signos viejos en el Nuevo mundo, 139. — Se ha hecho justicia, 152.	
LA OLA EN REFLUJO	157
UN PUEBLO INVENTADO DE ARRIBA ABAJO: LOS PELASGOS	159
Gargantúa el pelasgo, 159. — De Caria a las Antillas, 162.	
LOS FENICIOS, EN BUSCA DEL PARAÍSO	169
Tras las huellas de Hércules, 169. — Los cananeos ponen manos a la obra, 173.	
EL VERDADERO SECRETO DEL REY SALOMÓN	185
Biblia + imaginación = América, 185. — Tipología e historia, 191.	
SOBRE LAS HUELLAS DEL RELEVO SIN FIN.	195
Los cartagineses desembarcan en América, 195. — Misterios etruscos, revelados, 198. — El secreto de la flota perdida, 201. — Los celtas, en el país del gran sueño, 205. — De Roma a México, 210.	
BRANDÁN, EL SANTO DE LOS HORIZONTES PERDIDOS	217
La huida del Edén, 218. — El evangelio de las brisas marinas, 220. — Monjes, precauciones e icebergs, 222. — La Florida antes de la Florida, 224. — Un Ulises irlandés, 228.	

RELEVOS VIEJOS, NUEVA SERIE	231
Los drakkars atraviesan la bruma, 231. — La travesía de «La Chirriante», 235. — Mádóc, en busca de la paz, 239. — Almirantes por contratar, 242. — En persecución del arenque, 244. — La expedición mixta, 248. — El hombre que huyó del paraíso, 251.	
LOS NEGROS EN EL NUEVO MUNDO	257
Tras las huellas de las migraciones, 257. — Muza, en busca de la corriente del Golfo, 260.	
LA PRUEBA A LA INVERSA	263
Los naufragos de Cornelio Nepote, 266. — Hurones de ocasión e incas voluntarios, 271.	
LA REALIDAD SURGE DEL SUEÑO	281
COLÓN, EL 23.º PROFETA MAYOR DE ISRAEL.	283
La tarjeta de identidad de un desconocido, 283. — Los viajes, 292. — «Portador de Cristo», entre Jaquín y Boaz, 296. — Shadai, Shadai, Adonoi, 298. — El templo y el paraíso, 299.	
CONCLUSIÓN	307
EPÍLOGO	313